TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXVI-XL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 187

Asesores para la sección latina: Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Solís.



Depósito Legal: M. 33086-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 84-249-1629-8. Tomo VII.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6598.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen ha tenido como base el texto latino de la edición de W. Weissenborn y M. Mueller (Teubner, 1959). Las discrepancias van siempre indicadas en nota a pie de página. Se ha tenido a la vista, entre otras, la edición de J. Briscoe de 1991, de la misma editorial.

LIBRO XXXVI

Sinopsis

Año 191 a. C.

Roma: preparativos para la guerra contra Antíoco. Asignación de provincias (1 - 4).

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal (5 - 7).

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania (8 - 12).

Contraofensiva en Tesalia (13 - 14).

La batalla de las Termópilas (15 - 19).

Episodios posteriores a la batalla (20 - 21, 5).

Roma: Escipión y Catón informan al senado (21, 6 - 21, 11).

Grecia: asedio de Heraclea (22 - 24).

Rendición de Lamia. Embajada etolia a Antíoco (25 - 26).

Negociaciones con los etolios (27 - 29).

Naupacto, Mesene, Zacinto (30 - 32).

Conquistas de Filipo. Tregua para los etolios. Congreso aqueo en Egio (33 - 35, 10).

Roma: embajadas, juegos, templos, prodigios (35, 11 - 37).

La guerra en el Norte. Discutido triunfo de Escipión Nasica (38 - 40).

Oriente: la guerra en el mar. Batalla de Córico (41 - 45, 8).

Roma: elecciones (45, 9).

Roma; preparativos para la guerra contra Antíoco. Asignación de provincias

1 Cuando los cónsules [1] Publio Cornelio Escipión [2], hijo de Gneo, y Manio Acilio
2 Glabrión [3] entraron en funciones, recibieron orden del senado de cumplir con el ceremonial religioso, antes de tratar la cuestión de las provincias, sacrificando víctimas adultas en todos los santuarios en que ordinariamente se celebra el lectisternio la mayor parte del año, para pedir que el proyecto de una nueva guerra que el senado tenía en la mente fuese para bien y prosperidad del senado
3 y el pueblo romano. Todos aquellos sacrificios fueron favorables y se obtuvieron buenos presagios desde las primeras víctimas, y así los arúspices respondieron que con aquella guerra se ampliaban las fronteras del pueblo roma-
4 no, que se manifestaba una victoria y un triunfo. Cuando se recibió esta respuesta, libres ya los ánimos de preocupaciones religiosas, los senadores dispusieron que se sometie-
5 se al pueblo la cuestión de si quería y mandaba que se entrase en guerra contra el rey Antíoco y contra quienes lo secundasen; en caso de ser aprobada esta proposición, entonces los cónsules se servirían someter todo el asunto
6 a la consideración del senado. Publio Cornelio consiguió la aprobación del proyecto de ley. Entonces el senado decretó que los cónsules sortearan entre ellos las provincias de Italia y Grecia. Aquel a quien correspondiese Grecia,

---

[1] Los cónsules del año 191, elegidos ante la perspectiva de la inminente guerra contra Antíoco III (ver XXXV 24), pertenecían ambos al grupo de los Escipiones y habían sido ya candidatos para el año 192 (XXXV 10, 2 - 3).

[2] Escipión Nasica, hijo de Escipión Calvo, el cónsul del año 222 que murió en Hispania en el año 212 (XXV 36, 13).

[3] Plebeyo, partidario de los Escipiones, que siendo pretor había reprimido la revuelta de los esclavos en Etruria (ver XXXIII 36, 1 ss.).

aparte de los efectivos que había alistado o exigido [4] para dicha provincia el cónsul Lucio Quincio [5] en virtud de una
decisión del senado, recibiría el ejército que el pretor 7
Marco Bebio [6] había trasladado a Macedonia el año anterior en conformidad con un decreto del senado; además, 8
quedó autorizado para recibir tropas auxiliares de los aliados fuera de Italia, si las circunstancias lo requerían, sin rebasar la cifra de los cinco mil hombres. Se acordó nombrar legado para aquella campaña a Lucio Quincio, el cónsul del año anterior. Al otro cónsul, al que le correspondiera 9
como provincia Italia, se le daba orden de hacer la guerra a los boyos con el ejército que prefiriera de los dos que habían tenido a sus órdenes los cónsules precedentes; el otro ejército lo enviaría a Roma, y esas legiones urbanas estarían dispuestas para acudir a donde decidiese el senado.

Adoptadas estas decisiones por el senado, que aún no 2
sabía cuál sería la provincia de cada uno, se acordó por fin que se hiciera el sorteo entre los cónsules. A Acilio
le correspondió Grecia, y a Cornelio, Italia. Luego, defi- 2
nida ya la suerte, se aprobó un decreto del senado disponiendo que, en vista de que el pueblo romano, en aquellos momentos, había mandado que hubiera guerra contra el rey Antíoco y los que estaban bajo su autoridad, por tal motivo los cónsules ordenarían una plegaria pública y asimismo el cónsul Manio Acilio prometería con voto unos Grandes Juegos en honor de Júpiter y ofrendas en todos
los altares. El cónsul, siguiendo el dictado del pontífice 3

[4] Alistar *(scribere)* tratándose de ciudadanos, y exigir *(imperare)* en el caso de los aliados.

[5] Flaminino, el cónsul del año 192 que acabará siendo excluido del senado por Catón (XXXIX 42, 5 ss.).

[6] M. Bebio Tánfilo. Operaba en el Brucio y había recibido órdenes de embarcar sus tropas (XXXV 24, 3).

máximo Publio Licinio, formuló el voto con estos términos: «Si la guerra que el pueblo ha mandado emprender contra el rey Antíoco finaliza conforme a los deseos del
4 senado y el pueblo romano, entonces el pueblo romano celebrará en tu honor, Júpiter, unos Grandes Juegos durante diez días consecutivos, y se presentarán ofrendas en todos los altares por la suma de dinero que el senado deci-
5 diere. Quienquiera que sea el magistrado que celebre dichos juegos en el momento y el lugar que fuere, estos juegos se darán por celebrados en debida forma y las ofrendas por presentadas debidamente.» La rogativa decretada a continuación por los dos cónsules duró dos días.

6 Inmediatamente después de sortear los cónsules sus provincias, también los pretores hicieron su sorteo. A Marco Junio Bruto le correspondieron las dos jurisdicciones [6bis]; a Aulo Cornelio Mámula, el Brucio; a Marco Emilio Lépido, Sicilia; Cerdeña, a Lucio Opio Salinátor; a Gayo Livio Salinátor, la armada; y a Lucio Emilio Paulo, la Hispania
7 ulterior. La asignación de tropas fue como sigue: los nuevos reclutas, enrolados el año anterior por el cónsul Lucio Quincio en virtud de un senadoconsulto [7], fueron asignados a Aulo Cornelio, con instrucciones de vigilar to-
8 do el litoral en torno a Tarento y Brundisio. En cuanto a Lucio Emilio Paulo [8], aparte del ejército que iba a recibir del procónsul Marco Fulvio [9], se dispuso mediante un decreto que llevase a la Hispania ulterior tres mil reclutas

---

[6bis] La de Roma *(praetura urbana)* y la de extranjeros *(praetura peregrina)*.

[7] XXXV 41, 7. Dos legiones, más de veinte infantes y ochocientos jinetes aliados.

[8] El cónsul del año 182, vencedor de Perseo en Pidna en el año 168.

[9] Nobilior, según la opinión más común.

y trescientos jinetes, de forma que las dos terceras partes fuesen aliados latinos y una tercera parte ciudadanos romanos. El mismo complemento se le envió a Gayo Flami- 9
nio, cuyo mando había sido prorrogado para la Hispania
citerior. Marco Emilio Lépido recibió orden de hacerse 10
cargo tanto de la provincia como del ejército de Lucio Valerio [10], al que iba a suceder, y de mantener en la pro- 11
vincia a Lucio Valerio, si lo creía oportuno, en calidad de propretor, dividiendo la provincia en dos partes, una desde Agrigento hasta el Paquino y la otra desde el Paquino hasta el Tindáreo [11]; Lucio Valerio vigilaría el litoral correspondiente con veinte navíos de guerra. Se encargó 12
a este mismo pretor de recaudar dos diezmos de trigo; él se ocuparía de su traslado hasta la costa y su transporte a Grecia. Idénticas instrucciones recibió Lucio Opio con 13
relación al nuevo diezmo que debía ser recaudado en Cerdeña; pero se decidió que ese trigo no fuese enviado a Grecia sino a Roma. El pretor Gayo Livio, al que había 14
correspondido la flota en el sorteo, recibió orden de trasladarse a Grecia cuanto antes con treinta navíos equipados y hacerse cargo de las naves de Atilio [12]. Se encomendó 15
al pretor Marco Junio la tarea de carenar y armar las naves viejas que había en los astilleros, así como de reclutar entre los libertos marineros para esta flota.

Se enviaron a África tres comisarios a los cartagineses 3
y tres a Numidia a comprar trigo para mandar a Grecia, corriendo el pueblo romano con los costes. La ciudad se 2

[10] L. Valerio Tapón, plebeyo, con Sicilia como provincia durante su pretura del año 192.

[11] Desde el sureste (cabo Paquino) hasta la costa norte (ciudad de Tindaris) de Sicilia.

[12] Gayo Atilio Serrano, pretor en los años 192 y 173, cónsul en el año 170.

entregó a los preparativos de aquella guerra con tal empe-
3 ño que el cónsul Publio Cornelio publicó un edicto prohibiendo a quienes eran senadores, a quienes estaban facultados para exponer su opinión en el senado [13] y a quienes desempeñaban magistraturas menores [14], alejarse de Roma tanto que no pudieran volver el mismo día, así como ausentarse de Roma cinco senadores simultáneamente.
4 Una disputa que se originó con los colonos de la costa [15] interrumpió durante algún tiempo la actividad que estaba desplegando el pretor Gayo Livio para preparar la flota.
5 En efecto, al ser llamados para su incorporación a la flota, apelaron a los tribunos de la plebe, y éstos los remitieron al senado. El senado, sin una sola voz en contra, dictaminó que aquellos colonos no tenían motivo de exención del
6 servicio a la marina. Ostia, Fregenas, Castro Nuevo, Pirgos, Ancio, Tarracina, Minturnas y Sinuesa fueron las colonias que discutieron con el pretor la cuestión de la exención [16].
7 Después el cónsul Manio Acilio, a tenor de un decreto del senado, formuló a los feciales unas consultas: si era obligado declarar la guerra al rey Antíoco en persona o bastaba con comunicárselo a alguna de sus guarniciones,
8 y además, si se les debía declarar la guerra por separado también a los etolios, y si antes de declararles la guerra era preciso romper las relaciones de alianza y amistad.

---

[13] Es decir, los que habían accedido al cargo de cónsul, pretor o edil curul pero no habían formado parte del senado en censos anteriores y hasta la próxima *lectio senatus* no serían miembros de pleno derecho.

[14] Éstos podían hablar en el senado durante el año de ejercicio de su cargo.

[15] Sobre estas colonias puede verse J. Briscoe, *A Commentary on Livy, books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981, pág. 222.

[16] Compárese la lista con XXVII 38, 4. Castro Nuevo parece ser el de Etruria, al sur de Civitavecchia. Pirgos es el puerto de Caere.

Los feciales respondieron que ya anteriormente, al ser 9
consultados en el caso de Filipo, habían manifestado que
lo mismo daba que se le hiciera la comunicación a él per-
sonalmente o a una guarnición suya; la ruptura de las 10
relaciones de amistad parecía que ya se había producido,
puesto que los etolios, a pesar de las reiteradas reclamacio-
nes de los embajadores, habían considerado justo no resti-
tuir ni dar explicaciones; eran ellos quienes se habían ade- 11
lantado a declarar la guerra cuando habían ocupado por
la fuerza Demetríade [17], una ciudad aliada, y cuando ha- 12
bían ido a asediar Cálcide [18] por tierra y mar, y cuando
habían hecho que el rey Antíoco pasara a Europa para
hacerle la guerra al pueblo romano. Una vez que todo 13
estuvo ya suficientemente preparado, el cónsul Manio Aci-
lio publicó un edicto disponiendo que el quince de mayo
se concentraran en Brundisio los soldados que había reclu-
tado Lucio Quincio y los que había exigido a los aliados
y latinos, que debían ir con él a su provincia, así como
los tribunos militares de las legiones primera y tercera.
Él mismo salió de la ciudad vestido de uniforme el día 14
tres de mayo. Por las mismas fechas salieron también los
pretores hacia sus provincias.

Por la misma época llegaron a Roma los embajadores 4
de dos reyes, Filipo y Tolomeo. Filipo se comprometía a
enviar tropas, dinero y trigo para la guerra; Tolomeo 2
también enviaba mil libras de oro y veinte mil de plata.
Nada de esto fue aceptado; se les dieron las gracias a los
reyes, y como ambos se ofrecían a ir a Etolia con todas 3
sus tropas e intervenir en la guerra, se declinó el ofreci-
miento de Tolomeo y se respondió a los embajadores de 4

---

[17] Cf. XXXV 34, 5 ss.

[18] Véase XXXV 37, 4 ss. y XXXV 50 s.

Filipo que si no dejaba desasistido al cónsul Manio Acilio se ganaría el reconocimiento del senado y el pueblo romano.
5 Igualmente, llegaron embajadores de los cartagineses y del rey Masinisa. Los cartagineses prometían quinientos mil [18bis] modios de trigo y quinientos mil de cebada para el ejército, estando dispuestos a mandar a Roma la mitad de ese
6 contingente; pedían a los romanos que lo aceptaran como
7 un regalo de su parte, y se mostraban dispuestos a armar una flota a sus expensas, y a entregar en el acto y de una vez el tributo que debían abonar durante muchos años en
8 muchos plazos. Los embajadores de Masinisa prometieron que el rey enviaría a Grecia quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército, y a Roma, al cónsul Manio Acilio, trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada, y quinientos jinetes
9 y veinte elefantes. Con respecto al trigo, se respondió a unos y otros que el pueblo romano haría uso de él a condición de que aceptasen su abono. En cuanto a la flota, no se aceptó [19] el ofrecimiento de los cartagineses, salvo que debieran algún navío en virtud del tratado. Igualmente, con respecto al dinero se respondió que no se aceptaría nada antes del vencimiento del plazo.

Grecia: actividad de Antíoco; Beocia, Cálcide. Discurso de Aníbal

5 Mientras en Roma tenían lugar estos acontecimientos, Antíoco, en Cálcide, para mantener la actividad durante la permanencia en los cuarteles de invierno, unas veces recababa él los apoyos de las ciudades enviando embajadores, y otras acudían a él por propia iniciativa, como los epirotas, por acuerdo unánime de su nación, y los eleos, que vinieron

[18bis] Numeral recogido en algunos mss.

[19] Sin embargo, *infra* en 42, 2 se mencionan seis naves púnicas.

desde el Peloponeso. Los eleos pedían ayuda contra los 2
aqueos, pues estaban convencidos de que éstos atacarían su ciudad la primera después de su desacuerdo con la declaración de guerra a Antíoco. Se les enviaron mil sol- 3
dados de infantería capitaneados por el cretense Eufanes. La actitud de la embajada epirota no era en modo alguno abierta y franca en ningún sentido; querían ganarse las simpatías del rey teniendo buen cuidado de evitar roces con los romanos. Pedían, en efecto, que no los comprometiera 4
innecesariamente con su causa, situados como estaban frente a Italia como avanzadilla de Grecia entera, expuestos a recibir los primeros ataques de los romanos; pero si él era 5
capaz de cubrir el Epiro con sus fuerzas terrestres y navales, todos los epirotas lo acogerían con agrado en sus ciudades y puertos; ahora bien, si no era capaz de hacerlo, le suplicaban que no los lanzase indefensos e inermes a una guerra contra Roma. Lo que se pretendía con esta 6
embajada era evidente: si Antíoco no entraba en el Epiro, que les parecía lo más probable, ellos seguirían en la misma situación con respecto a los ejércitos romanos pero se habrían ganado el reconocimiento del rey por haberse mostrado dispuestos a recibirlo si venía; y si se presentaba, 7
aun en ese caso podrían esperar el perdón de los romanos porque habrían sucumbido ante las fuerzas de quien se encontraba presente al no contar con una ayuda que estaba lejos. Como no tenía pronta una respuesta para esta 8
embajada tan ambigua, dijo que les enviaría delegados para hablar de las cuestiones que concernían a ambas partes.

Él partió hacia Beocia, que tenía los motivos aparentes 6
de resentimiento contra los romanos a los que me he referido anteriormente [20]: el asesinato de Braquiles y la ofensi-

[20] Cf. XXXIII 27, 5 ss.

va desencadenada por Quincio contra Coronea a causa de
2 la matanza de soldados romanos [21]; pero la razón verdadera era que llevaba ya muchos siglos deteriorándose privada y públicamente la en otro tiempo famosa disciplina de aquel pueblo, y muchos se encontraban en una situación que no podía mantenerse mucho tiempo sin cambios
3 bruscos. Llegó a Tebas, saliendo a su encuentro desde todas partes los dirigentes de Beocia. A pesar de que había iniciado la guerra con acciones importantes e inequívocas en Delio, con el ataque a la guarnición romana, y en Cál-
4 cide [22], sin embargo en la asamblea nacional comenzó un discurso en la misma línea del que había pronunciado en la primera conferencia [23] de Cálcide y por boca de sus representantes en la asamblea de los aqueos [24]: pidiendo no una declaración de guerra a los romanos sino el establecimiento de relaciones de amistad con él. A nadie se le
5 ocultaba lo que se pretendía; sin embargo, se aprobó un decreto envuelto en palabras suaves a favor del rey y en contra de los romanos.

6 Incorporado también este pueblo a su causa, regresó a Cálcide, desde donde previamente había enviado cartas convocando a los dirigentes etolios a una reunión en Demetriade para discutir con ellos la situación en su conjunto, y llegó con sus naves el día señalado para esta asamblea.
7 En ella estuvieron presentes tanto Aminandro, al que se hizo venir a consulta desde Atamania, como Aníbal el cartaginés, al que se había mantenido al margen desde hacía
8 tiempo. Se debatió la cuestión del pueblo tesalio. A todos

[21] Cf. XXXIII 29.
[22] Cf. XXXV 50 s.
[23] Cf. XXXV 46, 5.
[24] Cf. XXXV 48, 8-9.

los presentes les parecía que había que sondear sus inten-
ciones. Sólo en un punto había diversidad de criterios: unos 9
opinaban que se debía actuar inmediatamente, y otros que
se debía esperar a que pasase el invierno, que estaba en-
tonces a mediados aproximadamente, y dejarlo para el co-
mienzo de la primavera; y unos opinaban que solamente
se debían mandar emisarios, y otros que se debía marchar 10
con todas las tropas y amedrentarlos si se mostraban vaci-
lantes.

Cuando el debate estaba centrado casi por completo 7
en torno a esta cuestión, Aníbal, al que se preguntó expre-
samente su opinión, llevó al rey y a los que estaban pre-
sentes a pensar en la guerra en su conjunto, con el siguien-
te discurso: «Si desde que pasamos a Grecia se me hubiera 2
invitado al consejo, cuando se debatiera acerca de Eubea
y de los aqueos y Beocia, yo habría expuesto el mismo
criterio que voy a expresar ahora que se trata de los
tesalios. En primer lugar, pienso que es preciso impul- 3
sar hacia una alianza militar a Filipo y los macedonios
por cualquier medio. Pues en lo concerniente a Eubea y 4
a los beocios y tesalios, ¿quién pone en duda que al no
tener fuerzas propias siempre adulan a los que están allí,
y para obtener el perdón utilizan como recurso ese mismo
temor que muestran para tomar una decisión, y que, en 5
cuanto hayan visto en Grecia un ejército romano, se volve-
rán hacia el poder imperial al que están acostumbrados,
y no se les considerará culpables de no haber querido expe-
rimentar la fuerza de tu presencia y de tu ejército estando
los romanos lejos como estaban? Por consiguiente, ¿no 6
es mucho más urgente y más importante que se una a
nosotros Filipo y no ellos? Una vez que éste se una a nues-
tra causa no tendrá más opción en el futuro y aportará
unas fuerzas que por sí solas fueron capaces recientemente

de contener a los romanos, y que no serán sólo un refuer-
7 zo en la guerra contra Roma. Si él se une a nosotros, y
que no se tomen a mal mis palabras, ¿cómo puedo dudar
del resultado cuando veo que los romanos van a ser ataca-
dos ahora precisamente por los mismos que constituyeron
8 su fuerza en contra de Filipo? Los etolios, que vencieron
a Filipo, como todos admiten, combatirán al lado de Fili-
9 po frente a los romanos; Aminandro y el pueblo de los
atamanes, cuya colaboración en aquella guerra fue la se-
gunda en importancia después de los etolios, formarán a
10 nuestro lado. Entonces tú no intervenías y Filipo llevaba
todo el peso de la guerra; ahora vais a hacer la guerra
dos poderosísimos reyes con las fuerzas de Asia y Europa
frente a un pueblo solo que, por no hablar de mi buena
y mala fortuna, ciertamente en la época de nuestros padres
no estuvo a la altura de uno solo de los reyes del Epiro,
el cual, por otra parte, en nada era comparable a vosotros.
11 Y bien, ¿qué razones tengo para confiar en la posibilidad
de que Filipo se una a nosotros? La primera, la comuni-
dad de intereses, que es el vínculo más sólido de una alian-
12 za; y la segunda, vosotros la avaláis, etolios. En efecto,
vuestro delegado Toante, aquí presente, entre los demás
argumentos habitualmente aducidos para traer a Antíoco
a Grecia siempre ha afirmado ante todo que Filipo protes-
taba y no se resignaba a que se le hubieran impuesto unas
condiciones de esclavitud bajo la apariencia de condiciones
13 de paz. En sus intervenciones incluso comparaba la rabia
del rey a la de una fiera encadenada o enjaulada ansiosa
de romper los barrotes. Si éstos son sus sentimientos, desa-
temos nosotros sus ataduras y rompamos sus barrotes para
que su cólera, largo tiempo represada, pueda desbordarse
14 contra los enemigos comunes. Y si nuestra embajada no
produce ningún efecto en él, pongamos por nuestra parte

los medios para evitar al menos que pueda unirse a nues-
tros enemigos si no somos capaces de conseguir que se una
a nosotros. Tu hijo Seleuco está en Lisimaquia. Si él, 15
con el ejército que tiene a su mando, atraviesa Tracia y
comienza a devastar los confines de Macedonia, consegui-
rá fácilmente que Filipo deje de prestar apoyo a los roma-
nos para defender sus posesiones por encima de todo.
Tienes mi opinión en lo que respecta a Filipo; lo que yo 16
pensaba acerca de la estrategia general de la guerra lo has
sabido desde el principio. Si se me hubiera escuchado en-
tonces, los romanos hubieran oído hablar no de la toma
de Cálcide en Eubea y del asalto a una posición fortificada
del Epiro [25], sino de una conflagración bélica en Etruria
y en las costas de Liguria y de la Galia Cisalpina, y de
que Aníbal estaba en Italia, cosa que temen por encima
de todo. Todavía ahora, mi criterio es que se haga venir 17
a todas las fuerzas navales y terrestres, y que sigan a la
flota las naves de carga con los suministros, pues así como
somos pocos aquí para las tareas de la guerra, también
somos demasiados en proporción a la escasez de aprovisio-
namientos. Una vez que hayas reunido todas tus fuerzas, 18
divide la flota, y que una parte permanezca fondeada en
Corcira para evitar que los romanos tengan el paso franco 19
y seguro; haz que la otra parte se traslade a las costas
de Italia que dan a Cerdeña y África; tú, con todas las
fuerzas de tierra, avanza hasta el territorio de Bulis [26];
desde allí dominarás Grecia haciendo creer a los romanos 20
que pretendes cruzar, y estarás dispuesto para hacerlo si
la situación lo requiere. Esto es lo que te aconsejo, y aun-
que no soy un experto en cualquier clase de guerras, lo

[25] Véase XXXV 51, 7 ss.

[26] La población estaba situada en el norte del Epiro cerca de Apolonia.

cierto es que a costa de mis propios éxitos y fracasos aprendí
21 a hacer la guerra contra los romanos. Para lo que yo he
aconsejado prometo mi colaboración leal y sin reservas.
Que los dioses den su aprobación a la propuesta que te
pareciere la mejor.»

Actividad de Antíoco: Tesalia, Larisa, Acarnania

8 Así fue, poco más o menos, el discurso
de Aníbal. Los presentes lo aplaudieron
en aquel momento pero no lo llevaron a
la práctica en la misma medida, pues no
se ejecutó ninguna de sus propuestas si
se exceptúa el hecho de enviar a Polixénidas para traer
2 de Asia una flota y tropas. Se enviaron delegados a Larisa
a la asamblea de los tesalios y se les señaló una fecha a
los etolios y a Aminandro para que se concentrara el ejér-
cito en Feras, adonde acudió también sin demora el rey
3 con sus tropas. Mientras esperaba allí a Aminandro y a
los etolios envió a Filipo de Megalópolis con dos mil hom-
bres a recoger los restos de los macedonios caídos en Ci-
noscéfalas, donde había llegado a su fin la guerra con
4 Filipo; o se lo aconsejó el propio Filipo de Megalópolis,
que buscaría el reconocimiento del pueblo macedonio y la
ojeriza contra el rey por haber dejado insepultos a sus sol-
dados, o le impulsó a hacerlo la vanidad innata en los re-
yes, dedicando su atención a un gesto aparentemente mag-
5 nánimo y en realidad vacío. Amontonando los restos que
estaban diseminados por todas partes se levantó un túmulo
que no suscitó gratitud alguna por parte de los macedonios
6 y sí engendró un profundo resentimiento en Filipo. Por
eso, éste, que hasta entonces estaba dispuesto a que la for-
tuna guiara sus decisiones, inmediatamente mandó aviso
al propretor Marco Bebio de que Antíoco había lanzado
una ofensiva contra Tesalia; que, si lo consideraba oportu-

no, abandonase los cuarteles de invierno y él iría a su encuentro para discutir juntos lo que procedía hacer.

Cuando Antíoco estaba ya acampado cerca de Feras, 9
donde se le unieron los etolios y Aminandro, se presentaron unos delegados de Larisa preguntando qué habían hecho o qué habían dicho los tesalios para que lanzara una ofensiva bélica contra ellos, y rogándole, al mismo tiem- 2
po, que retirara su ejército y discutiera con ellos por medio de embajadores cualquier cuestión que le pareciera. Simul- 3
táneamente, enviaron a Feras una guarnición de quinientos hombres mandados por Hipóloco [27]; éstos no pudieron pasar, pues las tropas del rey tenían ya bloqueados todos los caminos, y se retiraron a Escotusa. El rey respondió de 4
buenas maneras a los enviados de los lariseos que él había penetrado en Tesalia no para hacer la guerra sino para defender y asegurar la libertad de los tesalios. Mandó un 5
emisario a dar a los fereos una explicación parecida; éstos no dieron ninguna respuesta, y a su vez le enviaron al rey a Pausanias, su primer ciudadano, como interlocutor. Éste utilizó unos términos parecidos, pues la situación era 6
similar, a los empleados en favor de los calcidenses en la entrevista del estrecho del Euripo, y algunos incluso más duros; el rey los invitó a reflexionar una y otra vez antes 7
de tomar una decisión de la que, por ser demasiado cautos y previsores para el futuro, fueran a arrepentirse inmediatamente, y los despidió. Cuando informaron del resultado 8
de esta embajada a los fereos, lo cierto es que no dudaron ni un momento en afrontar, por lealtad hacia los romanos, cualquier cosa que acarrease la suerte de la guerra. Y así, 9
mientras que ellos se disponían a defender la ciudad con el mayor empeño, el rey iniciaba el ataque a las murallas

[27] Posiblemente, el *strategós* de los años 181/180.

por todos los lados a la vez; y como comprendía perfecta-
10 mente, pues ello no ofrecía dudas, que de la suerte de
la primera ciudad que atacase dependía el que en adelante
todo el pueblo tesalio le menospreciase o le temiese, infun-
dió pánico a los sitiados por todas partes y de todas las
11 maneras. Al principio aguantaron con bastante firmeza la
acometida de los asaltantes; después, como caían o eran
heridos muchos de los que defendían en primera línea, su
12 moral comenzó a flaquear. Llamados luego a persistir en
el empeño por las reconvenciones de sus jefes, abandona-
ron el exterior del recinto amurallado, pues sus tropas eran
ya insuficientes, y se replegaron a la zona central de la
ciudad, que estaba rodeada por una línea defensiva más
reducida; por último, superados por las dificultades y te-
merosos de que el enemigo no tuviera ninguna clemencia
13 si los tomaba por la fuerza, se rindieron. Después, el
rey, sin perder ni un instante mientras el pánico estaba
aún vivo envió cuatro mil hombres a Escotusa. También
aquí se produjo la rendición sin demora, a la vista del re-
14 ciente ejemplo de los fereos que, doblegados por la ad-
versidad, habían acabado por hacer aquello a lo que en
un principio se habían negado empecinadamente; con la
propia ciudad se rindieron Hipóloco y la guarnición de la-
15 riseos. El rey les dejó marchar indemnes a todos ellos,
porque estaba convencido de que este gesto tendría mucha
importancia con vistas a granjearse las simpatías de los
lariseos.

10 Llevadas a cabo estas operaciones en los diez días
siguientes a su llegada a Feras, marchó con todo su ejérci-
2 to a Cranón [28], que tomó nada más llegar. A continua-

[28] Perteneciente a la Pelagóstide, estaba al suroeste de Larisa, a unos veinte kilómetros.

ción se le rindieron Cierio y Metrópolis y los enclaves fortificados de sus alrededores. En esos momentos tenía en su poder toda la comarca a excepción de Atrace y Girtón [29]. Entonces decidió atacar Larisa, persuadido de que 3
el terror producido por la toma de las demás ciudades, la gratitud por haber dejado marchar a su guarnición, o el ejemplo de tantas ciudades que se rendían, harían que no siguiera obstinándose en su actitud. Mandó llevar los 4
elefantes delante de las enseñas para sembrar el pánico y avanzó hacia la ciudad en formación cerrada, de forma que una gran parte de los lariseos se debatía entre el temor a los enemigos presentes y la vergüenza ante los aliados ausentes. Por aquellos mismos días Aminandro con los 5
jóvenes atamanes ocupó el Pelineo [30], y Menipo, con tres mil etolios de a pie y doscientos de a caballo partió hacia Perrebia, tomó por asalto Malea y Cirecias y saqueó el territorio de Trípolis [31]. Tras llevar a cabo con gran ra- 6
pidez estas acciones regresaron junto al rey, a Larisa, y llegaron cuando estaba deliberando acerca de lo que convendría hacer con esta ciudad. En este caso las opiniones 7
estaban divididas; unos sostenían que se debía emplear la violencia y no dejar pasar el tiempo, atacando con máquinas y obras de asedio por todos los lados a la vez las murallas de la ciudad situada en el llano, con accesos abiertos y sin pendiente por todas partes. Otros hacían hincapié 8
por un lado en que las fuerzas de la ciudad no se podían comparar en absoluto con las de Feras, y por otro en que la estación invernal no era nada propicia para ninguna clase de operación militar y mucho menos para el asedio o

[29] Situada al norte de Larisa cerca del Peneo.

[30] Al oeste de Larisa.

[31] Población y territorio de la Estiótide, al este de Metrópolis.

9 el asalto a una ciudad. Cuando el rey estaba indeciso
entre el miedo y la esperanza, su moral se fortaleció al
coincidir que llegaron a entregar su ciudad unos enviados
10 de Fársalo. Entretanto Marco Bebio, tras un encuentro con
Filipo en Dasarecia, puesto de acuerdo con él envió a de-
fender Larisa a Apio Claudio; éste atravesó Macedonia a
marchas forzadas y llegó hasta la cima de las montañas
11 que dominan Gonos. Esta ciudad está situada a veinte
millas de Larisa, a la entrada misma [32] del desfiladero lla-
mado Tempe. Allí, tomando medidas para un campamen-
to mayor de lo que correspondía al número de sus tropas
y encendiendo más hogueras de las que se precisaban, hizo
que el enemigo creyera, como él pretendía, que se encon-
traba allí todo el ejército romano junto con el rey Filipo.
12 Por ello, el rey, poniendo ante los suyos como excusa
la inminencia del invierno, se detuvo sólo un día y se alejó
de Larisa regresando a Demetríade; los etolios y los ata-
13 manes se retiraron a su territorio. Apio, aun viendo que
se había levantado el asedio, que era el objetivo con que
había sido enviado, descendió sin embargo hasta Larisa
con el objeto de fortalecer la moral de los aliados con vis-
14 tas al futuro. Éstos tenían un doble motivo de satisfacción,
porque habían salido los enemigos de su territorio y por-
que veían una guarnición romana dentro de sus murallas.

11 El rey marchó [33] de Demetríade a Cálcide. Enamorado
de una joven calcidense hija de Cleoptólemo, por media-
ción de terceros en un principio y personalmente después
2 agobió con sus ruegos al padre, que se resistía a entrar
en relación con un nivel social demasiado gravoso para
su fortuna; al fin consiguió su propósito, celebró la boda

[32] En realidad a unos cuatro Km.

[33] Traducción de *profectus,* omitido en el texto.

como si se estuviera en plena paz y, olvidándose de los dos grandes proyectos que había emprendido simultáneamente, la guerra contra Roma y la liberación de Grecia, y dejando a un lado cualquier otra preocupación, pasó el resto del invierno en banquetes, en los placeres que siguen a la bebida, y en el sueño que viene después más por hartazgo que por satifacción. Igualmente, la molicie 3
se adueñó en todas partes de todos los prefectos del rey que habían quedado al mando de los campamentos de invierno, pero sobre todo en Beocia; a ella se entregaron también los soldados, y ninguno de ellos se ponía la armadura ni hacía las guardias y centinelas ni hacía nada que 4
tuviese que ver con tareas u obligaciones militares. Y así, 5
cuando a principios de la primavera atravesó la Fócide y llegó a Queronea, donde había dado orden de que viniera a concentrarse todo el ejército desde todas partes, fácilmente se dio cuenta de que los soldados habían pasado el invierno bajo una disciplina tan poco estricta como la de su jefe. Ordenó a Alejandro de Acarnania y a Menipo 6
de Macedonia que condujeran las tropas desde allí a Estrato [34], en Etolia, y él, después de ofrecer en Delfos un sacrificio a Apolo avanzó hasta Naupacto. Tras celebrar un 7
consejo con los dirigentes etolios, siguiendo la carretera que lleva a Estrato pasando por Calidón [35] y Lisimaquia se fue al encuentro de los suyos que venían por el golfo Malíaco. En Estrato un jefe de los acarnanios llamado 8
Mnasíloco, comprado con multitud de regalos, se dedicaba personalmente a ganar a la gente para la causa del rey,

[34] En un principio Estrato había pertenecido a Acarnania, pero había sido *transferida* a los etolios en el reparto entre éstos y Alejandro, el hijo de Pirro (Polibio, II 45 y IX 34).

[35] En la Etolia meridional, al oeste de Naupacto.

e incluso había atraído a su proyecto al pretor Clito [36],
9 que ejercía entonces la máxima autoridad. Viendo éste que no le era fácil poder arrastrar a la defección a los habitantes de Léucade, la principal ciudad de Acarnania, debido a su temor a la flota romana que mandaba Atilio y que estaba en las cercanías de Cefalania, los abordó a
10 base de astucia. En efecto, cuando dijo en la asamblea que era preciso defender la Acarnania del interior y que todos los que podían portar armas debían partir hacia Medión y Tirreo [37] para evitar que las ocupasen Antíoco o
11 los etolios, hubo quienes señalaban que no tenía ningún sentido movilizar precipitadamente a todo el mundo, que bastaba con un destacamento de quinientos hombres. Conseguido este contingente situó trescientos hombres en Medión y doscientos en Tirreo, y lo hizo con el propósito de que cayeran en poder del rey para utilizarlos como rehenes más adelante.

12 Por la misma época llegaron a Medión unos emisarios del rey. Después de escucharlos se debatió en una asam-
2 blea qué respuesta dar al rey. Como unos sostenían que se debía despreciar la amistad del rey, se estimó que la propuesta de Clito era una solución intermedia y por eso
3 fue aceptada: enviar embajadores al rey y pedirle que permitiera a los medionios debatir tan importante cuestión
4 en la asamblea de los acarnanes. Mnasíloco y sus partidarios, incluidos con toda intención en aquella embajada, enviaron en secreto mensajeros al rey para indicarle que acercara sus tropas mientras ellos trataban de ganar tiempo.
5 Y así, apenas habían salido éstos cuando Antíoco se en-

[36] No hay otras referencias sobre éste.

[37] Ambas en la Acarnania septentrional, Tirreo a pocos Km. al noroeste de Medión.

contraba ya en el territorio y muy pronto ante las puertas, y mientras los que no estaban al tanto de la traición eran presa del pánico y llamaban atropelladamente a las armas a la juventud, Clito y Mnasíloco lo introdujeron en la ciu-
dad. Y en tanto unos afluían por su propia voluntad, 6
incluso los que no estaban de acuerdo se congregaron en torno al rey empujados por el miedo. Con palabras calmó sus temores, y algunos pueblos de Acarnania, esperanzados por lo que se comentaba acerca de su clemencia, se
pasaron a él. Desde Medión marchó a Tirreo, adonde 7
mandó por delante a Mnasíloco y los embajadores. Por otra parte, el descubrimiento de la trampa utilizada en Medón hizo a los tirrenses más cautos, no más medrosos,
pues sin la menor ambigüedad respondieron que no acep- 8
tarían ninguna nueva alianza sin el consentimiento de los generales romanos y después cerraron las puertas y situa-
ron hombres armados sobre las murallas. En un momento 9
muy oportuno para fortalecer la moral de los acarnanes, Gneo Octavio, que había sido enviado por Quincio y se había hecho cargo del destacamento y las pocas naves de Aulo Postumio [38], a quien el legado Atilio había puesto
al mando de Cefalania, llegó a Léucade y llenó de esperan- 10
za a los aliados con la noticia de que el cónsul Manio Acilio había cruzado ya el mar con sus legiones y que había
un campamento en Tesalia. Como la época del año, propi- 11
cia ya para la navegación, hacía verosímil esta noticia, el rey dejó un destacamento en Medión y en algunas otras plazas de Acarnania, se retiró de Tirreo y retornó a Cálcide pasando por las ciudades de Etolia y de la Fócide.

[38] Probablemente Postumio Albino, el que sería pretor en el año 185, cónsul en el 180 y censor en el 174.

Contraofensiva en Tesalia

13 Hacia la misma época, Marco Bebio
y el rey Filipo, que ya se habían reunido
antes durante el invierno en el territorio
de los dasarecios, tras haber enviado a
Tesalia a Apio Claudio para liberar La-
2 risa del asedio, regresaron a los cuarteles de invierno
porque la estación no era propicia para el desarrollo de
operaciones militares, y al inicio de la primavera reunieron
3 sus tropas y bajaron a Tesalia. Antíoco se encontraba
entonces en Acarnania. Al llegar, Filipo atacó Malea, en
Perrebia, y Bebio, Facio, que tomó casi al primer asalto,
4 conquistando después Festo [39] con la misma rapidez. Luego
se retiró a Atrace y desde allí ocupó Cirecias y Ericio [40],
dejó guarniciones en las plazas ocupadas y se reunió de
5 nuevo con Filipo, que estaba asediando Malea. A la lle-
gada del ejército romano se rindieron los sitiados, bien por
temor a estas fuerzas o bien porque esperaban clemencia;
ellos, con sus tropas reunidas, marcharon a reconquistar
6 las plazas que habían ocupado los atamanes, que eran
éstas: Eginio, Ericinio, Gonfos, Silana [41], Trica, Melibea
7 y Faloria. A continuación pusieron cerco a Pelineo, donde
se encontraba Filipo de Megalópolis con una guarnición
de quinientos hombres de infantería y cuarenta de caballe-
ría, y antes de lanzar el asalto enviaron mensajeros a Fili-
po para aconsejarle que no intentase probar su fuerza has-
8 ta el final. Él les respondió con bastante altivez que se
habría fiado de los romanos o de los tesalios, pero que
9 no se pondría en manos de Filipo. Una vez que quedó
patente que habría que recurrir a la fuerza, como parecía

[39] Cerca del Peneo, al norte.

[40] En Perrebia junto al Titaresio, afluente del Peneo.

[41] No hay otras referencias que aclaren su localización.

que se podía atacar también Limneo [42] simultáneamente, se acordó que el rey fuese a Limneo y Bebio se quedó para sitiar Pelineo.

Casualmente, por aquellas fechas el cónsul Manio 14
Acilio había cruzado ya el mar con veinte mil soldados de infantería, dos mil jinetes y quince elefantes; dio orden a los tribunos militares de marchar con la infantería a Larisa, y él, con la caballería, fue a reunirse con Filipo en
Limneo. A la llegada del cónsul se produjo la rendición 2
sin dudarlo, siendo entregada la guarnición real y los ata-
manes junto con ella. De Limneo, el cónsul marchó a 3
Pelineo. Allí se rindieron primero los atamanes y después
también Filipo de Megalópolis. Dio la coincidencia de 4
que al dejar éste la guarnición se encontró con él el rey Filipo y en son de burla dio orden de saludarlo como rey; luego, personalmente se dirigió a él llamándolo hermano,
una broma nada acorde con su majestad [42bis]. Conducido 5
más tarde a presencia del cónsul, éste dio orden de ponerlo bajo custodia y poco después lo envió a Roma encadenado. El resto de los atamanes y los soldados del rey Antíoco que habían formado parte de las guarniciones de las plazas rendidas durante aquellos días fueron entregados al rey Fi-
lipo; eran cuatro mil hombres aproximadamente. El cónsul 6
marchó a Larisa, con la intención de discutir allí las líneas generales de la guerra. Durante la marcha, salieron a su encuentro enviados de Cierio y Metrópolis para entregarle
sus ciudades. Filipo trató con especial indulgencia a los 7
prisioneros atamanes para ganarse a su pueblo a través de ellos, y como abrigaba esperanzas de apoderarse de Atamania llevó su ejército en aquella dirección enviando por

[42] Al este de Trica, en la margen derecha del Peneo.

[42bis] Sobre el carácter de Filipo, ver XXXII 34, 3.

8 delante a los prisioneros a sus respectivas ciudades. Por
un lado, éstos influyeron mucho entre sus paisanos al re-
saltar la clemencia y la generosidad del rey para con ellos,
9 y por otro, Aminandro, que con su majestad hubiera man-
tenido leales a algunos de haber estado presente, temiendo
ser entregado a Filipo, su antiguo enemigo, y a los roma-
nos, justamente irritados entonces con él a causa de su
traición, abandonó el reino con su mujer y sus hijos y se
trasladó a Ambracia. De esta forma toda Atamania cayó
10 bajo la autoridad y el dominio de Filipo. El cónsul se
detuvo en Larisa algunos días principalmente para dar des-
canso a los animales de carga, agotados por la travesía
marítima y las marchas posteriores, y con un ejército co-
mo nuevo gracias al breve descanso siguió la marcha hasta
11 Cranón. A su paso se rindieron Fársalo, Escotusa y Feras,
así como los soldados de Antíoco que se encontraban allí
de guarnición. Preguntó quiénes de ellos querían quedarse
con él, entregó a Filipo los mil que quisieron y envió a
12 los demás a Demetríade desarmados. A continuación recu-
peró Proerna [43] y las posiciones fortificadas de sus alrede-
dores, y después inició la marcha directamente hacia el golfo
Malíaco. Cuando se acercaba a las gargantas sobre las que
está situada Táumacos, toda la juventud tomó las armas,
abandonó la ciudad, se apostó en los bosques y caminos,
y desde las alturas lanzó sus ataques contra la columna
13 romana. El cónsul mandó primero hombres para hablar
con ellos de cerca y disuadirlos de semejante locura; des-
pués, en vista de que persistían en su actitud, destacó a
un tribuno con los soldados de dos manípulos, cortó a los
hombres armados el acceso a la ciudad y la tomó vacía.
14 Entonces, al oír a su espalda los gritos que provenían de

[43] Entre Fársalo y Táumacos, aunque hay dudas sobre su identificación.

la ciudad ocupada, los que estaban emboscados salieron de todas partes y se produjo una matanza. Al día si- 15 guiente marchó de Táumacos el cónsul hasta el río Esperqueo y desde allí saqueó los campos de los hipateos [44].

La batalla de las Termópilas

Mientras se desarrollaban estos acon- 15 tecimientos, Antíoco se encontraba en Cálcide, percatándose al fin de que no había conseguido nada en Grecia aparte de unos agradables cuarteles de invierno en Cálcide y un humillante casamiento. Comenzó entonces 2 a lamentarse de las vanas promesas de los etolios y a acusar a Toante, mientras que a Aníbal lo admiraba no sólo como hombre previsor sino casi como vaticinador de todo lo que estaba ocurriendo. No obstante, para no acabar de arruinar con la falta de acción una empresa en la que se había metido precipitadamente, envió mensajeros a los etolios para que movilizaran a toda la juventud y se concentraran en Lamia. También él mismo marchó allí al frente 3 de diez mil soldados de infantería, cifra que completó con los que habían llegado de Asia después, y quinientos jinetes. Pero el número de los reunidos allí era bastante infe- 4 rior al de todas las ocasiones anteriores; estaban sólo los dirigentes con unos pocos clientes, y decían que habían puesto todo el cuidado en hacer que acudiese el mayor número posible de sus ciudades, pero que ni su autoridad 5 ni su influencia ni su poder habían pesado frente a los que rechazaban el servicio militar. Falto de apoyos por todos lados tanto por parte de los suyos, reacios a salir de Asia, como de sus aliados, que no proporcionaban aquello que habían prometido cuando lo habían llamado, se retiró

[44] Hípata, que formó parte de la Liga Etolia, estaba situada sobre el valle del Esperqueo.

6 al desfiladero de las Termópilas [45]. Esta cadena montañosa divide Grecia en dos, como hace con Italia la cordillera
7 de los Apeninos. Frente al desfiladero de las Termópilas, mirando al norte, se encuentran el Epiro, Perrebia, Magnesia, Tesalia, la Ftiótide de Acaya y el golfo Malíaco;
8 al otro lado del desfiladero, mirando hacia el sur, están la mayor parte de Etolia. Acarnania, la Fócide junto con la Lócride, Beocia y unida a ella la isla de Eubea, y la tierra del Ática adentrándose en el mar como un promon-
9 torio; y situado a la espalda, el Peloponeso. Esta cordillera, que se extiende desde Léucade [46] y el mar que queda a occidente, atravesando Etolia, hasta el otro mar situado a oriente, tiene tramos tan abruptos y obstáculos rocosos tales que no resulta fácil encontrar ningún sendero por donde pasar no ya los ejércitos sino incluso los solda-
10 dos de equipo ligero. En el extremo oriental están los montes llamados Eta [47]; el más alto de ellos se llama Calídromo [48], y en la depresión que hay al pie del mismo, en dirección al golfo Malíaco, hay un camino de no más de
11 sesenta pasos de ancho [49]. Ésta es la única senda militar por donde puede pasar un ejército si no hay nadie para
12 impedírselo. Por eso unos llaman Pilas [50] a este lugar, y otros, debido a que hay aguas termales en el propio desfi-

[45] Sobre la topografía de las Termópilas puede verse W. K. Prichett, *Studies in Ancient Greek Topography*, Berkeley, 1965, I, págs. 715 ss.

[46] Optamos por la variante *Leucade* en lugar de *Leucate*.

[47] Aquí Eta se refiere a la cadena montañosa del oeste de las Termópilas. En otros casos aparece referida a la montaña situada al oeste del Asopo.

[48] Parte de la cadena, entre el Asopo y las Termópilas.

[49] Como es sabido, la anchura del paso entre la montaña y el mar fue aumentando debido a los arrastres del Esperqueo. Heródoto (VII 176) alude a una anchura bastante más reducida.

[50] Puertas, en griego.

ladero, Termópilas, y es famoso por la muerte de los lacedemonios frente a los persas, más memorable que la batalla.

Bien distinto era el estado de ánimo de Antíoco en 16
esta ocasión cuando, después de establecer el campamento entrada adentro de dicho lugar, añadía defensas para obstaculizar el paso: lo fortificó todo con doble empalizada y foso e incluso con un muro donde la situación lo requería, empleando las piedras que había tiradas en gran abun- 2
dancia por todas partes; después, plenamente confiado en 3
que el ejército romano jamás atacaría por allí, envió una parte de los cuatro mil etolios —pues esa era la cifra que se había reunido— a ocupar, como guarnición, Heraclea [51], que está situada justo antes del desfiladero, y otra parte 4
la envió a Hípata, pues estaba convencido de que el cónsul atacaría Heraclea, y por otro lado estaban llegando ya muchas noticias de que estaban siendo devastados totalmente los alrededores de Hípata. El cónsul devastó primero el 5
territorio de Hípata y luego el de Heraclea, resultando ineficaz en ambos casos la ayuda de los etolios, y después acampó en el desfiladero mismo, junto a las fuentes termales, enfrente del rey. Los dos destacamentos de etolios se encerraron en Heraclea. Antíoco, que antes de ver al 6
enemigo consideraba suficientemente fortificados y cubiertos por tropas todos los puntos de su posición, cogió miedo a que el romano descubriera entre las crestas que se alzaban en torno algún sendero por donde pasar; se decía, 7
en efecto, que en otra ocasión los lacedemonios habían sido rebasados así por los persas, y más recientemente, Filipo por los propios romanos [52]. Por eso envió a Heraclea 8

[51] Situada a unos ocho Km. de las Termópilas, al oeste. Fundada en el año 426. En 22, 5 se dan detalles sobre su emplazamiento.

[52] En el Áoo, en el año 198 (XXXII 11-12).

un mensaje a los etolios para que le proporcionasen en
aquella guerra cuando menos la ayuda de ocupar y blo-
quear las cimas de los montes de alrededor, de suerte que
9 los romanos no pudiesen pasar por ningún sitio. Cuando
los etolios oyeron este mensaje, surgieron disensiones entre
ellos. Unos estimaban que se debía obedecer la orden del
10 rey y acudir, y otros, que había que permanecer en Hera-
clea a la espera de cualquiera de los dos resultados, para
tener dispuestas tropas frescas con que prestar ayuda a sus
ciudades vecinas si el rey era vencido por el cónsul, y si
él resultaba vencedor, para perseguir a los romanos cuan-
11 do huyesen en desbandada. Unos y otros mantuvieron su
criterio e incluso pusieron en práctica su propuesta: dos
mil se quedaron en Heraclea, y los otros dos mil, reparti-
dos en tres grupos, ocuparon el Calídromo, el Roduncia
y el Tiquiunte, que así se llaman las crestas.

17 Cuando el cónsul vio que estaban ocupadas por los
etolios las alturas, envió a los legados consulares [53] Marco
Porcio Catón y Lucio Valerio Flaco con dos mil hombres
escogidos de infantería cada uno a los puntos fuertes de
los etolios: Flaco al Roduncia y al Tiquiunte, y Catón al
2 Calídromo. Él, antes de hacer avanzar las tropas contra
el enemigo, convocó a los soldados a una asamblea y les
dirigió una breve arenga: «Veo, soldados, que hay entre
vosotros muchos, de todas las graduaciones, que han mili-
tado en esta misma provincia bajo el mando y los auspi-
3 cios de Tito Quincio. Durante la guerra macedónica, el
desfiladero del río Áoo era más difícil de salvar que éste;
4 efectivamente esto es una puerta, y es la única vía de
acceso digamos natural entre los dos mares, todas las de-
más están cerradas. Entonces había defensas en puntos más

[53] Habían sido cónsules en el año 195, y serían censores en el 184.

estratégicos y además más sólidas; aquel ejército enemigo
era más numeroso y bastante superior por la calidad de
sus hombres; en aquel caso había, en efecto, macedones, 5
tracios e ilirios, pueblos muy belicosos todos ellos; aquí
hay sirios y griegos asiáticos, gentes de ínfima categoría
nacidas para la esclavitud. Aquél era un rey muy aguerri- 6
do, experimentado ya desde su juventud en guerras con
sus vecinos de Tracia y de Iliria y de todo el entorno; éste,
por no hablar del resto de su vida, es el hombre que 7
pasó de Asia a Europa para hacer la guerra al pueblo ro-
mano, y lo más memorable que hizo durante todo un in-
vierno fue enamorarse y casarse con una mujer de una ca-
sa privada, de familia desconocida incluso entre sus com-
patriotas, y que estando recién casado y digiriendo aún,
por decirlo así, el banquete de bodas, salió a combatir;
su mayor fuerza y sus mayores esperanzas eran los etolios, 8
el pueblo más irresponsable y más desagradecido, como
comprobasteis primero vosotros y ahora Antíoco. En efecto, 9
ni fueron muchos los que acudieron, ni fueron capaces de
mantenerse dentro del campamento, están enfrentados en-
tre sí, y después de reclamar con insistencia la defensa de
Hípata y Heraclea no defendieron ninguna de las dos, se
han refugiado en la cima de las montañas y una parte de
ellos se ha encerrado en Heraclea. El propio rey ha re- 10
conocido que no se atrevía no ya a medirse en una batalla
en campo abierto en ninguna parte sino ni siquiera a esta-
blecer su campamento en lugar descubierto, y dejando an-
te sí toda la zona que se jactaba de habernos arrebatado
a nosotros y a Filipo, se escondió entre las rocas; ni siquie-
ra situó el campamento a la entrada del desfiladero, como 11
hicieron en otro tiempo los lacedemonios, según cuentan,
sino que lo retiró bien adentro. ¿Qué diferencia hay, como
manifestación de miedo, entre esto y encerrarse tras los

12 muros de una ciudad para sufrir un asedio? Pero no les van a servir de protección ni a Antíoco las quebradas ni a los etolios las cumbres que han ocupado. Se han tomado medidas y precauciones suficientes en todos los sentidos para que durante la batalla sólo tengáis en contra al ene-
13 migo. Debéis tener presente la idea de que no combatís únicamente por la libertad de Grecia —aunque también sería un brillante título liberarla ahora de los etolios y de Antíoco después de haberla liberado anteriormente de Filipo—, y que no sólo pasará a ser recompensa vuestra
14 lo que hay ahora en el campamento del rey, sino que será también botín todo ese material que se espera de Éfeso de un día para otro; y después abriréis al dominio de Roma, Asia y Siria y todos los riquísimos reinos que
15 hay hasta donde nace el sol. ¿Qué faltará a partir de entonces para que desde Cádiz hasta el Mar Rojo [54] tengamos como límite el Océano que abraza y delimita el orbe entero, y para que todo el género humano reverencie, des-
16 pués de los dioses, el nombre de Roma? Preparaos mentalmente para ser dignos de estas recompensas tan importantes, a fin de que mañana, con la ayuda benevolente de los dioses, libremos la batalla decisiva.»

18 Los soldados, al marchar de esta asamblea, prepararon sus armas defensivas y ofensivas antes de reponer fuerzas. Al despuntar el día se izó la señal de combate y el cónsul formó al ejército en orden de batalla con un frente poco abierto, a tenor de la configuración y la estrechez del terre-
2 no. El rey, nada más avistar las enseñas del enemigo, sacó también él sus tropas. Colocó parte de la infantería ligera en primera posición, delante de la empalizada; a con-

[54] Referido aquí a lo que es hoy el Golfo Pérsico, entendido entonces como límite del mundo habitado.

tinuación, como bastión alrededor mismo de las defensas, situó lo mejor de los macedonios, los llamados sarisóforos [55]. Junto a éstos, en el flanco izquierdo, al pie mismo 3
de la montaña colocó una unidad de lanzadores de venablos, arqueros y honderos, con la misión de hostigar el flanco descubierto del enemigo desde su posición más elevada. Desde la derecha de los macedonios hasta el final 4
mismo de las fortificaciones, donde el fango pantanoso y las arenas movedizas cierran una zona intransitable hasta el mar, colocó los elefantes con la habitual protección armada; detrás de ellos, la caballería, y a continuación, dejando un breve espacio, el resto de las tropas en la segunda línea. Los macedonios situados delante de la empalizada, 5
al principio contenían sin dificultad a los romanos que intentaban la penetración por todas partes, y contaban con la valiosa ayuda de los que, desde su posición más elevada, disparaban con sus hondas una lluvia de proyectiles así como flechas y venablos; luego, cuando la presión de 6
los enemigos fue a más y se hizo incontenible, fueron desalojados de su posición y retrocedieron, conservando la formación, hasta dentro de las fortificaciones, y desde el vallado formaron una especie de segunda empalizada tendiendo por delante sus picas. Además, la altura de la 7
empalizada era tan reducida que de una parte proporcionaba a los suyos una posición de combate más elevada, y de otra, debido a la longitud de las lanzas, mantenía al enemigo debajo a su merced. Muchos fueron atravesa- 8
dos al escalar temerariamente la empalizada; y se habrían retirado tras fracasar en su intento o habrían sido más los caídos si no hubiera aparecido sobre la colina que dominaba el campamento Marco Porcio, que venía de la cima

[55] Cf. la descripción de XXXII 17, 13 (y Polibio, XVIII 19, 2).

del Calídromo tras desalojar de ella a los etolios y dar muer-
te a la mayor parte, pues los había cogido desprevenidos
cuando muchos de ellos estaban dormidos.
19 Flaco no había tenido la misma suerte en el Tiquiunte
y el Roduncia, posiciones a las que había intentado en va-
2 no llegar. Los macedonios y los demás que se encontraban
en el campamento del rey, al principio, mientras sólo se
distinguía a lo lejos una masa en movimiento, creyeron
que los etolios habían visto a distancia la batalla y venían
3 en su ayuda; pero cuando se percataron de su equivocación
al identificar desde cerca las enseñas y las armas, les entró
de repente tal pánico que arrojaron las armas y huyeron.
4 Los perseguidores se vieron obstaculizados por las fortifi-
caciones, por la angostura del valle que era preciso atrave-
sar en la persecución, y sobre todo porque al final de la
columna iban los elefantes, y resultaba difícil para los de
a pie e imposible para los de a caballo rebasarlos, pues
los caballos se espantaban y provocaban entre ellos una
5 confusión mayor que en un combate. Además, el saqueo
del campamento llevó su tiempo. A pesar de todo, aquel
6 día persiguieron al enemigo hasta Escarfea. Aparte de
dar muerte o capturar a muchos hombres y caballos du-
rante la propia persecución, también mataron a los elefan-
tes que no habían podido capturar, y después regresaron
7 al campamento. Éste había sido atacado aquel día, justa-
mente durante la batalla, por los etolios de la guarnición
que ocupaba Heraclea, sin que el intento, de una osadía
8 considerable, diera el menor resultado. Durante el tercer
relevo de la guardia de la noche siguiente el cónsul envió
por delante a la caballería en persecución del enemigo, y
al amanecer puso en movimiento las enseñas de las legio-
9 nes. El rey llevaba bastante ventaja, pues hasta llegar a
Elacia no detuvo su desenfrenada carrera; allí reagrupó a

los supervivientes de la batalla y de la huida, y con un reducidísimo grupo de hombres casi desarmados se refugió en Cálcide. La caballería romana, por cierto, no dio 10
alcance al rey mismo en Elacia, pero cayó sobre gran parte de sus hombres cuando se detenían extenuados o se dispersaban y extraviaban, cosa lógica ya que huían sin guías por rutas que no conocían. Y de todo el ejército sólo se 11
salvaron los quinientos que acompañaron al rey, cifra bien exigua incluso en el caso de que fueran diez mil los hombres con que el rey pasó a Grecia como hemos escrito siguiendo a Polibio. ¿Qué decir si creemos a Valerio Anciate 12
cuando escribe que había sesenta mil soldados en el ejército del rey, que cayeron cuarenta mil de ellos y que fueron capturados más de quince mil junto con doscientas treinta enseñas militares? Los romanos tuvieron ciento cincuenta bajas en la batalla propiamente dicha y no más de cincuenta en la defensa contra el asalto de los etolios.

Episodios posteriores a la batalla

Cuando el cónsul marchaba al frente 20
de su ejército a través de la Fócide y de Beocia, los habitantes de las ciudades que se sentían culpables de rebelión estaban de pie ante las puertas con ramos de suplicantes por miedo a ser saqueados como si fueran enemigos. Pero durante todos aquellos días siguió su marcha 2
la columna sin causar ningún daño, como si se tratara de un territorio pacificado, hasta llegar al territorio de Coronea. Allí provocó sus iras una estatua del rey Antíoco 3
erigida en el templo de Minerva Itonia [56], y se dio permiso a los soldados para devastar las tierras de alrededor del templo. Después se pensó que al haber sido erigida la estatua por una decisión tomada por todos los beocios no esta-

[56] Porque tenía un templo en Itón.

ba bien ensañarse únicamente con el territorio de Coronea.
4 Inmediatamente se hizo volver a los soldados y se puso fin al saqueo. Los beocios sólo fueron reprendidos de palabra por su ingratitud hacia los romanos cuando les habían prestado tantos y tan recientes servicios.

5 Justamente durante el transcurso de la batalla había diez naves reales, mandadas por el prefecto Isidoro, fondeadas cerca de Tronio, en el golfo Malíaco. En ellas se había refugiado gravemente herido Alejandro de Acarnania, portador de la noticia de la derrota; en la primera reacción de pánico, los navíos se dirigieron de allí a Ceneo [57], en Eubea. Allí murió y recibió sepultura Alejan-
6 dro. Tres naves que habían salido de Asia con rumbo a aquel mismo puerto retornaron a Éfeso al enterarse de la derrota de su ejército. Isidoro hizo la travesía de Ceneo a Demetríade, por si acaso la huida llevaba al rey en aque-
7 lla dirección. Por las mismas fechas, el prefecto de la flota romana Aulo Atilio interceptó un importante convoy real cuando había rebasado ya el estrecho que está junto a la isla de Andros; hundió parte de las naves, y otras
8 las capturó; las que iban al final viraron poniendo rumbo a Asia. Atilio regresó a su punto de partida, el Pireo, con el convoy de las naves capturadas y repartió trigo en gran cantidad entre los atenienses y otros aliados de la misma comarca.

21 Antíoco partió de Cálcide cuando el cónsul estaba al llegar, poniendo rumbo a Teno [58] primeramente y cruzan-
2 do después a Éfeso. A la llegada del cónsul a Cálcide se le abrieron las puertas, pues Aristóteles, el prefecto del rey,

[57] El cabo situado en el extremo noroccidental de Eubea (Cabo Lithada).

[58] Al sureste de Andros.

había abandonado la ciudad cuando él se acercaba. Las 3
demás ciudades de Eubea se rindieron también sin oponer
resistencia, y pocos días después, con toda la zona pacificada por completo sin daño para ninguna ciudad, el ejército fue conducido de nuevo a las Termópilas, siendo más
digno de elogio por su moderación después de la victoria
que por la victoria misma. Luego, el cónsul envió a Roma 4
a Marco Catón con el objeto de que el senado y el pueblo
romano pudiesen conocer a través de un testigo autorizado
las acciones llevadas a cabo. Éste, desde Creúsa [59], centro 5
mercantil de los tespienses retirado al fondo del golfo de
Corinto, se dirigió a Patras [60], en Acaya; desde Patras bordeó las costas de Etolia y Acarnania hasta Corcira, y así
cruzó a Hidrunto [61], en Italia. Desde allí, en una rapidí- 6
sima marcha por tierra, llegó a Roma al

Roma: Escipión y Catón informan al senado

quinto día. Entró en la ciudad antes del
alba, y desde la puerta se fue directamente
al encuentro del pretor Marco Junio [62].
Éste convocó al senado al amanecer. 7
Lucio Cornelio Escipión, enviado por el cónsul algunos
días antes, se enteró al llegar de que Catón se le había
adelantado y estaba en el senado, y allá se presentó cuando aquél estaba haciendo una exposición de los hechos llevados a cabo. Posteriormente, los dos delegados se presen- 8
taron ante la asamblea del pueblo por indicación del senado y le expusieron lo mismo que al senado acerca de las
operaciones desarrolladas en Etolia. Se decretó un triduo 9

[59] El puerto de Tespias, en Beocia.

[60] Uno de los miembros originarios de la Liga Aquea.

[61] Puerto salentino (Otranto).

[62] Bruto, el pretor urbano, que cumple determinadas funciones cuando están ausentes los cónsules.

de acción de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas adultas que el pretor ofrecería a los dioses que estimase
10 oportuno. Por las mismas fechas también hizo su entrada en Roma recibiendo los honores de la ovación Marco Fulvio Nobílior, que había marchado a Hispania hacía dos
11 años como pretor. Desfiló llevando ante sí ciento treinta mil monedas de plata acuñada con la *biga* y, además de las monedas, doce mil libras de plata y ciento veintisiete de oro.

Grecia: asedio de Heraclea

22 El cónsul Acilio, desde las Termópilas, mandó un mensaje a los etolios, a Heraclea, diciéndoles que al menos ahora que habían comprobado la poca seriedad del rey, recapacitasen, entregasen Heraclea y pensasen en pedir perdón al senado por su desatino o
2 por su error; que también las demás ciudades de Grecia durante aquella guerra habían abandonado la causa de los romanos, que tanto habían hecho por ellos, pero en vista de que después de la huida del rey, en el que habían depositado su confianza faltando a su deber, no habían añadido el empecinamiento a su falta, habían sido acogidas de
3 nuevo bajo la protección de Roma; incluso los etolios, aunque no habían secundado al rey, mas lo habían llamado y habían sido no aliados pero sí promotores de la guerra, si eran capaces de arrepentirse, podían salir indemnes.
4 Estas consideraciones no recibieron una respuesta de paz, y estaba claro que habría que decidir la cuestión con las armas y que una vez vencido el rey quedaba por hacer del todo la guerra con los etolios; entonces el cónsul trasladó de las Termópilas a Heraclea su campamento y aquel mismo día dio una vuelta completa en torno a las murallas
5 de la ciudad para estudiar su emplazamiento. Heraclea está situada en la base del monte Eta, en la llanura, y tiene

una ciudadela que se alza sobre una altura cortada a pico
por todos lados. Después de observar atentamente todo 6
lo que era preciso conocer, decidió atacar la ciudad por
cuatro puntos simultáneamente. Por el lado del río Aso- 7
po [63], donde se encuentra el gimnasio, puso a Lucio Vale-
rio al frente de los trabajos del asedio. Encomendó a Tibe-
rio Sempronio Longo el ataque a la parte situada fuera
de las murallas, casi más poblada que la propia ciudad.
En la dirección del golfo Malíaco, por donde no era 8
fácil el acceso, situó a Marco Bebio; y en dirección a otro
riachuelo que llaman Mélana, enfrente del templo de Dia-
na, situó a Apio Claudio. Gracias al empeño que éstos 9
pusieron, las torres, los arietes y todos los demás ingenios
de asedio de las ciudades estuvieron listos en pocos días.
Por una parte, el suelo de Heraclea, pantanoso todo él 10
y cubierto de grandes árboles, proporcionaba abundancia
de madera para toda clase de trabajos, y por otra, las 11
casas que había en los arrabales de la ciudad, abandona-
das al haberse refugiado los etolios en el interior del recin-
to amurallado, proporcionaban para diversos usos tantos
maderos y tablas como ladrillo y piedras de diferentes ta-
maños talladas y sin tallar.

De hecho los romanos recurrían a los trabajos de 23
asedio más que a las armas para atacar la ciudad, y los
etolios, por el contrario, se defendían con las armas.
En efecto, cuando el ariete batía los muros, no lo en- 2
ganchaban con lazos para desviar los golpes, como es ha-
bitual, sino que salían armados muchos a la vez, y algunos
incluso portaban teas para arrojarlas sobre las rampas.
Además había poternas en la muralla apropiadas para ha- 3
cer las salidas, y cuando levantaban de nuevo los muros

[63] Al sureste de la ciudad.

tras los derrumbes, dejaban mayor número de huecos para
4 saltar contra el enemigo por más sitios. Esto lo hicieron
frecuente e incansablemente durante los primeros días, mien-
tras sus fuerzas estaban intactas. Luego, con el paso de
5 los días, la frecuencia y la actividad eran menores. Y es
que, entre las muchas circunstancias que los agobiaban,
nada los agotaba tanto como las vigilias; los romanos, al
contar con un gran número de soldados, se relevaban unos
a otros en las guardias, mientras que los etolios, debido
a su reducido número, eran consumidos por los trabajos
6 continuos, día y noche, y siempre los mismos. Durante
veinticuatro días el esfuerzo nocturno sucedió al diurno
de forma que no había ni un instante de reposo en la lucha
frente a un enemigo que atacaba por cuatro puntos a la
7 vez. El cónsul, por el tiempo transcurrido y porque así
lo aseguraban los desertores, sabía que los etolios estaban
8 ya extenuados, y adoptó la táctica siguiente. A media
noche dio la señal de retirada, se llevó del asedio a todos
los hombres al mismo tiempo y los tuvo quietos en el cam-
9 pamento hasta la hora tercera del día; en ese momento
recomenzó un ataque que se prolongó hasta la media no-
che una vez más, interrumpiéndose a continuación hasta
10 la tercera hora del día. Pensando que la causa de que no
continuara el ataque era el mismo cansancio que los afec-
taba a ellos, los etolios, cuando se les daba a los romanos
la señal de retirada, abandonaban cada uno su puesto por
propia iniciativa como si la señal fuera también para ellos,
y antes de la tercera hora del día no se veían sobre las
murallas hombres armados.

24 El cónsul, después de interrumpir el ataque a media
noche, durante el cuarto relevo de la guardia atacó de nue-
2 vo con la mayor violencia desde tres puntos y ordenó a
Tiberio Sempronio que mantuviera a sus hombres alerta

en el otro a la espera de la señal, pues estaba plenamente convencido de que, con la confusión nocturna, los enemigos acudirían corriendo a los puntos donde se originara el griterío. En cuanto a los etolios, unos estaban dormidos 3
y trataban de arrancar del sueño sus cuerpos quebrantados por el trabajo y las vigilias, y otros, aún despiertos, corrieron en la oscuridad en dirección al fragor de los combatientes. Los enemigos se esfuerzan, unos, por pasar a tra- 4
vés de los derrumbes de la muralla, e intentan, otros, encaramarse por medio de escalas, y para hacerles frente corren a colaborar los etolios desde todas partes. Sólo la 5
zona donde estaban los edificios de fuera de la ciudad no es defendida ni atacada; pero quienes iban a atacarla estaban esperando atentamente la señal; defensores no había ninguno. Despuntaba ya el día cuando el cónsul dio la 6
señal, y sin encontrar la menor resistencia pasaron adentro unos por los muros semiderruidos y otros salvando por medio de escalas los muros enteros. Simultáneamente, se escuchó el grito indicador de la toma de una ciudad; los etolios, abandonando sus puestos, huyen a la ciudadela desde todas partes. Los vencedores saquean la ciudad autori- 7
zados por el cónsul no tanto por rabia o por odio como para que los soldados, contenidos en el caso de tantas ciudades recuperadas del poder del enemigo, saboreasen al fin en algún sitio el fruto de la victoria. A eso del medio- 8
día llamó a los soldados y los dividió en dos grupos, y ordenó a uno de ellos que rodeara la falda de las montañas hasta llegar a una roca situada a la misma altura que la ciudadela y separada de ésta por el valle que había en medio. Pero las cimas gemelas de los dos montes están 9
tan próximas que desde la otra se puede alcanzar la ciudadela con armas arrojadizas. Con la otra mitad de los hombres, el cónsul se disponía a escalar la ciudadela desde la

ciudad, y estaba a la espera de la señal de los que iban
10 a ganar la roca por la parte de atrás. Los etolios que se
encontraban en la ciudadela no pudieron resistir primera-
mente el grito de guerra de los que habían ocupado la ro-
ca, y después el ataque de los romanos desde la ciudad,
pues su moral estaba ya quebrantada y además allí no ha-
bía ningún recurso preparado para soportar un asedio de
11 cierta duración; y ello debido a que se habían aglomerado
mujeres, niños y toda la masa de no combatientes en una
ciudadela que apenas podía dar cabida, no ya proteger,
a semejante multitud; de modo que al primer asalto arro-
12 jaron las armas y se rindieron. Entre otros dirigentes
etolios se entregó Damócrito, el que al principio de la gue-
rra, cuando Tito Quincio le pidió el decreto por el que
los etolios habían acordado que se hiciese venir a Antíoco,
había contestado que se lo entregaría en Italia cuando los
etolios estableciesen allí su campamento. A causa de esta
arrogancia, su rendición supuso una satisfacción mayor para
los vencedores.

Rendición de Lamia. Embajada etolia a Antíoco

25 Al mismo tiempo que los romanos
atacaban Heraclea, Filipo según lo con-
venido, atacaba Lamia. Se había encon-
trado cerca de las Termópilas con el cón-
sul, a su regreso de Beocia, para felicitarlo
a él y al pueblo romano por la victoria y para disculparse
por no haber participado en la batalla debido a que se
2 encontraba enfermo. Luego se habían separado marchan-
do en distintas direcciones a atacar simultáneamente las
3 dos ciudades. Distan éstas entre sí unas siete millas, y
como Lamia está situada sobre una loma y además está
orientada sobre todo hacia la parte del Eta, la distancia
4 parece muy corta y la visibilidad es completa. Romanos
y macedonios, como si de una competición se tratara, esta-

ban día y noche entregados a los trabajos de asedio y a
los combates, pero las dificultades eran mayores para los
macedonios, ya que los romanos contribuían al asedio con
el terraplén, los manteletes y todas sus máquinas en la su-
perficie, mientras que los macedonios lo hacían bajo tierra
con galerías, y en los tramos rocosos el hierro se encontra-
ba con piedra casi impenetrable. Como la empresa pro- 5
gresaba despacio, el rey, por medio de conversaciones con
los dirigentes, tanteaba a los habitantes de la plaza con
miras a su rendición, seguro de que si caía primero Hera- 6
clea, se entregarían a los romanos de mejor grado que a
él mismo, y el cónsul se ganaría su reconocimiento por
liberarla del asedio. Y no se equivocó en su previsión, 7
ya que inmediatamente después de la toma de Heraclea
llegó un mensajero a decirle que levantara el asedio, que
era más justo que se llevaran la recompensa de la victoria
los soldados romanos que se habían enfrentado en batalla
campal a los etolios. Se produjo así la retirada de Lamia, 8
y gracias al desastre de la ciudad vecina, sus habitantes
se libraron de padecer ellos algo parecido.

Pocos días antes de la toma de Heraclea los etolios 26
convocaron asamblea en Hípata y enviaron embajadores
a Antíoco; entre ellos se encontraba el mismo Toante que 2
había sido enviado anteriormente. Llevaban instrucciones
de pedir al rey en primer lugar que reuniera de nuevo sus
fuerzas de tierra y mar y viniera a Grecia, y en segundo 3
lugar, que, si lo retenía algún asunto, enviara dinero y tro-
pas de apoyo; ello afectaba por una parte a su dignidad
y su crédito —no abandonar a unos aliados— y por otra
a la seguridad de su reino, no fuera a dejar que los roma-
nos, enteramente libres después de quitar de en medio a la 4
nación etolia, pasaran a Asia con todas sus tropas. Lo que 5
decían era cierto, y por ello surtió mayor efecto en el rey;

así que entregó en el acto a los embajadores el dinero que era necesario para los gastos de la guerra, y aseguró que
6 enviaría tropas auxiliares terrestres y navales. Únicamente retuvo a uno de los embajadores, Toante, que, por otra parte, se quedó de buen grado, para impulsar con su presencia el cumplimiento de lo prometido.

Negociaciones con los etolios

27 Por otra parte, la toma de Heraclea acabó de quebrar la moral de los etolios,
2 y a los pocos días de enviar embajadores a Asia para dar un nuevo impulso a la guerra y pedir al rey que viniera, renunciaron a sus planes bélicos y enviaron parlamentarios
3 al cónsul para pedir la paz. Cuando comenzaron a hablar, el cónsul los interrumpió, les dijo que antes tenía que ocuparse de otros asuntos, y les mandó volver a Hípata, concediéndoles una tregua de diez días; con ellos envió a Lucio Valerio Flaco, y les dijo que le expusieran a éste lo que iban a tratar con él y, si querían, alguna otra cosa.
4 Cuando éstos llegaron a Hípata, los dirigentes etolios celebraron consejo, con Flaco presente, en el que debatieron sobre qué actitud adoptar en presencia del cónsul.
5 Se aprestaban a basar su discurso en los derechos de sus antiguos tratados y en los servicios prestados al pueblo ro-
6 mano, y entonces Flaco les aconsejó que no mencionasen aquello que ellos mismos habían violado o roto, que les sería más provechoso reconocer su culpa y orientar por entero su discurso hacia las súplicas, pues sus esperanzas de salvación dependían no de su causa sino de la clemencia
7 del pueblo romano; si adoptaban una actitud suplicante, él mismo los apoyaría tanto ante el cónsul como ante el senado en Roma, pues también allí habría que enviar em-
8 bajadores. A todos les pareció que la única vía de salvación era ésta, ponerse a disposición de los romanos, pues

así los colocarían en la alternativa de tener que avergonzarse por maltratar a unos suplicantes, y ellos seguirían siendo igualmente dueños de su destino si la fortuna les ofrecía algo mejor.

Cuando llegaron a presencia del cónsul, Feneas, el 28
jefe de la delegación, finalizó su largo discurso, elaborado con diferentes recursos para mitigar las iras del vencedor, diciendo que los etolios sometían sus personas y todo cuanto poseían a la discreción del pueblo romano. Cuando el 2
cónsul oyó esto, dijo: «Mirad bien lo que hacéis, etolios, entregándoos en esas condiciones». Entonces Feneas mostró el decreto en el que ello constaba por escrito detalladamente. «Pues ya que os entregáis en esos términos», dijo 3
el cónsul, «exijo que me entreguéis sin dilación a vuestro compatriota Dicearco y a Menestas del Epiro —éste había entrado en Naupacto con un destacamento armado y había incitado a la defección—, así como a Aminandro y a los jefes de los atamanes, por cuyos consejos rompisteis con nosotros». Feneas, interrumpiendo casi al romano, 4
intervino para decir: «No nos hemos entregado a la esclavitud sino a tu protección, y estoy seguro de que incurres inadvertidamente en un error al exigirnos algo que no forma parte de los hábitos de comportamiento de los griegos». A esto replicó el cónsul: «Tampoco me preocupa ahora 5
mayormente, ¡por Hércules!, qué consideran los etolios que se hace de acuerdo con las costumbres de los griegos, siempre y cuando ejerza mi autoridad al uso romano sobre quienes acaban de rendirse por decisión propia después de haber sido vencidos con las armas; por consiguiente, si no 6
se cumple al instante lo que estoy ordenando, ahora mismo mandaré que os encadenen». Ordenó que se trajeran cadenas y que los lictores se situaran en torno a ellos. Entonces se quebró la arrogancia de Feneas y de los demás

etolios y comprendieron por fin cuál era la situación en
7 que se encontraban, y Feneas declaró que él y los etolios
presentes se daban cuenta, sin duda, de la necesidad de
cumplir lo que se les exigía, pero que era necesaria una
asamblea de los etolios para tomar una decisión así; para
8 ello solicitaba la concesión de diez días de tregua. Intervino
Flaco en favor de los etolios, se les concedió la tregua y
retornaron a Hípata. Cuando Feneas, en el consejo res-
tringido de los que llaman apocletas, dio cuenta de las con-
diciones que se les imponían y de lo que a ellos mismos
9 había estado a punto de ocurrirles, los principales deplo-
raron su situación, es cierto, pero sin embargo sostenían
el criterio de que se debía obedecer al vencedor y convocar
a una asamblea a los etolios de todas las ciudades.

29 Pero cuando toda la multitud reunida escuchó aquel
mismo informe se exasperaron los ánimos de tal forma por
lo duro y humillante de la imposición que de haber estado
en tiempos de paz podían haberse visto empujados a la
2 guerra en aquel arrebato de cólera. A la rabia se añadían
por una parte la dificultad de cumplir lo exigido —en efec-
to, ¿cómo, en todo caso, podían ellos entregar al rey Ami-
3 nandro?—, y por otra la posibilidad que por suerte se
había abierto, porque Nicandro, que precisamente enton-
ces regresaba de junto al rey Antíoco colmó a la multitud
con la vana esperanza de que se estaba preparando una
4 guerra de grandes proporciones por tierra y mar. Volviendo
de Etolia una vez cumplida su misión, once días después
de embarcar hizo escala en Fálara, en el golfo Malíaco.
5 Cuando, después de expedir desde allí a Lamia el dinero,
se dirigía a Hípata con una escolta ligera por senderos co-
nocidos, por la zona intermedia entre los campamentos ma-
cedonio y romano, a primera hora de la tarde se tropezó
con un puesto de vigilancia macedonio y fue conducido

a presencia del rey cuando aún no había terminado de comer. Cuando se anunció su llegada, Filipo, reaccionando 6
como si fuera un huésped y no un enemigo quien llegaba, lo invitó a sentarse a la mesa y participar de la comida, y más tarde despidió a los demás y lo retuvo a él solo; 7
le aseguró personalmente que no tenía nada que temer de él, y echó la culpa a las descaminadas decisiones de los 8
etolios, que siempre se volvían contra ellos mismos, los cuales habían llevado a Grecia primero a los romanos y después a Antíoco; pero él se olvidaba del pasado, que 9
es más fácil de criticar que de cambiar, y no pensaba reaccionar ensañándose en su desgracia; también los etolios 10
debían deponer por fin sus odios contra él, y particularmente Nicandro debía acordarse del día en que él lo había salvado. A continuación le asignó una escolta para que 11
lo acompañara hasta que no corriera peligro, y Nicandro se presentó en Hípata cuando se estaba deliberando acerca de la paz con los romanos.

Naupacto, Mesene, Zacinto

Después de poner en venta o dejar a 30
los soldados el botín cogido en torno a Heraclea, Manio Acilio, enterado de que en Hípata no había planes de paz y de que los etolios se habían concentrado en Naupacto para resistir desde allí todo el peso de la guerra, envió a Apio Claudio por delante con cuatro mil 2
hombres para ocupar las cumbres en los puntos donde los pasos montañosos eran difíciles; él subió al Eta y ofreció 3
un sacrificio a Hércules en un paraje llamado Pira [64] debido a que allí tuvo lugar la cremación del cuerpo mortal de este dios. A continuación se puso en camino con todo el ejército e hizo el resto del trayecto con una marcha bas-

[64] Al noreste del Eta.

4 tante expedita. Al llegar al Córace, un monte muy alto
situado entre Calípolis y Naupacto, muchas acémilas de
la reata se despeñaron con sus cargas y los hombres sufrie-
5 ron mucho. Resultaba evidente que era muy torpe el ene-
migo con el que tenían que vérselas, pues no había blo-
queado con ningún destacamento armado una travesía tan
6 llena de obstáculos, para cortar el paso. Entonces, aun
con el ejército maltrecho, descendió hacia Naupacto, esta-
bleció un fuerte frente a la ciudadela y rodeó el resto de
la ciudad distribuyendo sus tropas de acuerdo con la situa-
ción de las murallas. Y este asedio requirió tantas obras
y esfuerzos como el de Heraclea.

31 Al mismo tiempo comenzaron también los aqueos el
asedio de Mesene, en el Peloponeso, porque se negaba a
2 pertenecer a su confederación. Estaban fuera de la Liga
Aquea dos ciudades, Mesene y Élide, alineadas con los eto-
3 lios. No obstante, los eleos, una vez expulsado Antíoco
de Grecia, habían dado una respuesta bastante moderada
a los emisarios de los aqueos: cuando se hubiera marchado
4 la guarnición del rey pensarían lo que debían hacer. Los
mesenios habían despedido a los diputados sin una res-
5 puesta y habían roto las hostilidades; pero, inquietos por
su situación, como ya se había esparcido un ejército por
su territorio pasándolo a fuego por doquier y veían que
se instalaba un campamento cerca de la ciudad, mandaron
emisarios a Cálcide, a Tito Quincio, el garante de su liber-
tad, para hacerle saber que los mesenios estaban dispues-
tos a abrir sus puertas y entregar su ciudad a los romanos,
6 no a los aqueos. Después de oír a los emisarios, Quincio
partió de Megalópolis inmediatamente y envió un mensaje-
ro al pretor de los aqueos Diófanes [65] ordenándole que re-

[65] *Strategós* en 192/191.

tirase al instante el ejército de Mesene y se reuniera con él.
Diófanes obedeció la orden y, levantando el asedio, se 7
adelantó sin impedimenta al ejército y se encontró con Quin-
cio cerca de Andania, pequeña población situada entre Me-
galópolis y Mesene. Cuando estaba explicando las razones 8
del asedio, Quincio lo reprendió en buen tono por haber
intentado una operación tan importante sin su autoriza-
ción y le dio orden de licenciar a su ejército y no perturbar
la paz conseguida para bien de todos. A los mesenios les 9
mandó que llamasen a los exiliados y se integrasen en la
Liga Aquea; si tenían algo sobre lo que quisieran presentar
objeciones o exigir garantías para el futuro, que acudieran
a él en Corinto. A Diófanes le pidió que convocara para 10
él, inmediatamente, una reunión de la Liga Aquea. En ella
se quejó de la ocupación fraudulenta de la isla de Zacinto
y pidió su devolución a los romanos. Zacinto había per- 11
tenecido a Filipo, rey de Macedonia; se la había dado a
Aminandro como compensación por permitir que pasara
con su ejército por Atamania hacia la parte norte de Eto-
lia, expedición con la que quebró la moral de los etolios
empujándolos a pedir la paz. Aminandro puso a Filipo 12
de Megalópolis al frente de la isla; después, durante la gue-
rra en que se alió con Antíoco contra los romanos, llamó
al tal Filipo para responsabilidades bélicas y envió para
sucederle a Hierocles de Agrigento.

Este último, después de que Antíoco huyó de las Ter- 32
mópilas y Aminandro fue expulsado de Atamania por Fili-
po, por cuenta propia envió mensajeros a Diófanes, pretor
de los aqueos, y por una suma convenida entregó la isla
a los aqueos. A los romanos les parecía justo que la isla 2
fuese una recompensa de guerra para ellos, pues Manio
Acilio y las legiones romanas no habían combatido en las
Termópilas por Diófanes y los aqueos. Ante este argumen- 3

to Diófanes tan pronto se justificaba a sí mismo y a su
pueblo como hacía una disertación sobre los aspectos lega-
4 les del hecho. Algunos aqueos aseveraban que ellos habían
desaprobado aquella operación desde el principio y ahora
recriminaban al pretor por su empecinamiento; a propues-
ta suya se acordó someter la cuestión a Tito Quincio.
5 Quincio era tan benévolo con los que cedían como inflexi-
ble con los que le hacían frente. Distendiendo el tono de
voz y el semblante, dijo: «Si yo considerara que la pose-
sión de la isla es provechosa para los aqueos, propondría
al senado y al pueblo romano que os permitieran quedaros
6 con ella; pero veo que, lo mismo que la tortuga cuando
se mete dentro de su caparazón está a cubierto de toda
clase de golpes y cuando saca alguno de sus miembros está
7 sin defensa y débil lo que deja al descubierto, de la misma
manera a vosotros, aqueos, encerrados por el mar por to-
das partes, os resulta fácil anexionar lo que queda dentro
de los límites del Peloponeso y defenderlo después de la
8 anexión, pero en cuanto el afán de abarcar más y más
os lleva a salir de esos límites, todo lo que queda fuera
9 está desprotegido y expuesto a todos los golpes». Con el
consentimiento de toda la asamblea, y sin que Diófanes
se atreviera a insistir, Zacinto fue entregada a los romanos.

Conquistas de Filipo. Tregua para los etolios. Congreso aqueo en Egio

33 Por la misma época, el rey Filipo pre-
guntó al cónsul, que partía hacia Naupac-
to, si quería que él, mientras tanto, re-
conquistase las ciudades que habían aban-
2 donado la alianza con Roma. Obtenida
la autorización, avanzó con sus tropas
hacia Demetríade, a sabiendas de la gran confusión que
3 allí reinaba. Sus habitantes, en efecto, perdida toda es-
peranza, viendo que habían sido abandonados por Antío-
co y que no podían esperar nada de los etolios, estaban

día y noche a la espera de la llegada de Filipo, su enemigo, o de los romanos, más temibles aún porque tenían más razones para estar irritados. Había en la ciudad una masa 4
desorganizada de hombres del rey; los pocos que habían quedado al principio en la guarnición, y otros, más numerosos, que habían llegado más tarde, sin armas la mayor parte, en la huida siguiente a la derrota, y no tenían ni fuerzas ni moral suficiente para soportar el asedio; por eso, 5
cuando Filipo les mandó los emisarios que dejaban entrever la esperanza de conseguir el perdón, respondieron que sus puertas estaban abiertas para el rey. En cuanto hizo 6
su entrada, algunos principales abandonaron la ciudad; Eurîloco se suicidó. Los soldados de Antíoco, tal como se había convenido, fueron conducidos a Lisimaquia a través de Macedonia y Tracia escoltados por macedonios para que nadie los maltratara. Había también en Demetríade 7
algunas naves comandadas por Isidoro, y también se dejó que marcharan junto con su prefecto. A continuación Filipo recuperó Dolopia y Aperancia [66] y algunas ciudades de Perrebia.

Mientras Filipo realizaba estas operaciones, Tito Quin- 34
cio, después de serle entregada Zacinto, se marchó de la asamblea aquea cruzando a Naupacto, cuyo asedio duraba 2
ya dos meses —la caída era inminente—, y en caso de ser tomada por asalto daba la impresión de que toda la nación etolia sería exterminada allí. Estaba resentido, y con razón, 3
contra los etolios, porque no había olvidado que habían sido los únicos en poner peros a su gloria cuando estaba liberando Grecia y habían sido insensibles a su autoridad cuando trató de disuadirlos de su desatinado proyecto advirtiéndoles que iba a ocurrir lo que precisamente ahora

[66] Situada en la Etolia septentrional al suroeste de Dolopia.

4 estaba ocurriendo; ello no obstante, pensando que era
misión suya especialísima evitar que fuera aniquilado por
completo ninguno de los pueblos de la Grecia que él había
libertado, comenzó a caminar por delante de las murallas
5 para que los etolios lo reconocieran sin dificultad. Ense-
guida fue identificado desde los puestos más avanzados,
y se propagó por todas las filas la noticia de la presencia
de Quincio. Así pues, corrieron hacia las murallas desde
todas partes tendiendo todos las manos, y gritaban al uní-
sono pronunciando el nombre de Quincio y le pedían que
6 acudiera en su ayuda y los salvara. Y lo cierto es que
en esos momentos, a pesar de la impresión que le produci-
rían estos gritos, hizo un gesto con la mano indicando que
7 él no podía hacer nada. Pero cuando llegó ante el cónsul
dijo: «¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo, Ma-
nio Acilio, o a pesar de verlo bastante claro consideras
que no afecta mucho al planteamiento general?». Des-
8 pertó la curiosidad del cónsul, que preguntó: «¿Por qué
no aclaras de qué se trata?». Quincio, entonces, dijo:
«¿Es que no ves que después de haber derrotado a Antíoco
estás malgastando el tiempo en el asedio de un par de ciu-
dades cuando está a punto de finalizar el año de tu man-
9 dato? En cambio Filipo, que no ha visto el ejército ni las
enseñas del enemigo, se ha anexionado ya no sólo ciudades
sino un gran número de pueblos: Atamania, Perrebia, Ape-
rancia, Dolopia; y como recompensa por tu victoria, tú
y tus hombres aún no tenéis dos ciudades, mientras que
10 Filipo es dueño de tantos pueblos de Grecia. Ahora bien,
lo que nos interesa no es tanto que se debilite el poder
y la fuerza de los etolios sino que Filipo no crezca de for-
ma desmedida».

35 El cónsul estaba de acuerdo con estas apreciaciones,
pero su amor propio se resistía a la idea de levantar el

asedio sin haber cumplido su objetivo; dejó, pues, todo el asunto en manos de Quincio. Éste se dirigió de nuevo 2 hacia aquella parte de la muralla donde poco antes habían dado los gritos los etolios. Allí le suplicaron con mayor insistencia que se compadeciera del pueblo etolio, y entonces les dijo que salieran algunos a reunirse con él. Inme- 3 diatamente salieron el propio Feneas y otros dirigentes. Cuando éstos se echaron a sus pies, les dijo: «Vuestro infortunio me lleva a contener mi cólera y moderar mis palabras. Ha ocurrido lo que yo predije que iba a ocurrir, 4 y ni siquiera os queda el consuelo de que parezca que les ha ocurrido a quienes no se lo merecían; yo, sin embargo, predestinado, por decirlo así, para velar por la prosperidad de Grecia, no dejaré de hacer el bien incluso a quienes no lo agradecen. Enviad parlamentarios al cónsul para 5 solicitar una tregua lo bastante larga como para poder enviar embajadores a Roma por cuya mediación os entreguéis a la discreción del senado; yo os apoyaré ante el cónsul como intercesor y defensor». Actuaron según el crite- 6 rio de Quincio, y el cónsul no rechazó su embajada; tras concedérseles una tregua hasta una determinada fecha en la que pudiese estar de vuelta de Roma una delegación con la respuesta, se levantó el asedio y se envió el ejército a la Fócide.

El cónsul, acompañado por Tito Quincio, se trasladó 7 por mar a Egio, a la asamblea aquea. En ella se trató la cuestión de los eleos y de la repatriación de los exiliados lacedemonios. No se llegó a una conclusión en ninguno de los dos temas, porque los aqueos quisieron reservarse el caso de los exiliados para ganar crédito ellos, y los eleos prefirieron entrar en la Liga Aquea por iniciativa propia antes que por mediación de los romanos. Acudieron al 8 cónsul unos diputados de los epirotas; había constancia de

que éstos no habían sido totalmente leales al tratado de
amistad; sin embargo, no habían proporcionado a Antíoco
ningún soldado; se les acusaba de haberle ayudado econó-
micamente, y ni siquiera ellos mismos negaban haber en-
9 viado embajadores al rey. A su petición de que se les
permitiera mantener las antiguas relaciones de amistad, el
cónsul contestó que aún no sabía si considerarlos enemi-
10 gos o sometidos; el senado juzgaría sobre ese particular;
él remitía íntegramente su caso a Roma, por lo cual les
11 concedía una tregua de noventa días. Los epirotas en-
viados a Roma se dirigieron al senado.

Roma: embajadas, juegos, templos, prodigios

Como en lugar de responder a los cargos
que había contra ellos lo que hacían era
referirse a los actos de hostilidad que no
habían cometido, se les dio una respuesta
que pudiera interpretarse como que habían sido perdona-
12 dos, no que hubieran demostrado su inocencia. También
fueron presentados ante el senado, por la misma época,
unos enviados del rey Filipo que se congratularon por la
victoria. Solicitaron que se les permitiera ofrecer un sacri-
ficio en el Capitolio y depositar un presente de oro en el
templo de Júpiter Óptimo Máximo, y el senado dio su auto-
rización. Depositaron una corona de oro de cien libras.
13 Aparte de dar una respuesta amistosa a los enviados del
rey, también les fue entregado el hijo de Filipo, Deme-
trio, que estaba en Roma en calidad de rehén, para que
14 lo llevaran a su padre. Así concluyó la guerra que llevó
a cabo en Grecia el cónsul Manio Acilio contra el rey
Antíoco.

36 El otro cónsul, Publio Cornelio Escipión, al que había
correspondido en el sorteo la provincia de la Galia, antes
de partir para la guerra que había que sostener contra los
boyos, solicitó al senado una asignación presupuestaria pa-

ra los juegos que había prometido con voto en el momento más crítico de una batalla cuando estaba como pretor en Hispania [67]. Se estimó que pedía algo inhabitual e injus- 2
tificado, así que se decidió que la celebración de unos juegos prometidos ateniéndose exclusivamente a su propio criterio y sin consultar al senado, se financiara con el producto de la venta del botín, si se había reservado algún dinero para ese fin, o bien corriendo con los gastos él mismo. Publio Cornelio celebró estos juegos durante diez días.
Aproximadamente por la misma época [68] tuvo lugar la 3
dedicación del templo de la Gran Madre, la diosa traída de Asia a la que precisamente Publio Cornelio había acompañado desde la costa hasta el Palatino durante el consulado de Publio Cornelio Escipión —el que después recibió el sobrenombre de Africano— y de Publio Licinío. La 4
construcción del templo, en virtud de un decreto del senado, había sido adjudicada por los censores Marco Livio y Gayo Claudio durante el consulado de Marco Cornelio y Publio Sempronio [69]. Marco Junio Bruto lo dedicó trece años después de la adjudicación, y con motivo de su dedicación se celebraron unos juegos que según sostiene Valerio Anciate fueron los primeros juegos escénicos denominados Megalesios. Asimismo, el duúnviro [70] Gayo Licinio 5
Luculo dedicó el templo de la Juventud en el Circo Máximo. Lo había prometido con voto hacía dieciséis años el 6
cónsul Marco Livio el día en que aniquiló a Asdrúbal y su ejército [71]; fue también él quien, siendo censor, adjudi-

[67] En el año 193, cuando en realidad era propretor (XXXV 1, 5 ss.).

[68] Sobre los problemas que presentan las fechas aquí implicadas véase J. Briscoe, o.c., págs. 274 s.

[69] En el año 204 (XXIX 37, 2).

[70] *Duumuir aedi dedicandae.*

[71] En el año 207.

có su construcción durante el consulado de Marco Corne-
7 lio y Publio Sempronio. También con motivo de esta dedicación se celebraron unos juegos, realizándose todo con una religiosidad tanto mayor cuanto que era inminente la nueva guerra contra Antíoco.

37 A comienzos del año en que tenían lugar estos acontecimientos, y cuando ya Manio Acilio había partido para el frente y permanecía aún en Roma el cónsul Publio Cor-
2 nelio, cuenta la tradición que subieron por las escaleras hasta el tejado de un edificio dos bueyes domésticos en las Carinas [72]. Los arúspices prescribieron que fueran que-
3 mados vivos y sus cenizas arrojadas al Tíber. Se tuvo noticia de que había llovido piedra varias veces en Tarracina y en Amiterno, que habían sido alcanzados por rayos el templo de Júpiter y las tiendas de los alrededores del foro en Menturnas, y que en Volturno, en la desembocadura del río, habían ardido dos naves alcanzadas por un
4 rayo. Con motivo de estos portentos los decénviros [73] fueron a consultar los Libros Sibilinos, por decisión del senado, y volvieron diciendo que era preciso instituir un ayuno en honor de Ceres que debía ser guardado cada cin-
5 co años [74]; que se celebrase un novenario sagrado y un día de rogativa; que se hiciese la rogativa tocados con coronas, y que el cónsul Publio Cornelio ofreciese un sacrificio a los dioses con las víctimas que indicasen los decénvi-
6 ros. Una vez aplacados los dioses con el cumplimiento ritual de lo prometido con voto y también con la expiación

[72] Barrio residencial aristocrático al menos en época imperial, situado en la zona sur del Esquilino.

[73] *Decemuiri sacris faciundis.* En 367 habían pasado de dos a diez, abriéndose a los plebeyos el acceso al cargo.

[74] Es la primera mención que aparece en Livio de un rito como el ayuno. Más adelante la celebración se hizo anual.

de los portentos, el cónsul partió hacia su provincia y ordenó al procónsul Gneo Domicio que marchase a Roma desde allí después de licenciar su ejército; él entró en el territorio de los boyos al frente de sus legiones.

La guerra en el Norte. Discutido triunfo de Escipión Nasica

En torno a las mismas fechas, los 38
lígures, después de reunir un ejército recurriendo a una ley sagrada, atacaron el campamento del procónsul Quinto Minucio[75] de noche y por sorpresa. Minucio 2
mantuvo a sus hombres hasta el amanecer formados dentro del recinto vallado, atento a que el enemigo no traspasara la línea defensiva por ninguna parte. Al despuntar 3
el día salió de improviso por dos puertas a la vez. Pero, contrariamente a lo que esperaba, los lígures no fueron rechazados a la primera carga y mantuvieron indeciso el combate durante más de dos horas; por fin, como salían 4
tropas sucesivamente y los hombres de refresco relevaban en el combate a los que estaban agotados, los lígures, extenuados entre otras cosas por la falta de sueño, acabaron por volver la espalda. Murieron más de cuatro mil enemigos, y menos de trescientos entre romanos y aliados. Un par de meses más tarde el cónsul Publio Cornelio se 5
enfrentó con éxito a un ejército de boyos en una batalla regular. Valerio Anciate refiere que fueron veintiocho mil 6
los enemigos muertos y tres mil cuatrocientos los prisioneros, que se capturaron ciento veinticuatro enseñas militares, mil doscientos treinta caballos y doscientos cuarenta y siete carros de combate, y que los vencedores tuvieron mil cuatrocientas ochenta y cuatro bajas. Aunque se trata 7
de un historiador poco fiable en las cifras, porque no hay nadie más propenso a exagerarlas, con todo, se deduce de

[75] Termo, el cónsul del año 193.

ello con claridad que la victoria fue importante, ya que fue tomado el campamento y se rindieron los boyos inmediatamente después de aquella batalla, y por otra parte el senado decretó una acción de gracias y se inmolaron víctimas adultas con motivo de esta victoria.

39 Por las mismas fechas, Marco Fulvio Nobílior, de regreso de la Hispania ulterior, hizo su entrada en Roma
2 recibiendo los honores de la ovación. Trajo consigo doce mil libras de plata, ciento treinta mil monedas de plata acuñadas con la *biga,* y ciento veintisiete libras de oro.
3 El cónsul Publio Cornelio cogió rehenes del pueblo boyo y confiscó casi la mitad de su territorio con el objeto de que el pueblo romano pudiera, si quería, fundar colo-
4 nias allí. Después, al marchar a Roma con la perspectiva de un triunfo seguro, licenció al ejército con órdenes de
5 estar en Roma el día del triunfo. Al día siguiente de su llegada convocó personalmente al senado en el templo de Belona y después de presentar un informe acerca de las operaciones que había llevado a cabo solicitó autorización
6 para entrar en triunfo en Roma. El tribuno de la plebe Publio Sempronio Bleso opinaba que no se le debía negar a Escipión el honor del triunfo, pero que debía ser aplazado; las guerras contra los lígures, según él, siempre habían ido a la par con las de los galos; estos pueblos se ayudaban
7 mutuamente, dada su proximidad; si después de derrotar a los boyos en el campo de batalla el propio Publio Escipión hubiese pasado con su ejército victorioso al territorio de los lígures o hubiese enviado parte de sus tropas a Quinto Minucio, retenido allí por tercer año ya por una guerra incierta, habría podido resolver la guerra contra los lígu-
8 res. En cambio, para hacer más concurrido su triunfo, había retirado a unos soldados que habrían podido prestar un brillante servicio al Estado y aún podían hacerlo si el

senado quería aplazar el triunfo y reiniciar lo que, con las
prisas del triunfo, había quedado por hacer. Debía ordenar 9
al cónsul que regresara a su provincia con sus legiones
y colaborase para someter a los lígures. Si no se sometía
a éstos al poder y la voluntad del pueblo romano, tampoco
los boyos se mantendrían tranquilos; era obligado estar en
paz o en guerra en ambos frentes. Una vez derrotados por 10
completo los lígures, dentro de pocos meses, siendo pro-
cónsul, celebraría su triunfo Publio Cornelio, siguiendo el
ejemplo de tantos otros que no habían triunfado durante
su magistratura.

A esto replicó el cónsul que a él no le había tocado 40
en suerte la provincia de los lígures, ni él había hecho la
guerra contra los lígures, ni solicitaba el triunfo sobre ellos;
Confiaba plenamente en que sin tardar mucho los iba a 2
someter Quinto Minucio, que luego solicitaría un triunfo
merecido y lo obtendría. Él pedía el triunfo sobre los 3
galos boyos, a los que había vencido en el campo de bata-
lla, les había arrebatado el campamento, había recibido
la sumisión de toda su nación a los dos días de la batalla,
y había cogido rehenes entre ellos como garantía de paz
4 para el futuro. Pero había en realidad algo mucho más 4
importante, y era el hecho de que ningún general antes
que él había combatido contra tantos galos como él había
matado en el campo de batalla; al menos contra tantos
millares de boyos, seguro. De cincuenta mil enemigos se 5
había dado muerte a más de la mitad y se había cogido
prisioneros a muchos millares; de los boyos no quedaban
más que los ancianos y los niños. ¿A quién podía ex- 6
trañar, por consiguiente, que un ejército victorioso que no
había dejado ni un enemigo en su provincia, hubiera veni-
do a Roma a celebrar el triunfo de su cónsul? Si el senado 7
quería utilizar los servicios de esos soldados en otra pro-

vincia, ¿cómo creía que iban a estar más dispuestos a arrostrar otros peligros y nuevas fatigas, en definitiva, si se les hacía efectiva sin reservas la recompensa por sus riesgos y fatigas anteriores, o si se les mandaba marchar llevándose esperanzas en vez de realidades cuando ya se había frus-
8 trado su primera esperanza? Porque, en lo que a él concernía, había alcanzado gloria suficiente para toda su vida el día en que el senado lo había enviado a recibir a la Madre del Ida por considerarlo el mejor de los ciudada-
9 nos. Con este título, incluso sin el añadido del consulado y el triunfo, el retrato de Publio Escipión Nasica iba a
10 ser suficientemente respetable y respetado. El senado en pleno no sólo estuvo de acuerdo en decretar el triunfo sino que indujo, con su autoridad, al tribuno de la plebe a reti-
11 rar el veto. Publio Cornelio celebró el triunfo sobre los boyos siendo cónsul. En aquel desfile triunfal llevó armas, enseñas y toda clase de despojos en carros galos, así como vasos galos de bronce, y además de los prisioneros nobles hizo desfilar también el tropel de caballos capturados.
12 Llevó mil cuatrocientos setenta y un collares de oro, y además doscientas cuarenta y siete libras de oro, dos mil trescientas cuarenta libras de plata sin labrar o labradas en vasos galos, trabajados a tenor de su arte no carente de oficio, y doscientas treinta y cuatro mil monedas de
13 plata acuñadas con la *biga*. Entre los soldados que escoltaron su carro repartió ciento veinticinco ases por cabeza, doble cantidad a cada centurión y triple a cada jinete.
14 Al día siguiente convocó una asamblea, se extendió hablando de sus hazañas y de la injusta pretensión del tribuno de implicarlo en una guerra que era de otro para privarlo del fruto de una victoria que era suya, y después licenció a sus tropas y les mandó marchar.

Oriente: la guerra en el mar. Batalla de Córico

Mientras en Roma tenían lugar estos 41
acontecimientos, Antíoco, en Éfeso, estaba muy tranquilo con respecto a la guerra con Roma, dando por hecho que los romanos no pasarían a Asia. Una buena parte de sus amigos, por error o por adularlo, alimentaba esta seguridad. Únicamente Aníbal, cuyo ascendiente ante 2
el rey estaba en aquel momento en su punto más alto, afirmaba estar más sorprendido de que los romanos no estuvieran ya en Asia que dudoso acerca de que fueran a venir; era más corta la travesía desde Grecia a Asia que desde 3
Italia a Grecia, y Antíoco era una razón mucho más importante que los etolios; el potencial militar de los romanos era tan grande por mar como por tierra. Desde hacía 4
ya tiempo su flota se encontraba en las proximidades de Malea; él había oído que recientemente habían llegado de Italia nuevas naves y un nuevo almirante para dirigir las operaciones; así pues, que Antíoco dejara de forjarse una 5
paz basada en vanas esperanzas; en Asia, y por Asia misma, tendría que luchar en breve contra los romanos, y habría que quitarles su imperio a quienes tenían puestas sus miras en el orbe entero, o él tendría que quedarse sin su propio reino. Al parecer, era el único que preveía y pre- 6
decía fielmente la verdad. Por consiguiente, el propio rey, con las naves que estaban preparadas y equipadas, se dirigió al Quersoneso para reforzar aquella zona por si los romanos llegaban por tierra. Dio orden a Polixénidas de 7
alistar y botar el resto de la flota, y mandó las naves exploradoras a hacer un reconocimiento completo en torno a las islas.

Gayo Livio, el prefecto de la flota romana, salió de 42
Roma con cincuenta naves cubiertas en dirección a Nápoles, donde había ordenado a los aliados de la costa que

concentraran las naves descubiertas que debían de acuerdo
2 con el tratado. Desde allí salió rumbo a Sicilia. Cuando
había dejado atrás el estrecho de Mesina recibió seis naves
púnicas enviadas como refuerzo, reclamó a los reginos, los
locrenses y los aliados del mismo estatuto las naves a que
estaban obligados, pasó revista a la flota frente a Laci-
3 nio [76] y puso rumbo a mar abierto. Llegó a Corcira, la
primera ciudad de Grecia donde abordó; se informó acer-
ca de la marcha de la guerra —pues la paz no estaba aún
asentada por completo en Grecia— y del paradero de la
4 flota romana, y cuando se enteró de que el cónsul y el
rey habían tomado posiciones cerca del desfiladero de las
Termópilas y de que la flota estaba fondeada en el Pireo,
pensó que había todos los motivos para darse prisa y si-
5 guió adelante costeando el Peloponeso. Sobre la marcha
arrasó Same [77] y Zacinto porque habían preferido pasarse
al bando de los etolios, puso rumbo a Malea, y disfrutan-
do de una travesía favorable llegó en pocos días al Pireo,
6 junto a la antigua flota. Cerca de Escileo salió a su en-
cuentro con tres navíos el rey Éumenes; había permaneci-
do largo tiempo en Egina dudando entre volver para de-
fender su reino —pues oía decir que Antíoco estaba prepa-
rando fuerzas navales y terrestres en Éfeso— o no separar-
se ni un ápice de los romanos, de cuya suerte dependía
7 la suya. Aulo Atilio entregó a su sucesor veinticinco naves
provistas de cubierta y partió hacia Roma desde el Pireo.
8 Livio hizo la travesía hasta Delos con ochenta y una naves
cubiertas y muchas otras de menor tamaño, unas descu-

[76] Promontorio del Brucio, cerca de Crotona, a la entrada del golfo de Tarento.

[77] Same es el nombre antiguo de Cefalania. Según algunos es el nombre de una de las ciudades de la isla.

biertas y con espolón y otras de reconocimiento sin espolón.

Aproximadamente por la misma época asediaba Nau- 43
pacto el cónsul Acilio. Los vientos contrarios retuvieron a Livio durante varios días en Delos, pues entre las Cícladas, separadas unas de otras por lenguas de mar más o menos anchas hay una zona muy batida por los vientos.
Poliménidas, informado por las naves de reconocimiento 2
dispuestas al efecto de que la flota romana estaba fondeada en Delos, envió mensajeros al rey. Dejó éste lo que 3
estaba haciendo en el Helesponto, regresó a Éfeso tan aprisa como pudo con las naves de espolón y celebró inmediatamente un consejo para decidir si se debía afrontar el riesgo de un combate naval. Polixénidas opinaba que no había 4
tiempo que perder, y que en todo caso era preciso combatir antes de que la flota de Éumenes y los navíos rodios se unieran con los romanos; de esta forma serían apenas 5
inferiores en número y superiores en todo lo demás, tanto por la velocidad de las naves como por la diversidad de tropas auxiliares; las naves romanas, en efecto, rudimenta- 6
riamente construidas, no tenían facilidad de maniobra, aparte de que, como venían a un país enemigo, llegaban cargadas de suministros, y en cambio las propias, como dejaban 7
en torno suyo enteramente pacificada la zona, no transportarían nada más que soldados y armas; contarían además con la gran ventaja de su conocimiento del mar, de las costas y de los vientos, factores todos estos que crearían problemas a los enemigos por su desconocimiento.
El autor del plan, que además era quien iba a ponerlo 8
en práctica, convenció a todos. Se emplearon dos días en los preparativos; al tercero partieron con cien naves, setenta de las cuales eran cubiertas y las demás descubiertas, todas de tamaño menor, y pusieron rumbo a Focea. De 9

allí, el rey, enterado de que la flota romana se estaba acercando ya, como no tenía intención de tomar parte en el combate naval se retiró a Magnesia [78], que está situada al pie del Sípilo, con el fin de reunir tropas de tierra;
10 la flota se dirigió a Cisunte [79], puerto de Eritras, en la idea de que estaría mejor allí para esperar al enemigo.
11 En cuanto amainó el aquilón, pues había soplado durante varios días ininterrumpidamente, los romanos partieron de Delos en dirección a Fanas [80], puerto de Quíos abierto al mar Egeo; desde allí dirigieron las naves hacia la ciudad
12 y después de aprovisionarse cruzaron a Focea. Éumenes marchó a su flota, a Elea, y pocos días más tarde, con veinticuatro naves cubiertas y un número algo superior de ellas descubiertas regresó a Focea junto a los romanos, que se estaban preparando y equipando para el combate naval.
13 Partieron de allí con ciento quince naves cubiertas y unas cincuenta descubiertas. Al principio, los aquilones los empujaban de costado en dirección a tierra, y se veían obligados a navegar en estrecha fila, casi nave tras nave; luego, cuando amainó un tanto la fuerza del viento, trataron de llegar al puerto de Córico, situado al norte de Cisunte.

44 Cuando Polixénidas recibió la noticia de que se estaba acercando el enemigo, se alegró de tener oportunidad de combatir, desplegó su ala izquierda hacia mar abierto, ordenó a los capitanes de navío que desplegaran el ala derecha hacia tierra y marchó al combate con un frente en
2 línea. Cuando el romano advirtió esta maniobra arrió las

---

[78] Conocida como Magnesia del Sípilo (Manisa, al este de Focea) para distinguirla de la Magnesia del Meandro, de Caria.

[79] No parece que se pueda establecer con certeza su localización. Al sur, según deduce del párrafo 13. Eritras, en la parte septentrional de la península de Cesme.

[80] Cabo de la isla de Quíos, al sur (Cabo Mastiko).

velas y bajó los mástiles al tiempo que recogía los aparejos y esperaba a las naves que venían detrás. Cuando hubo 3
ya un frente de unas treinta, para equilibrar con ellas el ala izquierda izó las velas de proa [81] y avanzó mar adentro ordenando a los que iban detrás que alinearan las proas frente al flanco derecho cerca de tierra. Éumenes cerraba 4
la formación, pero cuando comenzó el ajetreo de recoger los aparejos también él puso las naves a la mayor velocidad posible. Estaban ya a la vista de todos. Dos navíos 5
cartagineses iban delante de la flota romana, y les salieron al paso tres navíos del rey. Dada la desigualdad numérica, 6
dos naves reales flanquearon a una de ellas; primero barrieron los remos por ambos costados, y luego la abordaron los combatientes, que capturaron la nave después de arrojar al agua o dar muerte a sus defensores. La otra 7
nave, que había ido al choque en igualdad, al ver que la primera había sido capturada, antes de verse rodeada por tres a la vez retrocedió buscando refugio entre la flota. Encendido de cólera, Livio avanzó contra el enemigo con 8
la nave pretoria. Las dos que habían rodeado a una de las cartaginesas se lanzaron contra ésta esperando el mismo resultado; él ordenó a los remeros que hundieran los remos en el agua para estabilizar la nave, que lanzaran los garfios de hierro sobre las naves enemigas que se acercaban, y que, en cuanto hubieran convertido la lucha en 9
algo semejante a un combate a pie, se acordaran del valor de los romanos y no considerasen hombres a los esclavos del rey. En esta ocasión una nave sola abordó y capturó dos mucho más fácilmente que antes las dos a una sola.

81 El término latino, *dolon*, designa una pequeña vela que se iza en proa sobre un mástil inclinado (una especie de bauprés elevado) para conseguir mayor velocidad en una situación de emergencia.

10 Ya se había producido también el choque entre las flotas
en toda la línea, y se combatía en todas partes con las
11 naves entremezcladas. Éumenes llegó cuando ya se había
iniciado la batalla; en cuanto advirtió que Livio había des-
organizado el flanco izquierdo enemigo, atacó a su vez el
flanco derecho, donde la lucha estaba equilibrada.

45 Y así, no mucho después se inició la huida, primero
desde el flanco izquierdo. En efecto, cuando Polixénidas
vio que los soldados enemigos eran claramente superiores
en valor, izó las velas de proa y emprendió una huida en
desbandada; muy pronto hicieron también otro tanto los
que habían trabado combate contra Éumenes cerca de tie-
2 rra. Los romanos y Éumenes los persiguieron con gran
tenacidad mientras los remeros pudieron aguantar y man-
3 tuvieron esperanzas de castigar su retaguardia. Cuando
vieron que los vanos intentos de sus naves cargadas con
los suministros eran burlados por la velocidad de las otras,
dada su ligereza, acabaron por desistir después de capturar
trece naves con sus soldados y remeros y de hundir una
4 decena. De la flota romana se perdió únicamente la nave
cartaginesa que habían cogido en medio otras dos al prin-
cipio de la batalla. Polixénidas no cesó en su huida hasta
5 el puerto de Éfeso. Los romanos se quedaron aquel día
en el lugar de donde había partido la flota real, y al día
siguiente intentaron la persecución del enemigo. Aproxi-
madamente a mitad del recorrido salieron a su encuentro
veinticinco naves rodias provistas de cubierta con el pre-
6 fecto de la flota Pausístrato. Las unieron a las suyas,
persiguieron al enemigo hasta Éfeso y se alinearon frente
a la bocana del puerto en formación de combate. Tras obli-
gar a los enemigos a reconocer claramente su derrota, en-
7 viaron a casa a los rodios y a Éumenes; rumbo a Quíos
los romanos dejaron atrás primero el puerto de Fenicunte,

en territorio de Eritrea [82], echaron anclas por la noche,
y al día siguiente pasaron a la isla, cerca de la ciudad mis-
ma [83]. Allí estuvieron detenidos unos cuantos días, más
que nada para que repusieran fuerzas los remeros, e hicie-
ron la travesía hasta Focea. Dejando allí cuatro quinque- 8
rremes como guarnición de la ciudad, la flota llegó a Ca-
nas [84], y como ya se acercaba el invierno se sacaron las
naves a tierra rodeándolas de un foso y una empalizada.

Roma: elecciones

A finales de año se celebraron en Ro- 9
ma los comicios en los que fueron elegi-
dos cónsules [85] Lucio Cornelio Escipión
y Gayo Lelio, poniendo todos sus miras
en el Africano para finalizar la guerra
contra Antíoco. Al día siguiente fueron elegidos pretores
Marco Tucio, Lucio Aurunculeyo, Gneo Fulvio, Lucio Emi-
lio, Publio Junio y Gayo Atinio Labeón.

[82] En el lado occidental de la península.

[83] Quíos, en el centro de la costa este de la isla homónima.

[84] Situada a pocos Km. de Elea, al este.

[85] Para el año 190.

LIBRO XXXVII

SINOPSIS

AÑO 190 a. C.

Roma: provincias y ejércitos, prodigios, partida de los cónsules (1 - 4, 5).

Oriente: movimientos, marcha por Macedonia y Tracia (4, 6 - 7).

Preparativos de Antíoco. Operaciones navales en el Helesponto (8 - 9).

Batalla de Panormo. Derrota de los rodios (10 - 15).

Doble intento contra Pátara (16 - 17).

Asedio de Pérgamo (18 - 21).

Operaciones navales. Batalla de Sida (22 - 25).

Asedio de Nocio. Batalla de Mioneso (26 - 30).

Repliegue de Antíoco. Toma de Focea. Propuestas de paz (31 - 36).

Batalla de Magnesia (37 - 45, 3).

Negociaciones de paz (45, 4 - 45, 21).

Roma: informes, colonias, elecciones (46 - 47).

AÑO 189 a. C.

Rumores, embajada etolia, asignación de mandos (48 - 51).

Intervenciones en el senado sobre la nueva situación de Asia (52 - 56).

Noticias de Liguria y de Hispania. Elección de censores. Triunfos (57 - 59).
Oriente: operaciones navales en Creta y Tracia (60).

Roma: provincias y ejércitos, prodigios, partida de los cónsules

1 Siendo ya cónsules Lucio Cornelio Escipión y Gayo Lelio, la primera cuestión que trató el senado, después de los actos religiosos, fue la de los etolios. Sus enviados insistieron, porque tenían un período de tregua corto, y además los apoyó Tito Quincio, que había regresado de Grecia a Roma.
2 Los etolios, como basaban sus esperanzas más en la clemencia del senado que en la justicia de su causa, adoptaron un tono de súplica, contrapesando con sus antiguos
3 servicios su mal comportamiento reciente. Pero mientras duró su presencia, los senadores los acosaron a preguntas desde todas partes tratando de arrancarles, más que respuestas, el reconocimiento de sus culpas, y cuando se les
4 mandó salir de la curia ocasionaron un vivo debate. En su caso la cólera era más fuerte que la clemencia porque suscitaban la irritación no tanto por el hecho de ser enemigos sino por ser un pueblo irreductible e irreconciliable.
5 Después de varios días de discusión, al fin se tomó la decisión de no concederles ni negarles la paz. Se les ofreció una doble opción: atenerse a lo que el senado, a su entera libertad, decidiera sobre su caso, o entregar mil talentos
6 y tener los mismo amigos y los mismos enemigos. Cuando quisieron saber en qué aspectos se pondrían a merced del senado no se les dio una respuesta segura. Así, sin haber concluido la paz [86], fueron despedidos con órdenes de aban-

[86] Cf. XXXII 37, 5.

donar Roma el mismo día e Italia en el término de quince días.

A continuación se inició el debate acerca de las pro- 7
vincias de los cónsules. Los dos querían Grecia. Lelio tenía mucha influencia en el senado. Cuando el senado dispuso que los cónsules llegaran a un acuerdo entre ellos o echaran a suertes las provincias, él manifestó que obrarían con mejor criterio confiando la cuestión a la decisión de los senadores en vez de a la suerte. Escipión, después de res- 8
ponder, ante esto, que pensaría lo que debía hacer, habló con su hermano a solas, y como éste le aconsejó que confiara en el senado sin miedo, comunicó a su colega que haría lo que él proponía. El sistema propuesto era nove- 9
doso, o al menos los precedentes eran tan antiguos que había desaparecido ya su recuerdo, y despertó el interés del senado ante la perspectiva de una confrontación; entonces Publio Escipión Africano declaró que si decidían que Grecia fuese la provincia de su hermano Lucio Escipión, él lo acompañaría como legado. Estas palabras, 10
acogidas con grandes muestras de aprobación, zanjaron la discusión; había curiosidad por comprobar quién representaba un apoyo mayor, si el vencido Aníbal para el rey Antíoco, o su vencedor el Africano para el cónsul y las legiones romanas; y casi por unanimidad asignaron Grecia a Escipión, y a Lelio Italia.

A continuación sortearon sus provincias los pretores. 2
Le correspondió a Lucio Aurunculeyo la pretura urbana, a Gneo Fulvio la peregrina, a Lucio Emilio Regilo la flota, a Publio Junio Bruto la Toscana, Apulia y el Brucio a Marco Tucio, y Sicilia a Gayo Atinio. Luego, el cónsul 2
al que había sido asignada la provincia de Grecia recibió, como complemento para el ejército que le entregaría Manio Acilio —formado por dos legiones—, tres mil soldados

de infantería y cien de caballería de ciudadanía romana,
3 y aliados latinos cinco mil de a pie y doscientos de a caba-
llo, con la disposición adicional de que, tras su llegada
a la provincia, si lo estimaba conforme a los intereses del
4 Estado, trasladase el ejército a Asia. Al otro cónsul le
fue asignado un ejército enteramente nuevo compuesto por
dos legiones romanas y quince mil latinos de infantería y
5 seiscientos de caballería. Quinto Minucio, como había
escrito diciendo que su misión estaba ya cumplida y que
toda la nación lígur se había sometido, recibió instruccio-
nes de trasladar su ejército del territorio de los lígures al
de los boyos y entregárselo al procónsul Publio Cornelio [87],
que estaba tratando de hacer salir a los boyos del territorio
6 que les había confiscado. Las dos legiones urbanas alis-
tadas el año anterior fueron asignadas al pretor Marco Tu-
cio, con quince mil soldados de infantería y seiscientos de
caballería aliados y latinos, para controlar Apulia y el Bru-
7 cio. Aulo Cornelio [88], el pretor del año anterior, que
había estado ocupando el Brucio con su ejército, recibió
orden de trasladar sus legiones a Etolia, si el cónsul así
lo estimaba, y entregárselas a Manio Acilio en caso de que
8 éste quisiera quedarse allí; si Acilio prefería volver a Roma,
se quedaría Aulo Cornelio en Etolia con aquel ejército.
Se decidió que Gayo Atinio Labeón recibiera de Marco
Emilio la provincia de Sicilia y el ejército, y que, si quería,
reclutara en la propia provincia un complemento de dos
9 mil soldados de a pie y cien de a caballo. Publio Junio
Bruto, para la Toscana, enrolaría un ejército nuevo: una
legión romana y diez mil aliados y latinos, así como cua-

[87] Escipión Nasica.

[88] Cornelio Mámula. Quedará en Etolia como propretor y Acilio volverá a Roma para solicitar el triunfo.

trocientos jinetes. Lucio Emilio, que tenía a su cargo el 10
mar, recibió instrucciones de que el pretor del año ante-
rior, Marco Junio, le entregase veinte navíos de guerra con
su marinería; él personalmente enrolaría mil soldados de
marina y dos mil de infantería; con estas naves y estos
soldados zarparía para Asia y se haría cargo de la flota
de Gayo Livio. A los que tenían el mando en las dos 11
Hispanias [89] y Cerdeña les fue prorrogado por un año y
asignados los mismos ejércitos. Tanto a Sicilia como a 12
Cerdeña se les exigieron dos diezmos de trigo igual que
el año anterior; se dispuso que todo el trigo de Sicilia fuese
transportado a Etolia para el ejército, y el procedente de
Cerdeña, una parte a Roma y otra a Etolia al mismo desti-
no que el de Sicilia.

Antes de que partieran los cónsules para sus provin- 3
cias se acordó expiar los prodigios por medio de los pontí-
fices. En Roma, el templo de Juno Lucina había sido 2
alcanzado por el fuego del cielo resultando dañados el fron-
tón y las hojas de la puerta. En Putéolos, muchos tramos
de la muralla y una de las puertas habían sido golpeados
por el rayo, y dos personas habían resultado muertas.
En Nursia [90], estaba constatado que estando el cielo sereno 3
se había producido un aguacero, y también allí habían pe-
recido dos hombres libres. Los tusculanos anunciaban que
en sus país había llovido tierra, y los retinos, que en su
territorio había parido una mula. Se expiaron estos pro- 4
digios, y se reiniciaron las Ferias Latinas porque no se les
había dado a los laurentes [91] la carne que deben recibir.

[89] Gayo Flaminio en la Citerior y Lucio Emilio Paulo en la Ulterior. En Cerdeña, Lucio Opio Salinátor.

[90] Norcia hoy; en la Sabina.

[91] De Lavinio. Véase VIII 11, 15 n.

5 También se celebró, con motivo de los consiguientes te-
mores religiosos, una rogativa a los dioses, a los que había
que hacérsela según dictaminaron los decénviros de acuer-
6 do con los Libros. Se hizo intervenir en este ceremonial
a diez jóvenes nacidos libres y a diez doncellas, todos ellos
con el padre y la madre vivos, y los decénviros hicieron
7 la ceremonia por la noche con víctimas lactantes. Publio
Cornelio Escipión Africano, antes de partir, levantó un ar-
co en el Capitolio frente a la calle de subida al mismo,
con siete estatuas y dos caballos dorados, y colocó dos
fuentes de mármol delante del arco.

8 Por las mismas fechas, cuarenta y tres jefes etolios,
entre los que se encontraban Damócrito y su hermano, fue-
ron conducidos a Roma por dos cohortes enviadas por Ma-
nio Acilio y arrojados a las Lautumias. Después las cohor-
tes recibieron orden del cónsul Lucio Cornelio de regresar
al ejército.

9 Llegaron embajadores de los reyes de Egipto, Tolomeo
y Cleopatra, para congratularse porque el cónsul Manio Aci-
lio había expulsado de Grecia al rey Antíoco, y para animar
10 a pasar a Asia con un ejército: había un estado de pánico
general tanto en Asia como en Siria, y los reyes de Egipto
estarían dispuestos para aquello que el senado decidiera.
11 Se les dieron las gracias a los reyes, y se dieron instruccio-
nes para que se hiciera un obsequio de cuatro mil ases a
cada uno de los embajadores.

4 El cónsul Lucio Cornelio, una vez llevado a cabo lo
que debía hacerse en Roma, hizo saber, delante de la asam-
blea, que los soldados alistados por él como complemento
más los que estaban en el Brucio con el pretor Aulo Cor-
nelio debían concentrarse todos en Brundisio el día quince
2 de julio. También nombró tres legados, Sexto Digicio,
Lucio Apustio y Gayo Fabricio Luscino, para que se hicie-

ran cargo de las naves de todos los puntos de la costa y
las reunieran en Brundisio; y una vez hechos todos los pre-
parativos salió de la ciudad en uniforme de campaña.
Cerca de cinco mil voluntarios, romanos y aliados, que 3
habían cumplido su servicio a las armas con Publio Afri-
cano como general, se presentaron al cónsul cuando partía
y se reengancharon. Por aquellos días en que partió el 4
cónsul para el frente, durante los Juegos Apolinares [92], el
once de julio, estando el cielo sereno se hizo la oscuridad
en pleno día al pasar la luna delante del disco solar.
También partió al mismo tiempo Lucio Emilio Regilo, al 5
que había correspondido el mando de la armada. Lucio
Aurunculeyo recibió del senado el encargo de construir trein-
ta quinquerremes y veinte trirremes, porque corría el ru-
mor de que Antíoco, después de la batalla naval, estaba
preparando de nuevo una flota bastante más considerable.

Oriente: movimientos, marcha por Macedonia y Tracia

Los etolios, cuando a la vuelta de Ro- 6
ma sus emisarios informaron de que no
había ninguna esperanza de paz, aunque
los aqueos habían devastado toda la cos-
ta que da al Peloponeso, pensaron más 7
en el peligro que en los daños y ocuparon el monte Córace
para cortar el paso a los romanos, pues no dudaban de
que volverían al comienzo de la primavera para atacar Nau-
pacto. Acilio, como sabía que era eso lo que se esperaba, 8
consideró preferible dar un golpe inesperado y atacar La-
mia, pues Filipo había llevado a sus habitantes al borde 9
de la aniquilación y además ahora se podía caer sobre ellos
por sorpresa precisamente porque no temían nada pareci-

[92] Instituidos en el año 212 (XXV 12, 8 ss.), repetidos en el año 211 y en años siguientes (XXXVI 23, 3), y establecidos en fecha fija en el año 208. Más adelante pasaron a durar ocho días, del seis al trece de julio.

10 do. Partiendo de Elacia, primero acampó en territorio
enemigo en las cercanías del río Esperqueo; luego se puso
en movimiento por la noche, y al amanecer rodeó las mu-
rallas y atacó.

5 Fue grande el pánico y la confusión, por tratarse de
una situación imprevista. Mostrando, sin embargo, mayor
entereza de la que cabía esperar ante un peligro tan repen-
tino, los hombres combatían defendiendo y las mujeres lle-
vaban a las murallas toda clase de armas arrojadizas y
piedras, y aquel día aseguraron la defensa de la ciudad
a pesar de que ya se habían aplicado escalas en muchos
2 puntos. Acilio, después de dar la señal de retirada, llevó
a sus hombres de vuelta al campamento a eso del medio
día. Entonces, una vez que repusieron fuerzas con la comi-
da y el descanso, antes de despedir al pretorio, hizo saber
que debían estar preparados y armados antes del alba, que
ya no los traería de vuelta al campamento hasta haber asal-
3 tado la ciudad. Atacó por muchos puntos a la misma
hora que el día anterior, y como los habitantes de la plaza
andaban ya faltos de fuerzas, de proyectiles, y sobre todo
de moral, en cosa de pocas horas tomó la ciudad. Puso
en venta una parte del botín y repartió el resto, y después
celebró consejo para decidir qué hacer a continuación.
4 Nadie se pronunció a favor de marchar sobre Naupacto,
al estar ocupado por los etolios el desfiladero del Córace.
No obstante, para evitar la inactividad durante el verano
y evitar que, debido a las propias vacilaciones, los etolios
tuvieran igualmente la paz que no habían conseguido del
senado, Acilio decidió atacar Anfisa [93]. Hasta allí fue con-
5 ducido el ejército desde Heraclea cruzando el Eta. Esta-
bleció el campamento cerca de las murallas, pero no inten-

[93] A unos 12 Km. al noroeste de Delfos.

tó el ataque rodeándolas de hombres como en el caso de
Lamia, sino a base de obras de asedio. Se aplicaba el arie-
te en muchos puntos a la vez, y a pesar de ser batidos
los muros, los habitantes no intentaban preparar o imagi-
nar algo contra semejante dispositivo. Cifraban toda su 6
esperanza en las armas y la audacia; a base de salidas fre-
cuentes inquietaban los puestos enemigos y especialmente
a los hombres que estaban en torno a las obras y las má-
quinas.

Sin embargo el muro había sido derribado en muchos 6
puntos cuando llegó la noticia de que su sucesor había des-
embarcado las tropas en Apolonia y marchaba a través
del Epiro y Tesalia. Venía el cónsul con trece mil hombres 2
de infantería y quinientos de caballería. Había llegado ya
al golfo Malíaco; envió por delante emisarios a Hípata pa-
ra instar a sus habitantes a que rindieran la ciudad, y ante
su respuesta de que no harían nada sin una decisión de
toda la comunidad etolia, para evitar que el asedio de Hí-
pata lo entretuviera cuando Anfisa aún no había sido re-
conquistada, envió por delante a su hermano el Africano
y él avanzó hacia Anfisa. A su llegada, los habitantes 3
abandonaron la ciudad —pues gran parte de la misma es-
taba ya desguarnecida de muralla— y todos ellos, los que
portaban armas y los que no, se retiraron a la ciudadela,
que consideraban inexpugnable.

El cónsul instaló el campamento a unas seis millas de 4
distancia. Allá fueron unos embajadores atenienses, pri-
mero al encuentro de Publio Escipión, que se había ade-
lantado a la columna como queda dicho, y después al del
cónsul, para mediar en favor de los etolios. Recibieron 5
una respuesta más comprensiva del Africano, que buscaba
una excusa honrosa para dejar la guerra etolia, con las
miras puestas en Asia y en el rey Antíoco, y había pedido

a los atenienses que trataran de convencer también a los etolios, no sólo a los romanos, de que era preferible la
6 paz a la guerra. Enseguida, gracias a las presiones de los atenienses, llegó una numerosa diputación etolia procedente de Hípata, y sus esperanzas de paz se incrementaron tras una entrevista con el Africano, al que se dirigieron en primera instancia; éste les recordó que se habían puesto bajo su protección muchas razas y pueblos, primero en Hispania y después en África, y que en todos ellos había dejado mayores testimonios de su clemencia y bondad que
7 de su valor militar. Cuando parecía que la cuestión estaba resuelta, el cónsul, al que fueron a ver, les dio la misma respuesta con la que habían sido despedidos del senado. Afectados por ella como si recibieran un nuevo golpe —pues veían que no había servido de nada ni la embajada de los atenienses ni la tranquilizadora respuesta del Africano—, los etolios dijeron que querían consultar con los suyos.

7 Luego regresaron a Hípata, y no se veía qué decisión adoptar, pues no había de dónde sacar mil talentos para pagar, y si se entregaban a discreción, temían ser objeto
2 de malos tratos físicos. Dispusieron, pues, que volvieran los mismos emisarios a presentarse al cónsul y al Africano y les pidieran que, si de verdad querían conceder la paz y no sólo hacer amagos frustrando las esperanzas de unos desdichados, rebajaran la suma de dinero u ordenaran que la rendición incondicional no afectase a las personas de
3 los ciudadanos. No se consiguió que el cónsul cambiara en nada, y también esta embajada se despidió sin resulta-
4 do. Detrás fueron a su vez los atenienses, y el jefe de su embajada, Equedemo, devolvió la esperanza a los etolios, que estaban cansados de tantas negativas y deploraban con inútiles lamentaciones la suerte de su pueblo, al proponer-

les que solicitaran una tregua de seis meses que hiciera po-
sible el envío de embajadores a Roma; un aplazamiento 5
no empeoraría los males presentes, puesto que habían lle-
gado al límite, y poniendo tiempo por medio podían ocu-
rrir muchas circunstancias que paliasen la calamitosa situa-
ción del momento. A propuesta de Equedemo se envió a 6
las mismas personas; se reunieron primero con Publio Es-
cipión, y por mediación suya consiguieron del cónsul una
tregua de la duración que pedían. Levantado el asedio de 7
Anfisa, Manio Acilio dejó la provincia después de entregar
el ejército al cónsul; éste, desde Anfisa, se dirigió de nuevo
a Tesalia con intención de marchar hasta Asia atravesando
Macedonia y Tracia.

Entonces el Africano dijo a su hermano: «Yo también 8
estoy de acuerdo con la marcha que emprendes, Lucio Es-
cipión. Pero depende por entero de la voluntad de Filipo; 9
si éste es fiel a nuestro imperio nos facilitará el paso, los
víveres, y todo lo que sostiene y ayuda a los ejércitos en
una marcha larga; si él no nos asiste, nunca tendrás seguri-
dad bastante atravesando Tracia. Conviene, por consiguien- 10
te, sondear primero la disposición de ánimo del rey. La
mejor manera de sondearla será enviar a alguien para que
lo coja de improviso». Se eligió para ese cometido a 11
Tiberio Sempronio Graco [94], el más emprendedor, con mu-
cho, de los jóvenes de entonces; con caballos de relevo,
a una velocidad increíble, saliendo de Anfisa —pues fue
enviado desde allí— llegó a Pela [95] al tercer día. El rey 12
estaba en un banquete, y se había cargado mucho de vino;
precisamente ese estado de relajamiento disipó la sospecha
de que intentara alguna maquinación. De momento, el 13

[94] El padre de los Gracos.

[95] La capital de Macedonia.

huésped fue objeto de una acogida francamente amistosa, y al siguiente día vio preparadas para el ejército provisiones abundantes, construidos sobre los ríos los puentes, y arreglados los caminos por donde era difícil el paso.
14 Cuando volvía con estas noticias con la misma celeridad que a la ida, se encontró con el cónsul en Táumacos. Satisfecho el ejército, con más firmes y mayores esperanzas, llegó de allí a Macedonia, donde estaba todo preparado.
15 El rey recibió y escoltó con regia magnificencia a los que llegaban. Se vio que tenía una gran preparación y buenas maneras, cualidades muy apreciadas por el Africano, un hombre que así como destacaba en lo demás, tampoco estaba reñido con la cortesía, siempre que no redundara en
16 extravagancia. Desde allí, Filipo los acompañó a través no sólo de Macedonia sino de Tracia y lo tuvo todo a punto, hasta que llegaron al Helesponto.

Preparativos de Antíoco. Operaciones navales en el Helesponto

8 Antíoco, como después de la batalla naval de Córico[96] había tenido libre todo el invierno para prepararse por tierra y por mar, había dedicado especial atención al carenado de la flota, para no
2 verse privado por completo del control del mar. Pensaba en que había sido derrotado sin que estuviera presente la flota rodia, y si ésta también participaba en un combate —y no iban a incurrir los rodios en el error de un nuevo retraso—, él iba a necesitar un gran número de navíos para igualar el poderío y la magnitud de la flota enemiga.
3 Por esa razón había enviado a Aníbal a Siria a buscar naves fenicias, y además dio instrucciones a Polixénidas para que, si grande había sido el fracaso sufrido, mayor fuera su empeño en la reparación de las naves que queda-

[96] Cf. XXXVI 43 ss.

ban y la preparación de otras nuevas. Él pasó el invierno 4
en Frigia reuniendo tropas auxiliares de todas las proce-
dencias. Incluso mandó emisarios a Galogrecia [97], cuyos
habitantes eran en aquella época bastante belicosos al con-
servar aún su bravura gálica y no haber perdido el carácter
de su raza. En Eólide había dejado a su hijo Seleuco con 5
un ejército para contener a las ciudades de la costa, incita-
das a la sublevación de una parte por Éumenes, desde Pér-
gamo, y de otra por los romanos, desde Focea y Eritras.
La flota romana, como ya se ha dicho, invernaba en 6
Canas, donde se presentó el rey Éumenes a mediados del
invierno con dos mil soldados de infantería y quinientos
de caballería. Dijo que se podía sacar un gran botín del 7
territorio enemigo de las cercanías de Tiatira [98], y a base
de insistir convenció a Livio para que enviara con él cinco
mil hombres. La expedición volvió a los pocos días con
un enorme botín.

Entretanto, estalló un motín en Focea, pues algunos 9
trataban de ganar para Antíoco la adhesión de las masas.
Era una carga el acuartelamiento invernal de la flota, era 2
una carga el tributo, porque se les habían exigido quinien-
tas togas y quinientas túnicas, agravado todo ello por la 3
falta de trigo, debido a la cual tuvieron que marcharse las
naves y la guarnición romana. Entonces se vio realmente
libre de temor la facción que tiraba de la plebe hacia An-
tíoco en las asambleas públicas. El senado y la aristocracia 4
sostenían que se debía permanecer en la alianza de Roma,
pero los promotores de la ruptura tuvieron más influencia
en la masa. Los rodios, cuanto menor había sido su activi- 5

---

[97] En XXXVIII 16-17 hay otras referencias al carácter de los galo-griegos o gálatas.

[98] Población de Lidia (hoy Akhisar) de situación estratégica.

dad durante el verano anterior, más prisa se dieron en el
equinoccio de primavera en enviar al mismo Pausístrato,
6 almirante de la flota, treinta y seis navíos. Livio, con
treinta naves suyas y siete cuatrirremes que había traído
consigo el rey Éumenes, iba ya rumbo al Helesponto desde
Canas para preparar lo necesario con vistas al paso del
7 ejército, que suponía llegaría por tierra. Primeramente
enfiló con su flota el puerto llamado de los Aqueos [99];
desde allí subió a Ilio [100], y después de ofrecer un sacrificio
en honor de Minerva escuchó amistosamente a las embajadas
venidas de los países del contorno, desde Eleunte,
Dárdano [101] y Reteo [102] para poner sus ciudades bajo su
8 protección. Luego navegó hacia la entrada del Helesponto,
dejó diez naves fondeadas enfrente de Abidos, y con el
9 resto de la flota cruzó a Europa para atacar Sestos. Estaban
llegando ya al pie de la muralla los soldados cuando de
pronto salieron a su encuentro delante de la puerta unos
místicos [103] galos con vestimenta de ceremonia. Dijeron
que venían por inspiración de la madre de los dioses, como
servidores de la diosa, para suplicar a los romanos que
10 preservasen las murallas y la ciudad. Ninguno de ellos
fue objeto de violencia. Al poco salieron a entregar la ciu-
11 dad el senado en pleno y los magistrados. Luego, la flota

[99] Es el puerto de Troya, a unos 4 Km. de la ciudad.

[100] La Troya VIII de los arqueólogos (la homérica sería la VIIa) fue fundada en torno al 700. En el siglo IV (Troya IX) cobró relativa importancia por obra de Alejandro. Roma, que la acogió bajo su protección en el año 190, la destruyó en el 85 a. C.

[101] Al sur de Abidos, a unos 16 Km.

[102] Al noreste de Troya, con la que había formado una antigua confederación junto con Dárdano y Eleunte.

[103] *Fanatici*, el término latino. Véase, *infra*, XXXVIII 18, 9, y XXXIX 13, 12.

hizo la travesía hasta Abidos, donde se establecieron contactos para sondear la disposición de ánimo de los habitantes, y como no se recibió respuesta alguna de paz, se preparaban para el asedio.

Batalla de Panormo. Derrota de los rodios

Mientras se desarrollaban en el Heles- 10
ponto estas operaciones, Polixénidas, el prefecto del rey —en realidad era un exiliado rodio—, enterado de que había salido de su país una flota de sus com-
patriotas y que el almirante Pausístrato había hecho públi- 2
camente unas referencias arrogantes y despectivas hacia su persona, sintió una especial rivalidad hacia él, y día y noche pensaba únicamente en responder con hechos a sus ba-
ladronadas. Le mandó un hombre al que también el otro 3
conocía para decirle que él podría prestar un gran servicio a Pausístrato y a su patria, si se lo permitían, y que Pausístrato, por su parte, podía reintegrarlo a él a su patria.
Pausístrato, sorprendido, preguntó cómo era posible tal 4
cosa, y cuando así se le pidió asumió el compromiso de colaborar en la operación o de guardar silencio sobre ella.
Entonces el emisario dijo que Polixénidas le entregaría la 5
flota real entera o la mayor parte de la misma; que, como precio por tan importante servicio, ponía únicamente su
vuelta a la patria. La trascendencia del asunto hizo que 6
ni creyera ni desdeñara lo que había oído. Zarpó rumbo a Panormo [104], en tierra de Samos, y allí se detuvo para
examinar el ofrecimiento que se le había hecho. Los men- 7
sajeros iban y venían, y Pausístrato no quedó convencido hasta que Polixénidas, en presencia de un emisario suyo, escribió de su mano que haría lo que había prometido y

[104] Hay opiniones diversas sobre su localización. Probablemente, la bahía de Vathi.

8 mandó las tablillas en las que iba impreso su sello. Pensó que el traidor, con este aval auténtico, quedaba comprometido con él, pues el súbdito de un rey no habría incurrido en el error de proporcionar pruebas contra sí mismo
9 garantizadas por su propia mano. A partir de ahí se diseñó el plan de la falsa traición: Polixénidas decía que no haría ningún preparativo; no tendría el número suficiente de re-
10 meros ni marinos para la flota; sacaría a tierra algunas naves con el pretexto de repararlas, y otras las repartiría por los puertos cercanos, y sólo mantendría unas pocas en el agua delante del puerto de Éfeso para enfrentarlas
11 en combate si la situación exigía que salieran. Este mismo desentendimiento que, según le dijeron, iba a mostrar Polixénidas con su flota lo mostró el propio Pausístrato desde el primer momento; envió una parte de las naves a buscar suministros a Halicarnaso y otra parte a la ciudad de Samos [105], y él permaneció en Panormo a fin de estar preparado cuando recibiera del traidor la señal de ataque.
12 Polixénidas lo reafirmaba en su equivocada idea a base de falsos indicios: sacó al dique seco algunas naves, puso a punto los astilleros como si tuviera intención de sacar más, llamó a sus remeros de los cuarteles de invierno no para que fueran a Éfeso sino para reunirlos en secreto en Magnesia [106].

11 Dio la coincidencia de que un soldado de Antíoco que había acudido a Samos para un asunto personal fue apresado como espía y conducido a Panormo a presencia del
2 prefecto. Al preguntarle cómo iban las cosas por Éfeso, no se sabe con certeza si por miedo o porque no era del todo
3 leal hacia los suyos lo descubrió todo: la flota estaba en

[105] En la parte sur de la isla.

[106] Magnesia del Meandro.

el puerto equipada y a punto; los remeros habían sido enviados a Magnesia todos ellos; eran muy pocas las naves que se habían sacado a tierra, y se estaba quitando la cubierta a los astilleros; nunca se había puesto tanto empeño en atender a lo referente a la flota. Si no se dio por 4
verdaderas estas informaciones fue debido a que el error y las falsas esperanzas se habían adueñado de su mente. Cuando todo estuvo suficientemente preparado, Polixénidas hizo venir de Magnesia a los remeros por la noche, y después de botar a toda prisa las naves que se habían sacado a tierra dejó que transcurriera el día, no tanto para prepararse sino más bien porque no quería que se viera la salida de la flota; zarpó después de la puesta del sol 5
con setenta naves cubiertas, con viento de proa, y recaló antes del alba en el puerto de Pigela [107]. Esperó allí sin moverse durante el día, por la misma razón, y por la noche hizo la travesía hasta tocar tierra de Samos en el punto más próximo. Dio instrucciones a un tal Nicandro, capi- 6
tán de piratas, para que se dirigiera de allí a Palinuro [108] con cinco naves cubiertas y que luego condujera a los hombres por el camino más corto a través de los campos en dirección a Panormo, a la retaguardia del enemigo, y él mientras tanto se dirigió a Panormo dividiendo la flota para que ocupara la entrada del puerto por los dos lados. Al principio Pausístrato quedó un tanto desconcertado, 7
pues era una maniobra que no había previsto; luego, como soldado veterano que era, se repuso enseguida, y, convencido de que se podía mantener a raya al enemigo más fácilmente por tierra que por mar, condujo a sus hombres en dos columnas hasta los promontorios que forman el 8

[107] Al suroeste de Éfeso, a unos 10 Km.

[108] No hay otras referencias que permitan precisar más su localización.

puerto proyectándose como cuernos por el lado del mar;
contaba con alejar fácilmente desde allí al enemigo con
tiros cruzados. La aparición de Nicandro por el lado de
tierra desbarató esta táctica suya, y cambiando bruscamen-
9 te de planes ordenó que embarcase todo el mundo. Pero
entonces se produjo una gran confusión tanto entre los
soldados como entre la marinería, y se inició una especie
de huida hacia las naves, al verse rodeados por mar y por
10 tierra al mismo tiempo. Pausístrato consideró que la única
vía de salvación era la posibilidad de forzar el paso a tra-
vés de la entrada del puerto y salir a mar abierto; cuando
vio que habían embarcado sus hombres ordenó a los de-
más que le siguieran y marchando en cabeza, con su nave
lanzada a fuerza de remos, se dirigió a la bocana del puer-
11 to. Cuando estaba ya rebasando la entrada, Polixénidas
rodeó su nave con tres quinquerremes. Golpeada por los
espolones, la nave se hunde; sus defensores son acribilla-
dos con venablos, y entre ellos sucumbe también Pausís-
12 trato combatiendo con bravura. Las naves restantes fueron
capturadas unas fuera y otras dentro del puerto, y algunas
fueron apresadas por Nicandro cuando trataban de alejar-
13 se de tierra; solamente cinco naves rodias y dos de Cos
escaparon abriéndose paso entre el apelotonamiento de em-
barcaciones gracias al pánico provocado con llamas relu-
cientes, pues llevaban delante gran cantidad de fuego en
recipientes de hierro que pendían de dos pértigas sobresa-
14 lientes por proa. No lejos de Samos, unas trirremes de
Eritrea se encontraron con las naves rodias que venían a
escoltar, y como éstas iban huyendo, viraron poniendo rum-
15 bo al Helesponto, al encuentro de los romanos. Por la
misma época, Seleuco recuperó Focea, entregada a trai-
ción al dejar abierta la guardia una de las puertas; y Ci-

me [109] y otras ciudades de la misma costa se pasaron a él por miedo.

Mientras ocurrían en Eólide estos acontecimientos, 12
Abidos había soportado el asedio durante bastantes días gracias a que defendía las murallas una guarnición del rey.
Como estaban ya todos agotados, y contando además con 2
el consentimiento de Filotas, comandante de la guarnición, sus magistrados negociaban con Livio las condiciones de entrega de la ciudad. La negociación estaba estancada porque no se acababa de llegar a un acuerdo sobre si se dejaba marchar con armas o sin ellas a los soldados del rey.
Cuando discutían este punto llegó la noticia de la derrota 3
de los rodios, y el asunto se les fue de las manos; Livio, 4
en efecto, tuvo miedo de que Polixénidas, crecido por el éxito de una acción tan importante, cayera por sorpresa sobre la flota que se encontraba en Canas, abandonó inmediatamente el asedio de Abidos y la vigilancia del Helesponto y echó al agua las naves que habían sido sacadas
a tierra; Éumenes, por su parte, llegó a Elea. Livio se 5
dirigió a Focea con toda la flota, a la que había incorporado dos trirremes mitilenas. Informado de que estaba ocupada la ciudad por una fuerte guarnición real y que no
quedaba lejos el campamento de Seleuco, saqueó la costa, 6
embarcó a toda prisa el botín —prisioneros, sobre todo—, esperó únicamente hasta que Éumenes le diera alcance con
su flota y se dirigió a Samos a toda velocidad. En Rodas, 7
la primera reacción que provocó la noticia del desastre fue de pánico y profundo pesar al mismo tiempo, pues aparte de la pérdida de naves y de hombres, habían perdido la
flor y nata de su juventud; muchos nobles habían seguido 8
a Pausístrato impulsados, entre otras razones, por el gran-

[109] Situada al noreste de Focea.

de y justificado prestigio que éste tenía entre los suyos. Después, el hecho de haber sido cogidos a traición, y precisamente por un compatriota suyo, transformó el pesar
9 en rabia. Inmediatamente enviaron diez navíos, y otros diez pocos días más tarde, todos ellos al mando de Eudamo; estaban convencidos de que sería un jefe no comparable, en absoluto, con Pausístrato en otras virtudes guerreras, pero sí más precavido, puesto que era menos impetuoso.
10 Los romanos y Éumenes primeramente pusieron la flota rumbo a Eritrea. Se detuvieron allí sólo una noche, y al
11 día siguiente llegaron al promontorio de Córico. Como desde allí querían cruzar a la costa de Samos más cercana, no esperaron a que saliera el sol, que permitiría a los pilotos conocer el estado del cielo, y soltaron amarras en unas
12 condiciones atmosféricas inciertas. A mitad de la travesía el viento nordeste cambió a norte, y el mar, agitado por el oleaje, comenzó a zarandearlos.

13 Polixénidas supuso que los enemigos se dirigirían a Samos para unirse a la flota rodia, y saliendo de Éfeso se detuvo primeramente en Mioneso [110]. Desde allí cruzó a la isla llamada Macris para atacar en el momento oportuno cualquier nave que al paso de la flota perdiera el rum-
2 bo o la cola del convoy. Cuando vio la flota dispersada por el temporal, en un principio pensó que era el momento de atacar, pero poco después, al arreciar el viento y levan-
3 tar olas más altas, viendo que no podía llegar hasta ellos, cruzó hacia la isla de Etalia [111], para desde allí atacar al día siguiente a las naves cuando se dirigieran a Samos des-

[110] Es el nombre de un cabo (Doganbey) y también de una ciudad cuyo puerto estaba a muy corta distancia de la isla de Macris (Doganbey Adasi).

[111] ¿Isla de San Nicolás, en la bahía de Vathi?

de alta mar. Un reducido número de romanos alcanzó al 4
anochecer un puerto desierto de Samos, y el resto de la
flota, zarandeada durante toda la noche en alta mar, fue
abordando al mismo puerto. A través de unos campesinos, 5
se enteraron allí de que las naves enemigas estaban fondea-
das cerca de Etalia, y se celebró consejo para decidir si
se atacaba inmediatamente o se esperaba a la flota rodia.
Aplazada la acción, pues eso fue lo que se decidió, cruza-
ron a Córico, de donde habían partido. Polixénidas, por 6
su parte, después de esperar en vano retornó a Éfeso. En-
tonces las naves romanas, con el mar libre de enemigos,
pasaron a Samos. A los pocos días llegó también allí la 7
flota rodia. Para que quedara bien claro que la habían
estado esperando, inmediatamente zarparon hacia Éfeso con
intención de librar una batalla naval o hacer que el enemi-
go, si rehusaba el combate, reconociera su miedo, cuestión
de la mayor importancia por sus efectos en la actitud de
las ciudades. Tomaron posiciones formando las naves de 8
proa hacia la entrada del puerto. Como nadie salía a ha-
cerles frente, dividieron la flota; una parte quedó anclada
en el mar a la salida del puerto, y la otra desembarcó sus
tropas. Cuando éstas se llevaban un botín muy cuantioso 9
después de devastar a lo largo y ancho el territorio, en
el momento en que estaban ya cerca de las murallas hizo
una salida contra ellos el macedonio Andronico, que esta-
ba de guarnición en Éfeso, les arrebató buena parte del
botín y los obligó a volver hacia el mar, a las naves.
Al día siguiente los romanos prepararon una emboscada 10
aproximadamente a mitad del camino y marcharon en co-
lumna hacia la ciudad para tratar de atraer al macedonio
fuera de las murallas; luego, como la sospecha de algo pa-
recido impidió que saliera nadie, regresaron a las naves.
Dado que los enemigos rehuían el combate por tierra y 11

por mar, la flota volvió de nuevo a Samos, de donde había
venido. El pretor envió desde allí dos trirremes aliadas
procedentes de Italia y otras dos rodias, al mando de
Epícrates de Rodas, para proteger el estrecho de Cefala-
12 nia, pues estaba infestado por las piraterías del lacede-
monio Hibristas y de la juventud de Cefalania, y en esos
momentos el mar estaba cerrado para los convoyes de
Italia.

14 En el Pireo, Epícrates se encontró con Lucio Emilio
Regilo, que venía a tomar el relevo en el mando de la flo-
2 ta. Informado éste de la derrota de los rodios, como sólo
tenía dos quinquerremes se llevó a Asia con él a Epícrates
con sus cuatro navíos, siguiéndolo también las naves des-
3 cubiertas de los atenienses. Cruzó el mar Egeo hasta Quíos.
Procedente de Samos, también llegó allí el rodio Timasí-
crates, muy entrada la noche, con dos cuatrirremes; con-
ducido ante Emilio, dijo que se le había enviado para ser-
vir de escolta, porque las naves del rey hacían peligrosa
para los barcos de transporte aquella zona de la costa con
sus frecuentes incursiones desde el Helesponto y Abidos.
Cuando Emilio hacía la travesía de Quíos a Samos se en-
contró con dos cuatrirremes enviadas por Livio a su en-
4 cuentro y con el rey Éumenes y dos quinquerremes. Tras
la llegada a Samos, Emilio, una vez recibida de Livio la
flota y ofrecido el sacrificio de costumbre, reunió el conse-
jo. En él, Gayo Livio —pues fue él el primero a quien
se le pidió su opinión— dijo que quien podía dar un con-
sejo más fiable era aquel que aconsejase a otro lo que él
personalmente estuviese dispuesto a hacer si estuviera en
5 su lugar; él había tenido en mente el propósito de diri-
girse a Éfeso con toda la flota, llevar las naves de trans-
porte cargadas con mucho lastre y echarlas a pique a la
6 entrada del puerto; este cierre requería tanto menos esfuer-

zo cuanto que la entrada del puerto era, como un río, alargada, estrecha y poco profunda; de esa forma privarían al enemigo del recurso del mar y harían inútil su flota.

Esta propuesta no le pareció bien a nadie. El rey 15
Éumenes preguntó qué ocurriría al final cuando hubieran cerrado la entrada del mar con las naves hundidas, si, una vez libre la flota, iban a alejarse de allí para prestar ayuda a los aliados y meter miedo a los enemigos, o por el contrario iban a bloquear el puerto con toda la flota. Porque 2
si se alejaban, ¿quién ponía en duda que los enemigos retirarían los cascos hundidos y que abriría el puerto con menos trabajo con que fue obstruido? Y si, por el contrario, tenían que seguir allí igualmente, ¿qué ventaja suponía cerrar el puerto? Todo lo contrario, los enemigos, disfrutando 3
de un puerto segurísimo y de una ciudad llena de recursos, con Asia suministrándoles de todo, pasarían el verano tranquilos; los romanos, expuestos al oleaje y el temporal en mar abierto, faltos de todo, estarían de guardia permanente, y más que tener encerrados a los enemigos, estarían 4
ellos mismos sujetos e impedidos para poder hacer nada de lo que se tendría que hacer. Eudamo, almirante de la 5
flota rodia, más que exponer lo que él opinaba que se debía hacer, mostró su desaprobación respecto a la propuesta hecha. Epícrates de Rodas opinó que se debía enviar 6
a Licia parte de las naves, desentendiéndose de Éfeso por el momento, e incorporar a la alianza a Pátara, la capital de la nación. Esto sería de gran utilidad en dos sentidos: 7
los rodios, con la pacificación de los territorios situados frente a su isla, podían concentrar sus energías exclusivamente en la atención a la guerra contra Antíoco, y en 8
segundo lugar se impediría que la flota que se estaba preparando en Cilicia tomara contacto con Polixénidas. Esta 9
propuesta surtió el mayor efecto; se decidió, no obstante,

que Regilo se trasladara a Éfeso con toda la flota para sembrar el pánico entre los enemigos.

Doble intento contra Pátara

16 Gayo Livio, con dos quinquerremes romanas, cuatro cuadrirremes y dos naves de Esmirna descubiertas, fue enviado a Licia con instrucciones de dirigirse primero a Rodas y estudiar con los rodios
2 todos los planes. Las ciudades por donde fue pasando, Mileto, Mindo, Halicarnaso, Cnido y Cos, pusieron todo
3 el empeño en cumplir sus órdenes. A su llegada a Rodas dio cuenta del objeto de su misión y al mismo tiempo les pidió su opinión. Todos dieron su aprobación, y después de reforzar con tres cuadrirremes la flota que tenía zarpó
4 para Pátara. Al principio, un viento favorable los llevaba derechos hacia la ciudad, y esperaban suscitar algún movimiento creando un pánico repentino. Después cambió la dirección del viento y el mar comenzó a arbolarse con olas confusas, aunque consiguieron llegar a tierra a fuerza de
5 remos. Pero no había ningún fondeadero seguro en las cercanías de la ciudad, y no podían detenerse en aguas abiertas delante de la bocana del puerto, con la mar embraveci-
6 da y la noche al caer. Pasando de largo frente a las murallas se dirigieron al puerto de Fenicunte [112], situado a menos de dos millas de distancia de allí, seguro para
7 las naves contra la violencia del mar. Pero por encima de él se levantaban unos altos peñascos que los habitantes de la plaza ocuparon rápidamente llevando con ellos a los
8 soldados del rey que tenían como guarnición. Aunque el terreno era desfavorable y ofrecía dificultades para una retirada, Livio envió contra ellos a los auxiliares iseos y a

[112] Distinto del Fenicunte de Eritras de XXXVI 45, 7, en la costa meridional de Licia.

los jóvenes esmirneos de armamento ligero. Aguantaron 9
éstos la lucha mientras, al principio, más que de trabar combate se trataba de hostigar a pequeños grupos con proyectiles y ligeras escaramuzas. Después iban afluyendo des- 10
de la ciudad cada vez en mayor número, y cuando estaba ya fuera toda la población, Livio cogió miedo de que sus auxiliares fueran envueltos y se creara peligro para las naves incluso desde tierra. Entonces hizo que entraran 11
en combate los soldados y también las tripulaciones, el tropel de remeros, con las armas arrojadizas que cada uno tenía a mano. Incluso entonces se mantuvo incierto el 12
resultado de la batalla, y en aquel desordenado combate cayó Lucio Apustio, aparte de un buen número de soldados. Finalmente, sin embargo, los licios fueron derrotados, puestos en fuga y repelidos hasta la ciudad, y los romanos volvieron a las naves con una victoria que costó sangre. Luego, partieron hacia el golfo de Telme- 13
so [113], que llega hasta Caria por un lado y hasta Licia por el otro, y renunciando a la idea de nuevas tentativas contra Pátara, los rodios fueron mandados a casa. Livio, bor- 14
deando la costa de Asia, hizo la travesía hasta Grecia con la intención de cruzar a Italia después de reunirse con los Escipiones, que entonces se encontraban en las proximidades de Tesalia.

Cuando Emilio tuvo conocimiento del cese de las ope- 17
raciones de Licia y de la partida de Livio hacia Italia, como él mismo había sido alejado de Éfeso por el temporal y había vuelto a Samos sin conseguir su propósito, con- 2
sideró que era una deshonra el fracaso de la tentativa contra Pátara, y decidió partir hacia allí con toda la flota y atacar la ciudad con la mayor violencia. Dejando atrás 3

[113] Al noroeste de Pátara.

Mileto y el resto de la costa de los aliados, desembarcaron
en la bahía de Bargilias [114] en dirección a Jaso. La ciudad
estaba ocupada por una guarnición del rey. Los romanos,
actuando como enemigos, devastaron el territorio de los
4 alrededores. Después, Emilio mandó emisarios para son-
dear, a través de conversaciones, las intenciones de los ciu-
dadanos principales y de los magistrados, y cuando res-
pondieron que nada estaba en su poder, condujo sus
5 tropas al asalto de la ciudad. Había entre los romanos
unos exiliados de Jaso. Un buen número de ellos pidió
insistentemente a los rodios que no dejaran sucumbir a una
ciudad inocente con la que tenían relación de vecindad y
parentesco; la única causa de su propio exilio era su fideli-
6 dad a los romanos; la misma opresión de las tropas del
rey por la que ellos habían sido expulsados tenía sujetos
a los que permanecían en la ciudad; todos los habitantes
de Jaso tenían una sola obsesión: escapar del esclaviza-
7 miento al rey. Movidos por sus súplicas, los rodios, re-
cabando también el apoyo del rey Éumenes, lograron que
se desistiera del asalto a base de recordar los lazos que
ellos tenían y de expresar, al mismo tiempo, su lástima
por la situación de la ciudad sitiada por una guarnición
8 real. Partieron de allí, pues el resto de la región estaba
pacificado, y bordeando la costa de Asia llegaron a Lori-
9 ma [115], que es un puerto situado frente a Rodas. Allí,
en las tiendas de oficiales, surgieron entre los tribunos mi-
litares comentarios en un principio privados y que poste-
riormente llegaron a oídos del propio Emilio; se decía que
la flota había sido retirada de Éfeso, de su guerra, para

[114] Entre Jaso y Bargilias.

[115] Distante de Rodas algo más de 30 km. según XLV 10, 4. Moderno Puerto Aplotheka.

que el enemigo, al que se dejaba a la espalda con las manos libres, pudiera hacer impunemente toda clase de intentos contra tantas ciudades aliadas de las cercanías. Estos 10
comentarios hicieron efecto en Emilio; llamó a los rodios y les preguntó si podía estar fondeada toda la flota en el puerto de Pátara, y cuando le respondieron que no era posible, echando mano de esta excusa para renunciar a la empresa, llevó las naves de vuelta a Samos.

Asedio de Pérgamo

Por las mismas fechas, Seleuco, hijo 18
de Antíoco, después de mantener su ejército en Etolia durante toda la estación invernal, en parte prestando ayuda a los aliados y en parte saqueando a los que 2
no podía atraer a su alianza, decidió invadir el reino de Éumenes mientras éste, lejos de su casa, atacaba con los romanos y los rodios la costa de Licia. Primero se acercó 3
a Elea con su ejército dispuesto para el ataque; después renunció a atacar la ciudad y tras saquear los campos sin cuartel marchó a atacar Pérgamo, capital y ciudadela del reino. Átalo comenzó por colocar avanzadas delante de 4
la ciudad, lanzando ataques con la caballería y la infantería ligera, hostigaba, más que contenía, al enemigo. Finalmente, cuando se retiró murallas adentro tras comprobar, 5
con las escaramuzas, que no estaba en igualdad de fuerzas en ningún sentido, comenzó el asedio de la ciudad. Por 6
la misma época, aproximadamente, también Antíoco partió de Apamea y estableció su base primero en Sardes[116] y después junto al nacimiento del río Caico, no lejos del campamento de Seleuco, con un gran ejército mezcla de diferentes razas. Lo más temible eran cuatro mil galos mer- 7
cenarios. Envió a estos hombres, añadiéndoles algunos

[116] Cuartel general de Antíoco. Capital administrativa del Asia Menor.

otros, a devastar indiscriminadamente el territorio de Pér-
8 gamo. Cuando llegaron a Samos estas noticias, Éumenes,
reclamada su presencia por la guerra de casa, se dirigió
primero a Elea con su flota; luego, como había solda-
dos de caballería y de infantería ligera disponibles, pro-
tegido por ellos como escolta se dio prisa en llegar a Pér-
gamo antes de que los enemigos se dieran cuenta e hicieran
9 algún movimiento. Allí comenzaron a producirse de nuevo
ligeros encuentros con salidas rápidas, pues estaba claro
que Éumenes rehuía un combate decisivo. Pocos días más
tarde llegaron a Elea procedentes de Samos, para prestar
10 ayuda al rey, las flotas romana y rodia. Cuando Antíoco
recibió la noticia de que éstas habían desembarcado sus
tropas en Elea y que se habían concentrado tantas flotas
en un solo puerto, y cuando al mismo tiempo se enteró
de que el cónsul estaba ya en Macedonia con su ejército
y se estaban realizando los preparativos necesarios para
11 cruzar el Helesponto, pensó que había llegado el momento
de negociar la paz antes de verse presionado por tierra y
mar simultáneamente, y ocupó una colina enfrente de Elea
12 para emplazar el campamento. Dejó allí todas sus tropas
de infantería, y con la caballería —eran seis mil los jinetes—
bajó al llano, al pie mismo de las murallas de Elea, des-
pués de enviar un parlamentario a Emilio para decirle que
quería negociar la paz.

19 Emilio hizo venir de Pérgamo a Éumenes y celebró
un consejo en el que participaron también los rodios. És-
tos no desdeñaban la idea de la paz; Éumenes decía que
no era honroso hablar de paz en aquellas circunstancias,
ni era posible llegar a una conclusión en la negociación.
2 «En efecto —dijo—, ¿cómo vamos a aceptar sin deshonor,
encerrados y sitiados tras unas murallas, una especie de
paz con condiciones? ¿Y quién dará por válida esa paz

que habremos pactado sin el cónsul, sin la autorización del senado, sin el mandato del pueblo romano? Quisiera 3
saber, en efecto, si una vez concluida la paz en tu nombre, piensas volver inmediatamente a Italia y llevarte la flota y el ejército, o si piensas esperar a ver cuál es la decisión del cónsul sobre este particular, cuál el parecer del senado,
y cuál el mandato del pueblo. Ocurrirá, por consiguiente, 4
que permanecerás en Asia, y que las tropas volverán de nuevo a los cuarteles de invierno, renunciando a la guerra, y dejarán exhaustos a los aliados de tanto suministrar provisiones; y después, si así les parece a los que tienen poder
de decisión, reemprenderemos de nuevo y desde el princi- 5
pio una guerra que, con la ayuda de los dioses, podemos terminar antes del invierno si el ritmo actual no se inte-
rrumpe con algún aplazamiento.» Prevaleció este criterio, 6
y se respondió a Antíoco que no era posible tratar de la
paz antes de la llegada del cónsul. Después de haber in- 7
tentado en vano la paz Antíoco devastó primero las tierras de Elea y después las de Pérgamo; dejó allí a su hijo Seleuco, marchó como enemigo hacia Adramiteo [117] y llegó a una rica tierra llamada llanura de Tebas, a la que dio fama
el poema de Homero. En ningún otro sitio de Asia consi- 8
guieron un botín más rico los soldados del rey. A Adramiteo llegaron también, para servir de guarnición a la ciudad, Emilio y Éumenes haciendo la travesía con las naves.

Casualmente por aquellos mismos días abordaron a 20
Elea, procedentes de Acaya, mil soldados de a pie y cien de a caballo, teniendo Diófanes el mando de todas estas tropas; después de desembarcar fueron conducidos a Pérgamo, por la noche, por unos emisarios mandados por Áta-
lo a su encuentro. Eran todos veteranos con gran experien- 2

[117] En la llanura que queda al sur del Ida.

cia bélica, y discípulo su jefe de Filopemén, el más grande de todos los generales griegos de entonces. Se tomaron un par de días para el descanso de hombres y caballos y a la vez para hacer un reconocimiento de los puestos de guardia del enemigo, con los sitios y las horas en que salían
3 y se retiraban. Los soldados del rey se acercaban casi hasta el pie de la colina sobre la que se asienta la ciudad; de ese modo a su espalda se devastaba libremente, pues nadie salía de la ciudad ni siquiera para lanzar venablos desde
4 lejos sobre las avanzadas. Una vez que los habitantes se encerraron dentro de las murallas impulsados por el pánico, surgió entre los soldados del rey el menosprecio hacia ellos y, como consecuencia, la despreocupación. Una gran
5 parte tenía los caballos sin sillas ni bridas; dejando a unos pocos con las armas y en sus puestos, los demás se habían dispersado diseminándose en todas direcciones por la llanura, unos dedicándose a entretenimientos y retozos juveniles, otros comiendo a la sombra, algunos incluso tum-
6 bándose a dormir. Al observar esto desde lo alto de la ciudad de Pérgamo, Diófanes ordena a sus hombres que empuñen las armas y estén preparados junto a la puerta; él se va a ver a Átalo y le dice que tiene intención de hacer
7 un intento contra una avanzada enemiga. Átalo lo autorizó de mala gana, y es que se daba cuenta de que iba a pelear con cien jinetes contra seiscientos, y con mil soldados de a pie contra cuatro mil; él cruzó la puerta y se detuvo no lejos del puesto enemigo esperando una oportu-
8 nidad. Los de Pérgamo estaban convencidos de que se trataba de una locura más que de un golpe de audacia, y en cuanto a los enemigos, se fijaron en ellos unos instantes y al ver que no se realizaba movimiento alguno, tampoco ellos cambiaron nada en su despreocupación habitual, añadiendo incluso burlas sobre lo reducido de su número.

Diófanes mantuvo quietos a sus hombres durante algún 9
tiempo como si les hubiera hecho salir únicamente para
observar el espectáculo; cuando vio que los enemigos esta- 10
ban lejos de sus puestos ordenó a la infantería que lo si-
guiera todo lo deprisa que pudiera, él se puso a la cabeza
de la caballería con su propio escuadrón y a rienda suelta
cargó de improviso sobre el puesto enemigo después de
lanzar el grito de guerra toda la infantería y la caballería
al unísono. Se asustaron los hombres y también los caba- 11
llos, que rompieron sus ataduras, y sembraron el descon-
cierto y la confusión entre los suyos. Pocos caballos se 12
mantenían quietos y tranquilos, y ni siquiera a éstos po-
dían ensillarlos ni embridarlos ni montarlos sin dificulta-
des, pues los aqueos provocaban mucho más pánico del
que correspondería al número de sus jinetes. Por su parte, 13
los soldados de a pie, ordenados y preparados, atacaron
a los que andaban dispersos y descuidados, y medio dor-
midos o poco menos. La llanura fue escenario de la ma- 14
tanza y la huida por todas partes. Diófanes persiguió a
los que huían en desbandada mientras no corría riesgo,
y regresó al abrigo de la ciudad tras conseguir una gran
gloria para la nación aquea —pues tanto los hombres co-
mo las mujeres habían estado observando desde las mura-
llas de Pérgamo—.

Al día siguiente las avanzadas del rey, mejor organiza- 21
das y ordenadas, se situaron quinientos pasos más lejos
de la ciudad, y los aqueos salieron casi a la misma hora
y hasta el mismo sitio. Durante muchas horas, ambos ban- 2
dos se mantuvieron alerta a la espera del ataque como si
fuera a producirse de un instante a otro. Llegado el mo-
mento de volver al campamento, cerca de la puesta del
sol, las tropas del rey reunieron las enseñas y comenzaron
a retirarse en columna, en formación más de marcha que

3 de combate. Mientras el enemigo estaba a la vista, Diófanes no se movió. Después cargó contra la retaguardia con el mismo ímpetu que el día anterior, y de nuevo provocó tal pánico y desconcierto que, a pesar de los tajos que caían sobre sus espaldas, nadie se detuvo para luchar; despavoridos y guardando a duras penas el orden de la
4 columna, fueron rechazados hasta el campamento. Este golpe de audacia de los aqueos obligó a Seleuco a retirar su campamento del territorio de Pérgamo.

Cuando Antíoco se enteró de que habían llegado los romanos para defender Adramiteo, se mantuvo alejado de esta ciudad; saqueó los campos, y después tomó al asalto
5 Perea, colonia de Mitilene. Cotón, Corileno, Afrodisia y Prinne [118] fueron tomadas al primer asalto. Después regre-
6 só a Sardes por Tiatira. Seleuco permanecía en la costa amenazando a unos y protegiendo a otros. La flota romana, junto con Éumenes y los rodios, se dirigió primero a Mitilene y luego retornó a Elea, su punto de partida.
7 Al dirigirse desde allí a Focea abordaron a una isla llamada Baquio, que domina la ciudad de los focenses; saquearon como enemigos los templos y las estatuas que anteriormente habían respetado —y la isla estaba magníficamente
8 ornamentada—, y cruzaron hacia la propia ciudad. Se distribuyeron los objetivos y la atacaron, y cuando parecía que era posible tomarla con armas y escalas sin trabajos de asedio, entró en la ciudad un destacamento de tres mil
9 hombres enviado por Antíoco. Inmediatamente se renunció al ataque y la flota se retiró a la isla sin más consecuencia que el saqueo de los alrededores de la ciudad enemiga.

[118] Poblaciones desconocidas y de grafía dudosa.

Operaciones navales. Batalla de Sida

Se decidió entonces que Éumenes se 22 fuera a su país y preparase al cónsul y al ejército lo necesario para la travesía del Helesponto, y que las flotas romana y rodia retornaran a Samos y permanecieran allí fondeadas para impedir que Polixénidas se moviera de Éfeso. El rey regresó a Elea, y los romanos y rodios a Samos, donde falleció Marco Emilio, el hermano 2 del pretor.

Celebradas las exequias, los rodios partieron hacia Rodas con trece navíos suyos y una quinquerreme de Cos y otra de Cnido con el objeto de permanecer fondeados allí para hacer frente a una flota que según rumores venía de Siria. Dos días antes de que llegase de Samos con su 3 flota Eudamo, trece navíos enviados desde Rodas al mando de Panfílidas para hacer frente a la misma flota siria reforzados con cuatro naves que guarnecían Caria, liberaron Dédala [119] y algunas otras fortalezas de Perea del asedio de las fuerzas del rey. Se acordó que Eudamo saliera inmediatamente. También en este caso se añadieron seis 4 naves descubiertas a la flota que tenía. Partió, y acele- 5 rando la marcha cuanto podía dio alcance, cerca del puerto llamado Megiste [120], a los que habían salido delante. Desde allí llegaron a Fasélide [121] en una formación única, y se consideró que lo mejor era esperar allí al enemigo.

Se encuentra Fasélide en la frontera entre Licia y Pan- 23 filia; está muy metida mar adentro, es la primera tierra que se divisa yendo de Cilicia a Rodas, y permite avistar

[119] Fortaleza rodia situada en el golfo de Telmeso.

[120] Megiste era el nombre de una isla de la costa licia, la moderna Castellorizo.

[121] Hoy Terikova.

los barcos a distancia. Por esa razón precisamente se eligió
el lugar, para encontrarse al paso de la flota de los enemi-
2 gos. Pero debido a lo insano del lugar así como a la
época del año, pues era a mediados del verano, aparte de
los olores desacostumbrados, comenzaron a aparecer en-
fermedades generalizadas sobre todo entre los remeros, co-
3 sa que no habían previsto. Partieron, por miedo a esta
epidemia, y navegando por el golfo de Panfilia [122] la flota
abordó en la desembocadura del Eurimedonte, donde se
enteraron por los aspendios de que los enemigos se encon-
4 traban cerca de Sida. La flota del rey había navegado más
despacio debido al inconveniente de la época de los vientos
etesios, época casi fija de vientos del oeste [123]. Los rodios
5 tenían treinta y dos cuadrirremes y cuatro trirremes. La
del rey era una flota de treinta y siete navíos de mayor
tamaño, entre los cuales contaba con tres hepteres y cuatro
hexeres; además de éstas había diez trirremes. También
ellos, desde una de sus atalayas, descubrieron la presencia
6 del enemigo. Al día siguiente al amanecer salieron de puer-
to dispuestas a combatir aquel mismo día, y nada más do-
blar el promontorio que avanza hacia el mar desde Sida,
los rodios avistaron a los enemigos y al mismo tiempo fue-
7 ron avistados por ellos. En la flota real, Aníbal mandaba
el ala izquierda, que se extendía hacia alta mar, y Apolo-
nio, uno de los altos dignatarios, mandaba el ala derecha,
8 y tenían ya las naves alineadas proa al frente. Los rodios
llegaban en una larga hilera; en cabeza iba la nave capita-
na de Eudamo, cerraba la marcha Caríclito, y mandaba

---

[122] El golfo de Adalia, desembocadura del Eurimedonte, en cuya margen derecha, un poco hacia el interior, estaba Aspendo.

[123] En realidad los vientos dominantes en la zona entre junio y septiembre soplan del noroeste.

el centro de la flota Panfílidas. Eudamo, al ver la flota 9
enemiga en formación de combate, se dirige a su vez hacia
alta mar y acto seguido da orden de que las naves que
lo siguen formen una línea frontal manteniendo el orden.
Esta maniobra generó confusión en un principio, pues no 10
se había adentrado en el mar lo suficiente como para que
pudieran desplegarse en línea hacia tierra todas las naves,
y, con las prisas, se enfrentó a Aníbal demasiado precipi-
tadamente con sólo cinco navios; los demás no lo seguían
porque habían recibido orden de formar una línea frontal.
A los últimos de la columna no les quedaba espacio alguno 11
hacia tierra, y mientras se entorpecían unos a otros, en
el ala derecha se combatía ya contra Aníbal.

Pero en cosa de un instante la calidad de sus navíos 24
y su experiencia marítima hicieron que los rodios perdie-
ran el miedo por completo. De modo que, por una parte, 2
sus naves se desplazaron rápidamente mar adentro dejan-
do sitio hacia tierra cada una a la que venía detrás, y al
mismo tiempo, cuando alguna golpeaba con su espolón a
una nave enemiga, le destrozaba la proa o le barría los
remos o pasaba libremente entre las filas y la atacaba por
popa. El mayor susto lo provocó el hundimiento de una 3
heptere real, con una sola embestida, por una nave rodia
mucho más pequeña, con lo cual el ala derecha enemiga
se veía claramente abocada a la huida. Mar adentro, 4
Aníbal, gracias sobre todo al número de sus naves, acosa-
ba a Eudamo, netamente superior en los demás aspectos;
y, lo habría rodeado, de no ser porque se alzó en la nave
pretoria la señal que habitualmente se empleaba para re-
agrupar la flota dispersa, y todas las naves que habían ven-
cido en el lado derecho acudieron a prestar ayuda a los
suyos. Entonces también Aníbal y las naves que estaban a 5
su alrededor emprendieron la huida, y los rodios no pudie-

ron emprender la persecución debido a que una gran parte de sus remeros estaban enfermos y por ello se cansaban
6 más aprisa. Cuando estaban recuperando fuerzas en alta mar, donde se habían detenido, Eudamo, al ver a los enemigos llevando a remolque de sus naves descubiertas las naves a la deriva o averiadas, y que eran pocas más de una veintena las que se retiraban indemnes, pidió silencio desde la torre de su nave pretoria y dijo: «Levantaos y con-
7 templad un extraordinario espectáculo». Se incorporaron todos y al observar la atropellada huida del enemigo pidie-
8 ron a gritos casi al unísono ir en su persecución. Precisamente la nave de Eudamo había sufrido daños por multitud de impactos; ordenó a Panfílidas y Caríclito que mantuvieran la persecución mientras les pareciera que no había
9 peligro. La persecución se prolongó por algún tiempo; cuando Aníbal se acercaba a tierra temieron que el viento los retuviera en la costa enemiga y volvieron junto a Eudamo, y después remolcaron hasta Fasélide, no sin dificultad, la heptere capturada que había sido golpeada en el
10 primer encontronazo. De allí regresaron a Rodas acusándose mutuamente, más que alegrándose por la victoria, porque no había sido hundida o capturada toda la flota ene-
11 miga, cuando se había dado esa posibilidad. Aníbal, afectado por su única derrota, ni siquiera entonces se atrevía a costear Licia, y eso que deseaba establecer contacto cuanto
12 antes con la primitiva flota real; además, para evitar que tuviera libertad para hacerlo, los rodios enviaron a Caríclito con veinte navíos de espolón a Pátara y al puerto de
13 Megiste. A Eudamo le dijeron que volviera al lado de los romanos a Samos con las siete naves más grandes de la flota que había mandado y que, en la medida en que tuvieran peso ante ellos sus consejos y su autoridad, convenciera a los romanos para tomar Pátara al asalto.

A los romanos les produjo una gran alegría primero 25
la noticia de la victoria y después la llegada de los rodios.
Y estaba claro que si se les quitaba a los rodios aquella 2
preocupación, podrían, tranquilamente, asegurar la protec-
ción de los mares de aquella zona. Pero la marcha de An-
tíoco de Sardes les impidió abandonar la vigilancia de
Jonia y Eólide, por temor a que fueran aplastadas las ciu-
dades de la costa. Enviaron a Panfílidas con cuatro naves 3
cubiertas a unirse a la flota que estaba en las cercanías
de Pátara. Aparte de reunir las guarniciones de las ciu- 4
dades del contorno, Antíoco había enviado mensajeros y
cartas a Prusias, rey de Bitinia, protestando por el paso
de los romanos a Asia, pues venían a acabar con todos 5
los reinos para que no hubiera más imperio que el romano
en ningún lugar de la tierra; Filipo y Nabis habían sido 6
reducidos; él era el tercer objetivo; aquella especie de in-
cendio incesante los iría alcanzando a todos según la pro-
ximidad de cada uno con el último aplastado; después de 7
él, el paso siguiente sería contra Bitinia, puesto que Éume-
nes se había sometido voluntariamente a la esclavitud.
Estas consideraciones preocuparon a Prusias, pero una 8
carta del cónsul Escipión, o más bien de su hermano Afri-
cano, disipó en él tales recelos; éste, aparte de referirse
a la ininterrumpida costumbre del pueblo romano de acre-
centar con toda clase de honores la dignidad de los reyes
aliados, a base de ejemplos de su propia familia impulsó
a Prusias a buscar su amistad: los régulos acogidos a su 9
protección en Hispania eran reyes cuando los había deja-
do; a Masinisa no sólo lo había colocado en el trono de
su padre sino que lo había asentado sobre el de Sífax, que
lo había expulsado anteriormente, y Masinisa era no sólo 10
el más próspero de los reyes de África sino equiparable
en dignidad y poder a cualquiera de los reyes del mundo

11 entero. Filipo y Nabis, enemigos y derrotados en guerra
por Tito Quincio, habían seguido en sus reinos, ello no
12 obstante. A Filipo, por cierto, se le había condonado ade-
más el tributo el año anterior y le había sido devuelto su
hijo, un rehén; y los generales romanos le habían permiti-
do recobrar algunas ciudades de fuera de Macedonia. Tam-
bién Nabis habría estado en una posición igualmente hon-
rosa si no lo hubieran destruido en primer lugar su propia
13 locura y después la traición de los etolios. La disposición
de ánimo del rey se vio confirmada sobre todo con la lle-
gada de Gayo Livio, que anteriormente había mandado
14 la flota como pretor; enviado por Roma, le hizo ver cuánto
más seguras eran las perspectivas de victoria para los ro-
manos que para Antíoco, y cuánto más respetada e inque-
brantable sería su amistad entre los romanos.

Asedio de Nocio. Batalla de Mioneso

26 Cuando Antíoco perdió las esperanzas
de una alianza con Prusias, marchó de
Sardes a Éfeso para inspeccionar la flota
que llevaba varios meses equipada y pre-
2 parada, y ello porque veía que con las
fuerzas de tierra no podía hacer frente a un ejército roma-
no y unos generales como los dos Escipiones, más que por
las operaciones navales en sí, porque las hubiera intentado
con éxito en alguna ocasión o porque ahora tuviera en ellas
3 una confianza grande y bien fundada. No obstante, en
ese momento había un motivo para la esperanza, porque
había oído que una parte importante de la flota rodia se
encontraba en las cercanías de Pátara y además el rey Éume-
nes había marchado al Helesponto con todas sus naves al
4 encuentro del cónsul. También contribuía en cierta medida
a fortalecer su moral la destrucción de la flota rodia cerca
de Samos merced a una oportunidad propiciada a traición.
5 Confiado en estas circunstancias, envió a Polixénidas a

probar fortuna con la flota en un combate en la forma
que fuese, y él marchó hacia Nocio [124] al frente de sus
tropas. Esta plaza perteneciente a los colofonios está situa-
da sobre el mar a unas dos millas de distancia de la anti-
gua Colofón. Quería que estuviera en su poder esta ciudad 6
en concreto, tan cercana a Éfeso que cualquier movimien-
to que hiciera por tierra o por mar estaría al alcance de
la vista de los colofonios, y a través de éstos sería conoci-
do de inmediato por los romanos; y por otra parte no 7
dudaba de que al tener noticia del asedio los romanos des-
plazarían de Samos su flota para prestar ayuda a la ciudad
aliada, y esa sería la ocasión de actuar para Polixénidas.
Comenzó, pues, el ataque a la ciudad con obras de asedio; 8
prolongó hasta el mar las fortificaciones por los dos lados
a la vez, llevó los manteletes y el terraplén hasta la muralla
por ambos lados, e hizo avanzar los arietes protegidos por
las «tortugas» [125]. Aterrados por estas amenazas los colo- 9
fonios enviaron parlamentarios a Lucio Emilio, a Samos,
a implorar la protección del pretor y del pueblo romano.
Emilio estaba incómodo por su larga permanencia en Sa- 10
mos sin hacer nada, y la última cosa con que contaba era
con que Polixénidas, al que había provocado en vano por
dos veces, fuese a presentar batalla; además consideraba 11
humillante que la flota de Éumenes ayudara al cónsul a
trasladar a Asia sus legiones mientras que él estaba sujeto
a prestar ayuda a la sitiada Colofón, operación de conclu-

[124] Nocio, junto a un entrante rocoso que servía de puerto, pasó a llamarse Colofón marítima (cf. XXXVIII 39, 8), distinguiéndose de la antigua Colofón. Pero la distancia es de unos 17 km., más próxima a doce que a dos millas; podría haber, pues, una corrupción en el numeral.

[125] Se refiere no a la formación de asalto de los legionarios sino a la *testudo arietica,* elemento auxiliar para el transporte y protección del ariete en acción.

12 sión incierta. El rodio Eudamo, al que también había reteni-
13 do en Samos cuando quería marchar al Helesponto, y todos los demás lo presionaban y le decían que era mucho mejor liberar a los aliados del asedio o derrotar una vez más a una flota ya derrotada en una ocasión y arrebatarle enteramente al enemigo el control del mar, en lugar de abandonar a los aliados, entregar Asia a Antíoco por tierra y por mar, y marcharse al Helesponto, donde era suficiente la flota de Éumenes, alejándose de la zona bélica de su responsabilidad.

27 Partieron de Samos en busca de provisiones, pues se habían agotado ya por completo, y se disponían a cruzar a Quíos; era éste el granero de los romanos, y todas las naves de transporte enviadas desde Italia dirigían hacia allí
2 su rumbo. Navegaron desde la ciudad hasta el lado opuesto de la isla —el lado que da a Quíos y Eritras, expuesto al viento norte—, y se disponían a hacer la travesía cuando el pretor fue informado por carta de que había llegado a Quíos un gran contingente de trigo procedente de Italia, y que las naves que transportaban vino se habían retrasado
3 debido a las borrascas. Al mismo tiempo llegaron noticias de que los habitantes de Teos [126] habían hecho un generoso ofrecimiento de víveres a la flota del rey y le habían prometido cinco mil vasijas de vino. A media travesía cambió de pronto el rumbo de la flota dirigiéndose a Teos con el propósito de echar mano de las provisiones preparadas para el enemigo, si los habitantes estaban de acuerdo,
4 o si no, de tratarlos a ellos como enemigos. Habían puesto proa a tierra cuando aparecieron a la altura de Mioneso quince navíos, y el pretor, creyendo en un principio que pertenecían a la flota real, se puso a perseguirlos; después

[126] Situada en la costa jónica enfrente de Samos, al norte.

resultó que eran falúas y lanchas rápidas de piratas. Vol- 5
vían con toda clase de botín tras saquear la costa de Quíos, y cuando avistaron la flota en alta mar emprendieron la huida. Con sus embarcaciones más ligeras y construidas con ese fin ganaban en velocidad, y además estaban más
cerca de tierra. Por eso se refugiaron en Mioneso antes 6
de que se acercara la flota, y el pretor iba detrás, pensando, en su ignorancia de la topografía, que sacaría las em-
barcaciones del puerto. El promontorio de Mioneso está 7
entre Teos y Samos. En sí es una colina en forma de cono que se alza sobre una base bastante ancha rematando en punta; desde tierra se accede allí por estrechos senderos; por el lado del mar está cerrado por rocas socavadas por las olas hasta el punto de que en algunos sitios las rocas colgantes avanzan en el mar más que las naves que están
fondeadas. Las naves no se arriesgaron a acercarse por 8
allí para no ponerse a tiro de los piratas situados sobre
las rocas, y perdieron el día. Por fin, a la caída de la noche 9
desistieron de su vano empeño y al día siguiente llegaron a Teos, y después de fondear las naves en el puerto que hay en la parte de atrás de la ciudad —Gerestico, lo llaman ellos—, el pretor dejó libres a sus hombres para saquear los alrededores de la ciudad.

A la vista de la devastación, los habitantes de Teos 28
enviaron al romano parlamentarios con cintas y ramos de
olivo. Cuando éstos trataron de exculpar a su ciudad de 2
cualquier acto o palabra hostil a los romanos, respondió acusándolos por haber ayudado a la flota enemiga y por la cantidad de vino que habían prometido a Polixénidas; si proveían a la flota romana en la misma medida, retiraría a sus hombres del saqueo; en caso contrario, los trataría
como enemigos. Cuando los emisarios volvieron con esta 3
respuesta tan dura, los magistrados convocaron al pueblo

4 a una asamblea para debatir qué debían hacer. Casual-
mente aquel día Polixénidas, que había salido de Colofón
con la flota del rey, se enteró de que los romanos habían
salido de Samos, que habían perseguido a los piratas hasta
Mioneso, que estaban saqueando el territorio de Teos y
que sus naves estaban fondeadas en el puerto Gerestico;
5 entonces echó anclas a su vez en un puerto escondido
frente a Mioneso, en una isla que los marinos llaman Ma-
6 cris. Desde allí observó de cerca los movimientos del
enemigo y en el primer momento concibió grandes espe-
ranzas de derrotar a la flota romana de la misma forma
que había derrotado a la rodia en Samos bloqueando en
la salida la bocana del puerto. La topografía no es muy
7 diferente: los dos promontorios se van aproximando el
uno al otro y cierran el puerto de forma que apenas pue-
8 den salir de él dos naves al mismo tiempo. Polixénidas
tenía pensado ocupar la entrada durante la noche, apostar
diez navíos junto a cada promontorio para atacar por am-
bos flancos los costados de las naves que salieran, desem-
barcar en la costa los combatientes del resto de la flota
como había hecho en Panormo, y caer sobre el enemigo
9 por tierra y por mar simultáneamente. Este plan no le
habría fallado de no ser porque los romanos, al compro-
meterse los habitantes de Teos a hacer lo que se les orde-
nara, consideraron preferible para el embarco de los víve-
res trasladar la flota al puerto que está delante de la
10 ciudad. Dicen que además el rodio Eudamo llamó la
atención sobre los inconvenientes del otro puerto al haber
enredado y roto los remos dos naves en la estrecha entrada.
11 El pretor se decidió también a trasladar la flota, entre otras
razones, porque había peligro por el lado de tierra, al te-
ner Antíoco su campamento base no lejos de allí.

Trasladada la flota hacia la ciudad, sin que nadie 29
supiera nada, soldados y marineros desembarcaron para
repartir entre las naves los víveres y sobre todo el vino;
entonces dio la coincidencia de que fue conducido ante el 2
pretor un campesino, al mediodía, y dio la noticia de que
desde hacía dos días había una flota fondeada junto a la
isla de Macris y que poco antes se había visto movimiento
en algunas naves, como si fueran a zarpar. El pretor, 3
alarmado por tan inesperada circunstancia, ordena tocar
las trompetas para que regresen los que estén dispersos por
los campos, y envía a los tribunos a la ciudad para que
hagan embarcar a soldados y marineros. Se produce el 4
mismo atropellamiento que en un incendio repentino o en
la toma de una ciudad: unos corren a la ciudad para hacer
volver a los suyos, otros vuelven a las naves a la carrera
desde la ciudad, y entre gritos confusos a los que se super-
ponían además las trompetas, entre órdenes contradicto-
rias, al fin se aglomeran ante las naves. Apenas podían 5
reconocer cada uno la suya o llegar hasta ella debido a
la confusión, y el desbarajuste hubiera sido peligroso por
mar y por tierra de no ser porque se repartieron las res-
ponsabilidades, y Emilio salió del puerto el primero con
la nave pretoria dirigiéndose a alta mar y a medida que
iban llegando las que lo seguían colocó a cada una en su
puesto en formación frontal; mientras tanto Eudamo per- 6
manecía cerca de tierra con la flota rodia para que se efec-
tuara el embarco sin precipitaciones y fuera saliendo cada
nave a medida que estaba preparada. Así, las primeras se 7
desplegaron en línea a la vista del pretor cerrando la for-
mación los rodios, y alineados en orden de combate, como
si tuvieran a la vista a la flota real, avanzaron mar aden-
tro. Estaban entre Mioneso y el promontorio de Córico
cuando avistaron al enemigo. Y la flota del rey, que 8

llegaba en larga columna de dos naves en fondo, desplegó
su frente de combate de cara al enemigo estirándose hacia
el lado izquierdo lo suficiente como para poder rodear y
9 aislar el ala derecha de los romanos. Cuando Eudamo,
que cerraba la formación, vio que los romanos no podían
formar una línea igual y que estaban a punto de ser en-
vueltos por el lado derecho, dio velocidad a sus naves
—las rodias eran con mucho las más veloces de toda la
flota—, y tras igualar las alas enfrentó su nave a la capita-
na en la que se encontraba Polixénidas.

30 Habían entrado ya en el combate en todas partes a
la vez las flotas en su totalidad. Por parte romana comba-
2 tían ochenta naves, veintidós de las cuales eran rodias. La
flota enemiga se componía de ochenta y nueve navíos, y
contaba con tres hexeres y dos hepteres, las naves de ma-
yor tamaño. Los romanos eran muy superiores a los ro-
dios por la solidez de las naves y el valor de los soldados,
y las naves rodias lo eran por su movilidad y por la pericia
3 de sus pilotos y la técnica de sus remeros; sin embargo,
las que causaron mayor pánico a los enemigos fueron las
que llevaban fuego delante, y éste que había sido su único
medio de salvación en Panormo cuando estaban rodeados,
en esta ocasión fue de la mayor importancia para la victo-
4 ria. En efecto, por temor al fuego que tenían enfrente,
las naves del rey se escoraban para que no chocasen las
proas, y no podían golpear con su espolón al enemigo y
además ellas mismas presentaban sus costados a los gol-
5 pes; si alguna iba al choque, quedaba envuelta en el fuego
que le echaban encima y el incendio creaba mayor nervio-
6 sismo que el combate. No obstante, como suele ocurrir
en la guerra, el valor de los soldados fue el factor más
decisivo, pues los romanos rompieron por el centro el frente
enemigo, describieron un arco y se presentaron por la es-

palda ante los del rey que luchaban contra los rodios, y en un instante resultaban hundidos el centro de Antíoco y las naves rodeadas del ala izquierda. En el ala derecha, 7
intacta, el miedo era mayor por el descalabro de los aliados que por el propio peligro. Así pues, cuando vieron que las otras naves estaban rodeadas y que la nave pretoria de Polixénidas abandonaba a sus aliados y se daba a la vela, izaron los foques a toda prisa —el viento era favorable en dirección a Éfeso— y emprendieron la huida después de perder en aquella batalla cuarenta y dos naves, trece de las cuales fueron capturadas y pasaron a poder del enemigo y las demás ardieron o fueron hundidas. 8
De las naves romanas dos quedaron destrozadas y unas 9
cuantas averiadas. Una nave rodia resultó capturada en una peripecia digna de mención: al golpear con su espolón a una nave sidonia, el ancla, con el propio impacto, salió despedida de la nave y enganchó con su diente curvo la proa de la otra como si se hubiera lanzado un garfio de hierro; esto creó confusión, y al remar hacia atrás los 10
rodios para soltarse del enemigo, el cable del ancla se tensó, se enredó en los remos y barrió los de un costado; al quedar en inferioridad fue capturada precisamente por la que había quedado sujeta con el impacto. Así se desarrolló, a grandes rasgos, la batalla naval de Mioneso.

Repliegue de Antíoco. Toma de Focea. Propuestas de paz

Antíoco, atemorizado por este revés 31
porque al ser privado del dominio sobre el mar desconfiaba de poder proteger sus posesiones lejanas, mandó retirar la guarnición de Lisimaquia por temor a que allí fuera aplastada por los romanos; fue una mala decisión, como los hechos demostraron más tarde. No sólo 2
era fácil, en efecto, defender Lisimaquia contra un primer ataque de los romanos, sino también aguantar un asedio

durante todo el invierno e incluso reducir a los asediantes
a una situación de extrema necesidad dando tiempo al tiem-
po y tanteando, mientras, las posibilidades de paz apro-
3 vechando una oportunidad. Y aparte de entregar Lisimaquia
al enemigo, tras la derrota naval abandonó el asedio de
4 Colofón y se retiró a Sardes, desde donde envió emisarios
a Ariarate [127], a Capadocia, para buscar refuerzos y para
reunir tropas en todos los sitios donde podía, centrado ya
en un único objetivo: librar una batalla decisiva.

5 Emilio Regilo marchó a Éfeso después de la victoria
naval, alineó sus naves delante del puerto, y después de
obligar al enemigo a reconocer de forma definitiva que ce-
día el dominio del mar, zarpó hacia Quíos, rumbo que
6 llevaba desde Samos antes del combate naval. Allí reparó
las naves averiadas en la batalla, y después envió a Lucio
Emilio Escauro con treinta navíos al Helesponto para pa-
sar el ejército y dispuso que los rodios volvieran a casa
después de honrarlos con parte del botín y con despojos
7 navales. Los rodios prefirieron ayudar primero activamente
en el transporte de las tropas del cónsul, y sólo después
de prestar también esta colaboración retornaron por fin
a Rodas. La flota romana hizo la travesía de Quíos a Fo-
8 cea. Esta ciudad, de forma alargada, está situada al fondo
de un entrante del mar; la rodea una muralla de dos millas
y media de largo cuyos extremos se aproximan después es-
trechándose en una especie de cuña que ellos llaman Lamp-
9 tera [128]. La anchura allí es de mil doscientos pasos; desde
allí se adentra una milla en el mar una lengua de tierra
que divide la bahía aproximadamente por su mitad, como

[127] Ariarate IV, rey de Capadocia. Yerno de Antíoco.

[128] Nombre de la pequeña península sobre la que está construida la ciudad actual, o de la zona donde comienza el promontorio.

un trazo; donde se une a la estrecha entrada forma dos
puertos muy seguros orientados en direcciones opuestas.
El que da a mediodía se llama Nautatmos, por el hecho 10
de que tiene cabida para un gran número de embarcacio-
nes; el otro está al lado mismo de Lamptera.

La flota romana ocupó estos segurísimos puertos, y 32
antes de iniciar el ataque de las murallas con escalas y obras
de asalto, el pretor estimó que debía enviar a alguien para
sondear a los principales y a los magistrados. Cuando los
vio empecinados, inició el asalto por los dos lados simultá-
neamente. Uno de ellos estaba poco edificado, los templos 2
de los dioses ocupaban bastante espacio; por allí acercó
primero el ariete y comenzó a batir los muros y las torres;
luego, cuando acudieron allí a defender en masa, se apro- 3
ximó el ariete también por el otro lado, y los muros eran 4
abatidos ya en ambas partes. Cuando se vinieron abajo,
los soldados romanos irrumpían por entre los montones
de escombros; otros intentaban también trepar a los muros
con escalas, pero los habitantes de la plaza ofrecieron una 5
resistencia tan tenaz que se intuía fácilmente que su mayor
protección no eran tanto las murallas como las armas y
el valor. Obligado, pues, por el peligro que corrían sus 6
hombres, el pretor mandó tocar a retirada para no enfren-
tarlos sin tomar precauciones a aquellos locos de desespe-
ración y de rabia. Ni siquiera cuando se interrumpió el 7
ataque se tomaron un descanso, sino que acudieron todos
corriendo desde todas partes a reparar y consolidar las bre-
chas abiertas por los derrumbes. Cuando estaban entrega- 8
dos a esta tarea, llegó Quinto Antonio, enviado por el pre-
tor, y después de reconvenirlos por su obstinación les
explicó que los romanos estaban más interesados que ellos
mismos en que no se combatiese hasta la destrucción de
la ciudad; si se avenían a desistir de su locura, se les 9

ofrecía la posibilidad de rendirse en las mismas condicio-
nes que cuando se habían puesto bajo la protección de Ga-
10 yo Livio la vez anterior. Al oír esto se tomaron un plazo
de cinco días para deliberar; en ese tiempo tantearon la
posibilidad de una ayuda por parte de Antíoco, y cuando
los emisarios mandados al rey volvieron diciendo que por
ese lado no se podía contar con ninguna ayuda, entonces
abrieron las puertas previo acuerdo de que no serían trata-
11 dos como enemigos en absoluto. Cuando las enseñas
entraron en la ciudad y el pretor expresó su voluntad de
que se respetara a quienes se habían rendido, se alzaron
gritos por todas partes diciendo que era una medida indig-
nante que los focenses, siempre enemigos encarnizados y
12 nunca aliados leales, eludieran el castigo. A este grito,
como si el pretor hubiera dado la señal, salen corriendo
en todas direcciones a saquear la ciudad. Al principio, Emi-
lio se oponía, los llamaba diciendo que se saquean las ciu-
dades que son tomadas, no las que se rinden, e incluso
en aquel caso la decisión corresponde al general, no a los
13 soldados. Como la rabia y la codicia tenían más fuerza
que las órdenes, mandó pregoneros por la ciudad ordenan-
do que todas las personas libres se reunieran en el foro
en torno a él para no ser objeto de violencias, y en todo
lo que de él dependió se mantuvo el compromiso del pre-
14 tor: les devolvió la ciudad, las tierras y sus propias leyes.
Y como ya se avecinaba el invierno, eligió los puertos de
Focea para que invernara la flota.

33 Aproximadamente por la misma época, cuando el cón-
súl había dejado atrás el territorio de Eno y de Maronea,
recibió la noticia de que la flota del rey había sido derrota-
da en Mioneso y que la guarnición había abandonado Lisi-
2 maquia. Este último hecho fue mucho más satisfactorio
que la victoria naval, sobre todo cuando llegaron a la ciu-

dad y la encontraron repleta de provisiones de todas clases, como preparadas para la llegada de un ejército, cuando se habían hecho a la idea de una total falta de recursos y de los trabajos de una ciudad sometida a asedios. Se 3
detuvieron algunos días para que les dieran alcance los bagajes y los enfermos que habían dejado aquí y allá por todos los enclaves fortificados de Tracia, agotados por las enfermedades y la larga marcha. Cuando estuvieron todos, 4
emprendieron de nuevo la marcha a través del Quersoneso y llegaron al Helesponto. Allí, gracias a los cuidados del rey Éumenes, estaba todo preparado para la travesía, y sin que nadie se lo impidiera, como si llegaran a costas pacificadas, cruzaron ordenadamente, llevándolos las naves a sitios diferentes. Seguramente, esta circunstancia 5
acrecentó la moral de los romanos, al ver que se les permitía el paso a Asia, cuando habían supuesto que esta operación supondría grandes combates. A continuación estuvie- 6
ron acantonados durante algún tiempo en el Helesponto, porque coincidió que habían llegado las fechas en que se sacan los escudos sagrados, inhábiles para viajar. Esas 7
mismas fechas habían alejado del ejército a Publio Escipión por un motivo religioso más directo, porque era salio [128bis], y él por sí mismo justificaba la espera hasta su incorporación.

Casualmente por aquellos días había llegado al cam- 34
pamento un enviado de Antíoco, Heraclides de Bizancio, portador de instrucciones con respecto a la paz. Alimen- 2
taba grandes esperanzas de poder conseguirla debido al retraso y las vacilaciones de los romanos, pues había supuesto que nada más atracar en Asia correrían en marcha fulminante hacia el campamento del rey. Con todo, decidió 3

[128bis] Cf. POLIBIO, XXI 13, 10 - 14.

no presentarse ante el cónsul antes de haberlo hecho ante
Publio Escipión; esas eran, por otra parte, las instruccio-
nes que había recibido del rey. Esperaba mucho de Publio;
aparte de que su grandeza de espíritu y el hecho de estar
saciado de gloria lo predisponían sobremanera a la clemen-
4 cia, todo el mundo sabía de qué manera se había compor-
tado como vencedor en Hispania y después en África, así
como que un hijo suyo, cogido prisionero, estaba en poder
5 del rey. Acerca de dónde, cuándo y en qué circunstancias
fue hecho prisionero, como acerca de tantas otras cosas,
los historiadores no coinciden demasiado. Unos sostienen
que fue rodeado por las naves reales al principio de la gue-
6 rra cuando se dirigía de Cálcide a Oreo; según otros,
después del desembarco en Asia fue enviado en misión de
reconocimiento del campamento real con un escuadrón de
fregelanos, y al tratar de replegarse cuando cargó sobre
él la caballería, en la refriega que siguió se cayó del caba-
llo, fue atrapado con dos de sus jinetes, y así fue conduci-
7 do a presencia del rey. Sí es comúnmente admitido que
de haber seguido en paz con el pueblo romano y haber
mantenido el rey relaciones personales de hospitalidad con
los Escipiones, el joven no habría podido ser tratado con
8 mayor generosidad y amabilidad. Por eso el enviado es-
peró la llegada de Publio Escipión, y cuando ésta se pro-
dujo, se dirigió al cónsul y le pidió que escuchara las pro-
puestas que traía.

35 Se convocó un pleno del consejo y se escucharon las
2 palabras del enviado. Éste dijo que se habían intercam-
biado infructuosamente muchas embajadas de paz, y que
precisamente el hecho de que los embajadores anteriores
no hubieran conseguido nada daba pie a su confianza en
obtener resultados; en efecto, los puntos de conflicto en
aquellas discusiones habían sido Esmirna, Lámpsaco, Ale-

jandría de Tróade, y Lisimaquia en Europa; de éstas, 3
Lisimaquia había sido ya evacuada por el rey, para que
no dijeran que tenía posesión alguna en Europa; en cuanto
a las ciudades situadas en Asia, estaba dispuesto a entre-
garlas, y también otras, si había alguna que los romanos
quisieran sustraer al dominio del rey porque se hubieran
adherido a su bando; el rey, además, estaba dispuesto a 4
abonar al pueblo romano la mitad de los gastos que les
hubiera supuesto la guerra. Éstas eran sus propuestas de 5
paz. El resto de su discurso fue para pedir que tuvieran
presente la condición humana y no abusaran de su propia
suerte ni se ensañaran en la ajena; que limitaran a Europa
su imperio, que aun así era inmenso; la posibilidad que 6
habían tenido de conquistarlo trozo a trozo era mayor que
la de conservarlo en su integridad; y si además querían 7
llevarse alguna porción de Asia, siempre y cuando se esta-
blecieran con claridad las fronteras, el rey, en aras de la
paz y el entendimiento, permitiría que su moderación fue-
se vencida por la codicia de los romanos. Esta oferta, que
al emisario le parecía importante para conseguir la paz,
a los romanos les pareció insuficiente. Ellos consideraban 8
justo que el rey pagase en su totalidad los gastos ocasiona-
dos por una guerra que se había suscitado por culpa suya;
y las guarniciones del rey no debían ser retiradas sólo de 9
Jonia y Eólide, sino que, igual que había sido liberada 10
toda Grecia, debían igualmente ser liberadas todas las ciu-
dades situadas en Asia, cosa que sólo podía ocurrir si An-
tíoco renunciaba a la ocupación del Asia del lado de acá
de la cadena del Tauro.

El emisario estimaba que no conseguía del consejo 36
nada razonable y dedicó sus esfuerzos, pues así se le había
ordenado, a sondear en privado la disposición de ánimo
de Publio Escipión. En primer lugar le dijo que el rey 2

le devolvería a su hijo sin rescate; luego, desconociendo el talante de Escipión y el carácter romano, le prometió una enorme cantidad de oro y la participación total en su reino, exceptuado únicamente el título de rey, si conseguía
3 la paz por su mediación. A esto replicó Escipión: «El hecho de que no conozcas a los romanos en general y en particular a mí, a quien has sido enviado, no me sorprende tanto cuando veo que desconoces la situación en que
4 se encuentra quien te envía. Era necesario retener Lisimaquia para que no entrásemos en el Quersoneso, o resistir en el Helesponto para que no pasáramos a Asia, si teníais pensado pedir la paz a quienes suponíais preocupados por
5 el resultado de la guerra. Pero una vez que habéis permitido el paso hacia Asia y aceptado no ya las riendas sino incluso el yugo, ¿qué queda por discutir de igual a
6 igual, cuando tenéis que someteros al mando? Yo obtendré de la generosidad del rey el más preciado de los dones, mi hijo; de lo demás, ruego a los dioses que nunca mi suerte tenga necesidad; mi ánimo ciertamente no la tendrá.
7 Por tan generoso gesto hacia mí, tendrá pruebas de mi gratitud hacia él, si es que desea un reconocimiento privado por un beneficio privado; a título público, nada acepta-
8 ré de él y nada le daré. Lo que en este momento puedo darle es un consejo leal. Ve y dile de mi parte que renuncie a la guerra y no rechace ninguna condición de paz».
9 Tales sugerencias no encontraron eco alguno en el rey, convencido de que el azar de una guerra no implicaba riesgo desde el momento en que se le imponían condiciones como si ya estuviera vencido. Dejando, pues, a un lado de momento las referencias a la paz, concentró toda su atención en preparar la guerra.

Batalla de Magnesia

Cuando estuvo todo preparado para 37
llevar adelante sus planes, el cónsul levantó el campamento estable y llegó primeramente a Dárdano y después a Reteo, saliendo en masa a su encuentro la población de ambas ciudades. Desde allí avanzó hasta 2
Ilio, acampó en el llano que se extiende al pie de las murallas, y después de subir a la ciudad y a la ciudadela ofreció un sacrificio a Minerva, protectora de la ciudadela; 3
los ilienses ponían de manifiesto, con toda clase de atenciones de palabra y obra, que los romanos eran oriundos de su país, y los romanos se mostraban contentos de sus orígenes. Partieron de allí, y en la sexta jornada de marcha llegaron a las fuentes del río Caico. A su vez el rey Éu- 4
menes había intentado en un principio llevar la flota desde el Helesponto de vuelta a Elea, a los cuarteles de invierno; después, como en varios días no había podido doblar el promontorio de Lecton [129] a causa de los vientos contrarios, desembarcó para no perderse el comienzo de las operaciones y por el camino más corto llegó al campamento romano con un pequeño contingente de tropas. Del cam- 5
pamento fue enviado de nuevo a Pérgamo para ocuparse del envío de provisiones; realizada la distribución del trigo entre quienes le había indicado el cónsul, regresó al campamento base. El plan era preparar raciones para muchos días y marchar de allí en dirección al enemigo antes de que se echara encima el invierno.

El campamento del rey estaba situado en los alrededo- 6
res de Tiatira. Al recibir allí la noticia de que Publio Escipión, enfermo, había sido trasladado a Elea, Antíoco envió una representación a devolverle a su hijo. Fue no sólo 7

[129] Es el extremo suroeste de la Tróade, al norte de Lesbos.

un gesto generoso digno de agradecer para su corazón de padre sino además una alegría que ayudó a su restableci-
8 miento físico. Cuando al fin se sació de abrazar a su hijo, dijo: «Volved a decir al rey que le doy las gracias, que la única forma que ahora tengo de expresarle mi agradecimiento es aconsejarle que no baje al campo de batalla hasta enterarse de que yo he regresado al campamento».
9 A pesar de que sus sesenta mil soldados de infantería y más de doce mil de caballería le daban moral para afrontar con confianza una batalla en algunos momentos, Antíoco, impresionado por la autoridad de aquel hombre tan grande que para él representaba el único apoyo a su suerte frente a los inciertos lances de la guerra, se replegó, cruzó el río Frigio [130] y estableció su campamento en las cerca-
10 nías de Magnesia —la que está junto al Sípilo—. Y para evitar que, en caso de que quisiera ganar tiempo, los romanos hicieran algún intento contra sus fortificaciones, excavó un foso de seis codos de profundidad y doce de anchura, lo rodeó de doble empalizada por la parte exterior,
11 y en el borde interior levantó un muro con numerosas torres desde donde poder mantener a raya fácilmente al enemigo para que no cruzara la zanja.

38 Suponiendo el cónsul que el rey estaba en las cercanías de Tiatira, en marchas ininterrumpidas bajó al quinto
2 día a la llanura de Hircania [131]. Enterado luego de que había partido, siguió sus huellas y acampó a este lado del
3 río Frigio a cuatro millas del enemigo. Allí aproximadamente un millar de jinetes —en su mayoría eran galogriegos entremezclados con algunos dahas y arqueros monta-

[130] Afluente del Hermo. Moderno Kum.

[131] Llanura próxima a la confluencia de los ríos Frigio y Hermo, entre Tiatira y Magnesia.

dos de otros pueblos— cruzaron el río y se lanzaron en tropel contra los puestos de vigilancia. Al principio crea- 4
ron desconcierto al cogerlos sin preparar. Luego, como el combate se prolongaba y los romanos aumentaban en número, pues era fácil la ayuda desde el cercano campamento, los soldados del rey, agotados ya e incapaces de resistir a los que les superaban en número, intentaron replegarse hacia la orilla del río y, antes de entrar en el agua, algunos de ellos fueron muertos por quienes los acosaban por retaguardia. Siguieron dos días de calma, pues ni unos 5
ni otros cruzaron el río. Al tercer día lo atravesaron los romanos todos a la vez y acamparon a unas dos millas y media del enemigo. Cuando estaban haciendo el trazado 6
del campamento y ocupados en su fortificación, se presentaron tres mil hombres escogidos de infantería y caballería de las tropas del rey creando gran alarma y confusión. Los que estaban de guardia eran bastantes menos; sin 7
embargo, ellos solos, sin llamar a ninguno de los soldados que fortificaban el campamento, al principio mantuvieron nivelado el combate, y cuando el choque se hizo más violento rechazaron a los enemigos después de matar a cien de ellos y coger prisioneros aproximadamente a otros tantos. Durante los cuatro días siguientes los dos ejércitos per- 8
manecieron formados delante de la empalizada. Al quinto día los romanos avanzaron hasta el centro de la llanada. Antíoco no adelantó lo más mínimo sus enseñas, de forma 9
que los más alejados estaban a menos de una milla de la empalizada.

En vista de que no era aceptado el combate, el cónsul 39
al día siguiente, reunió el consejo de guerra para decidir qué debía hacer si Antíoco no ofrecía la posibilidad de combatir: el invierno estaba encima, habría que tener a 2
los soldados bajo las tiendas, o, si se decidía una retirada

a los cuarteles de invierno, habría que aplazar la guerra
3 hasta el verano. Nunca despreciaron tanto los romanos a
ningún enemigo. Todos a una pidieron a gritos que se pu-
siese en movimiento inmediatamente y aprovechase el enar-
4 decimiento de los soldados, los cuales, como si tuviesen
no que luchar contra tantos miles de enemigos sino que
degollar el mismo número de cabezas de ganado, estaban
dispuestos a irrumpir en el campamento a través de fosos
5 y empalizada si el enemigo no salía al combate. Se envió
a Gneo Domicio a explorar el camino y el lugar por donde
era posible acercarse a la empalizada enemiga; cuando vol-
vió con una información completa y segura, se decidió acer-
car al día siguiente los campamentos; al tercer día se lleva-
ron las enseñas hasta el centro de la llanura y se comenzó
6 a formar el frente de batalla. Antíoco, por su parte, pensó
que no se debía andar con más vueltas para no rebajar
la moral de los suyos rehusando la lucha y no fortalecer
las esperanzas del enemigo, y sacó también él sus tropas
alejándose del campamento lo suficiente para dar a enten-
der que pensaba combatir.

7 La formación romana era casi uniforme tanto en lo
referente a los hombres como a las armas. Había dos le-
giones romanas, y dos de aliados y latinos; cada una de
8 ellas tenía cinco mil cuatrocientos hombres. Los romanos
ocupaban el centro, los latinos las alas. En primera línea
estaban las enseñas de los *hastati,* después las de los *princi-*
9 *pes,* y cerraban la formación los *triarii.* Fuera de esta for-
mación, digamos, regular, el cónsul alineó en un mismo
frente, en el lado derecho, a los auxiliares de Éumenes mez-
clados con los aqueos portadores de *caetra,* unos tres mil
hombres de infantería; más allá colocó en línea menos de
tres mil jinetes, ochocientos de los cuales eran de Éumenes
10 y el resto caballería romana todos ellos. Al final situó a

los trales y cretenses, que alcanzaban unos y otros la cifra
de quinientos. El ala izquierda no parecía necesitar una 11
cobertura semejante de tropas auxiliares, porque por aquel
lado estaba el río y sus riberas escarpadas como cierre;
no obstante, también allí se situaron cuatro escuadrones
de caballería. Éste era el total de las tropas de los ro- 12
manos, además de dos mil mezcla de macedonios y tracios
que los habían seguido como voluntarios y que quedaron
para proteger los campamentos. Los dieciséis elefantes los 13
colocaron en la reserva, detrás de los triarios, pues aparte
de que no parecía que pudieran hacer frente al gran núme-
ro de elefantes del rey, que eran cincuenta y cuatro, los
de África no resisten a los de la India ni siquiera en igual-
dad numérica, porque los superan tanto en tamaño —los
otros, en efecto, son mucho mayores— como en bravura.

El ejército del rey era más heterogéneo por el número 40
de pueblos diferentes y por la diversidad de armas y de
tropas auxiliares. Había dieciséis mil soldados de infante-
ría armados al estilo macedónico que se denominaban fa-
langitas. Éste era el centro de la formación, dividido de
frente en diez secciones separadas una de otra por dos 2
elefantes colocados en medio. Desde el frente hasta el fon-
do, la formación comprendía treinta y dos filas de comba-
tientes. Ésta era la fuerza principal de las tropas del rey 3
y era realmente impresionante tanto por su aspecto de con-
junto como por los elefantes que sobresalían de tanto en
tanto entre los soldados. Eran gigantescos de por sí, y 4
resultaban aún más imponentes por las testeras y penachos
y torres colocadas sobre su grupa y, de pie en cada torre,
cuatro soldados, aparte del cornaca. A la derecha de los 5
falangitas, el rey colocó mil quinientos galogriegos de in-
fantería, y al lado de éstos puso tres mil jinetes acorazados
—«catafractos», los llaman ellos—. Se añadió a éstos un

ala de unos mil jinetes, la que ellos denominaban «age-
6 ma»; se componía de medos, hombres escogidos, y de una
mezcla de jinetes de la misma región y pertenecientes a
muchos pueblos. Inmediatamente después de éstos fue co-
locada como apoyo una manada de dieciséis elefantes.
7 En el mismo lado, alargando un poco el ala, estaba la
cohorte real, los llamados «argiráspides» por las caracte-
8 rísticas de su armamento; a continuación, mil doscientos
dahas, arqueros a caballo; después la infantería ligera, tres
mil hombres, mitad cretenses y mitad trales aproximada-
mente, y contiguos a éstos, dos mil quinientos arqueros
9 misios [132]. Cerraban el ala al final cuatro mil hombres,
10 honderos cirtios combinados con arqueros elimeos. En el
flanco izquierdo, los falangitas tenían a su lado mil qui-
nientos galogriegos de infantería, y, con un armamento si-
milar al de éstos, dos mil capadocios que Ariarate le ha-
11 bía enviado al rey; a continuación, dos mil setecientos
auxiliares, mezcla de todas las razas, y tres mil jinetes «ca-
tafractos» y otros mil jinetes, con protecciones más ligeras
que los del ala real tanto ellos como sus caballos, pero
sin diferencia en el resto del equipo; en su mayoría eran
12 sirios mezclados con frigios y lidios. Delante de esta caba-
llería había cuadrigas armadas con hoces y camellos de los
llamados dromedarios; sobre éstos iban sentados arqueros
árabes que tenían espadas delgadas de cuatro codos de lar-
go para poder alcanzar al enemigo desde una altura tan
13 considerable. A continuación había otro contingente igual
al del ala derecha: en primer lugar los tarentinos, luego
dos mil quinientos jinetes galogriegos, después mil neocre-

[132] De Misia, ciudad situada al este de Pérgamo. Los misios tenían fama como cazadores. Los cirtios estaban también sometidos a los seléucidas.

tes, mil quinientos carios y cilicios con el mismo armamento, otros tantos trales y cuatro mil hombres armados con *caetra* —eran písidas, pánfilos y licios—, y después auxi- 14
liares curtios y elimeos en igual número que los situados en el ala derecha, y dieciséis elefantes colocados a corta distancia.

El propio rey estaba en el ala derecha; al frente del 41
ala izquierda puso a su hijo Seleuco y a Antípatro, hijo de su hermano; el centro fue confiado a tres jefes, Minión, Zeuxis [133], y Filipo, que mandaba los elefantes.

La niebla matutina, que al avanzar el día subió for- 2
mando nubes, quitó visibilidad; después la humedad, como la que trae el viento del sur, lo empapó todo. Ésta 3
no suponía ningún engorro para los romanos, pero sí lo era, y serio, para los soldados del rey; la falta de luz, en efecto, a los romanos no les impedía ver todas las secciones de su formación, dado lo modesto de la misma, y la humedad, al ser su armamento pesado casi todo, no embotaba las espadas ni las jabalinas. Los soldados del rey, al 4
ser tan amplio su frente, ni siquiera podían distinguir las alas desde el centro, cuánto menos verse unos a otros desde los extremos, y la humedad había ablandado los arcos, las hondas y las correas de las jabalinas. Además, las 5
cuadrigas armadas de hoces con las que Antíoco había creído sembrar el desorden en la formación enemiga, volvieron el pánico contra los suyos. A grandes rasgos estaban 6
armadas de la siguiente manera: alrededor del timón tenían unas picas que sobresalían del yugo diez codos a guisa de cuernos con las que ensartaban todo lo que se pusie- 7
ra a su alcance; y de cada extremo del yugo salían dos hoces, una al mismo nivel que el yugo y la otra más baja

[133] *Strategós* en Lidia en el año 205.

apuntando hacia el suelo, la primera para cortar todo lo
que se encontrara a los lados y la segunda para alcanzar
a los que estuvieran caídos o arrastrándose; asimismo, en
los ejes de las ruedas iban sujetas dos hoces a cada lado
8 orientadas igualmente en distinta dirección. El rey, como
se ha dicho anteriormente, había colocado en primera fila
las cuadrigas así armadas, pues de haberlas situado al fon-
do o en el centro, tendría que hacerlas pasar por entre
9 sus propios hombres. Cuando Éumenes observó esto, co-
nociendo el doble filo de este arma de combate y de ayuda
si uno espantaba a los caballos en vez de atacar a la mane-
ra convencional, ordena que los arqueros cretenses, los hon-
deros y los lanzadores, junto con algunos escuadrones de
caballería avancen a la carrera no en formación cerrada
sino todo lo separados que puedan y lancen sus proyectiles
10 desde todas partes a la vez. Esta especie de huracán, en
parte por las heridas debidas a los dardos lanzados desde
todas partes y en parte por los gritos discordantes, espantó
de tal forma a los caballos que se lanzaron de repente a
una carrera sin rumbo en todas direcciones como si no
11 llevaran riendas. La infantería ligera, los ágiles honderos
y los veloces cretenses los esquivaban con un quiebro, y
la caballería, al perseguirlos, aumentaba la confusión y el
pánico entre los caballos y los camellos, ya espantados unos
y otros, a lo que se sumaba también el griterío cruzado
12 del tropel restante que los rodeaban. Fueron así sacadas
las cuadrigas del espacio que mediaba entre los dos ejérci-
tos, y una vez alejado el inútil espantajo, se dio la señal
por ambas partes y se llegó por fin a la batalla regular.

42 Sin embargo, aquella peripecia aparente fue muy pronto
causa de una derrota real. En efecto, las tropas de apoyo,
que estaban situadas muy cerca, aterradas a su vez por
el pánico y el desconcierto de las cuadrigas, emprendieron

la huida dejando desguarnecida toda la formación hasta
los «catafractos». Cuando la caballería romana, tras la 2
dispersión de las tropas auxiliares, llegó hasta éstos, no
resistieron ni siquiera la primera carga; parte de ellos se
desbandaron, y los demás quedaron paralizados por el pe-
so de sus corazas y su armamento. A continuación cedió 3
toda el ala izquierda, y cuando se desorganizaron las tro-
pas auxiliares que estaban entre la caballería y los llama-
dos falangitas, el pánico se extendió hasta el centro de la
formación. Allí, tan pronto como se deshicieron las líneas 4
y se vio impedido el uso de las lanzas largas —los macedo-
nios las llaman sarisas— porque los suyos se cruzaban co-
rriendo, las legiones romanas atacaron y lanzaron sus ja-
balinas contra los enemigos desorganizados. Ni siquiera 5
los elefantes colocados en medio asustaban a los soldados
romanos, avezados ya desde las guerras de África a esqui-
var la acometida de las bestias y atacarlas de través con
las jabalinas o, si podían acercarse más, cortarles los ten-
dones con la espada. Estaba hundido ya casi por completo 6
el centro del frente, y los soldados auxiliares, rodeados,
eran destrozados desde atrás, cuando oyeron que en otro
sector los suyos huían y que los gritos de espanto llegaban
ya casi hasta el campamento mismo. Y es que Antíoco, 7
en el ala derecha, viendo que allí no había más apoyo que
cuatro escuadrones de caballería porque se confiaba en la
protección del río, y que éstos dejaban desguarnecida la
orilla al tratar de unirse a los suyos, atacó por aquel lado
con las fuerzas auxiliares y la caballería de «catafractos»;
y no se limitaba a presionar frontalmente sino que, des- 8
pués de rodear el ala por el río, los acosaba ya por el flan-
co, hasta que, primero los jinetes puestos en fuga y des-
pués los de infantería más próximos, fueron rechazados
en desenfrenada carrera hasta el campamento.

43 Estaba al mando del campamento el tribuno militar
Marco Emilio, hijo del Marco Lépido que pocos años más
2 tarde fue nombrado pontífice máximo. Éste acudió con
toda la guarnición a donde veía que huían sus camaradas
y los instaba primero a detenerse y después a volver al
combate echándoles en cara su pánico y su vergonzosa hui-
3 da; luego pasó a las amenazas: si no obedecían lo que
les decía, se precipitaban ciegamente a su propia perdición;
por último, da orden a los suyos de que maten a los prime-
ros fugitivos y que hagan volver contra el enemigo, a gol-
4 pes de espada, al tropel de los que vienen detrás. Este
miedo, más fuerte, venció al más débil; atrapados por el
pánico por los dos lados, primero se detuvieron, después
ellos volvieron al combate mientras que Emilio con su guar-
nición —que estaba integrada por dos mil valientes— se
opuso resueltamente al rey que los perseguía a rienda suel-
5 ta. También Átalo, el hermano de Éumenes, en cuanto vio
a su izquierda la huida de los suyos y el desbarajuste en
torno al campamento, llegó oportunamente con doscientos
jinetes desde el ala derecha, que había puesto en fuga al
6 primer choque a la izquierda enemiga. Antíoco, al observar
que volvían de nuevo al combate aquellos cuya espalda ha-
bía visto poco antes y que además afluía otro tropel tanto
desde el campamento como desde la línea de batalla, vol-
7 vió grupas emprendiendo la huida. Vencedores así los
romanos en ambos flancos, marchan directamente a sa-
quear el campamento pasando entre las pilas de cadáveres
que habían amontonado sobre todo en el centro, donde
la resistencia de los más valientes y el peso de las armas
8 habían impedido la huida. Los jinetes de Éumenes en
cabeza y después el resto de la caballería persiguen al ene-
migo en todas direcciones por toda la llanura y matan a
9 los últimos a medida que les dan alcance. Pero para los

fugitivos, en la mezcolanza de cuadrigas, elefantes y camellos, su propio desorden era una calamidad peor, pues, rota la formación, se precipitaban como ciegos unos sobre otros y eran pisoteados por los animales en estampida.
También en el campamento se produjo una enorme car- 10
nicería, casi mayor que en el campo de batalla, pues los primeros en huir tomaron sobre todo la dirección del campamento, y por otra parte los que lo defendían se batieron con más tenacidad delante de la empalizada confiados en
el gran número de los que iban llegando. Los romanos, 11
que habían creído poder conquistar al primer asalto, sin más, las puertas y la empalizada, quedaron allí retenidos, y cuando al fin irrumpieron, en su rabia hicieron una carnicería aún peor.

Se dice que fueron muertos aquel día cerca de cin- 44
cuenta mil soldados de infantería y tres mil de caballería; se apresaron mil cuatrocientos hombres y quince elefantes
con sus cornacas. Por parte romana hubo un cierto núme- 2
ro de heridos; y cayeron no más de trescientos hombres de infantería y veinticuatro de caballería, y veinticinco del ejército de Éumenes.

Y, sin duda, aquel día los vencedores saquearon el 3
campamento enemigo y regresaron al suyo con un gran botín. Al día siguiente despojaban los cadáveres de los caí-
dos y reunían a los prisioneros. De Tiatira y de Magnesia 4
del Sípilo llegaron delegados para entregar sus ciudades.
Antíoco, huyendo con unos pocos hombres a los que se 5
iban uniendo otros más sobre la marcha, llegó a Sardes
hacia la media noche con una modesta tropa. Luego, 6
enterado de que su hijo Seleuco y algunos de sus amigos habían marchado en dirección a Apamea, partió a su vez con su mujer y su hija para Apamea al cuarto relevo de
la guardia confiando a Xenón la custodia de la ciudad 7

y dejando a Timón al cargo de Lidia; pero éstos no fueron tomados en serio y por acuerdo de los habitantes y los soldados de la ciudadela se enviaron delegados al cónsul.

45 Casi por las mismas fechas vinieron también de Trales[134], de la Magnesia[135] que está sobre el Meandro, y de
2 Éfeso, a entregar sus ciudades. Al recibir noticias de la batalla, Polixénidas había dejado Éfeso, y después de trasladarse con la flota a Pátara de Licia desembarcó por miedo a las naves rodias que estaban fondeadas cerca de Megiste y marchó a pie con unos pocos hombres en direc-
3 ción a Siria. Las ciudades de Asia se ponían bajo la protección del cónsul y la autoridad del pueblo romano. El cónsul se encontraba ya en Sardes, adonde llegó también desde Elea Publio Escipión en cuanto pudo soportar las fatigas del viaje.

Negociaciones de paz

4 En torno a las mismas fechas, un parlamentario de Antíoco, por mediación de Publio Escipión, pidió al cónsul y consiguió que se autorizara al rey para enviar
5 portavoces. Pocos días más tarde llegaron Zeuxis, que había sido gobernador de Lidia, y Antípatro,
6 hijo de un hermano del rey. Se entrevistaron primero con Éumenes, a quien suponían el más opuesto a la paz debido a viejos enfrentamientos, y lo encontraron en mejor disposición de lo que tanto ellos como el rey esperaban; luego se presentaron a Publio Escipión y por mediación de él
7 al cónsul; pidieron, y se les concedió, un pleno del consejo para exponer las instrucciones que traían. «Más que tener[136] algo que decir nosotros, dijo Zeuxis, os pregunta-

[134] Al este de Éfeso, donde la moderna Aydin.

[135] Distante unos 30 km. de Éfeso.

[136] Seguimos el texto de Madvig, *habemus*.

mos a vosotros, romanos, con qué medios propiciatorios
podemos expiar el error del rey y obtener de los vencedo-
res la paz y el perdón. Siempre habéis perdonado con la 8
mayor magnanimidad a los reyes y a los pueblos vencidos.
Con mucha mayor generosidad y serenidad debéis hacerlo
en esta victoria que os ha hecho dueños del mundo.
Finalizadas ya las contiendas con todos los mortales, con- 9
viene que, como los dioses, veléis por el género humano
y seáis indulgentes con él.» Ya antes de que llegaran los 10
enviados se había decidido qué se respondería. Se acordó
que respondiera el Africano. Se cuenta que habló de esta 11
manera: «De lo que estaba en poder de los dioses inmorta-
les, los romanos tenemos aquello que los dioses nos han
concedido. En cuanto a la disposición de ánimo que de- 12
pende de nuestra razón, hemos mantenido y seguimos
manteniendo la misma en cualquier situación, sin que los
éxitos la exalten ni la adversidad la abata. Como testigo
de ello podría, por no mencionar a otros, poneros a vues-
tro Aníbal si no pudiera presentaros a vosotros mismos.
Después de cruzar el Helesponto, antes de avistar el cam- 13
pamento del rey y su ejército en orden de batalla, cuando
Marte era aún neutral y el resultado de la guerra era in-
cierto, en las negociaciones de paz con vosotros proponía-
mos unas condiciones de igual a igual, y esas mismas aho-
ra, como vencedores, las proponemos a los vencidos:
manteneos alejados de Europa; retiraos de toda el Asia 14
que está a este lado de los montes Tauro. Luego, como
compensación por los gastos de guerra, entregaréis quince
mil talentos euboicos: quinientos en el acto, dos mil qui-
nientos cuando el senado y el pueblo romano hayan ratifi-
cado la paz, y después mil talentos al año durante doce
años. Queremos también que Éumenes reciba cuatrocien- 15
tos talentos y la cantidad que falta del trigo que se le debe

16 a su padre. En caso de llegar a un acuerdo en estos términos, para que estemos seguros de que lo cumpliréis habrá sin duda una cierta garantía si nos entregáis veinte rehenes elegidos por nosotros, pero nunca estaremos seguros del todo de que haya paz para el pueblo romano allí donde
17 se encuentre Aníbal; ante todo, lo pedimos a él. Entregaréis también al etolio Toante, instigador de la guerra de Etolia, el cual, haciéndoos confiar en ellos y a ellos en vosotros os armó a vosotros y a ellos contra nosotros; y junto con él entregaréis al acarnán Mnasíloco y a los calci-
18 denses Filón y Eubúlidas. El rey firmará la paz en peores condiciones para él porque la firma más tarde de cuando pudo hacerlo. Si ahora anda remiso, sepa que es más difícil rebajar la majestad de los reyes desde su más alto grado hasta uno intermedio que precipitarla en el abismo desde
19 ese grado medio». El rey había enviado a los emisarios con instrucciones de aceptar cualesquiera condiciones de paz; se decidió, por consiguiente, enviar una embajada a Roma. El cónsul distribuyó el ejército entre los cuarteles de invierno de Magnesia del Meandro, Trales y Éfeso.
20 A los pocos días fueron conducidos ante el cónsul, a Éfeso, los rehenes del rey, y llegaron los delegados que
21 irían a Roma. También Éumenes partió para Roma al mismo tiempo que los embajadores del rey, y detrás salieron delegaciones de todos los pueblos de Asia.

46 *Roma: informes, colonias, elecciones*

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en Asia, retornaron a Roma de sus respectivas provincias casi al mismo tiempo dos procónsules con esperanzas de triunfo: Quinto Minucio, de Ligu-
2 ria, y Manio Acilio, de Etolia. Oídas las gestas de uno y otro, a Minucio le fue denegado el triunfo y a Acilio le fue concedido por gran mayoría. Éste hizo su entrada

en Roma triunfando sobre el rey Antíoco y los etolios.
En este desfile triunfal iban delante doscientas treinta 3
enseñas militares; tres mil libras de plata sin labrar, de pla-
ta acuñada ciento trece mil tetracmas áticas, doscientos
cuarenta y nueve mil cistóforos, y vasos de plata cincela-
da, muchos y de gran peso. Llevó también la vajilla de 4
plata del rey y su suntuosa vestimenta, cuarenta y cinco
coronas de oro regalo de las ciudades aliadas, y trofeos
de todas clases. Hizo desfilar a treinta y seis nobles prisio-
neros, entre jefes etolios y reales. Damócrito, jefe de los 5
etolios, se había escapado de la cárcel pocos días antes,
sus guardianes le habían dado alcance en la orilla del Tí-
ber, y antes de que lo cogieran se atravesó con la espada.
Solamente faltaron los soldados siguiendo al carro; por 6
lo demás fue un triunfo magnífico tanto por el espectáculo
como por la fama de las gestas llevadas a cabo.

La alegría de este triunfo se vio empañada por una 7
triste noticia llegada de Hispania: en una desafortunada
batalla contra los lusitanos, en Bastetania, cerca de la ciu-
dad de Licón, bajo el mando del procónsul Lucio Emilio,
habían caído seis mil hombres del ejército romano, y los 8
demás, rechazados hasta dentro de la empalizada presa del
pánico, habían defendido el campamento a duras penas
y habían sido retirados a marchas forzadas, como si fue-
ran fugitivos, a territorio pacificado. Éstas eran las noti- 9
cias llegadas de Hispania. Procedentes de la Galia, el pre-
tor Lucio Aurunculeyo introdujo en el senado a los emba-
jadores de los placentinos y los cremonenses. Ante sus 10
quejas por la falta de colonos, pues a unos se los habían
llevado los avatares de la guerra, a otros la enfermedad,
y algunos habían abandonado las colonias hartos de sus
vecinos los galos, el senado decidió que el cónsul Gayo
Lelio, si lo creía oportuno, alistase seis mil familias, a re-

partir entre dichas colonias, y que el pretor Lucio Aurun-
culeyo nombrase triúnviros para el traslado de estos colo-
11 nos. Fueron elegidos Marco Atilio Serrano, Lucio Valerio
Flaco, hijo de Publio, y Lucio Valerio Tapón, hijo de
Gayo.

47 No mucho después, como ya se aproximaba la época
de los comicios consulares, el cónsul Gayo Lelio regresó
2 de la Galia a Roma. Éste, aparte de alistar los colonos
para completar Cremona y Placencia en virtud del decreto
del senado aprobado en su ausencia, propuso que se
fundaran dos nuevas colonias en el territorio que había
pertenecido a los boyos, y el senado aprobó su pro-
puesta.

3 Por la misma época llegó una carta del pretor Lucio
Emilio informando de la batalla naval librada en Mioneso
y de que el cónsul Lucio Escipión había pasado a Asia
4 con su ejército. Con motivo de la victoria naval se decretó
un día de plegarias públicas, y otro, ya que era aquélla
la primera vez que un ejército romano había acampado
en Asia, para que este acontecimiento tuviese un final prós-
5 pero y feliz. El cónsul recibió instrucciones de sacrificar
veinte víctimas adultas para cada ceremonia.

6 A continuación se celebraron unas elecciones consula-
res [137] muy reñidas. Marco Emilio Lépido presentaba su
candidatura con toda la opinión pública en contra porque,
para ser candidato, había abandonado su provincia de Si-
7 cilia sin consultar al senado para poder hacerlo. Junto con
él eran candidatos Marco Fulvio Nobílior, Gneo Manlio
Vulsón y Marco Valerio Mesala. Fulvio fue el único elegi-
do cónsul, pues los demás no consiguieron el número nece-
sario de centurias, y al día siguiente proclamó colega suyo

[137] Para el año 189.

a Gneo Manlio al haber quedado descartado Lépido, pues Mesala se retiró. Después fueron elegidos pretores los dos 8 Quinto Fabio, Labeón y Píctor (este último había sido consagrado flamen de Quirino aquel año), Marco Sempronio Tuditano, Espurio Postumio Albino [138], Lucio Plaucio Hipseo y Lucio Bebio Dívite.

Rumores, embajada etolia, asignación de mandos

Durante el consulado de Marco Fulvio 48 Nobílor y Gneo Manlio Vulsón, según atestigua Valerio Anciate, circuló por Roma un rumor que estuvo a punto de ser creído según el cual el cónsul Lucio Es- 2 cipión y con él Publio Africano, invitados a una entrevista con el rey con motivo de la recuperación del joven Escipión, habían sido apresados, y una vez capturados los 3 jefes, inmediatamente había sido conducido un ejército contra el campamento romano, éste había sido asaltado y habían quedado destruidas por completo las fuerzas romanas. Por esto los etolios habían cobrado ánimos y se habían 4 negado a cumplir las órdenes, y sus jefes habían marchado a Macedonia, Dardania y Tracia a contratar mercenarios. El propretor Aulo Cornelio [139] habría enviado desde Etolia 5 a Aulo Terencio Varrón [140] y Marco Claudio Lépido para llevar estas noticias a Roma. Remata luego esta historia 6 diciendo que se les preguntó en el senado a los embajadores etolios, entre otras cosas, a quién habían oído que los generales romanos habían sido apresados en Asia por el rey Antíoco y que había sido destruido el ejército; y los 7

[138] Cónsul en el año 186, augur desde el 184 hasta el 180, año en que falleció.

[139] A. Cornelio Mámula.

[140] Posiblemente, hijo del cónsul del año 216. Sería pretor en el 184 con prórroga durante los dos años siguientes.

etolios contestaron que habían sido informados por unos enviados suyos que habían estado con el cónsul. Como no tengo otra fuente de este rumor, quede la referencia sin que yo la confirme ni la pase por alto como infundada.

49 Introducidos en el senado los embajadores etolios, a pesar de que su propia causa y su situación aconsejaban reconocer su falta o su equivocación y pedir perdón por
2 ello humildemente, comenzaron por los servicios prestados al pueblo romano, y recordando casi como un reproche su valor en la guerra contra Filipo molestaron a sus oyen-
3 tes con el tono insolente de su lenguaje; y a base de insistir en detalles ya viejos y olvidados llevaron las cosas al extremo de avivar en el ánimo de los senadores el recuerdo de los perjuicios causados por su pueblo, mucho más numerosos que sus servicios, y de provocar ira y antipatía cuan-
4 do tenían necesidad de clemencia. Preguntados por uno de los senadores si remitían al pueblo romano la decisión sobre su caso, y después por otro si estaban dispuestos a tener los mismos aliados y enemigos que el pueblo romano, como no dieron ninguna respuesta a estas preguntas
5 fueron invitados a salir del recinto. Entonces el senado casi en pleno gritó al unísono que los etolios estaban aún completamente de parte de Antíoco y que sus ánimos estaban pendientes de esa única esperanza; era, pues, necesario combatir a los que eran enemigos declarados y doble-
6 gar definitivamente su soberbia. También contribuyó a atizar el fuego el hecho de que precisamente en el momento en que pedían la paz a los romanos lanzaban una ofen-
7 siva bélica contra Dolopia y Atamania. A propuesta de Manio Acilio, que había derrotado a Antíoco y a los etolios, se elaboró un decreto del senado ordenando a los etolios salir de la ciudad aquel mismo día y abandonar Italia

en un plazo de quince días. Se envió a Aulo Terencio 8
Varrón para escoltarlos durante el viaje, y se les hizo saber que si en adelante llagaba a Roma alguna embajada etolia sin la autorización del general que gobernara aquella provincia y sin venir acompañada de un legado romano, sus componentes serían tratados como enemigos todos ellos. Así fueron despedidos los etolios.

A continuación, los cónsules pusieron en el orden 50
del día la cuestión de las provincias; se decidió que sortearan Etolia y Asia. Al que obtuvo en suerte Asia 2
le fue asignado el ejército que tenía Lucio Escipión, y 3
como complemento, cuatro mil soldados romanos de infantería y doscientos de caballería, y ocho mil aliados y latinos de infantería y cuatrocientos de caballería; con estas fuerzas haría la guerra contra Antíoco. Al otro cónsul 4
le fue asignado el ejército que estaba en Etolia, autorizándolo a reclutar como complemento el mismo número de ciudadanos y aliados que su colega. Este mismo cónsul 5
debía también equipar y llevar con él las naves que habían sido preparadas el año anterior, y, aparte de hacer la guerra con los etolios, pasar, además, a la isla de Cefalania. También quedó encargado de venir a Roma para los co- 6
micios si podía hacerlo sin detrimento para el Estado; porque, aparte de la necesidad de renovar las magistratu- 7
ras anuales, también se quería proceder a la elección de censores. En caso de que le retuviese alguna circunstancia, informaría al senado de que él no podía estar presente en el momento de los comicios. Etolia le correspondió en 8
suerte a Marco Fulvio y Asia a Gneo Manlio. Después hicieron el sorteo los pretores, correspondiendo las preturas urbanas y peregrinas a Espurio Postumio Albino, Sicilia a Marco Sempronio Tuditano, Cerdeña a Quinto Fabio Píctor, flamen de Quirino, la flota a Quinto Fabio La-

beón, la Hispania citerior a Lucio Plaucio Hipseo y la His-
9 pania ulterior a Lucio Bebio Dívite. Para Sicilia se destinó
una legión y la flota que se encontraba en dicha provincia,
y se decretó que el nuevo pretor exigiese a los sicilianos
doble diezmo de trigo; uno lo enviaría a Asia y el otro
10 a Etolia. Se dispuso que se exigiese otro tanto a los sardos,
y que se llevase este trigo a los mismos ejércitos que el
11 siciliano. A Lucio Bebio le fue asignado para Hispania
un complemento de mil soldados romanos de infantería
y cincuenta de caballería, y seiscientos soldados latinos de
12 infantería y doscientos de caballería. A Plaucio Hipseo,
para la Hispania citerior, le fueron asignados mil romanos
de infantería y dos mil aliados latinos y doscientos jinetes;
con estos suplementos, las dos Hispanias tendrían una le-
13 gión cada una. En cuanto a los magistrados del año
anterior, a Gayo Lelio le fue prorrogado el mando por
un año con su ejército, y también les fue prorrogado a
Publio Junio como propretor en Etruria con el ejército que
había en la provincia, y a Marco Tucio como propretor
en el Brucio y en Apulia.

51 Antes de que los pretores marcharan hacia sus pro-
vincias hubo un enfrentamiento entre el pontífice máximo
Publio Licinio [141] y el flamen de Quirino, Quinto Fabio
Píctor, semejante al que se había producido entre Lucio
Metelo [142] y Postumio Albino [143] en tiempos de sus mayo-
2 res [144]. En aquella ocasión el cónsul, cuando se disponía
a marchar a Sicilia, a la flota, con su colega Gayo Luta-

---

[141] Publio Licinio Craso fue pontífice máximo desde el año 212 (cf. XXV 5, 1 ss.) hasta su muerte, en el año 183 (XXXIX 46, 1).

[142] Lucio Cecilio Metelo, cónsul en el año 251 y en el 247, dictador en el 224 y pontífice máximo desde el 243 hasta el 221.

[143] Aulo Postumio Albino, cónsul en el año 242 y censor en el 234.

[144] En el año 242 (*Per.* 19).

cio [145], había sido retenido por el pontífice máximo Mete-
lo para que atendiera a sus tareas religiosas; en este caso 3
Publio Licinio impidió al pretor marchar a Cerdeña. Tan-
to en el senado como en presencia del pueblo hubo debates
muy tensos, y por ambas partes se hizo valer la autoridad, 4
se exigieron fianzas, se impusieron sanciones, se invocó a
los tribunos, y se apeló al pueblo. Al final prevalecieron 5
las razones del culto; se instó al flamen a obedecer al pon-
tífice, pero se le condonó la multa por mandato del pue-
blo. Los senadores, con su autoridad, disuadieron al pretor, 6
que quería dimitir del cargo irritado porque se le quitaba
su provincia, y le asignaron la jurisdicción sobre los ex-
tranjeros. Después se llevó a cabo el reclutamiento en 7
cosa de pocos días (tampoco eran muchos, por otra parte,
los soldados que había que reclutar), y cónsules y pretores
partieron hacia sus provincias.

Circularon luego rumores, sin fundamento y sin una 8
fuente identificada, acerca de las operaciones llevadas a
cabo en Asia, y a los pocos días llegaron a Roma noticias
seguras y una carta del general jefe que supusieron una 9
alegría después de los recientes temores, pues se había de-
jado de temer al rey, vencido en Etolia, y sobre todo des-
pués de las antiguas habladurías, porque en los inicios de
la guerra se le había visto como un enemigo peligroso tan-
to por sus propias fuerzas como por contar con Aníbal
para dirigir la guerra. Sin embargo se mantuvo el cri- 10
terio de que no procedía cambiar nada respecto al envío
del cónsul a Asia ni reducir sus tropas, por miedo a que
hubiera que hacer la guerra contra los galos.

---

[145] Gayo Lutacio Cátulo, el cónsul del año 242 que obtuvo la victoria naval de las islas Egates que supuso el final de la Primera Guerra Púnica.

52 *Intervenciones en el senado sobre la nueva situación de Asia*

No mucho después llegaron a Roma Marco Aurelio Cota, legado de Lucio Escipión, acompañado de los enviados de Antíoco, así como el rey Éumenes y los
2 rodios. Cota hizo una exposición, primero en el senado y después, por indicación de los senadores, ante la asamblea del pueblo, de lo que se había hecho en Asia. Se decretó, pues, una acción de gracias pública de tres días y se dispuso que se inmolasen cuarenta víctimas
3 adultas. Después, el senado recibió en audiencia a Éumenes en primer lugar. Éste, brevemente, dio las gracias a los senadores por haberlos liberado del asedio a él y a su hermano y haber preservado su reino de los desafueros de Antíoco; los felicitó por los éxitos que habían obtenido
4 por tierra y por mar, y por haber derrotado y puesto en fuga a Antíoco, y haberlo expulsado, tras despojarlo de su campamento, primero de Europa y después del Asia
5 de este lado del monte Tauro; luego, en cuanto a los servicios prestados por él, dijo que quería mejor que los conocieran por sus generales y legados que por su propia
6 exposición. Todos aprobaron estas palabras y lo invitaron a que por esta vez dejase a un lado la modestia y dijese personalmente qué reconocimiento creía haber merecido del senado y el pueblo romano; el senado obraría con mejor disposición y mayor generosidad, si en algo podía, en ra-
7 zón de sus méritos. A esto respondió el rey que si la elección de las recompensas se la ofrecieran otros, sólo con que le dieran la oportunidad de consultar al senado romano se habría atenido gustosamente al consejo de tan importante estamento, no fuera a parecer que daba muestras de una ambición desmedida o era poco comedido en sus
8 peticiones; pero, en realidad, como eran ellos mismos quienes estaban en disposición de dar, con mucha más ra-

zón debía quedar a su propio criterio el alcance de su generosidad hacia él y hacia sus hermanos. Estas palabras 9
no disuadieron en absoluto a los padres conscriptos de insistir en que hablara él, y después de algún tiempo de tira y afloja entre la condescendencia por un lado y la discreción por el otro remitiéndose alternativamente unos a otro con una cortesía recíproca pero interminable, Éumenes salió del recinto. El senado se mantenía en su criterio de 10
que era inconcebible que el rey ignorase con qué esperanzas o pretensiones había venido; él sabía perfectamente qué convenía a los intereses de su reino; conocía Asia mucho mejor que el senado; había que llamarlo de nuevo, por tanto, y obligarlo a manifestar qué quería y qué pensaba.

Conducido de nuevo al recinto por el pretor, el rey, 53
invitado a hablar, dijo: «Habría persistido en mi silencio, padres conscriptos, si no supiera que en breve vais a convocar a la embajada de los rodios, y que cuando los hayáis oído me veré en la necesidad de hablar. Y mi discurso 2
será realmente más difícil entonces por cuanto sus peticiones van a ser de tal naturaleza que parecerá que no piden nada no ya contra mí sino que ni siquiera que les concierna a ellos particularmente. Asumirán, en efecto, la defensa 3
de las ciudades griegas, y dirán que deben ser liberadas. Si consiguen esto, ¿quién pone en duda que alejarán de nosotros no sólo a las ciudades que serán liberadas sino además a las que desde antiguo son tributarias nuestras? Ellos, en cambio, a quienes les quedan obligados por tan 4
importante servicio los tendrán nominalmente como aliados, pero realmente como sometidos a su dominio y dependientes de ellos. Y, si los dioses lo permiten, aun 5
ambicionando semejante poder, pretenderán que esto no tiene nada que ver con ellos, dirán que únicamente os conviene a vosotros y es coherente con lo que habéis hecho

6 anteriormente. Deberéis estar en guardia para que no os
lleve a engaño semejante discurso y no tratéis de forma
desigual a vuestros aliados rebajando en exceso a unos y
ensalzando a otros en demasía, y sobre todo que quienes
se alzaron en armas contra vosotros no queden en mejor
7 situación que vuestros aliados y amigos. En lo que a mí
concierne, en otras materias preferiría dar la impresión de
que cedo ante quienquiera que sea dentro de los límites
de mis derechos y no que me empecino en exceso en reivin-
dicarlos; pero en una porfía por la amistad con vosotros,
por el afecto hacia vosotros, por la consideración en que
nos tengáis, no soy capaz de resignarme, de ninguna de
las maneras, a que se me gane. Ésta es la mayor herencia
que yo recibí de mi padre, que fue el primero de todos
los habitantes de Asia y de Grecia que entró en vuestra
8 amistad y la mantuvo hasta el último momento de su vida
9 con una lealtad constante e inalterable; y no se limitó a
mostrar una actitud de fidelidad y bondad hacia vosotros,
sino que participó en todas las guerras que hicisteis en Gre-
cia por tierra y por mar, y os ayudó con toda clase de
avituallamientos, de forma que ninguno de vuestros alia-
10 dos se le podría equiparar bajo ningún concepto. Al final,
cuando estaba animando a los beocios a aliarse con vos-
otros, en plena reunión perdió el conocimiento y al poco
11 expiró. Yo, siguiendo sus huellas, no he podido añadir ni
un ápice a su buena voluntad y su celo en honraros, pues
12 eran insuperables; el ámbito para que pudiera superarle
en hechos concretos, en merecimientos, en los gastos que
conllevan los deberes, me lo han proporcionado la suerte,
las circunstancias, Antíoco y la guerra librada en Asia.
13 Antíoco, rey de Asia y de parte de Europa, me daba a
su hija en matrimonio; me devolvía al instante las ciudades
que habían roto con nosotros; me hacía concebir grandes

esperanzas de ampliar mi reino en el futuro, si hacía la
guerra a su lado contra vosotros. No voy a gloriarme de 14
no haber cometido fallo alguno contra vosotros; recorda-
ré, más bien, hechos que son dignos de la antiquísima amis-
tad entre nuestra casa y vosotros. He ayudado a vuestros 15
generales con fuerzas terrestres y navales de forma que nin-
guno de vuestros aliados se me podía comparar; suministré
víveres por tierra y por mar; estuve presente en todos los
combates navales que se libraron en muchos sitios; no
he ahorrado esfuerzos ni peligros personales en ninguna
ocasión. Soporté un asedio, que es la mayor de las cala- 16
midades en una guerra, encerrado en Pérgamo con extre-
mado riesgo para mi vida y para mi reino a un mismo
tiempo. Después, liberado del asedio, mientras por un 17
lado Antíoco y por el otro Seleuco tenían sus campamen-
tos en torno a la ciudadela de mi reino, abandoné mis inte-
reses y me fui al Helesponto al encuentro de vuestro cón-
sul Lucio Escipión para ayudarle a trasladar el ejército.
Cuando vuestro ejército hubo pasado a Asia, nunca me 18
alejé del cónsul; ningún soldado romano fue más asiduo
en vuestro campamento que mis hermanos y yo; ninguna
expedición, ningún combate ecuestre se llevó a cabo sin
mi intervención; en el campo de batalla ocupé y defendí 19
la posición en la que el cónsul quiso que yo estuviese. No
voy a preguntar, padres conscriptos, quién puede compa-
rarse conmigo en servicios prestados a vosotros en esta gue-
rra. No hay ninguno de los pueblos ni de los reyes a 20
los que tenéis en gran consideración al que yo no me atre-
va a compararme. Masinisa fue vuestro enemigo antes de 21
ser vuestro aliado, y no fue a vuestro campamento con
sus tropas de apoyo cuando su reino estaba intacto, sino
que buscó refugio en él con un escuadrón de jinetes, pró-
fugo, proscrito, después de perder todas sus tropas. Sin 22

embargo, como en África se mantuvo fiel y activamente a vuestro lado contra Sífax y los cartagineses, no sólo lo repusisteis en el trono paterno sino que además le añadisteis la parte más rica del reino de Sífax y lo convertisteis
23 en el rey más poderoso de África. Pues bien, ¿a qué recompensa y consideración somos entonces acreedores ante vosotros los que siempre fuimos aliados y nunca enemigos?
24 Mi padre, mis hermanos y yo, tanto en Asia como lejos de la patria, en el Peloponeso, en Beocia, en Etolia, en las guerras contra Filipo, Antíoco y los etolios, por tierra
25 y por mar, empuñamos las armas por vosotros. '¿Qué pides, pues?' se me dirá. Padres conscriptos, puesto que a toda costa queréis que hable y es preciso obedeceros, si habéis alejado a Antíoco al lado de allá de las montañas del Tauro con la idea de ocupar vosotros aquellas tierras, yo os prefiero a vosotros por vecinos y colindantes antes
26 que a ningún otro, y confío en que ninguna otra circunstancia dará mayor seguridad y estabilidad a mi reino.
27 Pero si está en vuestro ánimo retiraros de allí y llevaros los ejércitos, me atrevería a decir que no hay ninguno de vuestros aliados que merezca más que yo ser el poseedor de
28 vuestras conquistas de guerra. ¡Pero es que resulta muy hermoso libertar a las ciudades esclavizadas! Estoy de acuerdo, si no han cometido ningún acto de hostilidad contra vosotros; pero si han estado de parte de Antíoco, ¿no es mucho más propio de vuestra prudencia y vuestra equidad mirar por unos aliados beneméritos antes que por unos enemigos?».

54 El discurso del rey fue del agrado de los senadores, y era fácil deducir que obrarían en todo con generosidad y
2 con ánimo bien dispuesto. Como no estaba presente nadie de los rodios, se intercaló una breve audiencia a la embajada de Esmirna. Se colmó de elogios a los esmirneos porque

habían preferido soportar las peores calamidades antes que
entregarse al rey, y se hizo entrar a los rodios. El jefe 3
de su embajada comenzó con una exposición sobre los orí-
genes de la amistad con el pueblo romano y los servicios
prestados por los rodios primero en la guerra de Filipo
y después en la de Antíoco, y prosiguió: «De toda nuestra 4
intervención, padres conscriptos, lo que más difícil e incó-
modo nos resulta es el hecho de que nuestra discusión
sea con Éumenes, el único de los reyes con el que tenemos 5
unas relaciones especialmente estrechas de hospitalidad tanto
cada uno de nosotros de manera privada como, cosa que
nos importa más, nuestra ciudad oficialmente. Pero lo 6
que nos separa no son nuestros sentimientos, padres cons-
criptos, sino la naturaleza de las cosas, que es una fuerza
muy poderosa, de modo que nosotros, que somos libres,
defendemos la causa de la libertad también para los de-
más, y los reyes quieren que todo esté esclavizado y some-
tido a su imperio. Como quiera que sea, sin embargo, la 7
dificultad está más en nuestro respeto por el rey que en
el hecho de que la discusión en sí sea complicada para nos-
otros o parezca que va a ocasionarnos una intrincada de-
liberación. En efecto, si no hubiese ninguna otra manera 8
de rendir honor a un rey aliado y amigo que ha prestado
buenos servicios precisamente en esta guerra, de cuyas re-
compensas se discute, más que entregando a la esclavitud
a unas ciudades libres, estaríais ante un dilema en vuestra
deliberación: o dejabais marchar sin recompensa a un rey 9
amigo, o renunciabais a vuestros principios y empañabais
ahora, con la esclavitud de tantas ciudades, la gloria
que conquistasteis en la guerra contra Filipo. Pero la 10
suerte os libra de modo singular de esta disyuntiva de em-
pequeñecer vuestro agradecimiento hacia un amigo o vues-
tra gloria. En efecto, gracias a la bondad de los dioses,

vuestra victoria es tan rica como gloriosa, y os exonera
11 fácilmente de esta especie de deuda. Porque Licaonia [146],
las dos Frigias [147], toda Pisidia, y el Quersoneso y la zona
12 circundante de Europa, están en vuestro poder, y la con-
cesión al rey de una cualquiera de ellas puede multiplicar
el reino de Éumenes, pero la concesión de todas ellas pue-
13 de igualarlo a los reyes más grandes. Tenéis, por consi-
guiente, la posibilidad de enriquecer con recompensas de
guerra a vuestros aliados y, al mismo tiempo, no renunciar
a vuestros principios ni olvidar el lema que pusisteis como
bandera en la guerra contra Filipo primero, y contra An-
14 tíoco ahora, ni lo que hicisteis después de vencer a Filipo
y lo que ahora se desea y se espera de vosotros no tanto
porque lo hayáis hecho antes como porque está bien que
lo hagáis. Son diferentes para unos u otros los motivos
15 honrosos y razonables para empuñar las armas: por la po-
sesión de territorios, o de aldeas, o de ciudades, o de puer-
tos y una porción de la costa; vosotros no ambicionasteis
tales cosas antes de tenerlas, ni podéis ambicionarlas aho-
ra, cuando el orbe entero está bajo vuestro dominio.
16 A los ojos de todo el género humano, que ya desde hace
tiempo contemplan vuestro nombre y vuestro imperio a
la altura de los dioses inmortales, combatisteis por el ho-
nor y la gloria. No sé si no resultará más difícil conservar
17 lo que ya resultó costoso buscar y conseguir. Habéis asu-
mido la salvaguarda, contra la esclavización por parte
de un rey, de la libertad de un pueblo muy antiguo y muy
renombrado tanto por la fama de sus gestas como por lo
encomiable, en todos los sentidos, de su civilización y su
cultura; debéis ejercer ininterrumpidamente este patrocinio

[146] Situada entre Capadocia, Frigia, Pisidia y Cilicia.
[147] Cf. XXXVIII 39, 15.

sobre toda una nación acogida bajo vuestra protección y vuestra clientela. Las ciudades que están en el antiguo sue- 18 lo no son más griegas que sus colonias, que un día partieron de allí hacia Asia; el cambio de tierra no supuso un cambio en su raza o en sus costumbres. Nos hemos atre- 19 vido a competir en toda clase de cualidades y de valor, en una respetuosa rivalidad, cada ciudad con sus propios progenitores y fundadores. Habéis estado en las ciudades 20 de Grecia, habéis estado en las ciudades de Asia muchos de vosotros; salvo el hecho de que estamos más lejos de vosotros, no nos superan en ninguna otra cosa. Los masi- 21 lienses, que ya hace tiempo estarían asilvestrados por tantas tribus indómitas como hay a su alrededor si el carácter innato pudiera ser vencido por lo que podríamos llamar la índole de la tierra, gozan entre vosotros, según hemos oído, y merecidamente, del mismo honor y la misma consideración que si habitaran en el ombligo mismo de Grecia. Y eso porque han conservado intactos y sin contaminar 22 por el contagio de sus vecinos no sólo el acento, la vestimenta y el aspecto externo sino sobre todo las costumbres, las leyes y el carácter. El límite de vuestro imperio lo 23 constituyen ahora las montañas del Tauro; nada de lo que queda dentro de esa demarcación debe pareceros lejano; hasta donde llegaron vuestras armas, debe llegar también el derecho que emana de aquí. Que tengan reyes los bár- 24 baros, que nunca han tenido más ley que las órdenes de sus amos, puesto que están a gusto con ello; los griegos tienen su propio destino, pero sus sentimientos son los mismos que los vuestros. En otro tiempo abarcaban también 25 un imperio con sus propios recursos internos; ahora desean que el imperio permanezca para siempre donde está; les basta con que vuestras armas defiendan su libertad, ya que no pueden hacerlo con las suyas. Pero es que algunas 26

ciudades simpatizaron con Antíoco. Sí, y otras lo hicieron antes con Filipo, y los tarentinos con Pirro; y, por no mencionar otros pueblos, Cartago es libre con leyes propias.
27 Considerad, padres conscriptos, a cuánto os obliga este precedente sentado por vosotros mismos, y os decidiréis a negar a la ambición de Éumenes lo que negasteis a vues-
28 tra justísima ira. Nosotros los rodios dejamos que vosotros valoréis lo valiente y leal que fue la colaboración que os hemos prestado tanto en ésta como en todas las guerras que hicisteis en aquella zona. Ahora, en el momento de la paz, os brindamos un consejo; si estáis de acuerdo con él, todos considerarán que vuestra grandeza ha sido mayor en el ejercicio de la victoria que en haberla obtenido». El discurso pareció acorde con la grandeza de Roma.

55 Después de los rodios fueron llamados los embajadores de Antíoco. Éstos, en el tono habitual del que pide perdón, reconocieron el error del rey y suplicaron a los padres
2 conscriptos que deliberasen teniendo más en cuenta su clemencia que la culpa del rey, que había recibido con creces su castigo; finalmente pidieron que confirmasen con su autoridad la paz concedida por el general Lucio Escipión en
3 las condiciones que él había puesto. El senado se pronunció a favor de mantener la paz tal como estaba, y pocos días después el pueblo la sancionó. Se selló el acuerdo en el Capitolio con Antípatro, jefe de la diputación y además hijo de un hermano del rey Antíoco.

4 Después fueron oídas también otras embajadas procedentes de Asia. La respuesta que se dio a todas ellas fue que el senado, de acuerdo con la costumbre de los antepasados, enviaría diez comisionados para dirimir las cues-
5 tiones de Asia y ponerlas en orden; no obstante, las líneas generales serían éstas: a este lado de las montañas del Tau-

ro, lo que había estado incluido dentro de las fronteras
del reino de Antíoco sería asignado a Éumenes, salvo Licia
y Caria hasta el río Meandro, que pertenecerían a la repú-
blica de los rodios; las otras ciudades de Asia que habían 6
sido tributarias de Átalo pagarían igualmente tributo a
Éumenes; las que habían sido tributarias de Antíoco, que-
darían libres y exentas de cargas. Se decidió que fueran 7
éstos los diez comisionados: Quinto Minucio Rufo, Lucio
Furio Purpurión, Quinto Minucio Termo, Apio Claudio
Nerón, Gneo Cornelio Mérula [147bis], Marco Junio Bruto,
Lucio Aurunculeyo, Lucio Emilio Paulo, Publio Cornelio
Léntulo y Publio Elio Tuberón.

Se les dejó entera libertad en las cuestiones que debían 56
ser discutidas sobre el terreno; las líneas generales las mar-
có el senado. Devolvió al rey toda la Licaonia, las dos 2
Frigias, y Misia, que le había sido arrebatada por el rey
Prusias, y Milias [148], Lidia y Jonia —exceptuadas las pla-
zas que eran libres el día en que se libró la batalla contra
el rey Antíoco—, y concretamente Magnesia del Sípilo, la 3
Caria llamada Hidrela [149], y el territorio de Hidrela que
da a Frigia, y los enclaves fortificados y las aldeas de la
cuenca del Meandro con excepción de las que hubieran 4
sido libres antes de la guerra, Telmeso, asimismo citado
expresamente, y los fuertes de los telmesios y el territorio
que hubiera pertenecido a Tolomeo de Telmeso. Se dispu-
so que todas estas localidades que se han consignado aquí
fueran entregadas a Éumenes. Se les dio a los rodios 5
Licia, con excepción de la mencionada Telmeso y los fuer-

[147bis] Merenda, *alii*.

[148] Hay opiniones diferentes sobre su localización. Cf. J. Briscoe, o. c., pág. 386.

[149] Probablemente, la Caria del noreste.

tes de los telmesios y el territorio que hubiera pertenecido a Tolomeo de Telmeso; éste fue exceptuado de la asigna-
6 ción de Éumenes y también de la de los rodios. Se les dio también a éstos la parte de Caria del lado de allá del río Meandro más próxima a la isla de Rodas, las ciudades, pueblos, fuertes y tierras que se extienden hacia Pisidia, exceptuando las poblaciones que hubieran sido libres el día anterior al de la batalla librada contra el rey Antíoco en Asia.

7 Los rodios, después de dar las gracias por estas cesiones, trataron el caso de Solos, ciudad que se encuentra en Cilicia: sus habitantes eran, como ellos, oriundos de Argos; por este parentesco, sentían un afecto fraternal hacia ellos, y pedían, como una concesión excepcional, que se eximiese a aquella ciudad del sometimiento al rey.
8 Se llamó a los embajadores del rey Antíoco y se habló con ellos, pero no se logró ningún resultado porque Antípatro invocaba el texto del acuerdo, que contravenían los rodios pretendiendo no Solos sino Cilicia, con lo cual se
9 iba más allá de las montañas del Tauro. Llamados de nuevo al senado los rodios, se les dio cuenta de la decidida oposición del representante del rey, añadiendo que si a pesar de todo los rodios consideraban que esta cuestión afectaba a su prestigio nacional, el senado estaba dispuesto a vencer por cualquier medio la resistencia de los embaja-
10 dores. Entonces los rodios dieron las gracias con mayor énfasis que antes y dijeron que cederían a la intransigencia de Antípatro antes que dar un pretexto para perturbar la paz. Así pues, no se introdujo ningún cambio con respecto a Solos.

Noticias de Liguria y de Hispania. Elección de censores. Triunfos

Durante los días en que se desarrollaron 57
estos acontecimientos, unos enviados de
los masilienses anunciaron que el pretor
Lucio Bebio, cuando se dirigía a su pro-
vincia de Hispania había sido rodeado por
los lígures, una gran parte de su escolta 2
había sido abatida, y él, herido, se había refugiado con
unos pocos hombres en Masilia sin lictores y había muerto
dos días más tarde. El senado, oída esta noticia, decretó 3
que Publio Junio Bruto, que era propretor en Etruria, trans-
firiese la provincia y el ejército a uno de sus legados, al
que le pareciera, que él partiese hacia la Hispania ulterior,
y que fuese ésta su provincia. El texto de este senado- 4
consulto fue expedido a Etruria junto con una carta del
pretor Espurio Postumio, y Publio Junio partió para His-
pania como propretor. En esta provincia, poco antes de la 5
llegada de su sucesor, Lucio Emilio Paulo —el que más
adelante venció de forma muy gloriosa al rey Perseo—,
como el año anterior no había obtenido unos buenos resul-
tados, por movilización general reunió un ejército y libró
una batalla campal contra los lusitanos. Los enemigos fue- 6
ron derrotados y puestos en fuga; se dio muerte a diecio-
cho mil combatientes, se cogieron dos mil trescientos pri-
sioneros y se tomó al asalto el campamento. Los ecos de
esta victoria dieron mayor tranquilidad a la situación en
Hispania.

El mismo año, el día treinta de diciembre los triúnviros 7
Lucio Valerio Flaco, Marco Atilio Serrano y Lucio Valerio
Tapón, en virtud de un senadoconsulto llevaron a Bononia
una colonia latina. Fueron conducidos allí tres mil hom- 8
bres, y asignadas setenta yugadas por cabeza a los caballe-
ros y cincuenta a los demás colonos. El territorio había

sido tomado a los galos boyos, que a su vez habían echado a los etruscos.

9 Aquel mismo año se presentaron como candidatos a la censura muchos e ilustres personajes. Esta circunstancia, que ya en sí era motivo de una viva pugna, suscitó una confron-
10 tación aún más violenta. Eran candidatos [150] Tito Quincio Flaminino, Publio Cornelio Escipión, hijo de Gneo, Lucio Valerio Flaco, Marco Porcio Catón, Marco Claudio Marcelo, y Manio Acilio Glabrión, el que había vencido en
11 las Termópilas a Antíoco y a los etolios. El favor popular se decantaba sobre todo por este último, porque había repartido muchos congiarios, con los que había comprometi-
12 do con él a buena parte de la población. Como los nobles, que eran tantos, no se resignaban a que un hombre nuevo gozase de tanta preferencia, los tribunos de la plebe Publio Sempronio Graco y Gayo Sempronio Rutilo lo citaron a juicio porque no había llevado en el triunfo ni ingresado en el erario público una parte del tesoro real y del botín
13 aprehendido en el campamento de Antíoco. Los testimonios de los legados y de los tribunos militares no eran coincidentes. La atención se centraba en Marco Catón más que en ningún otro testigo; su toga de candidato quitaba peso a su autoridad, ganada con el estilo de vida que siempre
14 había llevado. En su testificación aseguraba no haber visto en el triunfo los vasos de oro y plata que estaban entre el resto del botín aprehendido al rey después de la toma
15 del campamento. Finalmente, para hacer especialmente odioso a este rival, Glabrión declaró que retiraba su candidatura en vista de que un competidor igualmente nuevo

[150] Compiten por una plaza, de un lado, tres patricios, cónsules respectivamente en los años 198, 195 y 191; y de otro, tres plebeyos, cónsules en los años 196, 195 y 191.

atacaba, recurriendo a un execrable perjurio, aquello ante
lo que los nobles se indignaban en silencio.

Se había propuesto una multa de cien mil ases, que 58
fue objeto de debate por dos veces. A la tercera, como
el acusado había renunciado a su candidatura, el pueblo
no quiso emitir su voto con respecto a la multa y los tribu-
nos dejaron de lado el asunto. Como censores fueron 2
elegidos Tito Quincio Flaminino y Marco Claudio Marcelo.

Por aquellas fechas, Lucio Emilio Regilo, que había 3
vencido con su flota al almirante [151] del rey Antíoco, fue
recibido en audiencia por el senado en el templo de Apolo,
fuera de la ciudad. Una vez que hubo hablado de sus ges-
tas, de la importancia de las flotas enemigas a las que se
había enfrentado, y de la cantidad de naves que les había
hundido o capturado, el senado, por amplia mayoría le
concedió el triunfo naval. Desfiló en triunfo el día uno 4
de febrero. En aquel triunfo se portaron cuarenta y nueve
coronas de oro y una suma de dinero que no se correspon-
día en absoluto con la vistosidad de un triunfo sobre un
rey: treinta y cuatro mil doscientas tetracmas áticas y cien-
to treinta y dos mil trescientos cistóforos. A continuación, 5
en virtud de un senadoconsulto, se celebraron ceremonias
religiosas por los éxitos obtenidos para el Estado por Lu-
cio Emilio en Hispania.

No mucho después llegó a Roma Lucio Escipión, que 6
quiso que se le llamara Asiático [152] para no tener un sobre-
nombre inferior al de su hermano. Tanto en el senado 7
como delante del pueblo hizo una exposición de las gestas
que había llevado a cabo. Había quienes consideraban que
la fama de la guerra había superado a su dificultad real;
una sola batalla digna de mención la había resuelto, y la

[151] Polixénidas.

[152] Forma tardía del *cognomen*. El originario era Asiágeno o Asiagenes.

gloria de aquella victoria se había marchitado en las Ter-
8 mópilas. Pero, si se valoran las cosas con objetividad, la
guerra de las Termópilas fue más contra los etolios que
contra el rey. ¿Con qué parte de sus tropas combatió allí
Antíoco? En Asia se alinearon las fuerzas de Asia entera,
recabando apoyos de todos los pueblos hasta los últimos
confines del Oriente.

59 Con toda justicia, por tanto, se tributaron a los dioses
inmortales los máximos honores que se podía, porque ha-
bían hecho incluso fácil la grandiosa victoria, y además
2 se decretó el triunfo para el general. Triunfó en el mes
intercalar la víspera del primero de marzo. Este triunfo,
por el espectáculo ofrecido a la vista, fue más grandioso
que el de su hermano el Africano; considerando los hechos
y valorando los riesgos y la lucha, era tan poco compara-
ble como si se parangonase un general con el otro o el
3 caudillaje de Antíoco con el de Aníbal. Desfiló en triunfo
llevando doscientas veinticuatro enseñas militares, ciento
treinta y cuatro representaciones de ciudades, mil doscien-
tos treinta y un colmillos de marfil, doscientas treinta y
4 cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatro-
cientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil
tetracmas áticas, trescientos veintiún mil setenta cistófo-
5 ros, ciento cuarenta mil filipos de oro, mil cuatrocientas
veintitrés libras de vasos de plata (todos cincelados), y mil
veintitrés libras de vasos de oro. También desfilaron de-
lante del carro treinta y dos generales del rey, prefectos
6 y altos dignatarios. Se le dieron veinticinco denarios a
cada soldado, el doble a los centuriones y el triple a los
jinetes. Después del triunfo se duplicó la paga militar y
la ración de trigo; ya les había dado el doble una vez libra-
da la batalla en Asia. Triunfó aproximadamente un año
después de dejar el consulado.

Oriente: operaciones navales en Creta y Tracia

Llegaron casi al mismo tiempo el cónsul Gneo Manlio a Asia y el pretor Quinto Fabio Labeón a la flota. 60 Sólo que al 2 cónsul no le faltaban razones para una guerra con los galos, mientras que el mar estaba pacificado después de la definitiva derrota de Antíoco, y al meditar Fabio a qué empresa sería mejor que se dedicase para no dar la impresión de no haber tenido nada que hacer en su mandato, consideró que lo mejor era cruzar a la isla de Creta. 3 Los cidoniatas estaban en guerra con los gortinios y los gnosios [153], y se decía que había esparcidos por toda la isla un gran número de prisioneros romanos y de origen itálico reducidos a esclavitud. 4 Saliendo de Éfeso con la flota, nada más tocar la costa de Creta mandó mensajeros a recorrer las ciudades para que depusieran las armas y buscaran a los prisioneros cada uno en su ciudad y sus campos y se los devolvieran, y que le enviaran embajadores con los que tratar las cuestiones que concernían tanto a los cretenses como a los romanos. 5 Esto no impresionó demasiado a los cretenses; salvo los gortinios, nadie devolvió a los prisioneros. 6 Valerio Anciate escribió que fueron devueltos de toda la isla, por miedo a la amenaza de guerra, cuatro mil prisioneros, y que esa fue la razón de que Fabio consiguiese del senado el triunfo naval, pues no había llevado a cabo ninguna otra empresa. 7 Desde Creta, Fabio retornó a Éfeso; desde aquí envió tres navíos a las costas de Tracia con orden de retirar de Eno y Maronea las guarniciones de Antíoco, con el fin de que estas ciudades gozasen de libertad.

---

[153] Los cidoniatas habitaban la costa noroccidental, los gortinios el sur y los gnosios el norte de la costa cretense.

LIBRO XXXVIII

SINOPSIS

AÑO 189 a. C.

Oriente: Aminandro reconquista Atamania (1 - 2).

Campaña de Fulvio Nobílior contra los etolios. Sitio de Ambracia (3 - 7).

Negociaciones con una embajada etolia. Tratado de paz (8 - 11).

Campaña del cónsul Manlio Vulsón en Asia: marcha hacia el Sur (12 - 15).

La invasión de los galos en Asia. Llegada del ejército romano (16 - 19).

Batallas de los montes Olimpo y Magaba (20 - 24).

Campaña contra los tectosagos (25 - 27).

Roma: acción de los censores (28, 1 - 28, 4).

Oriente: campaña de Cefalania. Conquista de Same. Filopemén contra Esparta (28, 5 - 34).

AÑO 188 a. C.

Roma: elecciones, medidas censales (35 - 36).

Asia: embajadas ante Gneo Manlio. Tratado de Apamea (37 - 39).

Incidentes en Tracia al regresar de Asia el ejército romano (40 - 41).

AÑO 187 a. C.

Roma: elecciones y destinos. Debates políticos (42 - 44, 8).
Oposición al triunfo de Gneo Manlio (44, 9 - 46).
Gneo Manlio se defiende (47 - 50, 3).
Procesamiento de Escipión Africano (50, 4 - 53).
Procesamiento de Lucio Escipión (54 - 60).

Oriente: Aminandro reconquista Atamania

1 Mientras en Asia se desarrollaba la
la guerra [154], tampoco en Etolia había
permanecido tranquila la situación, sien-
do el pueblo de los atamanes el origen
2 de los conflictos [155]. En aquella época,
Atamania, tras la expulsión de Aminandro, estaba ocupada
por una guarnición real con gobernadores de Filipo que,
con los excesos de una autoridad despótica, habían hecho
3 que se añorara a Aminandro. Estaba éste por entonces
exiliado en Etolia, y las cartas de los suyos que lo informa-
ban de la situación de Atamania le hicieron concebir espe-
4 ranzas de recuperar el trono. Envía a su vez a Argitea [156]
—pues era ésta la capital de Atamania— a los mensajeros,
y anuncia a los principales que, en cuanto tenga constancia
suficiente de la disposición de ánimo de sus compatriotas,
una vez asegurada la ayuda de los etolios irá a Atamania;
que confía en llegar fácilmente a un acuerdo con los elegi-
dos, que componen el consejo de su nación, y con el pre-
5 tor Nicandro. Cuando vio que éstos estaban dispuestos a
todo informó inmediatamente a los suyos del día en que
6 pensaba entrar en Atamania con el ejército. Al principio

[154] Entramos en el año 189 a. C.

[155] Cf. XXXVI 14.

[156] La actual Knisovo, en Albania.

eran cuatro los conjurados contra la guarnición macedo-
nia; éstos se buscaron seis colaboradores cada uno para
poner en práctica la operación; posteriormente, faltos de
confianza en un número tan reducido, más apropiado para
mantener en secreto el proyecto que para llevarlo a la prác-
tica, añadieron otros tantos. Alcanzado así el número de 7
cincuenta y dos se dividieron en cuatro grupos. Uno se
dirigió a Heraclea [157], otro a Tetrafilia, donde habitual-
mente se guardaba el tesoro real, el tercero a Teudoria [158]
y el cuarto a Argitea. Se pusieron de acuerdo todos ellos 8
en que en un principio se dejarían ver por el foro tranqui-
lamente, como si hubiesen ido a arreglar un asunto priva-
do, y en una fecha determinada convocarían a toda la po-
blación para echar de las ciudades a las guarniciones mace-
donias. Cuando llegó el día señalado y Aminandro había 9
cruzado ya la frontera con un millar de etolios, en las cua-
tro localidades simultáneamente fueron expulsadas las guar-
niciones macedonias según lo acordado y se enviaron
cartas a otras ciudades en todas direcciones invitándolas
a liberarse de la prepotente dominación de Filipo y a resta-
blecer el legítimo reinado de sus padres. Los macedonios 10
fueron expulsados de todas partes. La plaza de Teyo [159]
resistió algunos días a los atacantes debido a que Xenón,
el comandante de la guarnición, interceptó la carta y las
tropas del rey ocuparon la ciudadela. Después, también 11
ésta fue entregada a Aminandro y toda Atamania estaba
en su poder salvo el fuerte de Ateneo [160], situado junto
a la frontera de Macedonia.

---

[157] Distinta de las homónimas de XL 24, 5 (en Macedonia) y XXXVI *passim*, XXXVII 5, 4 y XXXIX 23, 8-9 (próxima al Golfo Malíaco).

[158] Al sur de Argitea. Heraclea y Tetrafilia no localizadas.

[159] Según otras lecturas, Telo. Se desconoce su situación.

[160] Al este de Argitea, en dirección a Gonfos.

2 Enterado de la rebelión de Atamania, Filipo partió con
seis mil soldados y llegó a Gonfos con gran celeridad.
2 Dejó allí la mayor parte del ejército, pues no estaba en
condiciones de soportar unas etapas tan largas, y llegó con
dos mil hombres hasta Ateneo, la única posición retenida
3 por su guarnición. Desde allí, después de tantear las plazas
vecinas dándose cuenta fácilmente de que le eran hostiles,
regresó a Gonfos y reemprendió la marcha hacia Atama-
4 nia con todas las tropas juntas. Luego, manda por delante
con mil hombres de infantería a Xenón con orden de ocu-
par Etopia [161], estratégicamente situada dominando Argi-
5 tea; cuando vio que esta posición estaba en poder de sus
hombres acampó en las proximidades del templo de Júpi-
ter Acreo [162]. Retenido allí un día entero por una horrible
borrasca, emprendió al día siguiente la marcha hacia Argi-
6 tea. Cuando estaban en camino, de pronto vieron a los
atamanes corriendo en dirección a las colinas que domina-
ban la ruta. Al avistarlos las enseñas de cabeza hicieron
7 alto; el pánico conmocionó la columna entera, pensando
cada uno por su cuenta qué iba a ocurrir si se hacía bajar a
8 la columna a los valles dominados por las rocas. El rey
hubiera deseado salir rápidamente del desfiladero si sus
hombres lo siguieran, pero este movimiento de pánico lo
obligó a hacer volver a los hombres de cabeza y desandar el
camino de ida. Los atamanes al principio lo seguían a dis-
9 tancia sin atacar; cuando se les unieron los etolios, dejaron
a éstos siguiendo de cerca la columna desde atrás, ellos se
10 abrieron por los flancos y algunos, adelantándose por sende-
ros que ellos conocían, atajaron y se apostaron en los sitios

[161] Desconocida. Su grafía no es segura.

[162] Esta advocación aparece aplicada a otras divinidades (en XXXII 23, 10, a Hera).

de paso; entre los macedonios cundió de tal forma el desconcierto que cruzaron el río en lo que parecía una huida en desbandada más que una marcha ordenada, dejando
abandonadas muchas armas y hombres. Aquí terminó la 11
persecución. A continuación los macedonios volvieron a
Gonfos sin peligro, y de Gonfos a Macedonia. Los ata- 12
manes y los etolios acudieron a Etopia desde todas partes para estrechar el cerco sobre Xenón y sus mil macedonios.
Éstos, que confiaban poco en la posición, se retiraron de 13
Etopia hacia una altura más elevada y abrupta en todo su contorno; los atamanes encontraron muchas vías de ac-
ceso hasta allí y los desalojaron; dispersos e incapaces de 14
encontrar un camino para la huida por los parajes impracticables y los peñascales desconocidos, unos fueron apresados y otros muertos. Muchos rodaron por precipicios a causa del pánico, y muy pocos escaparon con Xenón llegando hasta el rey. Después se concedió una tregua para que pudieran dar sepultura a los muertos.

Campaña de Fulvio Nobilior contra los etolios. Sitio de Ambracia

Una vez recuperado su reino, Aminan- 3
dro envió embajadores a Roma, al senado, y a Asia, a los Escipiones, que se habían quedado en Éfeso después de la
gran batalla contra Antíoco. Pedía la 2
paz y se disculpaba por haber recuperado el reino paterno por mediación de los etolios, y echaba la culpa a Filipo.

Desde Atamania los etolios marcharon contra los anfí- 3
locos y con el consentimiento de la mayoría pusieron a
toda la población bajo su autoridad. Después de recuperar 4
Anfiloquia —pues en otro tiempo había pertenecido a los etolios— pasaron a Aperancia con la esperanza de un resultado semejante; también ésta pasó a su poder en gran parte sin ofrecer resistencia. Los dólopes nunca habían for-
mado parte de Etolia, pertenecían a Filipo. Al principio 5

corrieron a las armas; pero cuando se enteraron de que
los anfílocos estaban con los etolios, que Filipo había sali-
do huyendo de Atamania y que se había dado muerte a
su guarnición, se pasaron también ellos del lado de Filipo
6 al de los etolios. Cuando, con estos pueblos a su alrede-
dor, los etolios se creían ya a salvo por todas partes de
los macedonios, les llega la noticia de que Antíoco ha sido
vencido en Asia por los romanos; y poco después volvie-
ron de Roma los embajadores sin perspectivas de paz y
con la noticia de que el cónsul Fulvio había cruzado ya
7 el mar con su ejército. Alarmados por estas noticias hicie-
ron intervenir a las embajadas de Rodas y Atenas para
que merced a la influencia de estas ciudades sus peticiones
recientemente rechazadas encontrasen más fácil acogida por
parte del senado, y enviaron a Roma a los dirigentes de
8 su pueblo para hacer un último intento, cuando, antes de
que el enemigo estuviera a la vista, no habían pensado en
nada para evitar la guerra.

9 Marco Fulvio había hecho ya la travesía hasta Apolonia
con su ejército y discutía con los dirigentes epirotas dónde
comenzar la guerra. Los epirotas proponían atacar Am-
10 bracia, que entonces se había unido a los etolios: si éstos
acudían a defenderla, alrededor había llanuras despejadas
para combatir; si rehusaban el combate, el asedio no resul-
11 taría difícil, pues había a mano madera en abundancia
para levantar terraplenes y demás trabajos de asedio, y,
por otra parte, al pie mismo de las murallas discurría el
Aretonte [163], un río navegable y a propósito para el trans-
porte de lo que pudiera ser de utilidad; además, se aproxi-
maba el verano, propicio para el desarrollo de la opera-

[163] Atraviesa Atamania de norte a sur. Navegable según la época, difícil de cruzar.

ción. Con estos argumentos lo convencieron para que em-
prendiese la marcha a través del Epiro.
Cuando el cónsul llegó a Ambracia le pareció que el 4
asedio era una tarea dificultosa [164]. Ambracia está situada
al pie de un cerro escarpado que los habitantes del lugar
llaman Perrante [165]. La ciudad, por donde la muralla se 2
extiende hacia la llanura y el río, mira a occidente, y la
ciudadela, construida sobre el cerro, mira a oriente. El río 3
Aretonte, que nace en Atamania, desemboca en el golfo
llamado de Ambracia por el nombre de la ciudad cercana.
Aparte de estar protegida por un lado por el río y por 4
otro por las colinas, también estaba rodeada por una sóli-
da muralla de algo más de cuatro [166] millas de perímetro.
Fulvio instaló dos campamentos en el llano a corta dis- 5
tancia uno del otro, y un fuerte en una posición elevada
enfrente de la ciudadela, y se dispuso a unirlo todo me- 6
diante una empalizada y un foso para que no hubiera ni
salida desde la ciudad para los que estaban encerrados ni
entrada desde el exterior para introducir ayudas. Ante la
noticia del asedio de Ambracia, los etolios se habían reuni-
do ya en Estrato convocados por un edicto del pretor Ni-
candro. Su primera idea había sido acudir desde allí con 7
todas las tropas para impedir el asedio; luego, cuando vie-
ron que la ciudad estaba ya en gran parte rodeada de tra-
bajos de asedio y que los epirotas estaban acampados en
el llano al otro lado del río, decidieron dividir las fuerzas.
Eupólemo marchó a Ambracia con un millar de hombres 8

[164] El detalle de los preparativos descritos en este capítulo procede de una fuente que no es la habitual, Polibio, XXI 26-27.

[165] Al sureste de la ciudad.

[166] Por los restos de muralla que se conservan se deduce un perímetro de 5 km.: un poco más de tres millas, no de cuatro.

de armamento ligero y entró en la ciudad cruzando las for-
9 tificaciones por donde no estaban aún cerradas. En cuanto
a Nicandro, su plan inicial era atacar de noche el campa-
mento epirota con el resto de las fuerzas, ya que, al estar
el río de por medio, no era fácil el envío de ayuda por
10 parte de los romanos; después, pensando que era un plan
arriesgado por si los romanos se daban cuenta de alguna
forma y no había lugar a una retirada segura, desistió de
este proyecto y dio la vuelta para saquear Acarnania.

5 El cónsul, una vez finalizado el atrincheramiento de
circunvalación de la ciudad así como las máquinas de ase-
dio que se disponía a hacer llegar hasta los muros, atacó
2 las murallas por cinco puntos simultáneamente. Hizo avan-
zar tres de ellas, a igual distancia una de otra, por donde
era más fácil el acceso desde el llano en dirección al llama-
do Pirreo [167], una por la zona del Esculapio [168], y otra
3 de frente contra la ciudadela. Con los arietes batía los mu-
ros; con las pértigas provistas de hoces barría las almenas.
Los habitantes de la plaza al principio fueron presa del
pánico y el desconcierto ante lo que veían y ante los golpes
4 dados en las murallas con terrible estruendo; después,
cuando vieron que los muros aguantaban en pie más de
lo que ellos esperaban, cobraron ánimos de nuevo y por
medio de palancas volcaban sobre los arietes cargas de
plomo o de piedras o troncos robustos; lanzando ganchos
de hierro y tirando de las hoces hacia el interior del muro
5 les rompían los mangos; y además, a base de salidas
nocturnas contra los centinelas que vigilaban las obras de
asedio y diurnas contra los puestos de guardia, inspiraban
pánico a su vez.

[167] Palacio de Pirro.

[168] Santuario situado en lo alto del Perrante.

Mientras que en Ambracia estaban así las cosas, los 6
etolios habían vuelto ya a Estrato después del saqueo de
Acarnania. Desde allí el pretor Nicandro, concibiendo es-
peranzas de romper el asedio con un golpe de audacia,
hizo entrar en Ambracia a un tal Nicódamo con quinientos
etolios. Fijó una noche concreta, e incluso la hora de 7
esa noche, en la que éstos atacarían desde la ciudad las
obras enemigas que estaban frente al Pirreo mientras que
él sembraría el pánico en el campamento romano; estaba
convencido de que se podía dar un golpe memorable con
el doble ataque y con el favor de la noche, que acrecienta
el miedo. Y Nicódamo, de noche avanzada, eludiendo 8
unos puestos de centinela y abriéndose paso en otros con
un ataque decidido, rebasó la línea de trinchera y penetró
en la ciudad, e infundió cierto ánimo para atreverse a todo
y cierta esperanza a los sitiados; y en cuanto llegó la noche
prefijada atacó de repente las obras de asedio, según lo
planeado. Aquel golpe tuvo mayor alcance por su concep- 9
ción que por sus resultados porque desde el exterior no
se aportó ningún apoyo, fuese porque el pretor se echó 10
atrás por miedo o porque se consideró preferible llevar ayu-
da a Anfiloquia, reconquistada poco antes, que estaba sien-
do atacada con la mayor violencia por Perseo, hijo de Fili-
po, enviado para reconquistar Dolopia y Anfiloquia.

Como se ha dicho antes, había obras romanas de asedio 6
en tres sitios frente al Pirreo, y los etolios las atacaron
todas a la vez, aunque con medios y violencia desiguales.
Unos se presentaron con antorchas encendidas, otros por- 2
tando estopa, pez o dardos incendiarios, reluciendo con
las llamas toda la formación. Con la primera acometida 3
abatieron a muchos centinelas; luego, cuando los gritos y
el tumulto llegaron hasta el campamento y el cónsul dio
la señal, los romanos empuñaron las armas y se precipita-

4 ron fuera por todas las puertas para prestar ayuda. Fue
una lucha a hierro y fuego; fracasado el intento en dos
puntos, los etolios se retiraron después de amagar, más
que entablar el combate; la batalla encarnizada se había
5 centrado en un solo punto. Allí los dos jefes, Eupólemo
y Nicódamo, en sitios opuestos, animaban a los comba-
tientes y alimentaban la esperanza, casi la certeza, de que
de un momento a otro llegaría Nicandro, según lo acorda-
6 do, y atacaría al enemigo por la espalda. Esta expectativa
mantuvo por algún tiempo la moral de los combatientes;
pero como no recibían de los suyos la señal convenida y
veían incrementarse el número de enemigos, faltos de alien-
7 to, iban aflojando la presión; al final renunciaron a la ofen-
siva emprendiendo la huida cuando ya la retirada no era
muy segura, y fueron rechazados al interior de la ciudad
después de incendiar parte de las obras y causar un núme-
ro de muertes bastante mayor que el de bajas habidas por
su parte. De haberse desarrollado la acción conforme a
lo previsto, no cabía duda de que se hubieran podido tomar
al asalto las obras de asedio, cuando menos en uno de los
8 puntos, con un gran número de muertes enemigas. Los
ambracienses y los etolios que estaban dentro no sólo re-
nunciaron al intento de aquella noche sino que a partir
de entonces, como si hubieran sido traicionados por los
9 suyos, se mostraban más reacios a correr riesgos. Ya no
luchaba nadie a base de salidas, como antes, contra los
puestos de guardia enemigos, sino que lo hacían desde lu-
gar seguro distribuidos por los muros y las torres.

7 Perseo, cuando se enteró de que se acercaban los eto-
lios, abandonó el asedio de la ciudad que estaba atacan-
do [169] y después de limitarse a saquear los campos salió

[169] Anfiloquía.

de Anfiloquia y regresó a Macedonia. La devastación de 2
la costa atrajo también allí a los etolios. Pléurato, rey de
los ilirios, había entrado con sesenta embarcaciones ligeras
en el golfo de Corinto y cogiendo también las naves aqueas
que había en Patras estaba devastando las costas de Etolia.
Por donde quiera que su flota viraba ajustándose a los 3
entrantes de la costa, les salían al paso por rutas más cor-
tas mil etolios enviados contra ellos. Entretanto, los roma- 4
nos, en Ambracia, batiendo los muros en muchos puntos
con los arietes, habían dejado al descubierto una parte de la
ciudad, y sin embargo no eran capaces de entrar en ella,
pues con la misma rapidez con que era derribado un muro 5
se levantaba otro nuevo en su lugar y los hombres arma-
dos, de pie sobre los escombros, hacían de bastiones.
Por eso, como hacía pocos progresos con su ataque al 6
descubierto, el cónsul decidió excavar una galería bajo tie-
rra en un lugar cubierto previamente con manteletes; y du-
rante algún tiempo, a pesar de estar manos a la obra día
y noche excavando en el subsuelo y además sacando fuera
la tierra, pasaron desapercibidos al enemigo. El montón 7
de tierra que apareció inesperadamente advirtió de los tra-
bajos a los habitantes de la plaza, y ante el temor de que
estuviesen ya socavados los muros y abierta una vía de
acceso a la ciudad, se pusieron a excavar una fosa por
la parte de dentro de la muralla enfrente de la obra que
estaba cubierta con los manteletes. Cuando llegaron a la 8
profundidad que podía tener el suelo de la galería guarda-
ron silencio y aplicando el oído en diversos puntos trata-
ban de captar los ruidos de los zapadores. Cuando los 9
sintieron abrieron una vía en dirección a la galería, y no
costó mucho trabajo, pues en un momento llegaron al hueco
donde el muro había sido apuntalado por los enemigos con
postes. Establecida la comunicación entre las obras de ex- 10

cavación y abierto el acceso desde la fosa a la galería, entablaron allí una lucha bajo tierra primero con las propias herramientas que habían utilizado en los trabajos y después también los hombres armados que acudieron rápidamente; después la lucha fue perdiendo virulencia, pues taponaban la galería donde les parecía extendiendo arpilleras o poniendo barreras de tablazones [170] precipitadamente.
11 Se ideó además un nuevo sistema no muy laborioso contra los que estaban en la galería. Prepararon un tonel agujereado en el fondo de forma que se pudiera hacer pasar un tubo mediano, y un tubo de hierro y una tapa también de hierro para el tonel perforada a su vez en muchos puntos. Colocaron este tonel, lleno de plumas ligeras, con la
12 boca vuelta hacia la galería. Por los orificios de la tapadera sobresalían lanzas muy largas, de las que llaman sarisas, para mantener a distancia a los enemigos. Aplicando una pequeña llama a la pluma, la reavivaron soplando con
13 un fuelle de fragua sujeto al extremo del tubo. Luego, cuando llenó por completo la galería una densa humareda que hacía aún más mortificante el mal olor despedido por la pluma quemada, difícilmente podía nadie resistir allí dentro.

Negociaciones con una embajada etolia. Tratado de paz

8 En esta situación estaban las cosas en Ambracia cuando se presentaron al cónsul Feneas y Damóteles como embajadores de los etolios, investidos de plenos poderes por un decreto de su pueblo. Su pretor, en efecto, viendo que por un lado Ambracia estaba
2 sitiada; que, por otro, la costa estaba infestada de las naves enemigas y por otro Anfiloquia y Dolopia eran

[170] El término latino utilizado por Livio es *foribus* y generalmente suele ser considerado como un error de su traducción de Polibio, confundir θυρέους (escudos) con θύρας (puertas).

devastadas por los macedonios, y que los etolios, corriendo en direcciones opuestas para hacer frente a tres guerras al mismo tiempo, no daban abasto, convocó asamblea y consultó a los dirigentes de Etolia qué procedía hacer.
Todas las propuestas coincidían en que se pidiera la paz 3
en condiciones de igualdad si era posible, o cuando menos en condiciones aceptables; se había emprendido la guerra
confiando en Antíoco; vencido éste por tierra y por mar 4
y rechazado más allá de la cadena del Tauro, fuera del mundo por así decir, ¿qué esperanzas quedaban de sostener la guerra? Que Feneas y Damóteles negociaran lo que 5
considerasen conforme con los intereses de los etolios, habida cuenta de las circunstancias, y según su propia conciencia; de hecho, ¿qué otra posibilidad de decisión o de elección les había dejado la suerte? Los embajadores, 6
enviados con estas instrucciones, rogaron al cónsul que perdonase a la ciudad, que tuviera piedad de un pueblo en otro tiempo aliado empujado a un acto de locura, no querían decir que por alguna injusticia, pero sí por las desgracias; no eran tantos los deméritos de los etolios durante 7
la guerra de Antíoco como los méritos que habían contraído cuando se había combatido contra Filipo; ni entonces habían recibido una recompensa generosa ni ahora debía aplicárseles un castigo desmedido. A esto replicó el cónsul que los etolios pedían la paz con más frecuencia que sinceridad; que, al pedir la paz, siguiesen el ejemplo de Antíoco, al que ellos habían arrastrado a la guerra; había salido 8
no ya de las pocas ciudades por cuya libertad se había combatido sino de toda el Asia del lado de acá de la cadena del Tauro, un reino rebosante de riqueza. Él sólo estaba 9
dispuesto a escuchar a los etolios para tratar de la paz
desarmados; primero debían entregar las armas y todos 10
los caballos, después pagar al pueblo romano mil talentos

de plata, haciendo efectiva en el acto la mitad de dicha suma, si querían obtener la paz. Aparte de esto añadiría una cláusula en el tratado según la cual tendrían los mismos amigos y enemigos que el pueblo romano.

9 Ante estas condiciones los embajadores no dieron ninguna respuesta, porque eran duras y porque conocían el carácter indómito y mudable de los suyos, y regresaron a su país para consultar una vez más con el pretor y los dirigentes, antes de adquirir compromisos, acerca de lo que
2 se debía hacer. Fueron recibidos con gritos e insultos —¿hasta cuándo pensaban prolongar la situación cuando tenían instrucciones de volver con la paz en las condiciones que fuere?—, y cuando retornaban a Ambracia se vieron envueltos en una emboscada tendida cerca del camino por los acarnanes, con los que estaban en guerra, siendo con-
3 ducidos a Tirreo para su custodia. Esto supuso un retraso para la paz, cuando ya se encontraban ante el cónsul los embajadores atenienses y rodios que habían venido a inter-
4 ceder por los etolios. También Aminandro, el rey de los atamanes, había llegado con un salvoconducto al campamento romano, más preocupado por la ciudad de Ambracia, donde había pasado la mayor parte de su exilio, que
5 por los etolios. El cónsul, informado por ellos de lo ocurrido a los embajadores, mandó que los trajeran de Tirreo; después de su llegada comenzaron las negociaciones
6 de paz. Aminandro dedicaba sus esfuerzos a inducir a los ambracienses a la rendición, pues esa era una tarea sobre
7 todo suya. Como no hacía muchos progresos con las conversaciones que tenía con los dirigentes acercándose a las murallas, al fin, con el permiso del cónsul, entró en la ciudad y en parte con advertencias, en parte con ruegos,
8 consiguió que se rindieran a los romanos. Los etolios, por su parte, recibieron una valiosa ayuda de Gayo Vale-

rio [171], hijo del Levino que había hecho el primer tratado de amistad con este pueblo y hermano del cónsul por parte de madre. Los ambracienses, después de pactar la salida 9
de las tropas de apoyo etolias sanas y salvas, abrieron las puertas. A continuación se les comunicaron a los etolios las condiciones de paz: entregarían quinientos talentos euboicos, doscientos de ellos en el acto y trescientos en seis anualidades iguales; devolverían a los romanos los prisioneros y desertores; no incluirían dentro de su juris- 10
dicción a ninguna ciudad que hubiese sido tomada al asalto por los romanos o hubiese entrado voluntariamente en amistad con ellos con posterioridad al momento en que Tito Quincio había cruzado a Grecia; la isla de Cefalania quedaría fuera del alcance del tratado. A pesar de que estas 11
condiciones eran bastante menos duras de lo que ellos esperaban, los etolios pidieron permiso para someterlas a la consideración de la asamblea y les fue concedido. Les 12
llevó algún tiempo una pequeña discusión acerca de las ciudades que en algún momento habían estado bajo su jurisdicción y que no se resignaban a que fueran desmembradas, por decirlo así, de su cuerpo; no obstante, fueron unánimes en votar que se aceptara la paz. Los ambracienses 13
regalaron al cónsul una corona de oro de ciento cincuenta libras. En cuanto a las estatuas de bronce y de mármol y las pinturas que embellecían Ambracia en mayor medida que las otras ciudades de la región porque había estado allí el palacio de Pirro, las cogieron y se las llevaron todas; ninguna otra cosa fue tocada o dañada. 14

El cónsul salió de Ambracia en dirección al interior 10
de Etolia y acampó cerca de Argos de Anfiloquia [172], que

[171] Levino, cónsul sufecto en el año 176.

[172] Cerca de la moderna Loutron.

está a veintidós millas de distancia de Ambracia. Allí llegaron por fin los embajadores etolios, cuando ya el cónsul
2 se extrañaba de su tardanza. Cuando se enteró de que la asamblea etolia había aceptado la paz, les mandó dirigirse a Roma, al senado, permitiendo que fueran también los rodios y los atenienses como mediadores y asignándoles a su hermano Gayo Valerio para que los acompañara; él
3 cruzó a Cefalania. En Roma encontraron predispuestos los oídos y los ánimos de los principales por las acusaciones de Filipo, que había protestado a través de embajadores y de cartas por haberle sido arrebatadas Dolopia, Anfiloquia y Atamania, y haber sido expulsadas sus guarniciones, y finalmente también su hijo Perseo, de Anfiloquia, y había predispuesto al senado en contra de escuchar sus ruegos.
4 Con todo, los rodios y los atenienses fueron escuchados en silencio. Se dice incluso que causó impresión con su elocuencia el embajador ateniense Leonte, hijo de Hicesia;
5 éste, empleando el conocido símil del mar en calma que es agitado por los vientos, con el que parangonaba al pueblo de los etolios, sostenía que mientras se habían mantenido fieles a la alianza con Roma habían permanecido tran-
6 quilos por el sosiego connatural a sus gentes; desde el momento en que habían comenzado a soplar Toante y Dicearco desde Asia y Menestas y Damócrito desde Europa, se había desencadenado aquella tempestad que los había lanzado sobre Antíoco como sobre un escollo.

11 Después de un largo tira y afloja, los etolios lograron al fin que se llegara a un acuerdo sobre las condiciones
2 de paz, y fueron las siguientes: «El pueblo de los etolios reconocerá lealmente la soberanía y la majestad del pueblo romano [173]; no dejará que pase por su territorio ningún

[173] Expresión de un *foedus iniquum;* éste es el primero en que Roma priva de política exterior a un Estado griego.

ejército que marche contra sus aliados y amigos, ni les pres-
tará ninguna clase de ayuda; tendrá los mismos enemigos 3
que el pueblo romano, tomará las armas contra ellos y
les hará la guerra junto con él; devolverá a los romanos 4
y sus aliados los desertores, esclavos fugitivos y prisione-
ros salvo el caso de aquellos que, habiendo sido repatria-
dos después de caer prisioneros, hayan sido cogidos de
nuevo o aquellos que hayan sido hechos prisioneros en su
momento entre los que combatían contra Roma en la épo-
ca en que los etolios formaban parte de las guarniciones
romanas; del resto, los que aparezcan en el término de cien 5
días serán entregados fielmente a los magistrados de Cor-
cira, y los que no aparezcan serán devueltos tan pronto
como se vaya encontrando a cada uno; los etolios entrega- 6
rán a los romanos cuarenta rehenes a elección del cónsul
no menores de doce años ni mayores de cuarenta; no serán 7
rehenes ni un pretor, ni un jefe de la caballería, ni un se-
cretario público, ni quien anteriormente haya estado como
rehén en poder de los romanos; Cefalania quedará exclui-
da de las condiciones de paz». Con respecto a la cantidad 8
de dinero que debían abonar y a los plazos correspondien-
tes no se cambió nada de lo acordado con el cónsul; se
convino que si preferían dar oro en vez de plata, lo hicie-
ran, siempre y cuando equivaliese una moneda de oro a
diez de plata [174]. «Los etolios no intentarán recuperar 9
ninguna de las ciudades, campos o personas que en algún
momento estuvieron bajo su jurisdicción y que durante el
consulado de Tito Quincio y Gneo Domicio [175] o con pos-

[174] La equivalencia en Roma era de 1 a 11, 91.

[175] Tito Quincio Flaminino y Gneo Domicio Ahenobarbo nunca coincidieron en el consulado. La hipótesis más sencilla (se han propuesto otras) sería una confusión en el nombre de dos hermanos: Lucio Quincio fue cónsul con Gneo Domicio en el año 192.

terioridad al mismo pasaron a poder del pueblo romano voluntariamente o por la fuerza de las armas; los eníadas [176] con su ciudad y territorio pertenecerán a los acarnanes». En estos términos se concluyó el tratado con los etolios.

Campaña del cónsul Manlio Vulsón en Asia: marcha hacia el Sur

12 En el mismo verano e incluso casi en las mismas fechas en que el cónsul Marco Fulvio llevó a cabo estas operaciones en Etolia, el otro cónsul, Gneo Manlio, hizo en Galogrecia [177] una guerra que paso ahora a relatar.
2 Al comienzo de la primavera llegó el cónsul a Éfeso y, después de hacerse cargo de las tropas de Lucio Escipión y pasar revista al
3 ejército, pronunció una arenga ante los soldados en la que alabó su valor por haber resuelto en una sola batalla la guerra contra Antíoco y los animó a emprender la nueva campaña contra los galos que habían ayudado a Antíoco
4 con tropas auxiliares y, por otra parte, tenían un carácter tan indómito que de nada servía haber desalojado a Antíoco hasta más allá de la cadena del Tauro si no se quebraba el poder de estos galos; y añadió también algunas palabras referentes a su persona, sin faltar a la verdad ni a la mo-
5 destia. Los soldados escucharon al cónsul con satisfacción y con repetidas muestras de aprobación, en el convencimiento de que los galos habían sido una parte de las tropas de Antíoco, y que, una vez vencido el rey, las fuerzas de los galos por sí solas no tenían ninguna consistencia.
6 El cónsul consideraba que era un contratiempo la ausencia de Éumenes —se encontraba entonces en Roma— [178], buen

[176] Habitantes de la Acarnania meridional.
[177] La Galogrecia o Galacia ocupaba el centro de la Turquía actual.
[178] Cf. XXXVII 52, 1 ss.

conocedor del terreno y de las gentes, al que además interesaba que se quebrase el poder de los galos. De modo que 7
hizo venir de Pérgamo a su hermano Átalo [179], lo animó a emprender la guerra junto con él, y, cuando prometió su ayuda y la de los suyos, lo mandó a su país a hacer los preparativos necesarios. Pocos días después, cuando 8
el cónsul había partido de Éfeso y se dirigía a Magnesia [180], Átalo fue a su encuentro con mil soldados de infantería y quinientos de caballería, dejando orden a su hermano Ateneo de seguirlo a corta distancia con el resto de las tropas y encomendando la protección de Pérgamo a los que consideraba fieles a su hermano y al trono. El cónsul 9
felicitó al joven, avanzó hasta el Meandro y acampó, porque no se podía cruzar el río a pie y había que reunir embarcaciones para pasar el ejército. Una vez cruzado el Meandro llegaron a Hiera Come [181].

Hay allí un templo de Apolo muy venerado y un 13
oráculo; dicen que los adivinos hacen sus predicciones en versos no exentos de arte. Desde allí, en una segunda 2
etapa, llegó hasta el río Harpaso [182], donde se presentaron embajadores de Alabanda pidiéndole que obligase con su autoridad o por las armas a volver a su antigua obediencia a un enclave fortificado que se había rebelado hacía poco. También llegó allí Ateneo, el hermano de Éumenes y de 3
Átalo, con Leuso de Creta y Corrago de Macedonia; traían consigo un millar de hombres de infantería, mezcla de pueblos diversos, y trescientos de caballería. El cónsul mandó 4

[179] El futuro Átalo II.

[180] Del Meandro.

[181] ¿Homónima de la Hiera Come mencionada por Polibio más al norte, entre Sardes y Tiatira?

[182] Afluente del Meandro.

un tribuno militar con un pequeño destacamento, tomó el poblado por la fuerza, y una vez reconquistado se lo devolvió a los alabandenses. Por su parte, sin desviarse en absoluto de su ruta, acampó cerca de Antioquía sobre
5 el río Meandro [183]. Las aguas de este río nacen en Celenas. La ciudad de Celenas fue en otro tiempo la capital de Frigia; sus habitantes emigraron después no muy lejos de la antigua Celenas y se le puso a la nueva ciudad el nombre de Apamea, por Apama, la hermana [184] del rey Seleuco.
6 Cerca de las fuentes del Meandro nace también el río Marsias, que vierte sus aguas en el Meandro, y es fama que fue en Celenas donde Marsias compitió con Apolo tocan-
7 do la flauta [185]. El Meandro, que nace en lo alto de la ciudadela de Celenas y discurre por el centro de la ciudad, atraviesa primero Caria y después Jonia y desemboca en
8 el golfo que está entre Priene y Mileto [186]. Seleuco, el hijo de Antíoco, llegó a Antioquía al campamento del cónsul para entregar el trigo para el ejército según el acuerdo sus-
9 crito con Escipión. Surgió una pequeña discusión a propósito de las fuerzas auxiliares de Átalo, porque Seleuco decía que Antíoco había pactado la entrega de trigo única-
10 mente para los soldados romanos. La actitud firme del cónsul zanjó también esta cuestión enviando a un tribuno con la orden de que los soldados romanos no aceptaran el trigo antes de que lo hubieran recibido las milicias auxi-
11 liares de Átalo. Desde allí avanzaron hasta el lugar llamado

[183] En la confluencia del Marsias y el Meandro.

[184] Esposa, en realidad.

[185] Alusión a la leyenda según la cual el rey Midas, en su papel de árbitro, declaró vencedor al sátiro Marsias en su duelo de flauta con Apolo. Éste hizo que ambos pagaran el resultado.

[186] Al sureste de Samos.

Gordiutico [187], y desde esta localidad llegaron a Tabas [188]
en tres etapas. La ciudad está situada en los confines de
Pisidia, en la parte que da al mar de Panfilia, y mientras
estuvieron intactos los recursos de esta región tenía hom-
bres animosos para el combate. También en esta ocasión 12
sus jinetes hicieron una salida contra la columna romana
y con la primera carga sembró no poco desconcierto; lue-
go, cuando resultó evidente que no estaban a su nivel ni
en número ni en valor, fueron rechazados hasta la ciudad,
y entonces pedían perdón por su error, dispuestos a entre-
gar la plaza. Se les exigieron veinticinco talentos de plata 13
y diez mil medimnos [189] de trigo, y con esta condición se
aceptó su rendición.

Dos días después llegaron al río Caso [190], de donde 14
partieron y tomaron la plaza de Eriza [191] al primer asalto.
Llegaron a Tabusio [192], posición fortificada que domina 2
el río Indo [193], al que había dado nombre un indio [194]
que se había tirado desde un elefante. No estaban lejos 3
de Cibira [195], y no llegaba ninguna embajada de Moagete,
el tirano de dicha ciudad, hombre poco de fiar en todos
los sentidos y difícil de tratar. Para sondear sus intencio- 4

[187] En la Caria oriental.

[188] Cerca de la actual Davas.

[189] En medida griega para los áridos, utilizada en Asia Menor, equivalente a unos seis modios en medida romana.

[190] Afluente del Indo.

[191] Junto al Indo, al este de Tabas; hay diversas hipótesis acerca de su emplazamiento.

[192] Desconocida.

[193] Éste, obviamente, es un río de Frigia y Caria.

[194] Suele emplearse esta denominación como equivalente a cornac, cualquiera que fuese su país.

[195] Antigua colonia lidia (hoy Gülhisar), en la margen izquierda del Indo.

nes, el cónsul mandó por delante a Gayo Helvio con
cuatro mil soldados de a pie y quinientos de a caballo.
Cuando esta columna estaba entrando ya en el territorio
salieron a su encuentro unos emisarios anunciando que el
5 tirano estaba dispuesto a cumplir lo ordenado; le pedían
que entrara en el territorio en son de paz y no dejara que
los soldados saquearan los campos, y le traían una corona
6 de oro de quince talentos. Helvio prometió preservar los
campos del saqueo y mandó a los emisarios que se dirigie-
7 ran al cónsul. Repitieron su mensaje, y el cónsul les dijo:
«Los romanos no tenemos ninguna prueba de la buena dis-
posición del tirano hacia nosotros, y, por otra parte, todo
el mundo sabe que su manera de ser es como para pensar
8 más en un escarmiento que en la amistad». Alarmados
por estas palabras los enviados pidieron únicamente que
aceptase la corona y permitiese al tirano presentarse a él,
9 dándole la oportunidad de hablar y excusarse. Al día
siguiente, con el permiso del cónsul, el tirano acudió al
campamento con una indumentaria y una escolta adecua-
das apenas a un simple particular de mediana posición,
y empleó el lenguaje humilde y entrecortado del que mini-
miza los propios recursos y se queja de la pobreza de las
10 ciudades de su dominio. Además de Cibira estaban bajo
su dominio Sileo y la llamada ciudad de Limne. De éstas
prometía sacar, a riesgo de despojarse a sí mismo y a los
suyos, veinticinco talentos, con aire de no estar muy segu-
11 ro. «Francamente, dijo el cónsul, semejante burla resulta
ya intolerable. No te basta con no haberte ruborizado sin
estar presente cuando te burlabas por medio de tus envia-
dos; también en persona persistes en tu desvergüenza.
12 ¿Veinticinco talentos dejarán agotada tu tiranía? Pues
entonces, si no pagas al contado quinientos talentos en un
plazo de tres días, cuenta con la devastación en tus campos

y el asedio en tu ciudad.» Aunque aterrado por esta inti- 13
mación, persistía no obstante en su obstinada simulación
de pobreza. Y poco a poco, a fuerza de mezquinas subidas, 14
unas veces con sofismas y otras con súplicas y lágrimas
fingidas, llegó a los cien talentos. A éstos se añadieron
diez mil medimnos de trigo. Todo ello fue recaudado en
el término de seis días.

Desde Cibira el ejército fue conducido a través del 15
territorio de los sindenses [196] y acampó después de cruzar
el río Caular [197]. Al día siguiente la columna bordeó las 2
marismas de Caralitis [198] y se detuvo en Madampro [199].
Cuando continuó el avance los habitantes huyeron de
Lago [200], la ciudad más próxima, a causa del pánico.
Saquearon la ciudad, vacía de gente pero bien provista de 3
todo. Desde allí siguieron hasta las fuentes del río Lisis [201],
y al día siguiente hasta el río Cobulato [202]. En aquellos 4
momentos los termesenses estaban sitiando la ciudadela de
Isionda [203], después de haber ocupado la ciudad. Los sitia-
dos, no teniendo otra esperanza de ayuda, mandaron emi-
sarios al cónsul a pedir socorro: encerrados en la ciudadela 5
con sus mujeres y sus hijos, esperaban de un día para otro
una muerte que llegaría por el hierro o por el hambre.
Se le ofreció así al cónsul un pretexto para desviar la mar-
cha hacia Panfilia como él quería. A su llegada liberó 6

[196] Al norte de Cibira.

[197] ¿El Tschavdir-Tschaï?

[198] ¿El lago de Sögüt-Gölü?

[199] Desconocida.

[200] Aparece también en las formas Laco y Lagbe. En la Frigia suroriental, al norte del Sögüt-Gölü.

[201] Desemboca en el lago Ascania.

[202] Posiblemente el Istanoz-Su.

[203] A unos 70 km. de Cibira.

del asedio a los isiondenses; concedió la paz a Termeso recibiendo cincuenta talentos de plata, y otro tanto ocurrió
7 con los aspendios y los otros pueblos de Panfilia. Al regreso de Panfilia acampó el primer día junto al río Tauro [204], y al siguiente en la denominada Xiline Come [205]. Partiendo de allí llegó sin interrumpir la marcha a la ciu-
8 dad de Cormasa [206]. La ciudad siguiente era Darsa [207]; la encontró abandonada por el pánico de sus habitantes pero llena de toda clase de cosas. Cuando avanzaba bordeando las marismas se presentaron delegados de Lisínoe
9 a entregar su ciudad. Llegaron luego a territorio sagaleseno [208], rico y fértil en toda clase de frutos. Lo habitan los pisidas, que son con gran diferencia los mejores combatientes de la región. Su moral era alta debido a esta circunstancia así como a la fertilidad del suelo, a la densidad de la población, y a la posición de la ciudad, fortificada
10 como pocas. El cónsul, como no se había presentado ninguna delegación en la frontera, mandó soldados a los campos a saquear. Por fin, entonces, cuando vieron que se cogían y se llevaban sus bienes, se quebró su empecina-
11 miento; enviaron embajadores y obtuvieron la paz al precio de cincuenta talentos y veinte mil medimnos de trigo y veinte
12 de cebada. Luego avanzó hasta las fuentes Rotrinas [209] y acampó junto a un poblado llamado Apóridos Comé [210].
13 Al día siguiente llegó allí Seleuco desde Apamea. Después

[204] No identificado.
[205] Entre Termeso y Cormasa.
[206] En la margen izquierda del Lisis.
[207] Desconocida.
[208] De Sagalaso (Aglasun), población situada a 25 km. del lago Ascania.
[209] Al norte del lago de Burdur.
[210] Mantenemos la lectura de Madvig, ya en el ms. *Moguntinus*.

de expedir a Apamea a los enfermos y los bagajes innece-
sarios y recibir de Seleuco guías para los caminos, salió
aquel mismo día hacia la llanura de Metrópolis, y al día
siguiente avanzó hasta Dinias [211] de Frigia. Desde allí llegó 14
hasta Sínada [212], mientras eran abandonadas, por miedo,
todas las ciudades del contorno. Arrastrando un ejército
cuya marcha era ya pesada debido al botín hecho en ellas, y
cubriendo en todo el día una etapa de apenas cinco millas,
llegó hasta la que llaman Beudos la Vieja [213]. Después 15
acampó en Anabura [214], al día siguiente en las fuentes del
Alandro [215], y al tercero en Abasio. Allí tuvo un campa-
mento fijo durante bastantes días, porque habían llegado
a la frontera de los tolostobogios [216].

La invasión de los galos en Asia. Llegada del ejército romano

Los galos, un enorme contingente hu- 16
mano, debido a la falta de tierras o a la
esperanza de botín, y persuadidos de que
ninguno de los pueblos por donde iban
a pasar estaba a su nivel con las armas,
llegaron, con Breno al frente, hasta el
territorio de los dárdanos. Allí se produjo una escisión: 2
cerca de veinte mil hombres, con los régulos Lonorio y
Lutario, se separaron de Breno y tomaron el camino de
Tracia. Aquí combatieron con los que oponían resistencia 3
e impusieron tributo a los que pedían la paz, llegaron has-
ta Bizancio, y ocuparon durante algún tiempo la costa de
la Propóntide teniendo como tributarias las ciudades de
la región. Más adelante les entraron ganas de pasar a 4

---

[211] Desconocida.

[212] Cerca del Suhut.

[213] A unos 20 km. al norte de Sínada.

[214] La Anabour actual. Hay otras dos homónimas.

[215] Afluente del Sangario.

[216] Ocupaban la Galogrecia occidental, en torno a Pesinunte.

Asia, pues, como estaban al lado oían hablar de lo rica
que era aquella tierra, y después de tomar con engaño Lisi-
maquia y ocupar por las armas todo el Quersoneso baja-
5 ron hacia el Helesponto. Pero allí, al ver que Asia estaba
separada por un pequeño estrecho, los ánimos se impa-
cientaron mucho más por cruzar, y mandaban mensajeros
a Antípatro, gobernador de la costa, para hablar del paso.
Como la cosa iba más despacio de lo que ellos esperaban,
6 de nuevo surgió entre los jefes otra escisión. Lonorio,
desandando el camino, se dirigió otra vez a Bizancio con
la mayor parte de los hombres; Lutario sustrajo dos naves
cubiertas y tres embarcaciones ligeras a los macedonios en-
viados por Antípatro a espiar, bajo apariencia de embaja-
da. Transportando con ellas en tandas a sus hombres día
y noche sin interrupción, en unos cuantos días trasladó
7 todas sus tropas. Lonorio, por su parte, no mucho después,
ayudado por Nicomedes, rey de Bitinia, hizo la travesía
8 desde Bizancio. Más adelante los galos se reagruparon de
nuevo y prestaron ayuda a Nicomedes que estaba en gue-
9 rra con Zibeta, dueño de una parte de Bitinia. Gracias
sobre todo a su colaboración, Zibeta fue derrotado y toda
Bitinia pasó a poder de Nicomedes. Partiendo de Bitinia
se adentraron en Asia. De los veinte mil hombres estaban
10 armados no más de diez mil. Sin embargo provocaron
tal movimiento de pánico entre todos los pueblos que ha-
bitan a este lado del Tauro que se sometieron los que eran
11 invadidos y los que no, los más alejados igual que los veci-
nos. Al fin, como había tres tribus, tolostobogios, trocmos
y tectosagos [217], dividieron Asia en tres zonas, que serían tri-
12 butarias cada una de una tribu. A los trocmos les fue asigna-
da la costa del Helesponto, a los tolostobogios les tocó la

[217] Los tectosagos en medio, y los trocmos los más al este.

Eólide y Jonia, y a los tectosagos el Asia del interior. Co-
braban tributo en toda el Asia de este lado del Tauro, pero 13
fijaron su sede en las proximidades del río Halis [218]. Y era
tal el terror que inspiraba su nombre, pues además, al ser
tan prolíficos, su número iba en aumento, que al final ni
siquiera los reyes de Siria se negaron a pagar tributo. El 14
primero en negarse de todos cuantos habitan en Asia fue
Átalo, el padre del rey Éumenes, y la suerte acompañó
a su audaz iniciativa, contrariamente a lo que todos ha-
bían creído, resultando vencedor en una batalla regular.
Con todo, no les quebró la moral hasta el punto de que
desistieran de su afán hegemónico; su poder se mantuvo 15
íntegro hasta la guerra de Antíoco contra los romanos; e
incluso entonces, cuando Antíoco había sido rechazado,
abrigaban grandes esperanzas de que el ejército romano
no llegase hasta ellos dado que vivían lejos del mar.

Como había que combatir a un enemigo tan temido 17
por todos en aquella región, el cónsul reunió a los solda-
dos y les habló en estos términos, en líneas generales:
«No se me oculta, soldados, que entre todos los pueblos 2
que habitan en Asia los galos se distinguen por su fama
de guerreros. Ese pueblo salvaje, después de recorrer casi 3
todo el mundo haciendo la guerra, se ha asentado entre
gentes sumamente pacíficas. Gran estatura, cabellera larga
y rojiza, amplios escudos, larguísimas espadas; además, 4
los cantos cuando entran en combate, los gritos, las danzas,
y el horrísono estruendo de las armas cuando golpean los 5
escudos según una costumbre ancestral peculiar, todo ello
expresamente calculado para infundir pánico. Pero, con
esto, que se asusten los griegos, frigios y carios, a los que
resulta nuevo y extraño; los romanos estamos acostumbra-

[218] Río importante, hoy Kizilirmak, que desemboca en el Mar Negro.

dos a los alborotos de los galos, y también conocemos su
6 inconsistencia. Sólo una vez, junto al Alia [219], nuestros mayores huyeron ante ellos al primer choque; a partir de entonces llevan ya doscientos años abatiéndolos, haciéndolos pedazos y poniéndolos en fuga como rebaños, y casi se han celebrado más triunfos sobre los galos que sobre todo el
7 resto del mundo. Ahora lo sabemos por experiencia: si se aguanta la primera acometida que lanzan con su temperamento ardoroso y su furia ciega, sus miembros se desmoronan con el sudor y el cansancio, sus armas resbalan; el sol, el polvo y la sed, aunque no acerques a ellos el hierro, abaten sus cuerpos flojos y sus ánimos faltos de energía
8 cuando la rabia se remansa. No sólo hemos medido nuestras legiones con las suyas, sino que Tito Manlio [220] y Marco Valerio [221], hombre contra hombre, demostraron lo mu-
9 cho que supera el valor romano a la furia gala. Es más, Marco Manlio [222], él solo, despeñó a los galos que escalaban en columna el Capitolio. Y aquellos antepasados nuestros se las veían con galos de verdad, nacidos en su propia tierra; éstos ya han degenerado, por el mestizaje, y son
10 realmente galogriegos, como se los llama. Como en el caso de los animales y de las plantas, la simiente no tiene tanta fuerza para conservar sus cualidades naturales como las propiedades del suelo y del clima en que se alimentan, tienen
11 para alterarlas. Los macedonios, que poseen Alejandría en Egipto, Seleucia, Babilonia, y otras colonias esparcidas por todo el mundo, degeneraron en sirios, partos y egipcios;
12 Masilia, situada en medio de los galos, tomó en buena

[219] En 390 a. C. Cf. V 37 ss.
[220] Torcuato. Cf. VII 10.
[221] Corvo. Cf. VII 26, 2 - 6.
[222] Cf. V 47.

medida el carácter de sus vecinos; y a los tarentinos, ¿qué les ha quedado de aquella dura y terrible disciplina espartana? Todo lo que nace en su ambiente propio es más 13 genuino; trasplantado a una tierra que no es la suya, su naturaleza cambia, y se transforma en aquello de lo que se alimenta. Haréis pedazos, pues, a los frigios cargados con armas galas, igual que los hicisteis pedazos en el ejército de Antíoco, vosotros, los vencedores, a ellos, los vencidos. Más temo que de ello derive gloria escasa que 14 demasiada lucha. El rey Átalo los derrotó y los puso en 15 fuga varias veces. No vayáis a pensar que son sólo las fieras recién capturadas las que, conservando al principio aquella ferocidad de los bosques, luego se amansan cuando las alimenta la mano del hombre durante largo tiempo, y que no ocurre lo mismo con la naturaleza del hombre cuando se amansa su fiereza. ¿Creéis que éstos son los 16 mismos que fueron sus padres y sus abuelos? Salieron, errantes, de su país por falta de tierras, atravesaron las inhóspitas regiones de Iliria, recorrieron después a lo largo y a lo ancho la Peonía y Tracia combatiendo con los pueblos más belicosos, y ocuparon estas tierras. Endurecidos 17 y exasperados por tantas calamidades, los acogió una tierra que podía saciarlos de toda clase de cosas. Un suelo tan fértil, un clima tan benigno y unos vecinos de natural tan apacible amansaron toda aquella fiereza que tenían al llegar. ¡Por Hércules!, vosotros, descendientes de Marte, 18 debéis cuidaros y huir cuanto antes de los encantos de Asia, tan grande es el poder que tienen estos placeres extranjeros para reblandecer la fuerza del carácter, tan grande es la fuerza del contacto con las costumbres y la forma de vida de los vecinos. Se da, sin embargo, la afortunada circuns- 19 tancia de que, si bien no conservan su fuerza frente a vosotros, sí que conservan entre los griegos una reputación

20 como la que tenían al llegar, y, como vencedores, tendréis entre los aliados la misma gloria militar que si hubieseis vencido a los galos dotados de su antigua forma de coraje».

18 Tras disolver la asamblea y enviar emisarios a Eposognato, el único de los régulos que había mantenido la amistad con Éumenes y negado ayuda a Antíoco contra los romanos, levantó el campamento. El primer día llegaron al río Alandro y el segundo a un poblado llamado
2 Tiscón [223]. Allí llegaron emisarios de los oroandenses [224] a pedir amistad; se les exigieron doscientos talentos, y cuando solicitaron volver a dar cuenta a su patria se les conce-
3 dió esa posibilidad. Después el cónsul siguió al frente del ejército en dirección a Pliten [225], y luego acampó cerca de Aliatos [226]. Hasta allí volvieron los que habían sido enviados a Eposognato y unos embajadores del régulo pidieron que no hiciera la guerra a los tectosagos, que Eposognato personalmente se dirigiría a este pueblo y lo convencería
4 para que obedeciera. Se autorizó a ello al régulo, y desde allí se inició la marcha del ejército a través de la región denominada Axilos [227]. El nombre que tiene responde al hecho de que no produce madera alguna, ni siquiera espinos o algún otro combustible; en vez de leña utilizan es-
5 tiércol de vacuno. Cuando los romanos estaban acampados cerca de Cubalo [228], poblado fortificado de Galogrecia, aparecieron con gran estrépito los jinetes enemigos, sembraron el desconcierto en los puestos de guardia con su ines-

[223] A pocos Km. de Amorion por el este.

[224] Vivían al este del lago Caralitis.

[225] Desconocida. Plitendo, según otra lectura.

[226] Entre el Sangario y el nacimiento del Meandro.

[227] Es un vasto desierto; el término en griego significa «sin madera».

[228] Al suroeste de Pesinunte.

perada irrupción, e incluso mataron a algunos hombres.
Cuando el alboroto llegó hasta el campamento, la caba- 6
llería romana, saliendo de pronto por todas las puertas,
derrotó y puso en fuga a los galos, matando a un número
considerable cuando huían. A partir de allí, el cónsul, 7
como veía que había entrado ya en contacto con el enemi-
go, avanzaba después de un reconocimiento del terreno y
cerrando cuidadosamente la columna. Cuando hubo llega-
do al río Sangario [229] en marchas ininterrumpidas, se dis-
puso a construir un puente, porque a pie no había paso
por ningún sitio. El Sangario discurre desde el monte Ado- 8
reo [230] a través de Frigia, junta sus aguas con las del Tim-
bris [231] cerca de Bitinia, y desde allí, crecido con el doble
caudal, corre a través de Bitinia y se precipita en la Pro-
póntide; pero debe su importancia no tanto al caudal co-
mo al hecho de proporcionar a los ribereños gran abun-
dancia de peces. Finalizado el puente, cruzaron el río y, 9
cuando marchaban por su orilla, vinieron a su encuentro
desde Pesinunte los sacerdotes galos de la Gran Madre con
sus distintivos anunciando con un canto frenético que la
diosa abría a los romanos el camino de la guerra y les
concedía la victoria y el dominio de aquella región. El 10
cónsul, después de declarar que aceptaba el augurio, plan-
tó allí mismo el campamento. Al día siguiente llegó hasta
Gordio [232]. Ésta no es, ciertamente, una gran ciudad, pero 11
sí es un mercado más famoso y frecuentado de lo habitual

[229] Actual Sakaria.

[230] A 150 estadios de Pesinunte, según Estrabón.

[231] Afluente del Sangario por la margen izquierda, con la desembocadura próxima a Gordio.

[232] En un tiempo fue capital de Frigia. Famosa por el «nudo gordino» de Alejandro Magno.

12 tierra adentro. Tiene tres mares casi a la misma distancia, el Helesponto, el de Sínope [233] y el de la costa opuesta, donde viven los cilicios del litoral; además es limítrofe de muchos y grandes pueblos, cuyas relaciones comerciales se centraron precisamente en aquel lugar de intercambio.
13 En esta ocasión encontraron la ciudad abandonada por la huida de sus habitantes pero abundantemente surtida
14 de toda clase de provisiones. Mientras estaban allí acuartelados llegaron unos emisarios de Eposognato con la noticia de que éste había visitado a los régulos de los galos
15 sin obtener ningún resultado razonable; éstos estaban emigrando en masa de las aldeas y las tierras del llano con sus mujeres e hijos llevándose cuanto podían acarrear o arrear, y se dirigían al monte Olimpo para defenderse allí con las armas y la posición.

19 Posteriormente unos mensajeros de los oroandenses trajeron noticias más precisas: la tribu de los tolostobogios había ocupado el monte Olimpo; los tectosagos se habían separado dirigiéndose a otro monte, llamado Magaba [234];
2 los trocmos, dejando sus mujeres e hijos con los tectosagos, habían decidido marchar, armados, a prestar ayuda a los tolostobogios. Los régulos de las tres tribus eran en-
3 tonces Ortiagón, Combolomaro y Gauloto. Al emprender la guerra se habían basado sobre todo en el convencimiento de que, ocupando los montes más altos de aquella región y concentrando allí lo que pudiera bastar para las necesidades de un período de tiempo incluso largo, cansa-
4 rían al enemigo por aburrimiento, pues éste no se atrevería a subir por unos parajes tan difíciles y accidentados, y en el caso de que lo intentase, incluso con una pequeña tropa

233 Litoral del Mar Negro.

234 ¿El Kurg-Dagh?

se podía mantenerlo a raya y rechazarlo; y si se quedaba
quieto al pie de aquellas montañas heladas, no soportaría
el frío y las privaciones. Sin embargo, a pesar de que 5
les servía de protección la altitud misma de la posición,
rodearon además con una trinchera y otros elementos de-
fensivos las cimas en las que se habían establecido. Apenas 6
se preocuparon de aprovisionarse de armas arrojadizas, con-
vencidos de que la propia naturaleza rocosa del lugar les
proporcionaría piedras suficientes.

Batallas de los montes Olimpo y Magaba

El cónsul había previsto una batalla 20
no cuerpo a cuerpo sino a distancia, ase-
diando las posiciones, y había preparado
una gran cantidad de jabalinas, lanzas pa-
ra los vélites, flechas, bolas y pequeñas
piedras que pudieran lanzarse con la honda; provisto de 2
esta reserva de proyectiles marcha hacia el monte Olimpo
y acampa a unas cinco millas de distancia. Al día siguiente, 3
cuando se había adelantado con cuatrocientos jinetes y con
Átalo para explorar la configuración de la montaña y el
emplazamiento del campamento de los galos, jinetes ene-
migos, en doble número que los suyos, salieron del campa-
mento y le hicieron emprender la huida; cuando huían,
además, fueron muertos unos pocos y heridos un número
mayor. El tercer día partió con todas las tropas para 4
reconocer el terreno y como no salió ningún enemigo fuera
de las fortificaciones dio la vuelta a la montaña sin proble-
mas y observó que por la cara sur las colinas eran de tierra
y su pendiente suave hasta un determinado límite; que, 5
por el norte, había paredes rocosas casi verticales, y que,
mientras todo el resto era impracticable, había tres cami-
nos, uno en el medio del monte, donde el suelo era de
tierra, y dos difíciles, uno al sudeste y otro al noroeste.
Una vez observados estos detalles, aquel día acampó en

6 la falda misma del monte. Al día siguiente, después de hacer un sacrificio en el que obtuvo presagios favorables desde las primeras víctimas, dividió el ejército en tres co-
7 lumnas e inició el avance contra el enemigo. Él, con la parte mayor de las tropas, sube por donde el monte ofrecía más fácil acceso; ordena a su hermano Lucio Manlio subir por la cara sudeste hasta donde lo permita el terreno
8 y pueda hacerlo sin riesgo; si encuentra algún tramo peligroso o de pendiente difícil, que no luche contra la naturaleza adversa del terreno ni se enfrente a dificultades insuperables, sino que, tomando el monte de través, gire en
9 dirección a él y se reúna con su columna. A Gayo Helvio le ordena que vaya girando poco a poco con la tercera división por la base del monte y después ataque con ella la pendiente por el noroeste. También dividió en tres partes iguales las milicias auxiliares de Átalo, y mandó al jo-
10 ven que fuese con él. Dejó la caballería con los elefantes en la parte del llano más próxima a las colinas, dándose orden a los oficiales de estar atentos para percatarse de lo que ocurría en cada sitio y poder llevar ayuda a donde la situación lo requiriese.

21 Los galos, bastante seguros de que su posición era inaccesible por los dos lados, con el fin de cerrar mediante las armas el paso por la cara sur envían unos cuatro mil hombres armados a ocupar una colina que dominaba el camino a menos de una milla del campamento, convencidos de que bloquearían el paso con aquella especie de for-
2 taleza. Cuando los romanos vieron esta maniobra se prepararon para la batalla. Delante de las enseñas, a poca distancia, iban los vélites y los arqueros cretense de Átalo,
3 y los honderos, trales y tracios; las banderas de infantería, como requería la pendiente, marchaban despacio, llevando los escudos por delante, aparentemente para evitar los pro-

yectiles sin que pareciera que tenían intención de combatir
cuerpo a cuerpo. Se inició el combate a distancia con las 4
armas arrojadizas, equilibrado al principio, favorecidos los
galos por la ventaja de la posición y los romanos por la
variedad y la abundancia de armas ofensivas; a medida
que el combate iba a más, el equilibrio iba a menos. A
los galos les cubrían mal sus escudos, largos pero demasia-
do estrechos para su corpulencia y además planos. Y ya 5
no tenían más armas que las espadas, que no servían
para nada porque el enemigo no combatía de cerca.
Recurrían a piedras de tamaño desproporcionado, pues no 6
las habían preparado previamente, echando mano, con las
prisas, de las que el azar ponía a su alcance, y, dada su
inexperiencia, las empleaban sin ajustar el tiro con habili-
dad ni con fuerza. Eran acribillados desde todas partes, 7
sin cubrirse, con flechas, bolas y jabalinas, y no sabían
qué hacer, cegados por la rabia y el pánico, viéndose cogi-
dos por sorpresa en una clase de lucha para la que no
estaban preparados en absoluto. Pues mientras que en el 8
cuerpo a cuerpo, donde se pueden recibir e infligir heridas
alternativamente, la rabia enciende su combatividad, por
el contrario, cuando son heridos con armas arrojadizas li-
geras desde un lugar lejano y oculto y no saben adónde
dirigir su ciega embestida, se precipitan sin darse cuenta
sobre los suyos como fieras heridas. El hecho de combatir 9
desnudos dejaba a la vista sus heridas, y sus cuerpos son
blandos y pálidos porque sólo se descubren durante la ba-
talla, de modo que fluía más sangre dada su abundante
carnosidad, se abrían heridas más repugnantes, y la blan-
cura de sus cuerpos contrastaba más con el color oscuro
de las manchas de sangre. Pero a ellos no los impresionan 10
las heridas tan abiertas; a veces hasta creen que combaten
más gloriosamente con cortes en la piel, cuando la herida

11 es más ancha que profunda; pero cuando la punta de una
flecha o una bola de honda penetra a fondo y les resque-
ma con una herida aparentemente ligera, y el proyectil no
sale cuando buscan la forma de sacarlo, entonces se tiran
por tierra abandonándose a la rabia y la vergüenza de que
acabe con ellos una herida tan pequeña, y así estaban en
12 esta ocasión tendidos aquí y allá; otros, al lanzarse contra
el enemigo, eran acribillados desde todas partes, y, cuando
llegaban a corta distancia, eran degollados por los vélites
13 con la espada. Estos soldados tienen un escudo de tres pies
y venablos en la diestra para usar a distancia, se ciñen es-
pada hispánica [235], y si hay que combatir cuerpo a cuerpo
pasan los venablos a la izquierda y desenvainan la espada.
14 Quedaban ya pocos galos con vida, y éstos, cuando se
vieron superados por la infantería ligera y con las enseñas
de las legiones encima huyeron en desbandada dirigiéndose
de nuevo al campamento, en el que reinaba ya el pánico
y el desconcierto lógicos al estar allí entremezclados las
mujeres, los niños y la masa restante de los no combatientes.
15 Los romanos victoriosos se encontraron con unas colinas
abandonadas por la huida de los enemigos.

22 En el mismo momento aproximadamente, Lucio Man-
lio y Gayo Helvio habían subido hasta donde la pendiente
de las colinas permitía la marcha y, cuando llegaron a un
tramo impracticable, giraron hacia la única parte del mon-
2 te que tenía un camino y comenzaron a seguir la columna
del cónsul a corta distancia uno y otro como puestos de
acuerdo, obligados por la pura necesidad a hacer lo que
3 hubiera sido lo mejor desde un principio, pues en un
terreno de tanta dificultad las tropas de reserva ofrecen
a menudo la gran ventaja de que, si se da el caso de ser

[235] Cf. XXXI 34, 4.

rechazados en desorden los que van en cabeza, los cubren los que van detrás y toman el relevo en el combate en ple-
nitud de fuerzas. El cónsul, cuando las primeras enseñas 4
llegaron hasta las alturas ocupadas por la infantería ligera, dio orden a los soldados de tomar un respiro y descansar un poco; entretanto, les mostró los cadáveres de los galos
esparcidos por las colinas: si la infantería ligera había 5
combatido de aquella forma, ¿qué cabía esperar de las legiones, de las armas regulares, del coraje de los soldados más valientes? A ellos les tocaba tomar el campamento, en el que temblaba de pánico el enemigo rechazado por
las tropas ligeras. No obstante, ordena que vaya delante 6
la infantería ligera, que, mientras la columna hacía alto, para no estar inactiva ni siquiera durante ese tiempo había estado recogiendo armas arrojadizas por las colinas a fin
de tener proyectiles en abundancia. Se estaban acercando 7
ya al campamento, y los galos, temiendo que no los protegiesen lo suficiente sus fortificaciones, habían formado delante de la empalizada con sus armas. Bajo una nube de proyectiles de todas clases, como eran más los tiros que daban en el blanco cuantos más eran ellos y más juntos estaban, en un instante fueron rechazados al interior de la empalizada dejando únicamente fuertes guardias a la en-
trada misma de las puertas. Sobre la masa empujada al 8
interior del campamento se disparaba una ingente cantidad de armas arrojadizas y proyectiles, y los gritos mezclados con los llantos de las mujeres y los niños daban a entender
que eran muchos los heridos. Los legionarios de vanguar- 9
dia lanzaron sus jabalinas contra los que estaban de guardia bloqueando las puertas. No los herían con ellas, sin embargo, pero muchos, con los escudos atravesados, quedaban enredados unos con otros, y no resistieron por mucho tiempo más el ataque de los romanos.

23 Cuando estaban ya libres las puertas, antes de que irrumpieran los vencedores, los galos salieron del campamento huyendo en todas direcciones. Se precipitan, ciegos, por donde hay camino y por donde no; no los detienen ni precipicios ni peñascos, a nada temen salvo al enemigo,
2 y así muchos encuentran la muerte golpeándose o quedando extenuados al caer de cabeza precipitándose a gran altura. Una vez tomado el campamento, el cónsul aparta a los soldados del saqueo y del botín y ordena que todos, de la forma en que les sea posible, persigan y acosen e incrementen el pánico de los desmoralizados enemigos.
3 Llega también la segunda columna con Lucio Manlio; tampoco deja que entren en el campamento, los manda directamente en persecución del enemigo, y poco después él mismo, confiando a los tribunos militares la custodia de los prisioneros, se va detrás convencido de que la guerra habrá concluido si en aquel movimiento de pánico se daba muerte o cogía prisioneros al mayor número posible.
4 Después de salir el cónsul llegó Gayo Helvio con la tercera columna; no fue capaz de impedir que sus hombres saquearan el campamento, y por una suerte absolutamente injusta el botín fue a parar a quienes no habían tomado parte en el combate. Los jinetes permanecieron quietos bastante tiempo sin saber nada de la batalla y de la victoria
5 de los suyos; después, subiendo a su vez hasta donde les era posible con los caballos, persiguieron y dieron muerte o cogieron prisioneros a los galos dispersos en la huida
6 en torno a la falda del monte. No resultó fácil establecer el número de muertos, porque la huida y la matanza se
7 extendieron por todos los vericuetos de los montes y gran parte de ellos rodaron por peñascales inaccesibles hasta valles muy profundos mientras que otros fueron muertos en

la espesura de los bosques. Claudio [236], que refiere que 8
hubo dos batallas en el monte Olimpo, sostiene que fueron
cerca de cuarenta mil los muertos; Valerio Anciate, que
suele ser más exagerado abultando las cifras, que no pasa-
ron de diez mil. El número de prisioneros llegó sin duda 9
a los cuarenta mil, porque los galos habían arrastrado con-
sigo una multitud de toda edad y condición como si se
tratase de emigrar más que de ir a una guerra. El cónsul, 10
una vez quemadas en un solo montón las armas de los
enemigos, ordenó que trajeran todos el botín restante y
lo vendió, en la parte que debía revertir en el tesoro públi-
co, o lo repartió entre los soldados poniendo buen cuidado
en que se hiciese con la mayor equidad. Fueron también 11
felicitados todos públicamente y recompensados cada uno
según sus méritos, y sobre todo Átalo, con las mayores
muestras de asentimiento por parte de los demás porque
este joven se había distinguido tanto por su valor y habili-
dad en todos los trabajos y peligros como por su modera-
ción.

Faltaba por emprender la campaña contra los tectosa- 24
gos. Marchó el cónsul contra ellos y en tres etapas llegó
a Ancira [237], ciudad renombrada en aquella región; los ene-
migos estaban a poco más de diez millas de distancia de
ella. Mientras estaban allí acuartelados, una prisionera 2
realizó un gesto que merece ser recordado. La esposa del
régulo Orgiagonte, mujer de belleza excepcional, estaba bajo
vigilancia con numerosos prisioneros; de la custodia estaba
encargado un centurión libidinoso y codicioso como son los
militares. Éste comenzó por tantear su actitud; al ver que 3
ésta era de absoluto rechazo a una entrega voluntaria, to-

[236] Cuadrigario.

[237] Ankara.

mó por la fuerza el cuerpo que la suerte había hecho escla-
4 vo. Después, para atenuar la indignidad del ultraje, ofreció
a la mujer la posibilidad de volver junto a los suyos, pero
ni siquiera esto lo hizo por nada, como haría un enamora-
do. Después de fijar una cantidad de oro, para no tener
por cómplice a uno de sus hombres permitió que ella misma
eligiese a uno de los prisioneros y lo enviase como mensa-
5 jero ante los suyos. Señaló un lugar cerca del río adonde
debían acudir con el oro a la noche siguiente dos parientes
de la prisionera, no más, para hacerse cargo de ella.
6 Casualmente entre los compañeros de cautiverio había un
esclavo de la mujer. Fue éste el mensajero al que acompa-
ñó el centurión al caer la noche hasta más allá de los pues-
7 tos de guardia. A la noche siguiente acuden al lugar seña-
lado los dos parientes de la mujer por una parte y el centu-
8 rión con la prisionera por otra. Una vez allí, cuando
mostraban el oro suficiente para alcanzar la suma de un
talento ático [238] —pues esa era la cantidad convenida—,
la mujer les ordenó en su propia lengua que desenvainaran
la espada y dieran muerte al centurión mientras pesaba el
9 oro. Llevando ella misma la cabeza cortada del decapitado
envuelta en su ropa llegó ante su marido Orgiagonte, que
había huido a refugiarse en su casa desde el Olimpo. Antes
de abrazarlo arrojó a sus pies la cabeza del centurión;
10 y al preguntar él, extrañado, de quién era aquella cabeza
humana y qué significaba aquel gesto tan poco propio de
una mujer, confesó a su marido la afrenta hecha a su cuer-
po y la venganza por haber sido forzada y ultrajada su
11 virtud; y, según cuentan, con la pureza y la austeridad del
resto de su vida conservó hasta el final la gloria de esta
acción tan digna de una matrona.

---

[238] Unos 2, 5 kg. de oro.

Campaña contra los tectosagos

En el campamento permanente de Ancira se presentaron al cónsul unos delegados de los tectosagos pidiendo que no levantase de allí el campamento sin haber hablado con sus régulos: cualquier condición de paz sería para ellos preferible a una guerra. 25
Se fijó para el día siguiente la hora y el lugar que parecía 2
a medio camino aproximadamente entre el campamento de
los galos y Ancira. El cónsul acudió allí a la hora fijada 3
con una escolta de quinientos jinetes, no vio ningún galo
y regresó al campamento; volvieron entonces los mismos
parlamentarios explicando que sus régulos no podían acudir 4
por impedimentos de carácter religioso; que iban a venir
los principales de la tribu, con los cuales se podía igualmente llevar a cabo la negociación. El cónsul dijo que 5
él, por su parte, enviaría a Átalo. A esta entrevista asistieron las dos partes. Átalo había traído trescientos jinetes
como escolta, y se discutieron las condiciones de paz.
Como no se podía, al estar ausentes los jefes, cerrar la 6
negociación, se acordó que al día siguiente se encontraran
en aquel lugar el cónsul y los régulos. El obstruccionismo 7
de los galos tenía por objeto en primer lugar hacer tiempo
mientras trasladaban al otro lado del río Halis, junto con
sus mujeres y sus hijos, los bienes que no querían que corrieran peligro; y en segundo lugar, preparar una emboscada al propio cónsul, que estaba poco en guardia contra las
artimañas de una negociación. Para este propósito esco- 8
gieron entre todas sus tropas un millar de jinetes de audacia probada, y la traición habría tenido éxito de no haberse puesto la suerte de parte del derecho de gentes que se
había decidido violar. Los soldados romanos encargados 9
de recoger forraje y leña fueron enviados a la zona donde
iba a celebrarse la entrevista, considerando los tribunos que

así la seguridad sería mayor porque la guardia del cónsul les serviría también a ellos de protección frente al enemi-
10 go; no obstante, colocaron un segundo puesto de guardia para ellos, de seiscientos jinetes, más cerca del campamen-
11 to. Como Átalo aseguraba que acudirían los régulos y se podría cerrar la negociación, el cónsul salió del campamento, y cuando había avanzado unas cinco millas con la misma escolta de jinetes que la vez anterior y no estaba a mucha distancia del lugar convenido, de pronto vio venir a los galos con los caballos al galope como en una carga
12 contra el enemigo. Dio la orden de alto a la columna, mandó a los jinetes que preparasen las armas ofensivas y los ánimos, y de momento aguantó la carga inicial con firmeza, sin retroceder; luego, ante el peso del número, inició un repliegue gradual sin descomponer en absoluto
13 la formación de los escuadrones; finalmente, cuando representaba ya mayor riesgo la demora que seguridad el mantenimiento de la formación, se lanzaron todos a una huida desordenada. Pero entonces los galos comenzaron a perseguir de cerca a los que se habían dispersado y a hacerlos pedazos, y una gran parte de éstos habría sido aplastada si no hubiesen acudido los seiscientos jinetes de la escolta
14 de los forrajeadores. Al oír éstos desde lejos los gritos de pánico de los suyos, tras aprestar las armas y los caballos, tomaron el relevo, con sus fuerzas intactas, en la ba-
15 talla prácticamente perdida. Cambió así la suerte en un instante, trasladándose de los vencidos a los vencedores el pánico. Los galos fueron derrotados con la primera carga mientras que, por otra parte, los forrajeadores llegaban de los campos a la carrera; por todas partes se topaban con enemigos los galos, de forma que no tenían ni siquiera un sitio por donde escapar sin riesgo o al menos con facilidad, porque estaban cansados y los romanos los perseguían

con caballos frescos. Así pues, pocos escaparon; ninguno 16
fue cogido prisionero, la gran mayoría pagó con la muerte
el castigo por haber roto a traición la negociación. Los
romanos, con los ánimos encendidos de rabia, llegan al
día siguiente con todas sus tropas a las cercanías del
enemigo.

El cónsul dedicó un par de días a estudiar personal- 26
mente la configuración del monte para que no quedase na-
da sin conocer; el tercer día, después de ocuparse de los
auspicios, hizo un sacrificio y sacó sus tropas repartidas
en cuatro cuerpos, dos que llevaría por el centro del monte
y dos que haría subir por los lados en dirección a las 2
alas de los galos. Lo mejor de las fuerzas enemigas, los 3
tectosagos y los trocmos, cincuenta mil hombres, ocupa-
ban el centro de la formación; la caballería desmontó, da-
do que los caballos no eran de ninguna utilidad en las es-
carpadas rocas, y sus diez mil hombres fueron colocados
en el ala derecha; los capadocios de Ariarate y las tropas 4
auxiliares de Morcio, en el ala izquierda, formaban un con-
tingente de unos cuatro mil hombres. El cónsul situó las
tropas ligeras en primera línea, igual que en el monte Olim-
po, y se ocupó de que también en este caso tuvieran a mano
una gran cantidad de proyectiles de todas clases. Cuando 5
se acercaron, todo era un calco por una y otra parte de
lo ocurrido en la batalla anterior exceptuando la moral de
combate, crecida en los vencedores como consecuencia del
resultado favorable y quebrantada en los enemigos debido 6
a que, a pesar de no haber sido vencidos ellos directamen-
te, consideraban como suya la derrota sufrida por los hom-
bres de su raza. Y así, la acción iniciada en unas condicio-
nes parejas tuvo un desenlace idéntico. Los proyectiles 7
ligeros lanzados contra la formación de los galos la cubrie-
ron como una nube. Ninguno de ellos se atrevía a lanzarse

fuera de las filas por temor a exponerse, desprotegido, a los golpes que llegaban de todas partes, y permaneciendo a pie firme recibían más heridas cuanto más apiñados esta-
8 ban, como blanco seguro para los atacantes. El cónsul pensó que si hacía aparecer las enseñas de las legiones, desconcertados como estaban ya de por sí, se darían todos a la huida inmediatamente, e hizo volver hasta las filas a los vélites y las otras tropas auxiliares y mandó avanzar a su ejército en orden de batalla.

27 Los galos, aterrados por el recuerdo de la derrota de los tolostobogios, llevando los dardos clavados en su cuerpo y agotados por la permanencia a pie firme y por las heridas, no resistieron ni siquiera la primera carga y el gri-
2 to de guerra de los romanos. La huida tomó el rumbo del campamento, pero pocos se refugiaron dentro de las fortificaciones; la mayor parte de ellos fueron más allá por la derecha y por la izquierda y huyeron por donde su im-
3 pulso llevó a cada uno; los vencedores fueron tras ellos hasta el campamento descargando tajos sobre sus espaldas; después, en su afán de botín, se quedaron detenidos
4 en el campamento y nadie mantenía la persecución. En las alas los galos aguantaron más tiempo porque se tardó más en llegar hasta ellos; por lo demás, no resistieron ni siquie-
5 ra la primera descarga de proyectiles. El cónsul, como no era capaz de arrancar del pillaje a los que habían penetrado en el campamento, envió directamente en persecución
6 del enemigo a los que habían estado en las alas. Aunque lo perseguieron durante un buen trecho, sin embargo no dieron muerte a más de ocho mil hombres en la huida, porque combate no fue; los demás cruzaron el río Halis.
7 Gran parte de los romanos permanecieron aquella noche en el campamento enemigo; a los demás los llevó el cónsul de vuelta al campamento. Al día siguiente hizo el recuento

de los prisioneros y del botín, que fue muy cuantioso: todo lo que había podido acumular un pueblo entregado por completo a la rapiña después de haber ocupado por las armas durante muchos años toda la zona del lado de acá de las montañas del Tauro. Los galos, después de disper- 8
sarse huyendo en desbandada, se reagruparon en un único lugar, heridos o desarmados en su mayoría, privados de todas sus cosas, y enviaron al cónsul parlamentarios de paz. Manlio les mandó dirigirse a Éfeso; él, como estaban 9
ya a mediados del otoño, se apresuró a salir de aquellos lugares gélidos debido a la proximidad de las montañas del Tauro y llevó al ejército victorioso de vuelta a los cuarteles de invierno de la costa.

Roma: acción de los censores

Mientras se desarrollaban estos acon- 28
tecimientos en Asia, en las demás provincias la situación fue de tranquilidad. En Roma los censores Tito Quincio Flaminino y Marco Claudio Marcelo revisaron la composición del senado. Publio Escipión Africano 2
fue elegido por tercera vez cabeza de lista del senado; sólo fueron excluidos cuatro senadores, ninguno de los cuales había ejercido magistratura curul. También fue muy tolerante la censura en la revisión del censo de caballeros. Adjudicaron las cimentaciones del Equimelio [239], en el 3
Capitolio, y el empedrado de la calle desde la puerta Capena hasta el Campo de Marte. Los campanos preguntaron 4
al senado dónde se censaban; se decidió que fueran censados en Roma. Aquel año hubo grandes riadas; el Tíber inundó dos veces el Campo de Marte y la parte baja de la ciudad.

[239] En el Esquilino, lugar de mercado de animales para los sacrificios domésticos.

Oriente: campaña de Cefalania. Conquista de Same. Filopemén contra Esparta

5 Cuando el cónsul Gneo Manlio terminó la guerra con los galos en Asia, el otro cónsul, Marco Fulvio, una vez sometidos definitivamente los etolios, pasó a Cefalania y mandó preguntar en todas las ciudades si preferían entregarse a los romanos o tentar la suerte de la guerra. El
6 miedo pesó lo suficiente en todos como para que nadie rehusara la rendición. Después se les exigieron rehenes; los pueblos con pocos medios los entregaron a tenor de sus recursos, y en cuanto a los cranios, palenses y sameos [240],
7 entregaron veinte cada pueblo. Había brillado para Cefalania la perspectiva de una paz inesperada, y entonces, de forma imprevista una ciudad, la de los sameos, rompió
8 con el acuerdo sin que se sepa muy bien el motivo. Como su ciudad estaba situada en una posición estratégica, decían que habían tenido miedo a que los romanos los obligasen a emigrar. Pero no se sabe con certeza si ellos mismos se imaginaron ese peligro y con su temor infundado activaron un mal que estaba estancado, o si llegó a sus oídos una posibilidad barajada en las conversaciones entre
9 los romanos; el hecho es que cuando ya habían entregado los rehenes cerraron las puertas de improviso y no quisieron desistir de su postura ni siquiera ante las súplicas de sus conciudadanos, enviados por el cónsul al pie de las murallas para que movieran a compasión a sus padres y
10 paisanos. Entonces, como no llegaba una respuesta conciliadora, comenzó el ataque a la ciudad. El cónsul había hecho traer del asedio de Ambracia toda la maquinaria
11 de lanzamiento y asedio, y los soldados finalizaron activa-

[240] Integrantes de una tetrápolis junto con los pronnos. De sus cuatro ciudades, Same era la que tenía una posición más estratégica.

mente los trabajos que era preciso realizar. Se acercaron,
pues, los arietes en dos puntos y batieron los muros.
Tampoco por parte de los sameos se descuidó nada 29
que pudiese mantener alejadas las obras de asedio o recha-
zar al enemigo. No obstante, su resistencia se basaba sobre
todo en dos operaciones: una, construir incesantemente, 2
por la parte de dentro, un nuevo muro igualmente sólido
en sustitución del derrumbado; otra, hacer salidas impre-
vistas, unas veces contra los trabajos de asedio enemigos
y otras contra los puestos de guardia, y la mayoría de las
ocasiones salían con ventaja en estos combates. Sólo se 3
encontró un procedimiento, nada digno de especial men-
ción, para reducirlos. Se trajeron cien honderos de Egio,
Patras y Dime. Éstos, según cierta costumbre de su pue- 4
blo, practicaban desde niños lanzando con la honda a mar
abierto cantos rodados de los que suelen estar sembradas
las playas, mezclados con la arena. Por eso manejaban 5
esta arma lanzando más lejos y con un tiro más preciso
y más fuerte que el hondero balear. Y su honda no tiene 6
una correa simple como las de las Baleares y otros pue-
blos, sino que tiene una bolsa de tres capas reforzada con
costuras apretadas para que al efectuar el lanzamiento no
dé vueltas el proyectil al distenderse la correa sino que man-
tenga el equilibrio y salga derecha como proyectada por
la cuerda de un arco. Habituados a atravesar a gran 7
distancia anillos de pequeño diámetro herían al enemigo
no ya en la cabeza sino en el punto del rostro al que apun-
taran. Estas hondas contuvieron a los sameos impidiendo 8
que hicieran salidas con tanta frecuencia y con tanta osa-
día, hasta el extremo de pedir desde los muros a los aqueos
que se retiraran por algún tiempo y se estuvieran quietos
viéndoles combatir contra los puestos de guardia romanos.
Durante cuatro meses resistió Same el asedio. Como, de 9

los pocos que eran, todos los días caían o resultaban heridos algunos, y los que quedaban estaban física y moral-
10 mente agotados, una noche los romanos, a través de la ciudadela que llaman Cineátide (la ciudad, en efecto, se orienta hacia el oeste descendiendo hacia el mar), escala-
11 ron la muralla y llegaron hasta el foro. Los sameos, al darse cuenta de que los enemigos habían tomado una parte de la ciudad, se refugiaron con sus mujeres e hijos en la ciudadela mayor. Luego, al día siguiente, se rindieron, la ciudad fue saqueada, y fueron vendidos todos como esclavos.

30 Una vez arreglada la situación de Cefalania e impuesta una guarnición a Same, el cónsul cruzó al Peloponeso, donde hacía ya tiempo que reclamaban su presencia los lacede-
2 monios y sobre todo los egienses. Desde los orígenes de la Liga Aquea siempre se convocaban en Egio las asambleas federales, concesión debida al prestigio de la ciudad
3 o a su posición estratégica. Aquel año por primera vez Filopemén intentó acabar con esta tradición y se disponía a presentar una propuesta de ley para que las asambleas se celebrasen por turno en todas las ciudades que forma-
4 ban parte de la Liga Aquea. Y poco antes de la llegada del cónsul, mientras que los demiurgos, que son los magistrados de mayor rango de las ciudades, convocaron la asamblea en Egio, Filopemén, que entonces era el pretor, la
5 convocó en Argos. Como era evidente que casi todos irían a reunirse a Argos, también acudió allí el cónsul, a pesar de que estaba a favor de la causa de los egienses. Pero cuando se debatió la cuestión, viendo que las cosas
6 tomaban otro rumbo, desistió de su propósito. Después atrajeron su atención los lacedemonios sobre sus propias controversias. Su Estado estaba especialmente preocupado por los exiliados, gran parte de los cuales vivían en pobla-

dos fortificados de la franja costera de Laconia, de la que se habían visto privados enteramente. Los lacedemonios, 7
que no se resignaban a soportar esta situación, para tener libre el acceso al mar por algún sitio si alguna vez querían enviar embajadores a Roma o a cualquier otra parte, y al mismo tiempo para disponer de un mercado y un depósito para las mercancías importadas para las necesidades del consumo, una noche atacaron y ocuparon por sorpresa un poblado costero llamado Las. Los habitantes del pue- 8
blo y los exiliados residentes en él, en un principio fueron presa del pánico por lo inesperado del ataque; después, al amanecer, se reunieron y tras un breve combate desalojaron a los lacedemonios. Con todo, el pánico se propagó 9
por toda la zona costera, y todos los poblados fortificados y las aldeas y los exiliados que tenían allí sus domicilios enviaron a los aqueos una embajada común.

El pretor Filopemén, que era favorable desde un prin- 31
cipio a la causa de los exiliados y siempre aconsejaba a los aqueos una reducción del poder y la influencia de los lacedemonios, concedió a los que protestaban una audiencia ante la asamblea, y a propuesta suya se aprobó un 2
decreto en el sentido siguiente: puesto que Tito Quincio y los romanos habían confiado a la protección y al amparo de los aqueos los poblados fortificados y las aldeas de la costa de Laconia, que los lacedemonios debían respetar de acuerdo con el tratado, y dado que, sin embargo, el poblado de Las había sido atacado y se había producido allí una masacre, a menos que fuesen entregados a los aqueos los responsables de esta agresión se consideraría violado el tratado. Inmediatamente se mandaron a Lacedemonia 3
diputados para exigir su entrega. A los lacedemonios esta exigencia les pareció tan prepotente e injustificada que de haber estado la ciudad en la situación de antaño, sin lugar

a dudas habrían recurrido inmediatamente a las armas.
4 Pero sobre todo los inquietó el miedo a que, una vez aceptado el yugo con la obediencia a las primeras imposiciones, Filopemén entregara Lacedemonia a los exiliados, cosa que venía preparando desde hacía mucho tiempo.
5 Por eso, en un acceso de cólera, mataron a treinta hombres del partido que de alguna forma había sido partícipe de los planes de Filopemén y los exiliados, y decidieron denunciar la alianza con los aqueos y enviar embajadores a Cefalania de inmediato para entregar Lacedemonia al
6 cónsul Marco Fulvio y a los romanos y pedirle que fuera al Peloponeso para recibir la ciudad de Lacedemonia bajo la protección y la autoridad del pueblo romano.

32 Cuando los diputados llevaron esta respuesta a los aqueos se declaró la guerra a los lacedemonios por acuerdo unánime de todas las ciudades pertenecientes a la Liga.
2 el invierno impidió a su iniciación inmediata; no obstante, el territorio lacedemonio fue devastado con pequeñas correrías, en forma de asaltos más que de operaciones bélicas, no sólo por tierra sino desde el mar, con las naves.
3 Estas agresiones hicieron que el cónsul acudiera al Peloponeso, y por orden suya se convocó una asamblea en Éli-
4 de y se convocó a los lacedemonios para deliberar. Lo que hubo allí no fue sólo una discusión sino una pelea, y el cónsul, que había tratado de quedar bien con las dos partes dando otras respuestas ambiguas con bastante diplomacia, zanjó el altercado con la simple intimación de que se abstuvieran de combatir hasta que hubiesen enviado
5 embajadores a Roma, al senado. Cada una de las partes envió a Roma su embajada. Los exiliados lacedemonios, por su parte, unieron su causa y su representación a la
6 de los aqueos. Al frente de la delegación aquea fueron Diófanes y Licortas, megalopolitanos ambos, que en polí-

tica disentían y que también en esta ocasión pronunciaron
discursos enteramente dispares. Diófanes dejaba en manos 7
del senado la decisión sobre todas las cuestiones: nadie me-
jor que éste para zanjar las diferencias entre aqueos y lace-
demonios; Licortas, siguiendo instrucciones de Filopemén, 8
pedía que se permitiera a los aqueos poner en práctica lo
que habían decidido de acuerdo con el tratado y con sus
propias leyes, y que Roma les dejara, sin restricciones, la
libertad que ella misma les había garantizado. Por enton- 9
ces el pueblo aqueo gozaba de gran consideración ante los
romanos, y por otra parte no se quería introducir ningún
cambio con respecto a los lacedemonios. En cualquier ca-
so, la respuesta fue tan ambigua que los aqueos entendie-
ron que se les dejaba libertad en lo referente a Lacedemo-
nia, y por su parte los lacedemonios interpretaron que 10
los aqueos no lo habían conseguido todo. Los aqueos hi-
cieron un uso desmedido y prepotente de esta libertad. A
Filopemén le fue prorrogada la magistratura.

Al comenzar la primavera Filopemén movilizó el ejército 33
y acampó en territorio lacedemonio, y a continuación 2
envió embajadores a reclamar la entrega de los responsa-
bles de la defección y prometer que, si lo hacía, la ciudad
tendría paz y aquéllos no serían castigados sin un juicio
previo. Los demás, por miedo, guardaron silencio; los que 3
habían sido reclamados por su nombre, declararon espon-
táneamente que estaban dispuestos a ir después de haber
recibido de los embajadores garantías de que no se recurri-
ría a la violencia antes de que pudieran hablar en su defen-
sa. Fueron también otros personajes eminentes, como de- 4
fensores a título particular y porque, por otra parte, consi-
deraban que su causa afectaba a los intereses públicos.
Hasta entonces, lo aqueos nunca habían llevado consigo 5
exiliados lacedemonios al territorio de éstos, porque les pa-

recía que nada indispondría tanto los ánimos de la ciudadanía; en esta ocasión los exiliados formaban la vanguar-
6 dia, por así decir, de todo el ejército. Y, formando una columna, cuando llegaron los lacedemonios salieron a su encuentro a la puerta del campamento; primero se pusieron a proferir insultos contra ellos, y luego, al originarse un altercado, se exasperaron las iras y los exiliados más
7 exaltados se abalanzaron sobre los lacedemonios. Como éstos invocaban a los dioses y la palabra dada por los embajadores, estos últimos al igual que el pretor trataban de apartar a la masa y proteger a los lacedemonios, y de ale-
8 jar a algunos que estaban ya poniéndoles cadenas. La confusión iba en aumento con el tumulto que se había organizado; al principio también los aqueos acudían corriendo al espectáculo; luego, los exiliados explicaban a gritos lo
9 que habían sufrido, pedían ayuda y aseguraban que si se dejaba escapar aquella oportunidad nunca iban a tener otra parecida, que por culpa de estos hombres había quedado anulado el pacto sancionado en el Capitolio, en Olimpia
10 y en la acrópolis de Atenas [241], que antes de comprometerse de nuevo con otro tratado era preciso castigar a los culpables; y la masa, enardecida por estos gritos, comenzó a lanzar piedras cuando uno gritó: «¡Machaquémoslos!». Y de esta forma fueron muertos diecisiete que habían sido
11 encadenados durante el tumulto. Al día siguiente fueron arrestados otros sesenta y tres que el pretor había librado de la violencia no porque quisiera salvarlos sino porque no quería que murieran sin haberse defendido; entregados a las iras de la masa, después de pronunciar unas pocas

[241] Ahí se exponían y sacralizaban los decretos con el texto de los tratados.

palabras con el auditorio en contra fueron condenados todos ellos y conducidos al suplicio.

Después de intimidarlos con esta acción se ordenó a 34
los lacedemonios, primero, que demoliesen las murallas; segundo, que abandonasen el territorio de Laconia todas las milicias auxiliares extranjeras que hubiesen militado como mercenarios bajo los tiranos; además, que los esclavos 2
liberados por los tiranos, que eran muy numerosos, marchasen antes de una determinada fecha; a los que se quedasen allí, los aqueos tendrían derecho a cogerlos, llevárselos y venderlos; abolirían las leyes y las instituciones de 3
Licurgo, y se adaptarían a las leyes y las instituciones de los aqueos; así formarían parte de un único organismo, y se pondrían de acuerdo en todo con mayor facilidad. Lo que hicieron más dócilmente fue demoler las murallas, 4
y lo que peor sobrellevaron fue el retorno de los exiliados; en Tegea, en una asamblea federal de los aqueos, se apro- 5
bó un decreto para su reintegración; y cuando se hizo alu- 6
sión a que los soldados auxiliares extranjeros licenciados y los «adscritos» a los lacedemonios —pues así llamaban a los que habían sido liberados por los tiranos— habían salido de la ciudad pero se habían dispersado por el campo, se decidió que antes de desmovilizar el ejército, el pretor fuese con tropas ligeras a echar mano a esa clase de hombres y los vendiese a título de botín. Muchos fueron 7
apresados y vendidos. Con el dinero recaudado se reconstruyó, con permiso de los aqueos, un pórtico de Megalópolis que habían demolido los lacedemonios. También, el 8
territorio de Belbina [242] que habían ocupado ilegalmente los tiranos lacedemonios fue devuelto a la misma ciudad en virtud de un antiguo decreto de los aqueos aprobado

[242] En la Laconia noroccidental.

9 durante el reinado de Filipo, hijo de Amintas [243]. La población de Lacedemonia, como enervada por estas disposiciones, estuvo largo tiempo a merced de los aqueos; pero nada la afectó tan negativamente como la abolición de la disciplina de Licurgo, a la que se había acostumbrado a lo largo de ochocientos años.

Roma: elecciones, medidas censales

35 Como ya estaba finalizando el año, Marco Fulvio marchó a Roma para los comicios desde la asamblea en la que los aqueos y los lacedemonios habían discutido en presencia del cónsul, y proclamó cónsules [244] a Marco Valerio Mesala y Gayo Livio Salinátor después de eliminar a su adversario Marco Emilio Lé-
2 pido, que era candidato también aquel año. A continuación resultaron elegidos pretores Quinto Marcio Filipo, Marco Claudio Marcelo, Gayo Estertinio, Gayo Atinio, Publio
3 Claudio Pulcro y Lucio Manlio Acidino. Terminados los comicios, se decidió que el cónsul Marco Fulvio retornara a su provincia y a su ejército, y tanto a él como a su colega Gneo Manlio les fue prorrogado el mando por un año.
4 Aquel año, en el templo de Hércules, fue erigida una estatua del propio dios de acuerdo con un dictamen de los decénviros, y en el Capitolio fue colocado por Publio Cornelio un carro dorado de seis caballos, con una inscrip-
5 ción que decía que lo había donado el cónsul. También colocaron doce escudos dorados los ediles curules Publio Claudio Pulcro y Servio Sulpicio Galba con el dinero de las multas impuestas a los abastecedores de grano por ha-
6 berlo acaparado; y el edil de la plebe Quinto Fulvio Flaco

[243] Es decir, el padre de Alejandro Magno. El decreto tenía, por tanto, casi dos siglos.

[244] Para el año 188.

erigió dos estatuas doradas, aunque había condenado a un solo acusado (pues habían llevado las acusaciones por separado); su colega Aulo Cecilio no condenó a nadie. Los Juegos Romanos fueron reiniciados por completo tres veces, y cinco veces los de la plebe.

Luego, después de entrar en funciones como cónsules 7
el día quince de marzo, Marco Valerio Mesala y Gayo Li-
vio Salinátor consultaron al senado acerca de las cuestio-
nes de Estado, las provincias y los ejércitos. En cuanto 8
a Etolia y Asia no se cambió nada. Se asignaron a uno
de los cónsules Pisa y los lígures, y al otro la provincia
de la Galia; recibieron instrucciones de ponerse de acuerdo 9
o echarlo a suertes, de enrolar nuevos ejércitos —dos le-
giones cada uno— y de exigir a los aliados de derecho lati-
no quince mil soldados de infantería para cada uno y mil
doscientos de caballería. A Mesala le tocaron los lígures, 10
y a Salinátor la Galia. A continuación hicieron el sorteo
los pretores; a Marco Claudio le tocó la pretura urbana,
a Publio Claudio la peregrina; Sicilia le correspondió a
Quinto Marcio, Cerdeña a Gayo Estertinio, a Lucio Man-
lio la Hispania citerior y a Gayo Atinio la ulterior.

Con respecto a los ejércitos, se decidió lo siguiente: 36
trasladar al Brucio, a las órdenes del propretor Marco Tu-
cio, desde la Galia, las legiones que habían estado al man-
do de Gayo Lelio; licenciar el ejército que había en Sicilia, 2
y traer de vuelta a Roma, por medio de Marco Sempronio,
la flota que se encontraba allí. A las Hispanias fueron 3
destinadas las legiones que se hallaban entonces en dichas
provincias, una para cada una, y se decidió que los dos
pretores exigieran a los aliados un complemento de tres
mil soldados de a pie y doscientos de a caballo cada uno,
y que los llevaran con ellos. Antes de que partieran los 4
nuevos magistrados para sus provincias se celebró durante

tres días una rogativa en todos los cruces de caminos, ordenada en nombre del colegio de los decénviros, porque había reinado la oscuridad en pleno día entre la hora tercera y la cuarta aproximadamente. También se decretó un sacrificio de nueve días porque había caído una lluvia de piedras sobre el Aventino.

5 Los campanos, que habían sido obligados por los
censores a censarse en Roma, en virtud de un senadocon-
sulto del año anterior —pues hasta entonces no estaba cla-
ro dónde debían censarse—, solicitaron que se les permi-
6 tiera casarse con ciudadanas romanas y que quienes se
hubiesen casado con una romana pudiesen retenerla, te-
niendo por hijos y herederos legítimos a los nacidos antes
7 de aquella fecha. Consiguieron las dos cosas. Con respecto
a los municipios de Formias, Fundos y Arpino, el tribuno
de la plebe Gayo Valerio Tapón presentó una proposición
para que se les concediera el derecho al voto —pues hasta
entonces habían tenido la ciudadanía sin derecho de sufra-
8 gio—. Cuatro tribunos de la plebe se oponían a esta pro-
posición de ley por no haber sido presentada con el refren-
do del senado; cuando se les explicó que era competencia
del pueblo y no del senado conceder el derecho de voto
9 a quien quisiera, desistieron de su empeño. La propuesta
fue aprobada: los formianos y los fundanos votarían en
la tribu Emilia, y los arpinates en la tribu Cornelia, y en-
tonces por primera vez fueron censados en estas tribus en
10 virtud del plebiscito Valerio. El censor Marco Claudio Mar-
celo, preferido por la suerte a Tito Quincio, cerró el lus-
tro. Se censaron doscientos cincuenta y ocho mil trescien-
tos dieciocho ciudadanos. Finalizado el censo, los cónsules
partieron hacia sus provincias.

Asia: embajadas ante Gneo Manlio. Tratado de Apamea

Durante el invierno en que tuvieron 37
lugar estos hechos en Roma, Gneo Manlio, primero cónsul y después procónsul, que pasaba el invierno en Asia, recibía embajadas enviadas desde todas partes por las ciudades y pueblos que habitan al lado de acá de las montañas del Tauro. Y si para los romanos fue más 2
brillante y gloriosa la victoria sobre el rey Antíoco que la obtenida sobre los galos, para los aliados fue ésta más satisfactoria que la obtenida sobre Antíoco. La sumisión 3
al rey les había resultado más tolerable que el salvajismo de los despiadados bárbaros y la pavorosa incertidumbre diaria de no saber adónde llevaría la devastación aquella especie de tormenta. Por eso, como si la expulsión de An- 4
tíoco les hubiera dado la libertad y el sometimiento de los galos la tranquilidad, no habían venido sólo a dar las gracias sino que habían traído coronas de oro, cada uno a tenor de sus posibilidades. Llegaron también emisarios de 5
Antíoco y de los propios galos para que se les señalaran las condiciones de la paz, y de Ariarate, rey de los capadocios, para pedir indulgencia y compensar económicamente su responsabilidad por haber ayudado a Antíoco con tropas auxiliares. Se le exigieron a este último seiscientos 6
talentos de plata, y a los galos se les contestó que les dictaría las condiciones el rey Éumenes cuando llegara. Las delegaciones de las ciudades, despedidas con respuestas corteses, se fueron más satisfechas aún que a su venida. Los enviados de Antíoco recibieron orden de llevar a 7
Panfilia el dinero y el trigo de acuerdo con lo pactado con Lucio Escipión; también se dirigiría allí él con su ejército. Después, al principio de la primavera, una vez purificado 8
el ejército, emprendió la marcha y llegó a Apamea en ocho jornadas. De nuevo partió de Apamea, donde había esta-

do acampado tres días, y en tres etapas llegó a Panfilia, adonde había dado orden de llevar el dinero y el trigo a
9 los emisarios del rey. Los dos mil quinientos talentos de plata recibidos fueron trasladados a Apamea, y el trigo fue distribuido al ejército. A continuación marcha hacia Perga [245], única ciudad de aquella comarca que estaba ocu-
10 pada por una guarnición del rey. Al aproximarse salió a su encuentro el prefecto de la guarnición pidiendo treinta días de plazo para consultar con el rey Antíoco acerca de
11 la entrega de la ciudad. Concedido este plazo, en la fecha señalada fue retirada la guarnición. Desde Perga envió a Oroanda a su hermano Lucio Manlio con cuatro mil hombres para recoger el dinero que faltaba de la suma convenida, y él, como había tenido noticia de que el rey Éumenes y los diez comisionados habían llegado a Éfeso procedentes de Roma, dio orden de seguirlo a los enviados de Antíoco y condujo de nuevo el ejército a Apamea.

38 Allí, siguiendo las instrucciones de los diez comisionados, se redactó el tratado con Antíoco aproximadamente
2 en estos términos: «Habrá amistad entre el rey Antíoco y el pueblo romano en estas condiciones y estipulaciones: el rey no dejará pasar por el territorio de su reino o el de aquellos que estén bajo su jurisdicción a ningún ejército que vaya a hacer la guerra al pueblo romano o sus aliados, ni le ayudará con provisiones ni de ninguna otra forma;
3 las mismas garantías darán los romanos y sus aliados a Antíoco y a quienes estén bajo su dominio. El rey Antíoco no tendrá derecho a hacer la guerra a los habitantes de
4 las islas ni a pasar a Europa. Evacuará las ciudades, campos, aldeas y poblados fortificados de este lado de las montañas del Tauro hasta el río Halis, y desde el valle

[245] En el centro de Panfilia.

del Tauro hasta las crestas de la vertiente que da a Licao-
nia. Aparte de las armas, no se llevará nada de las ciu- 5
dades, campos y poblados fortificados que abandone; si
se llavara alguna cosa la devolverá puntualmente a donde
proceda en cada caso. No acogerá a ningún soldado ni 6
a ninguna otra persona del reino de Éumenes. Si algún
ciudadano de aquellas ciudades que se desgajan de su rei-
no está con el rey Antíoco y dentro de los límites de su
reino, regresará, sin excepción, a Apamea antes de una
fecha determinada; los súbditos de Antíoco que se encuen- 7
tran entre los romanos o sus aliados tendrán derecho a
marchar o quedarse; devolverá a los romanos y sus aliados
los esclavos fugitivos o capturados en guerra, y los ciuda-
danos libres que hayan sido hechos prisioneros o hayan
desertado. Entregará todos los elefantes, y no se procurará 8
otros. Entregará también los navíos de guerra con sus apa-
rejos, y no tendrá más de diez naves ligeras [246], ninguna
de las cuales será impulsada por más de treinta remos, ni
monere [247] alguna para una guerra que él piense hacer.
No navegará más acá de los promontorios Calicadno y Sar- 9
pedonio [248], salvo el caso de que alguna nave transporte
dinero para el tributo, o embajadores o rehenes. El rey 10
Antíoco no tendrá derecho a contratar mercenarios en aque-
llos pueblos que están bajo el dominio del pueblo romano,
ni, incluso, a aceptar voluntarios. Las casas y los edificios 11
de los rodios o de sus aliados que están dentro del territo-
rio del reino de Antíoco pertenecerán a los rodios y sus
aliados con el mismo derecho que antes de la guerra.

---

[246] Traducimos el texto sin sobreentender laguna.

[247] De una sola bancada de remos.

[248] Situados uno en la desembocadura del río Calicadno y el otro más al sur, a menos de 20 km.

12 Si se debe algún dinero, se procederá a su abono; si alguna cosa fue sustraída, habrá igualmente derecho a buscarla, identificarla y reclamarla. En el caso de que alguna de las ciudades que deben ser entregadas esté en poder de alguien a quien se las ha dado Antíoco, retirará también de ellas sus guarniciones y se ocupará de que sean entrega-
13 das regularmente. Entregará doce mil talentos áticos de plata de buena ley en el término de doce años en plazos iguales (el talento no deberá pesar menos de ochenta libras
14 romanas), y quinientos cuarenta mil modios de trigo. Pagará al rey Éumenes trescientos cincuenta talentos en un plazo de cinco años, y en lugar de trigo, su valor estimado: cien-
15 to veintisiete talentos. Entregará a los romanos veinte rehenes, que se renovarán a los tres años, que no tengan
16 menos de dieciocho años ni más de cuarenta y cinco. Si alguno de los aliados del pueblo romano toma la iniciativa de una guerra contra Antíoco, éste tendrá derecho a repeler la fuerza con la fuerza, a condición de que no ocupe ninguna ciudad por derecho de guerra ni la acepte como
17 amiga. Dirimirán sus diferencias mediante el arbitraje y el derecho, o, si ambos así lo deciden, mediante la gue-
18 rra». Se añadió también en este tratado una cláusula referente a la entrega de Aníbal el cartaginés, Toante el etolio, Mnasíloco el acarnán y los calcidenses Eubúlidas y Filón, y también que si en adelante se quería añadir, suprimir o cambiar algo, se haría sin que se invalidase el tratado.

39 El cónsul juró este tratado; para tomar juramento al rey partieron Quinto Minucio Termo y Lucio Manlio, que
2 precisamente entonces había vuelto de Oroanda. También escribió el cónsul a Quinto Fabio Labeón, que comandaba la flota, para que marchase inmediatamente a Pátara y desguazase o quemase las naves reales que se encontrasen allí.

Partiendo de Éfeso destruyó o quemó cincuenta naves 3
cubiertas. En la misma expedición recibió la rendición de
Telmeso, cuyos habitantes fueron presa del pánico ante la
repentina llegada de la flota. Desde Licia, pasando por las 4
islas, cruzó directamente a Grecia después de ordenar que
lo siguieran desde Éfeso los que habían quedado allí. Se
detuvo algunos días en Atenas esperando a que las naves
procedentes de Éfeso llegaran al Pireo, y a continuación
regresó a Italia con toda la flota.

Cuando Gneo Manlio, entre las demás cosas que debía 5
entregarle Antíoco, recibió también los elefantes, se los re-
galó todos a Éumenes y después pasó a examinar los casos
de las distintas ciudades, pues debido a la nueva situación
era grande la confusión que había. Fue acogido como 6
amigo el rey Ariarate, perdonándosele la mitad de la suma
impuesta, gracias a los buenos oficios de Éumenes, al que
por aquellas fechas había prometido a su hija por esposa.
Examinados, pues, los casos de las ciudades, los diez 7
comisionados dieron una solución diferente para cada uno.
A las que habían sido tributarias de Antíoco pero se habían
puesto de parte del pueblo romano les concedieron la exen-
ción; a las que habían tomado partido por Antíoco o 8
habían sido tributarias del rey Átalo les dieron orden a
todas ellas de pagar tributo a Éumenes; por otro lado, con-
cedieron la exención, mencionándolos aparte, a los colofo-
nios que habitan en Nocio, a los cimeos y a los milase-
nos [249]; concedieron a los clazomenios [250], además de la 9
exención, la isla de Drimusa [251], y devolvieron a los mile-
sios el que llaman terreno sagrado; y a los ilienses les 10

[249] De Milasa, en Caria.

[250] En Lidia, al oeste de Esmirna.

[251] Al norte de Clazomene, en el golfo de Esmirna.

anexionaron Reteo y Gergito [252], más como reconocimiento a sus orígenes que por merecimiento alguno reciente;
11 la misma razón que hubo para liberar Dárdano. También Quíos y Esmirna y Eritrea, por la singular lealtad demostrada en aquella guerra, recibieron territorios y las más señaladas muestras de consideración en todas sus formas.
12 A los focenses les fue devuelto el territorio que tenían antes de la guerra, y se les permitió regirse por sus anti-
13 guas leyes. En cuanto a los rodios, se les ratificaron las concesiones hechas con el decreto precedente, y les fueron asignadas Licia y Caria hasta el río Meandro con excep-
14 ción de Telmeso. El rey Éumenes recibió también el Quersoneso, en Europa, así como Lisimaquia y los fuertes, aldeas y territorios de los límites que había ocupado Antíoco;
15 en Asia le fueron devueltas las dos Frigias —llamadas una la del Helesponto y otra la Mayor— y Misia, que ha-
16 bía sido tomada por el rey Prusias, así como Licaonia y Milíade y Lidia, y, citadas expresamente, las ciudades de
17 Trales, Éfeso y Telmeso. Con respecto a Panfilia hubo una discusión entre Éumenes y los delegados de Antíoco porque una parte de ella está al lado de acá y otra parte al lado de allá del Tauro, remitiéndose la cuestión por entero al senado.

Incidentes en Tracia al regresar de Asia el ejército romano

40 Después de llegar a estos acuerdos y tomar estas decisiones, Manlio partió con los diez comisionados y con todo el ejército hacia el Helesponto; convocados allí los régulos de los galos, les comunicó las condiciones para el mantenimiento de la
2 paz con Éumenes y los instó a que pusieran fin a su costumbre de recorrer armados el territorio y a que se man-

[252] Al este de Ilión, en el monte Ida.

tuvieran dentro de los límites de su tierra. A continuación 3 hizo reunir las naves de toda la costa y traer también de Elea la flota de Éumenes por medio de Ateneo, hermano del rey, y trasladó a Europa todas las tropas. Marchando 4 luego a través del Quersoneso en pequeñas etapas con el ejército cargado con toda clase de botín, estableció en Lisimaquia un campamento estable a fin de entrar con los animales de carga todo lo frescos y descansados que fuera posible en Tracia, pues había un temor general a atravesarla. Llegó hasta el río llamado Mélana el mismo día en 5 que salió de Lisimaquia, y desde allí a Cipsela al día siguiente. A partir de Cipsela los esperaban unas diez millas 6 de camino boscoso, angosto y accidentado, y debido a la dificultad de esta ruta dividió el ejército en dos grupos dando orden de que uno de ellos marchase por delante y el otro cerrase la marcha a considerable distancia, y en medio colocó la impedimenta, donde iban los carros con el dinero del erario y el resto del botín de más valor. Cuando 7 avanzaba de esta guisa por la estrecha ruta, diez mil tracios a lo sumo, pertenecientes a cuatro pueblos, astios, cenos, maduatenos y corelos [253], bloquearon el camino precisamente donde se estrechaba. Se pensaba que esta acción 8 no se había producido sin una traición de Filipo, el rey de Macedonia; él sabía que los romanos no podían regresar más que por Tracia, y cuánto dinero llevaban consigo. El general iba en el grupo de cabeza, preocupado por las 9 dificultades del terreno. Los tracios no hicieron movimiento alguno mientras pasaban los soldados; en cuanto vieron 10 que el grupo de cabeza había salido del paso angosto y

[253] Los astios vivían en la costa del Ponto Euxino; los cenos, al sureste de los astios, entre el Hebro y el Quersoneso. No hay datos para precisar el asentamiento de maduatenos y corelos.

que el grupo de atrás no se acercaba aún, atacaron los bagajes y equipos personales y después de dar muerte a la escolta se dedicaron unos a saquear lo que había en los carros y otros a tirar de las acémilas con sus cargas.
11 Cuando el consiguiente griterío llegó primeramente a los que venían detrás, que ya habían entrado en el paso estrecho, y después también al grupo de cabeza, corrieron hacia el medio desde ambos extremos y se entabló un desor-
12 denado combate en muchos puntos simultáneamente. El propio botín exponía a la muerte a los tracios, embarazados por la carga y en su mayoría inermes a fin de tener las manos libres para el pillaje; lo accidentado del terreno entregaba a los romanos a merced de los bárbaros que les salían al paso por vericuetos conocidos y otras veces se
13 escondían en las oquedades de los valles. También los propios cargamentos y los carros, incómoda barrera plantada delante de unos u otros como fruto del azar, eran un obstáculo para los combatientes. Aquí cae el que se
14 lleva el botín, allí el que trata de recuperarlo. Según les sea favorable o desfavorable el terreno a unos u otros, a tenor del coraje de los combatientes, a tenor de su número —pues unos se habían topado con un grupo más numeroso que el suyo y otros con uno menos numeroso—, la suerte del combate es diferente; son muchos los que caen
15 por una y otra parte. Se acercaba ya la noche cuando los tracios abandonaron el combate no para eludir las heridas o la muerte sino porque tenían botín suficiente.

41 El grupo de cabeza de los romanos acampó fuera del paso estrecho en las inmediaciones del templo de Bendis [254], en terreno descubierto; el otro grupo se quedó en medio

[254] Bendis, o Mendis, era una diosa tracia equiparable a Artemisa o a Cibeles.

del paso para proteger los bagajes rodeándose de doble
empalizada. Al día siguiente, después de explorar el des- 2
filadero antes de ponerse en marcha, se unieron al grupo
de cabeza. En aquella batalla se perdió una parte de la 3
impedimenta y cayeron parte de los acemileros y bastantes
soldados, pues fue un combate disperso a lo largo de casi
todo el desfiladero, pero el daño más grave que se sufrió
fue la muerte de Quinto Minucio Termo, soldado valeroso
y esforzado. Aquel mismo día llegaron hasta el río He- 4
bro [255]. Después cruzaron las fronteras de los enios, reba-
sando el templo de Apolo que los habitantes del lugar
llaman Zerintio [256]. En las proximidades de Tempira —tal 5
es el nombre del lugar— los esperaba otro paso no menos
accidentado que el anterior; pero como no hay terreno bos-
coso en su entorno, no contiene ni siquiera escondrijos
para una emboscada. También con expectativas de botín 6
se concentraron allí los trausos [257], otro pueblo de Tracia;
pero como los valles desprovistos de vegetación permitían
avistar a distancia a los que bloqueaban el paso, el pánico
y la confusión fueron menores entre los romanos, pues ha-
bía que pelear en posición desventajosa, cierto, pero tam-
bién en un combate regular, con el frente desplegado, con
las enseñas alineadas. Acercándose en formación compacta 7
y lanzando el ataque con el grito de guerra, primero desa-
lojan al enemigo de sus posiciones y después lo obligan
a volver la espalda; a partir de ese momento comienza la
huida y la matanza, siendo para ellos un obstáculo las es-
trecheces de su propio terreno. Los romanos victoriosos, 8

[255] Uno de los principales ríos de Tracia que desemboca en el Egeo. Hoy Evros.

[256] Una gruta, según otras referencias, en la que se veneraba a Hécate.

[257] Vivían al oeste del Hebro y al norte de Maronea.

acamparon cerca de un poblado maronita llamado Sale [258]. Al día siguiente, con el camino despejado, los acogió la llanura Priática [259], donde permanecieron tres días haciendo acopio de trigo, en parte traído de los campos de los maronitas por ellos mismos y en parte procedente de las naves que los iban siguiendo con provisiones de todas cla-
9 ses. Desde el campamento hubo un día de marcha hasta
10 Apolonia. Desde aquí llegaron a Neápolis atravesando el territorio de Abdera. Toda esta marcha a través de las colonias griegas fue pacífica; la que quedaba a partir de allí atravesando Tracia de lleno no fue objeto de ataques pero se desarrolló en alerta día y noche hasta llegar a Macedo-
11 nia. Aquel mismo ejército, conducido por Escipión por la misma ruta, había encontrado más apaciguados a los tracios por la única razón de que llevaba menos botín que
12 apetecer; con todo, Claudio sostiene que también entonces cerca de quince mil tracios salieron al paso del númida Mútines que se había adelantado a la columna para reconocer el terreno; que los númidas eran cuatrocientos jine-
13 tes con unos cuantos elefantes; el hijo de Mútines se abrió paso entre los enemigos con ciento cincuenta jinetes escogidos y poco después, cuando ya Mútines había entrado en combate con el enemigo después de colocar los elefantes en medio y alinear los jinetes en las alas, provocó el
14 pánico desde atrás, y así el enemigo, desconcertado por aquella especie de huracán ecuestre, no se acercó a la co-
15 lumna de la infantería. Gneo Manlio atravesó Macedonia y condujo el ejército a Tesalia. Luego, después de llegar a Apolonia a través del Epiro, tomándose aún lo bastante

[258] En la costa, a unos 30 km. de la desembocadura del Hebro.
[259] Desconocida.

en serio el estado del mar en invierno como para atreverse a cruzarlo, pasó el invierno en Apolonia.

Roma: elecciones y destinos. Debates políticos

Casi al final del año vino de Liguria 42
a Roma el cónsul Marco Valerio para el recambio de magistraturas, sin haber llevado a cabo en su provincia ninguna acción memorable que pudiese constituir un motivo razonable para que llegase a los comicios más
tarde de lo habitual. Los comicios para la designación de 2
cónsules [260] se celebraron el dieciocho de febrero; resultaron elegidos Marco Emilio Lépido y Gayo Flaminio. Al 3
día siguiente fueron elegidos pretores Apio Claudio Pulcro,
Servio Sulpicio Galba, Quinto Terencio Culeón, Lucio 4
Terencio Masiliota, Quinto Fulvio Flaco y Marco Furio
Crasípede. Finalizados los comicios, el cónsul preguntó al 5
senado cuáles quería que fueran las provincias de los pretores. Se decidió que hubiera dos para la jurisdicción de Roma, dos fuera de Italia: Sicilia y Cerdeña; y dos en Ita-
lia: Tarento y la Galia; y recibieron orden de hacer el 6
sorteo inmediatamente, antes de entrar en funciones. A Servio Sulpicio le tocó en suerte la jurisdicción urbana; a Quinto Terencio, la peregrina; Sicilia, a Lucio Terencio; Cerdeña a Quinto Fulvio, Tarento a Apio Claudio, y a Marco Furio la Galia.

En este año Lucio Minucio Mirtilo y Lucio Manlio, 7
por haber agredido, según se decía, a unos embajadores cartagineses, por orden del pretor urbano Marco Claudio [261] fueron entregados a los embajadores por medio de los feciales y llevados a Cartago.

---

[260] Para el año 187.

[261] Marco Claudio Marcelo.

8 Corrían rumores de una guerra importante en Liguria que cobraba mayores proporciones de día en día. Así pues, el día en que los nuevos cónsules sometieron a debate la cuestión de las provincias y la política de Estado, el sena-
9 do les asignó a ambos como provincia el país lígur. El cónsul Lépido se oponía a esta decisión del senado proclamando que era humillante encerrar a los dos cónsules en
10 los valles de Liguria mientras que Marco Fulvio y Gneo Manlio llevaban ya dos años enseñoreándose el uno de Europa y el otro de Asia como si fueran los sucesores de Filipo y Antíoco. Si se quería que hubiera dos ejércitos en estas zonas, al frente de los mismos debían estar los
11 cónsules antes que unos particulares. Andaban recorriendo, amenazando con la guerra, unas naciones a las que no les había sido declarada, poniendo precio a la paz como vendedores ambulantes. Si era necesario ocupar con ejércitos aquellas provincias, del mismo modo que Lucio Escipión, una vez cónsul, había reemplazado a Manio Acilio, y que Marco Fulvio y Gneo Manlio, una vez cónsules, habían
12 sustituido a Lucio Escipión, así también los cónsules Gayo Livio y Marco Valerio debían haber reemplazado a Fulvio y a Manlio. Indiscutiblemente, ahora que estaba finalizada la guerra de Etolia, recibida Asia de Antíoco, derrotados definitivamente los galos, se debía enviar a los cónsules a los ejércitos consulares o bien retirar de allí a las legiones
13 y devolverlas por fin a la república. El senado, después de escuchar estas palabras, se mantuvo en su decisión de que ambos cónsules tuvieran Liguria como provincia; se decidió que Manlio y Fulvio dejaran sus provincias, retiraran de allí sus ejércitos y retornaran a Roma.

43 Entre Marco Fulvio y el cónsul Marco Emilio había enemistad, y particularmente Emilio pensaba que había sido elegido cónsul con dos años de retraso por obra de Mar-

co Fulvio. Por eso, para crearle impopularidad, introdujo 2
en el senado a unos embajadores ambracienses bien provistos de acusaciones; éstos se quejaron de que, cuando respetaban la paz y habían cumplido las órdenes de los cónsules precedentes y estaban dispuestos a prestar la misma obediencia a Marco Fulvio, se les había hecho la guerra;
primero se había devastado sus campos y se había sem- 3
brado en la ciudad el pánico al saqueo y la muerte, de forma que ante esta amenaza se habían visto obligados a
cerrar sus puertas; después habían sido bloqueados y ata- 4
cados, se les había hecho sufrir todas las manifestaciones de la guerra, con muertes, incendios, demoliciones y pillaje de la ciudad, siendo arrastradas a la esclavitud sus mu-
jeres y sus hijos, y robados sus bienes; y, cosa que les 5
afectaba más que ninguna otra, los templos habían sido espoliados de sus ornamentos en toda la ciudad; las imágenes de los dioses, mejor dicho, los dioses mismos, habían sido arrancados de sus moradas y llevados; a los ambracienses, para adorar y dirigir sus ruegos y súplicas, no les quedaban más que las paredes y las puertas desnudas.
Mientras ellos presentaban estas quejas, el cónsul, hacién- 6
doles preguntas en tono acusador según un plan preconcebido, los iba induciendo a decir más cosas como si ellos no
lo quisieran. Cuando habían causado impresión en los sena- 7
dores, el otro cónsul, Gayo Flaminio, tomó la defensa de Marco Fulvio y dijo que los ambracienses habían recurrido a
una táctica vieja y caída en desuso; de esa manera habían 8
sido acusados Marco Marcelo por los siracusanos y Quinto Fulvio por los campanos [261bis]. En ese plan, ¿por qué no se dejaba que Tito Quincio fuera acusado por el rey Filipo, Manio Acilio y Lucio Escipión por Antíoco, Gneo Manlio

[261bis] Ver XXVI 30, 12.

por los galos, y el propio Manio Acilio por los etolios y
9 los pueblos de Cefalania? «¿Creéis que yo, padres cons-
criptos, en defensa de Marco Fulvio, voy a negar el asedio
y la toma de Ambracia, la sustracción de sus estatuas y
obras de arte, y los demás hechos que son habituales en
la toma de las ciudades, o que lo va a negar el propio
10 Marco Fulvio, que por todos esos hechos piensa solicitar
de vosotros el triunfo y llevar delante de su carro y colocar
en su puerta la representación de la conquista de Ambra-
cia, las estatuas de cuya sustracción se le acusa y los otros
11 trofeos de dicha ciudad? No hay ninguna razón para
disociar su causa de la de los etolios; las circunstancias
12 de los ambracienses y de los etolios son las mismas. Por
tanto, que mi colega desfogue su enemistad en otra causa,
o, si a toda costa quiere hacerlo en ésta, que retenga a
13 sus ambracienses hasta la llegada de Marco Fulvio; yo no
consentiré que se tome ninguna decisión en ausencia de
Marco Fulvio, ni con respecto a los ambracienses ni con
respecto a los etolios.»

44 Como Emilio denunciaba la astucia malintencionada
de su adversario como algo conocido por todos y decía
que éste trataría de ganar tiempo dando largas para no
venir a Roma mientras fuera cónsul su enemigo personal,
2 la pugna entre los cónsules duró dos días y no parecía
posible tomar una decisión mientras estuviera allí Flami-
3 nio. Se aprovechó la ocasión de una ausencia casual de
Flaminio por enfermedad, y a propuesta de Emilio se ela-
4 boró un decreto del senado según el cual se les devolverían
todos su bienes a los ambracienses; gozarían de libertad
y se atendrían a sus propias leyes; cobrarían en tierra y
mar los derechos de aduana que quisieran a condición de
que quedasen exentos los romanos y sus aliados latinos;
5 en cuanto a las estatuas y otros objetos de arte que según

sus quejas habían sido sustraídos de los recintos sagrados, se establecía que cuando hubiera vuelto a Roma Marco Fulvio se evacuaría una consulta al colegio de los pontífices y se haría lo que éstos dictaminasen. Y no se contentó 6
el cónsul con estas disposiciones, sino que posteriormente, aprovechando la falta de asistencia a una sesión, sumó un nuevo decreto del senado según el cual no se consideraba que Ambracia hubiese sido tomada por la fuerza.

A continuación, por decreto de los decénviros, se ce- 7
lebró una rogativa durante tres días por la salud pública, porque estaba asolando la ciudad y el campo una grave epidemia. Después tuvieron lugar las Ferias Latinas. Los 8
cónsules, una vez libres de estas obligaciones religiosas y llevado a cabo el reclutamiento —pues los dos prefirieron disponer de soldados nuevos—, marcharon a sus provincias y licenciaron a todos los veteranos.

Oposición al triunfo de Gneo Manlio

Tras la marcha de los cónsules llegó 9
a Roma el procónsul Gneo Manlio. El pretor Servio Sulpicio le concedió una audiencia del senado en el templo de Belona, y él, después de enumerar las em- 10
presas que había llevado a cabo, solicitó que, en razón de las mismas, se tributaran honores a los dioses inmortales y se le permitiera entrar triunfalmente en Roma, a lo 11
que se opuso la mayor parte de los diez comisionados que lo habían acompañado y de modo especial Lucio Furio Purpurión y Lucio Emilio Paulo.

Decían que ellos habían sido adscritos a Gneo Manlio 45
como delegados para ajustar la paz con Antíoco y completar el tratado y las cláusulas esbozadas con Lucio Escipión; que Gneo Manlio había hecho todo lo posible por obstacu- 2
lizar dicha paz y coger a Antíoco en una trampa si se prestaba a ello; pero éste, conociendo la mala intención del

cónsul, a pesar de haber sido atraído con frecuentes peticiones de entrevistas había evitado no ya encontrarse con
3 él sino incluso verlo. Obsesionado con cruzar el Tauro, los legados unánimemente le habían rogado que no pretendiera experimentar el desastre vaticinado por los oráculos de la Sibila para quienes van más allá de los límites fijados por el destino, y habían logrado contenerlo a duras penas; no obstante, había avanzado con su ejército y había emplazado el campamento casi en las crestas mismas junto
4 a la divisoria de las vertientes. Como allí no había encontrado motivo alguno para la guerra al mantenerse tranquilas las tropas del rey, había llevado al ejército contra los
5 galogriegos; se le había hecho la guerra a esta nación sin autorización del senado, sin mandato del pueblo. ¿Quién se había atrevido jamás a hacer algo parecido por decisión propia? Estaban muy recientes las guerras con Antíoco,
6 Filipo, Aníbal y los cartagineses; para todas ellas se había consultado al senado, el pueblo había dado su mandato, primero se había pedido una reparación a través de los embajadores, y por último se había enviado a otros a de-
7 clarar la guerra. «¿Cuál de estos pasos se dio, Gneo Manlio, para que podamos considerar que ésta es una guerra oficial del pueblo romano y no un acto personal tuyo de
8 bandidaje? Pero, al menos, ¿te contentaste con esto y marchaste al frente del ejército directamente contra aque-
9 llos que tú habías elegido como enemigos? ¿O más bien recorriste todos los lugares remotos y los rincones de Pisidia, Licaonia y Frigia recogiendo las aportaciones de los tiranos y los habitantes de poblados apartados, siguiendo todos los caminos más tortuosos, deteniéndote en las encrucijadas para proseguir, como cónsul mercenario con un ejército romano, por el camino que tomase Átalo, el hermano de Éumenes, con su ejército? ¿Qué te habían hecho

los oroandenses? ¿Y los otros pueblos igualmente inocentes?».

«Y en cuanto a la guerra en sí que aduces como título 10
para solicitar el triunfo, ¿cómo la condujiste? ¿Combatiste
en terreno favorable, en el momento apropiado? Realmente 11
tienes razón cuando pides que se honre a los dioses inmortales: en primer lugar, porque no fue su voluntad que el ejército pagase la temeridad de un general que hacía la guerra contra todo derecho de gentes, y en segundo lugar porque nos pusieron delante de brutos, no de enemigos.»

«No creáis que en los galogriegos es híbrido sólo el 46
nombre; sus cuerpos y sus mentes se cruzaron y bastardearon mucho antes. ¿Acaso, si se tratara de aquellos galos 2
con los que hemos combatido mil veces en Italia con resultados diversos, en cuanto de vuestro general dependió, habría vuelto de allí alguien para contarlo? Dos veces se 3
combatió contra ellos, dos veces se atacó desde una posición desfavorable, se formó al ejército más abajo, en un valle, prácticamente a los pies del enemigo; aun sin lanzar armas arrojadizas desde su posición dominante sino dejándose caer a cuerpo limpio hubieran podido aplastarnos. ¿Qué ocurrió, entonces? Que es grande la fortuna del pue- 4
blo romano, que es grande y temible su nombre; estaban como aturdidos por el reciente desastre de Aníbal, de Filipo, de Antíoco; siendo tan grande su corpulencia, fueron puestos en fuga a base de hondas y flechas; las espadas 5
no se mancharon de sangre en el campo de batalla en la guerra contra los galos; como bandadas de aves, alzaron el vuelo al primer silbido de los proyectiles. Pero, ¡por 6
Hércules!, también nosotros —y con ello la fortuna nos advertía de lo que habría ocurrido si hubiéramos tenido un verdadero enemigo— fuimos diezmados, puestos en fuga, despojados de los bagajes cuando, a la vuelta, nos topamos

7 con unos simples salteadores como los tracios. Junto con
muchos valientes guerreros cayó Quinto Minucio Termo,
cuya pérdida fue bastante más sensible que si hubiera su-
cumbido Gneo Manlio, por cuya temeridad había sobreveni-
8 do aquel desastre; el ejército que volvía con los despojos del
rey Antíoco se dispersó en tres grupos y estuvo escondido
durante una noche entre la maleza en escondrijos de anima-
les salvajes, aquí la vanguardia, allí la retaguardia, y en otro
9 sitio los bagajes. ¿Por esto se pide el triunfo? Aun cuando
no se hubiera sufrido derrota ni humillación alguna en Tra-
cia, ¿sobre qué enemigos pedirías el triunfo? A mi enten-
der, sobre aquellos que el senado y el pueblo romano te
10 hubiese asignado como tales. Así fue como se le concedió
el triunfo a un Lucio Escipión, a un Manio Acilio sobre
el rey Antíoco; así le fue concedido poco antes a Tito Quin-
cio sobre el rey Filipo, y así a Publio Africano sobre Aní-
11 bal, los cartagineses y Sífax. Y cuando ya el senado había
decretado la guerra, no obstante se cuidaron aspectos tan
poco relevantes como a quién había que hacer la comuni-
cación, si inexcusablemente había que declarársela a los
reyes en persona o bastaba con comunicarlo a alguna guar-
12 nición. ¿Queréis, pues, que todas estas normas sean viola-
das y pisoteadas, que sea abolido el derecho de los fecia-
les, que no existan los feciales? Pongamos que no se tiene
en cuenta la religión —dicho sea sin ofender a los dioses—,
que se adueña de nuestros corazones el olvido de los dioses;
13 ¿queréis, también, que no se consulte al senado acerca de
la guerra?, ¿que no se pregunte al pueblo si quiere y man-
14 da que se haga la guerra a los galos? Precisamente hace
bien poco querían los cónsules Grecia y Asia; sin embargo,
como insististeis en asignarles Liguria como provincia, aca-
15 taron vuestra decisión. Tendrán, pues, justificación para
pediros a vosotros el triunfo una vez llevada a cabo con

éxito una guerra que habrán hecho por iniciativa vuestra.»

Gneo Manlio se defiende

De este tenor fueron los discursos de 47
Furio y de Emilio. Manlio, según la información que he recogido, replicó básicamente en estos términos: «Antes, padres conscriptos, eran los tribunos de la plebe quienes solían oponerse a la petición de triunfo.
Yo les estoy agradecido por haber rendido a mi persona 2
o a la magnitud de las empresas llevadas a cabo el homenaje no sólo de aprobar con su silencio este honroso título para mí sino de mostrarse incluso dispuestos, si fuese necesario, a presentar ellos la propuesta. Los oponentes 3
los tengo, si así place a los dioses, entre los diez comisionados, un consejo asignado a los generales por nuestros antepasados para organizar la victoria y realzar su valor.
Lucio Furio y Lucio Emilio no me dejan subir al carro 4
del triunfo; privan a mi cabeza de la insigne corona ellos, a los que yo pensaba citar como testigos de mis hazañas en caso de que los tribunos se opusieran a mi triunfo.
Por mi parte, padres conscriptos, no le discuto a nadie 5
su galardón; vosotros con vuestra autoridad hicisteis desistir recientemente a los tribunos de la plebe, hombres valientes y enérgicos, que se oponían al triunfo de Quinto Fabio Labeón; y obtuvo el triunfo, cuando sus adversarios lo andaban acusando no de haber hecho una guerra ilegal sino de no haber siquiera visto al enemigo. A mí, que tan- 6
tas veces combatí a enseñas desplegadas con cien mil enemigos de los más fieros, que capturé o di muerte a más de cuarenta mil hombres, que tomé al asalto dos de sus campamentos, que he dejado toda la zona del lado de acá del Tauro más en paz que la tierra de Italia, no sólo se me escamotea el triunfo; yo mismo me estoy defendiendo 7

delante de vosotros, padres conscriptos, frente a las acusa-
8 ciones de mis propios legados. Dos han sido sus bases de
acusación, padres conscriptos, como habéis comprobado;
han dicho, en efecto, que yo no debí hacer la guerra con-
tra los galos, y que la dirigí de forma precipitada y falta
de criterio. Los galos no eran enemigos, pero tú los agre-
diste cuando estaban en paz y hacían lo que se les manda-
9 ba. Yo no voy a pediros, padres conscriptos, que conside-
réis aplicable también a los galos que habitan en Asia lo
que conocéis acerca del salvajismo de los galos en general
10 y de su odio implacable al nombre romano; dejando apar-
te la triste fama y el carácter odioso de este pueblo en
su conjunto, juzgadlos en sí mismos. Ojalá estuviesen aquí
el rey Éumenes y todas las ciudades de Asia y escuchaseis
11 sus quejas en lugar de mis acusaciones. ¡Adelante!, enviad
comisarios por todas las ciudades de Asia y preguntad si
fueron liberados de una esclavitud más dura cuando An-
tíoco fue alejado más allá de la cadena del Tauro, o cuan-
12 do los galos fueron sometidos. Que digan cuántas veces
fueron devastados sus campos, cuántas arrebatado botín,
cuando ellos apenas tenían recursos para rescatar a los pri-
sioneros y oían decir que habían sido sacrificadas víctimas
13 humanas e inmolados sus hijos. Sabed que vuestros aliados
han estado pagando tributos a los galos y que incluso aho-
ra, una vez liberados por vosotros del poder del rey, segui-
rían pagándolos si yo hubiera estado inactivo».

48 «Cuanto más lejos se hubiese echado a Antíoco más
incontrolada sería la dominación de los galos en Asia, y
habríais anexionado al imperio de los galos, no al vuestro,
todas las tierras que hay a este lado de la cadena del Tau-
2 ro. Se me dirá: todo eso es verdad, sin duda, pero tam-
bién en otra ocasión los galos expoliaron Delfos, oráculo
común del género humano, ombligo del mundo, y no por

ello les declaró ni les hizo la guerra el pueblo romano. Cierto, pero yo creía que había alguna diferencia entre 3
la época en que Grecia y Asia no estaban aún bajo vuestra jurisdicción, en cuanto al cuidado que hay que poner y la atención que se debe prestar a lo que ocurre en estas regiones, y la época actual en la que habéis fijado en la 4
cadena del Tauro el límite del imperio romano, en la que dais libertad e inmunidad a las ciudades, a unos les añadís territorios, a otros se los confiscáis, a otros les imponéis tributo, aumentáis, disminuís, dais o quitáis reinos, y consideráis que es responsabilidad vuestra el que tenga paz por tierra y por mar. Si Antíoco no hubiese retirado sus 5
guarniciones que permanecían inactivas en sus ciudadelas, no consideraríais liberada Asia; ¿y si los ejércitos de los galos continuaran vagando por todas partes, serían acaso efectivas las donaciones que hicisteis al rey Éumenes y la libertad concedida a las ciudades? Pero, ¿por qué estoy 6
aduciendo argumentos como si yo hubiese hecho de los galos mis enemigos y no los hubiese encontrado tales? Apelo a ti, Lucio Escipión, cuyo valor y suerte he pedido 7
para mí a los dioses inmortales, y no en vano, en el momento de sucederte en el mando; y a ti, Publio Escipión, que has tenido las atribuciones de un legado pero la autoridad de un colega tanto ante tu hermano el cónsul como ante el ejército; ¿sabéis o no que en el ejército de Antíoco había legiones de galos?, ¿los visteis o no en la formación 8
de combate, colocados en los dos flancos —tan es así que parecían ser ellos el grueso de las fuerzas—, los combatisteis como enemigos regulares, les disteis muerte, os llevasteis sus despojos? Sin embargo, el senado había decretado 9
y el pueblo había mandado la guerra contra Antíoco, no contra los galos. Pero según mi entender la habían decretado y mandado al mismo tiempo contra los que formasen

10 parte de sus tropas; de éstos, salvo Antíoco, con quien Escipión había pactado la paz y había dado instrucciones expresas de que se hiciera un tratado, eran enemigos todos los que tomaron las armas en contra nuestra a favor de
11 Antíoco. Aunque éste era el caso de los galos sobre todo y de algunos régulos y tiranos, yo, no obstante, con los otros pacté la paz después de hacerles pagar sus culpas conforme a la dignidad de vuestro imperio, y con respecto a los galos sondeé sus intenciones por si era posible mitigar
12 su innata barbarie, y sólo después de verlos irreductibles e implacables pensé que era preciso reducirlos con la fuerza de las armas.»

13 «Puesto que la acusación de haber emprendido la guerra está refutada, procede ahora dar cuenta de su desarrollo. En este punto tendría confianza sin duda en mi defensa aunque hablase no ante el senado romano sino ante el de Cartago, donde dicen que son crucificados los generales que han combatido con resultados favorables pero con mala
14 estrategia. Pero esta ciudad, al iniciar y llevar a cabo todas sus empresas, acude a los dioses porque no somete a las críticas de nadie aquello que han sancionado los dioses; e incluye en su formulario ritual, cuando decreta una
15 acción de gracias o un triunfo, la cláusula "porque ha llevado con acierto y con éxito los asuntos del Estado"; en una ciudad así, si yo no quisiera hacer alarde de mi valor por considerarlo embarazoso y presuntuoso, si en nombre de mi buena suerte y de la de mi ejército, por haber derrotado a una nación tan numerosa sin pérdi-
16 da de hombres, pidiera yo que se tributasen honores a los dioses inmortales y se me permitiera subir triunfalmente al Capitolio, del que partí después de emitir los votos rituales, ¿me lo negaríais y se lo negaríais a los dioses inmortales?»

«Pero es que combatí en posición desventajosa. Dime, 49
pues, en qué posición mejor pude combatir. Los enemigos habían ocupado el monte y se mantenían en una posición bien defendida; evidentemente, era preciso ir hacia ellos si quería vencer. ¿Qué, si hubieran tenido una ciudad en 2
aquel lugar y se mantuvieran dentro de las murallas? Obviamente, era preciso asediarlos. ¿Combatió tal vez Manio Acilio en posición ventajosa en las Termópilas contra el rey Antíoco [262]? ¿No desalojó Tito Quincio de su posición, 3
de un modo parecido, a Filipo que ocupaba las crestas sobre el río Áoo [263]? Yo, la verdad, no acabo de ver cómo se imaginan o cómo quieren haceros creer que era el enemigo. Si estaba degradado y enervado por la vida fácil 4
de Asia, ¿qué peligro había en atacarlo aunque fuese en posición desfavorable? Si era temible tanto por su fiereza como por su fortaleza física, ¿negáis el triunfo a una victoria tan grande como ésta? La envidia es ciega, padres 5
conscriptos, y lo único que sabe es desacreditar los méritos, y ensuciar los honores y las recompensas. Os ruego 6
que me disculpéis, padres conscriptos, si ha hecho demasiado largo mi discurso no el afán de vanagloriarme sino la necesidad de defenderme de las acusaciones. ¿También, 7
acaso, al atravesar Tracia, pude yo hacer espaciosos los pasos que eran angostos, y hacer llanuras de pendientes empinadas y tierras de cultivo de terrenos boscosos, y arreglármelas para que los salteadores tracios no se escondiesen en ningún sitio en las guaridas que ellos conocen, para que no fuera sustraído ningún bagaje, para que no 8
se llevasen ninguna de las acémilas de una reata tan numerosa, para que nadie fuese herido, para que no muriese

[262] Cf. XXXVI 15 ss.
[263] Cf. XXXII 6.

a causa de su herida el valiente y esforzado soldado Quin-
9 to Minucio? Se aferran a este accidente en el que se dio
la malhadada coincidencia de que perdiéramos a un ciuda-
10 dano como él. ¿Y el hecho de que, cuando el enemigo
nos atacó en un desfiladero difícil, en un terreno descono-
cido, dos formaciones al mismo tiempo, la vanguardia y
la retaguardia de la columna, cogieran en medio al ejército
de los bárbaros que había hecho presa en nuestra impedi-
menta, mataran o capturaran a muchos millares aquel mis-
11 mo día y a muchos más pocos días después?, ¿creen que
esto, si ellos se lo callan, vosotros no lo vais a saber, cuan-
12 do todo el ejército es testigo de mis palabras? Aunque yo
no hubiese desenvainado la espada en Asia, aunque no hu-
biese visto al enemigo, aun así habría merecido el triunfo
en Tracia con mis dos combates. Pero ya es suficiente con
13 lo dicho. Desearía más bien pedir y obtener vuestra indul-
gencia, padres conscriptos, por haberos cansado con un
discurso más largo de lo que era mi intención.»

50 Las acusaciones habrían prevalecido aquel día sobre la
defensa de no haberse prolongado hasta tarde el debate.
Cuando se disolvió el senado quedó la impresión de que
2 habría denegado el triunfo. Al día siguiente los parientes y
amigos de Gneo Manlio pusieron todos sus recursos en jue-
go, e hicieron valer su influencia los senadores de más edad
3 diciendo que no se recordaba ningún precedente de que
un general, después de haber derrotado a enemigos decla-
rados y cumplido su mandato, hubiese traído de vuelta a
su ejército y entrase en Roma sin el carro y la corona de
laurel, como simple particular y sin honores. Esta conside-
ración prevaleció sobre la malquerencia y por gran mayo-
ría decretaron el triunfo.

Procesamiento de Escipión Africano

Después, los comentarios e incluso el 4
recuerdo de este debate quedaron borra-
dos por completo por un enfrentamiento
más violento surgido a propósito de un
hombre más importante y más famoso.
Publio Escipión Africano, según el testimonio de Valerio 5
Anciate, fue citado a juicio por dos Quintos Petilios. El
hecho era interpretado según el talante de cada cual.
Había quienes se despachaban no contra los tribunos de 6
la plebe sino contra el conjunto de la ciudadanía, que era
capaz de consentir una cosa así: las dos ciudades más 7
importantes del mundo, de forma casi simultánea, apare-
cían como ingratas hacia su primer ciudadano; más ingra-
ta Roma, puesto que Cartago, vencida, había echado al
exilio al vencido Aníbal, mientras que Roma, victoriosa,
echaba al Africano vencedor. Según otros, ni un solo ciu- 8
dadano debía estar a tal altura que no tuviera que respon-
der ante las leyes; nada contribuye tanto a hacer igual la
libertad como la posibilidad de que incluso el más podero-
so sea sometido a juicio. ¿Y qué encomienda se le puede 9
confiar sin riesgos a nadie —no digamos la suprema auto-
ridad del Estado—, si no hay la obligación de rendir cuen-
tas? Contra quien no se somete a la igualdad de la ley,
no es ilegítimo el uso de la fuerza. Estos eran los temas 10
de conversación hasta que llegó el día del juicio. Nunca
nadie hasta entonces, ni siquiera el propio Escipión cuan-
do era cónsul o censor, fue acompañado hasta el foro por
una concurrencia mayor de hombres de todas las clases
que aquel día el acusado. Invitado a defenderse, sin la 11
menor alusión a las acusaciones inició un discurso de tono
tan elevado acerca de sus propias gestas que quedó patente
que nunca nadie había recibido un elogio mejor ni más
merecido. Daba cuenta de sus hazañas, en efecto, con el 12

mismo coraje y el mismo carácter con que las había llevado a cabo, y no resultaba empalagoso a los oyentes porque no las refería por vanagloria sino por estar en un aprieto.

51 Los tribunos, para hacer creíbles las imputaciones de ahora, sacaron de nuevo a relucir las viejas acusaciones de la regalada vida en los cuarteles de invierno de Siracusa y de los desórdenes provocados por Pleminio en Locros [264], y después acusaron al encausado de apropiación indebida
2 de dinero, más con sospechas que con argumentos: su hijo prisionero había sido devuelto sin rescate, y en todas las otras cuestiones Escipión había sido tratado por Antíoco como si la guerra y la paz con Roma estuvieran exclusiva-
3 mente en sus manos; había sido para el cónsul más un dictador que un legado en su provincia; había marchado allí con el único objetivo de dejar claro a Grecia, a Asia y a todos los reyes y pueblos de Oriente lo que desde hacía ya tiempo era una convicción para Hispania, Galia, Sicilia
4 y África: que un solo hombre era la cabeza y el sostén del imperio romano, que la ciudad señora del mundo entero se cobijaba bajo la sombra de Escipión, que un gesto suyo valía tanto como los decretos del senado y los mandatos del pueblo. Dada su reputación sin tacha, lo atacan
5 por donde pueden, con el rencor. Después de prolongarse hasta la noche los discursos, se aplazó el juicio para otro
6 día. Llegado éste, los tribunos ocuparon su sitio en los Rostros al amanecer; citado el acusado se acercó a la tribuna rostral pasando por el medio de la asamblea con un
7 numeroso séquito de amigos y clientes, y tras hacerse el silencio dijo: «En tal día como hoy, tribunos de la plebe, y vosotros, Quirites, combatí bien y con éxito en África
8 en batalla campal contra Aníbal y los cartagineses. Por

[264] Cf. XXIX 16 y XXX 21.

consiguiente, como lo que corresponde a esta fecha es dejarse de litigios y disputas, yo voy a subir al Capitolio directamente desde aquí para rendir homenaje a Júpiter Óptimo Máximo y a Juno y a Minerva y a los demás dioses protectores del Capitolio y la ciudadela, y les daré las 9 gracias porque concretamente en este día y en tantas otras ocasiones me dieron el ánimo y la posibilidad de prestar un brillante servicio a la República. Igualmente, aquellos 10 de vosotros a los que les venga bien, Quirites, venid conmigo y pedid a los dioses que tengáis dirigentes semejantes a mí, en el supuesto de que desde los diecisiete años 11 hasta la vejez vosotros siempre os habéis anticipado con vuestros honores a mi edad y yo he ido con mis actos por delante de vuestros honores». Desde los Rostros subió al 12 Capitolio. Simultáneamente, la asamblea en masa se dio la vuelta y siguió a Escipión, hasta el extremo de que al final los secretarios y subalternos abandonaron a los tribunos y no quedó junto a éstos nadie más que su séquito de esclavos y el pregonero que citaba desde los Rostros al encausado. Escipión, acompañado por el pueblo de 13 Roma, hizo un recorrido por todos los templos de los dioses no sólo en el Capitolio sino en toda la ciudad. Aquella 14 jornada casi superó en favor popular y justo reconocimiento a su grandeza al día en que hizo su entrada en Roma celebrando su triunfo sobre el rey Sífax y los cartagineses.

Éste fue el último día de gloria que brilló para Publio 52 Escipión. Como para después del mismo preveía odio y enfrentamientos con los tribunos, al producirse un aplazamiento más largo del proceso se retiró a su finca de Literno [265] con el firme propósito de no comparecer para ejer-

[265] Colonia romana, puerto de la Campania situado al norte de Cumas. A unos 170 km. de Roma.

2 cer la defensa. Era demasiado grande de espíritu y de carácter, estaba acostumbrado a una suerte mejor como para saber ser un acusado y someterse a la humilde posi-
3 ción del que tiene que defenderse. Cuando llegó el día señalado y comenzó su citación sin que compareciera, Lucio Escipión aducía motivos de enfermedad para justificar
4 su ausencia. Los tribunos que habían presentado la acusación no aceptaban esta excusa y decían que no acudía a defenderse por el mismo orgullo que lo había llevado a abandonar el proceso, a los tribunos de la plebe y la asam-
5 blea, y, acompañado de aquellos a los que había quitado el derecho y la libertad de juzgarlo, arrastrándolos como prisioneros, a celebrar su triunfo sobre el pueblo romano provocando aquel día una ruptura sediciosa con los tribunos de la plebe en dirección al Capitolio. «Tenéis, por con-
6 siguiente, el pago de su temeridad; os ha abandonado a vosotros a su vez aquel bajo cuya iniciativa e instigación
7 nos abandonasteis a nosotros, y de día en día va a menos nuestro coraje de tal forma que, mientras hace diecisiete años, cuando él tenía un ejército y una flota nos atrevimos a mandar a Sicilia tribunos de la plebe y un edil para que lo arrestaran y lo trajeran de vuelta a Roma [266], ahora que es un ciudadano privado no nos atrevemos a mandar a alguien que lo saque de su casa de campo para defenderse
8 en juicio.» Los tribunos de la plebe a los que apeló Lucio Escipión adoptaron esta resolución: dado que se alegaban motivos de enfermedad, ellos proponían que se admitiera esta justificación y que sus colegas aplazaran el proceso.
9 A la sazón era tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco, y entre él y Publio Escipión había una enemistad personal. Como se había opuesto a que figurase su nom-

[266] Cf. XXIX 20, 6-7.

bre al pie del decreto de sus colegas, todos esperaban que
hiciera una propuesta más dura pero se manifestó en el
sentido siguiente: puesto que Lucio Escipión había aduci- 10
do motivos de enfermedad como justificación de su her-
mano, a él le parecía suficiente con esto; no estaba dis-
puesto a permitir que Publio Escipión fuese procesado hasta
que regresase a Roma; e incluso entonces, si apelaba a él,
le prestaría su apoyo para que no tuviera que defenderse
en juicio; Publio Escipión, por voluntad común de los 11
dioses y de los hombres, había alcanzado tal altura por
sus gestas y por los honores conferidos por el pueblo ro-
mano que representaba un deshonor mayor para el pueblo
romano que para él mismo el hecho de que permaneciera
al pie de los Rostros como acusado y tuviera que escuchar
los insultos de los mozalbetes.

A su declaración añadió unas palabras de indignación: 53
«¿Va a estar aquí a vuestros pies, tribunos, el gran Esci-
pión, conquistador de África? ¿Para eso derrotó y puso 2
en fuga en Hispania a los cuatro generales más famosos
de los cartagineses y a cuatro ejércitos? ¿Para eso capturó
a Sífax, derrotó a Aníbal, hizo a Cartago tributaria nues-
tra, obligó a Antíoco a retirarse más allá de la cadena 3
montañosa del Tauro —pues Lucio Escipión hizo a su her-
mano partícipe de esta gloria—? ¿Para sucumbir ante dos
Petilios, para que vosotros buscaseis [267] la palma del triun-
fo sobre Publio Africano? ¿Nunca llegarán los varones 4
preclaros, por algún mérito personal o por algún honor
conferido por vosotros, a una ciudadela segura y de algún
modo sacrosanta donde su ancianidad descanse si no vene-
rable al menos libre de ataques?». Tanto su decisión como 5
las palabras que añadió hicieron mella no sólo en los

[267] Se traduce la lectura *peteretis*.

otros tribunos sino en los propios acusadores, y declararon que iban a deliberar acerca de lo que correspondía a sus
6 atribuciones y su deber. Luego, disuelta la asamblea de la plebe, se inició la sesión del senado. En ella todos los miembros del consejo y especialmente los de rango consular y los de mayor edad expresaron su profundo agradecimiento a Tiberio Graco porque había puesto los intereses
7 del Estado por encima de sus rivalidades personales; y los Petilios fueron cubiertos de reproches porque habían querido brillar a costa del descrédito ajeno y buscaban los tro-
8 feos de un triunfo sobre el Africano. A partir de entonces no se habló más del Africano. Pasó la vida en Literno sin echar de menos la ciudad; cuentan que murió en el campo manifestando su voluntad de que se le diese sepultura allí mismo y se erigiese allí su monumento funerario, para que no se le rindiesen honras fúnebres en una patria
9 ingrata. Fue un hombre digno de memoria, pero más por sus cualidades militares que por sus habilidades políticas. Fue más brillante la primera etapa de su vida que la última, porque en la juventud se hicieron guerras continuamente, mientras que con la vejez perdieron fuerza también
10 sus acciones y no se le brindó campo a su talento. ¿Qué fue su segundo consulado, incluso sumándole la censura, en comparación con el primero? ¿Qué fue su misión como legado en Asia, ineficaz por los problemas de salud y desvirtuada por la peripecia de su hijo, y, después del regreso, por la disyuntiva de afrontar un proceso o de abandonarlo
11 juntamente con la patria? Con todo, él solo se llevó la gloria sin par de haber llevado a término la Guerra Púnica, la más importante y la más comprometida que sostuvieron los romanos.

Procesamiento de Lucio Escipión

Con la muerte del Africano se crecieron sus adversarios, yendo a la cabeza de los mismos Marco Porcio Catón, que incluso durante su vida había tenido por costumbre ladrar contra su grandeza. 54
Se cree que fue por instigación suya por lo que los Petilios 2
iniciaron el proceso en vida del Africano y presentaron,
tras su muerte, una moción formulada en estos términos: 3
«¿Queréis y mandáis, Quirites, a propósito del dinero recibido, llevado o recabado del rey Antíoco y de sus súbditos, en la parte que no fue ingresada en el erario, que 4
sobre esa cuestión pregunte al senado el pretor Servio Sulpicio quién de los actuales pretores quiere el senado que
lleve la investigación?». En un principio se oponían a esta 5
propuesta Quinto y Lucio Mummio, por estimar justo que fuera el senado, tal como se había hecho siempre hasta entonces, quien llevara la investigación acerca del dinero
no ingresado en el erario. Los Petilios atacaban la preemi- 6
nencia y el dominio de los Escipiones en el senado. El consular Lucio Furio Purpurión, que había formado parte de
la comisión de los diez en Asia, opinaba que debía ser 7
mayor el alcance de la proposición, abarcando no sólo el dinero recibido de Antíoco sino también el de otros reyes y pueblos, con lo cual atacaba a su adversario Gneo Man-
lio. Por su parte Lucio Escipión, que evidentemente se 8
disponía a hablar más en defensa propia que contra la ley, se adelantó para oponerse a ella. Se lamentó de que una propuesta semejante hubiera sido presentada a raíz de la muerte de su hermano Publio Africano, el más valeroso
e ilustre de todos los hombres; no era suficiente con que 9
no se hubiese hecho el elogio fúnebre de Publio Africano
ante los Rostros; había que acusarlo, además; los propios 10
cartagineses se habían dado por contentos con el exilio de

Aníbal: el pueblo romano no quedaba saciado ni siquiera con la muerte de Publio Escipión, si no se destrozaba además su fama una vez sepultado y también se sacrificaba a
11 su hermano, como expresión suplementaria de inquina. Habló Marco Catón a favor de la propuesta —se conserva su discurso «Acerca del dinero del rey Antíoco»— y con su autoridad disuadió a los tribunos Mummios de su opo-
12 sición al proyecto de ley. Consiguientemente, al retirar éstos el veto, todas las tribus votaron a favor de la propuesta.

55 Luego, cuando Servio Sulpicio preguntó quién querían que se hiciese cargo de la investigación conforme a la propuesta Petilia, los senadores designaron a Quinto Terencio
2 Culeón. Este pretor era tan amigo de la familia Cornelia que, según contaron los que sostienen que Publio Escipión murió y fue enterrado en Roma —pues también existe esta versión [268]—, en el funeral fue delante del féretro, como había ido en el cortejo del triunfo, tocado con el gorro de liberto [269], y en la puerta Capena distribuyó vino mezclado con miel a los que habían seguido el cortejo fúnebre, por la razón de haber sido liberado de los enemigos por
3 Escipión en África junto con otros prisioneros; o era este mismo pretor tan hostil a la familia que precisamente a causa de su enemistad manifiesta fue elegido por la facción contraria a los Escipiones para dirigir la investiga-
4 ción. Como quiera que fuese, Lucio Escipión fue conducido inmediatamente como acusado ante este pretor demasiado favorable o desfavorable en exceso. Al mismo tiempo fueron denunciados e incluidos en la acusación los
5 nombres de sus legados Aulo y Lucio Hostilio Catón y

---

[268] Suele atribuirse la referencia a Claudio Cuadrigario, pero podría tratarse de una tradición más amplia.

[269] Cf. XXX 45, 5.

del cuestor Gayo Furio Aculeón, y también los de dos se-
cretarios y un ujier, para dar la impresión de que la com-
plicidad en el peculado llegaba a todos los niveles. Lucio
Hostilio, los secretarios y el ujier fueron absueltos antes
del juicio de Escipión; Escipión, el legado Aulo Hostilio
y Gayo Furio fueron condenados porque, para propiciar 6
una paz más ventajosa a Antíoco, Escipión habría recibido
seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata más
de las que había ingresado en el erario, Aulo Hostilio 7
ochenta libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el
cuestor Furio ciento treinta libras de oro y doscientas de
plata. Estas sumas de oro y plata las encontré referidas 8
en Anciate. En lo referente a Lucio Escipión la verdad es
que me inclinaría más por que se trata de un error del
copista que de una falsedad del historiador en la cifra del
oro y de la plata; es más verosímil, en efecto, que el peso 9
de la plata haya sido superior al del oro, y que la cifra
en cuestión fuese estimada en cuatro, más que en veinti-
cuatro, millones de sestercios, y ello con mayor razón 10
porque, según cuentan, al propio Publio Escipión se le pi-
dieron cuentas en el senado de una suma de ese orden; y él, 11
después de mandar a su hermano Lucio que trajera el libro
de cuentas, lo hizo trizas con sus propias manos a la vista
del senado, indignado porque se le pedían cuentas de cua- 12
tro millones cuando había ingresado en el tesoro público
doscientos millones. Y en virtud de esa misma seguridad en 13
sí mismo, en una ocasión en que los cuestores no se atre-
vían a sacar dinero del erario en contra de la ley, pidió
las llaves y dijo que iba a abrir el tesoro público él que
había hecho posible que estuviera cerrado [270].

[270] Expresión y episodio a los que se han presentado numerosas y diferentes interpretaciones.

56 En muchos otros detalles, con respecto sobre todo al final de la vida de Escipión, el procesamiento, la muerte, los funerales y el sepulcro, hay versiones contrapuestas, tanto que no sé a qué tradiciones y a qué escritos atener-
2 me. No hay concordancia en lo referente al acusador: unos dicen que fue demandado por Marco Nevio, y otros que por los Petilios; hay desacuerdo acerca de la fecha de su procesamiento, el año de su muerte, el lugar donde murió
3 y fue enterrado; para unos murió y recibió sepultura en Roma, para otros en Literno. En uno y otro lugar se exhiben su monumento y su estatua, pues en Literno se erigió un monumento y se colocó sobre él una estatua que vi personalmente hace poco abatida por una tormenta,
4 y en Roma, fuera de la puerta Capena, sobre el monumento de los Escipiones hay tres estatuas, dos de las cuales representan, dicen, a Publio y Lucio Escipión y la tercera
5 al poeta Quinto Ennio. Y no sólo hay discrepancias entre los historiadores, sino que también se contradicen entre sí los discursos de Publio Escipión y Tiberio Graco, si es
6 que son suyos los que se les atribuyen. El título del discurso de Publio Escipión incluye el nombre del tribuno de la plebe Marco Nevio, pero en el texto del discurso no se encuentra el nombre del acusador; unas veces lo llama
7 granuja y otras trapacero. Tampoco el discurso de Graco menciona a los Petilios como acusadores del Africano, ni
8 la fecha de la citación del Africano. Es preciso recoger una versión enteramente diferente, acorde con el discurso de Graco, y seguir a los historiadores según los cuales, cuando Lucio Escipión fue acusado y condenado por haber recibido dinero del rey, el Africano estaba cumpliendo
9 una misión en Etruria; cuando se enteró de lo ocurrido a su hermano abandonó dicha misión, corrió a Roma y desde la puerta se dirigió directamente al foro porque le

habían dicho que su hermano era conducido a la cárcel,
apartó al lictor de junto a su hermano, y cuando los tribu-
nos trataron de retenerlo recurrió a la violencia, reaccio-
nando más como hermano que como ciudadano. Tiberio 10
Graco se queja precisamente de esto, de que un particular
anulase la potestad tribunicia, y al final, cuando promete
su ayuda a Lucio Escipión, añade que es un precedente
más tolerable ver la potestad tribunicia y la autoridad del
Estado vencida por un tribuno de la plebe que por un ciu-
dadano privado. Pero reprueba como inadmisible este úni- 11
co acto de prepotencia incontrolada de Escipión de modo
que, censurándolo por haber desmerecido tanto de sí mis-
mo, compensa su reprensión presente acumulando sobre
él los elogios por su moderación y autocontrol de antes;
dice, en efecto, que en una ocasión reprendió al pueblo 12
porque quería hacerlo cónsul vitalicio y dictador; que pro-
hibió que se le erigieran estatuas en el comicio, en los Ros-
tros, en la curia, en el Capitolio y en el santuario de Júpi-
ter; y qué impidió que se tomase la decisión de que saliese 13
su imagen, con los atavíos del triunfo, del templo de Júpi-
ter Óptimo Máximo.

Estas consideraciones, que incluso formando parte de 57
un panegírico atestiguarían la enorme grandeza de espíritu
de quien pone límite a los honores con un comportamiento
de ciudadano, son la confesión de un adversario en el cur-
so de una acusación. No hay discrepancias en cuanto a 2
que estuvo casada con este Graco la menor de las dos hijas
del Africano (pues la mayor había sido otorgada por el
padre, sin lugar a dudas, a Publio Cornelio Nasica). Lo 3
que no se sabe con certeza es si el compromiso y la boda
tuvieron lugar después de la muerte del padre o es verdad
la versión según la cual, cuando Lucio Escipión era condu-
cido a la cárcel y ninguno de sus colegas le prestaba ayuda,

4 Graco juró que su enemistad con los Escipiones continua-
ba como antes y que él no actuaba en absoluto para gran-
jearse simpatías, pero no iba a permitir que un hermano
del Africano fuera conducido a la cárcel en la que él había
visto que Publio Africano metía reyes y generales enemigos;
5 y el senado, que casualmente aquel día estaba celebrando
una cena en el Capitolio, se levantó y pidió que el Africa-
6 no prometiese su hija a Graco durante el banquete. For-
malizado así el compromiso en debida forma en el trans-
curso de una solemnidad oficial, Escipión se retiró a su
casa y dijo a su esposa Emilia que había prometido en
7 matrimonio a la hija menor. Ella, ofendida como mujer
por no haber sido consultada para nada en lo concerniente
a la hija común, añadió que la madre no debería haber
quedado al margen de la decisión ni siquiera en el caso
8 de que se la concediera a Tiberio Graco; entonces Esci-
pión, alegrándose de tan plena coincidencia de puntos de
vista, respondió que se la había prometido precisamente
a él. Era obligado dejar constancia de estos detalles, a pe-
sar de las divergencias en la tradición oral y escrita, por
tratarse de un personaje tan importante.

58 Una vez que el pretor Quinto Terencio dio por fina-
lizados los procesos, Hostilio y Furio, que habían sido con-
denados, presentaron fiadores aquel mismo día a los cues-
2 tores urbanos. Escipión sostenía que todo el dinero que
había recibido estaba en el erario y que él no tenía nada
que perteneciese al Estado, y entonces se iniciaron los trá-
3 mites para meterlo en prisión. Publio Escipión Nasica
apeló a los tribunos y pronunció un discurso colmado de
hechos gloriosos y verdaderos de la familia Cornelia en
4 general y de su propia rama en particular. Dijo que su
padre y el padre de Publio Africano y Lucio Escipión, al
que se llevaba a la cárcel, habían sido dos hombres precla-

ros, Gneo y Publio Escipión. Éstos, después de acrecentar 5
durante varios años el prestigio del nombre romano en tierras de Hispania frente a muchos generales y ejércitos cartagineses e hispanos, y no sólo combatiendo sino dando 6
a aquellos pueblos ejemplo de la moderación y de la lealtad romana, al final habían sucumbido los dos en aras de
la República. Aunque sus descendientes tenían bastante 7
con preservar su gloria, Publio Africano había superado hasta tal punto las brillantes acciones de su padre que dio pie para creer que había nacido no de sangre humana sino
de estirpe divina [271]. En cuanto a Lucio Escipión, del 8
cual era el caso, dejando a un lado lo que había hecho en Hispania y en África como legado de su hermano, una vez cónsul el senado lo había considerado digno de asignarle sin sorteo la provincia de Asia y la guerra contra el rey Antíoco; y su hermano, después de dos consulados, una censura y un triunfo, lo había considerado digno de
acompañarlo a Asia como legado. Allí, para que la gran- 9
deza y la gloria del legado no hiciese sombra a los merecimientos del cónsul, se había dado la coincidencia de que el día en que Lucio Escipión derrotaba a Antíoco en Magnesia en batalla campal, Publio Escipión se encontraba enfermo en Elea, a una distancia de varios días de camino.
Aquel ejército no era menor que el de Aníbal, contra el 10
que se había combatido en África; y el mismo Aníbal que había sido el general de la guerra púnica se encontraba entre muchos otros generales del rey. Y la guerra, por cierto, se había desarrollado de tal modo que nadie podía acha-
car nada ni siquiera a la suerte; era en la paz donde se 11
buscaban los motivos de acusación; se decía que había sido vendida. Aquí los cargos iban a la vez contra los diez

[271] Cf. XXVI 19, 6 ss.

comisionados con cuyo asesoramiento se había estipulado
12 la paz; a pesar de que algunos de la comisión de los diez
se habían levantado para acusar a Gneo Manlio, con todo
aquella acusación no había valido ni siquiera para retrasar
el triunfo, cuánto menos para hacer creíbles los cargos.

59 Pero, ¡por Hércules!, en el caso de Escipión las con-
diciones mismas de paz eran sospechosas por demasiado
favorables a Antíoco, pues se le había dejado su reino in-
tacto; después de ser vencido, poseía todo lo que era suyo
2 antes de la guerra; aunque había tenido gran cantidad de
oro y plata, no había revertido nada en el tesoro público,
3 todo había pasado a dominio privado. ¿No había pasado
ante los ojos de todos, en el triunfo de Lucio Escipión,
mayor cantidad de oro y plata que la suma acumulada de
4 otros diez triunfos? ¿Y qué decir de las fronteras del reino?
Antíoco había ocupado toda Asia y la Europa limítrofe.
5 Todo el mundo sabía cuál es la extensión de aquella parte
del mundo, que se extiende desde las montañas del Tauro
hasta el mar Egeo, cuántas ciudades y también cuántos pue-
6 blos abarca. Esta zona, de más de treinta días de marcha
a lo largo y diez a lo ancho extendida entre dos mares
hasta las cumbres de la cadena del Tauro, le había sido
7 arrebatada a Antíoco, rechazado hasta el rincón más
apartado del mundo. En caso de ser gratis la paz, ¿qué
se le podía haber quitado más? A Filipo, vencido, se le
había dejado Macedonia, y a Nabis Lacedemonia, y no
se había pretendido incriminar a Quincio; y es que no ha-
bía tenido por hermano al Africano, cuya gloria debía ha-
ber beneficiado a Lucio Escipión, en vez de perjudicarle
8 por la ojeriza hacia aquél. Según los jueces, en casa de
Lucio Escipión había entrado más oro y plata del que se
podría obtener vendiendo todos sus bienes. ¿Dónde estaba
pues el oro del rey, dónde tantas herencias como había

recibido? En una casa que no habían vaciado los gastos 9
debería haber aparecido el cúmulo de bienes de reciente
adquisición. Pero, seguramente, lo que no se podía sacar
de sus bienes, los adversarios de Lucio Escipión pretendían
sacarlo de su cuerpo, de sus espaldas, a base de vejaciones
y afrentas, de modo que un hombre tan eminente esté 10
encerrado en la cárcel entre ladrones nocturnos y bandidos
y expire en un lóbrego calabozo, y después sea arrojado
su cuerpo desnudo delante de la prisión. Esto debería 11
avergonzar a la ciudad de Roma, más que a la familia
Cornelia.

En respuesta a estas palabras, el pretor Terencio dio 60
lectura a la propuesta Petilia, el senadoconsulto y la sen-
tencia referente a Lucio Escipión; si la suma fijada por 2
los jueces no era ingresada en el tesoro público, él no po-
día hacer ninguna otra cosa más que dar orden de arrestar
y meter en la cárcel al condenado. Los tribunos se retira- 3
ron a deliberar, y poco después Gayo Fannio anunció que,
de acuerdo con su decisión y la de sus colegas con excep-
ción de Graco, los tribunos no intervendrían para impedir
que el pretor ejerciera su autoridad. Tiberio Graco se 4
pronunció en el sentido de que no se oponía al pretor en
cuanto a que se detrajera de los bienes de Lucio Escipión
la cantidad fijada en la sentencia; en cuanto a Lucio Esci- 5
pión, que había derrotado al rey más rico del mundo, que
había extendido el imperio del pueblo romano hasta los
últimos confines de la tierra, y ligado al rey Éumenes, a 6
los rodios, y a tantas otras ciudades de Asia con los servi-
cios rendidos por el pueblo romano, y había encerrado en
prisión a un elevado número de generales enemigos des-
pués de hacerles desfilar en su triunfo, él no estaba dis-
puesto a permitir que estuviera encarcelado y encadenado
junto con los enemigos del pueblo romano, y ordenaba

7 su libertad. La resolución fue recibida con tales muestras de aprobación, y la gente se alegró tanto de ver libre a Escipión, que apenas parecía creíble que el juicio hubiera
8 tenido lugar en la misma ciudad. El pretor, entonces, envió a los cuestores a tomar posesión, en nombre del Estado, de los bienes de Lucio Escipión. No se encontró entre éstos el menor rastro del dinero del rey, pero además no se llegó en absoluto a la cantidad a que había sido con-
9 denado. Sus parientes, amigos y clientes recaudaron para Lucio Escipión tal cantidad de dinero que, de haberla aceptado, sería bastante más rico que antes de su desgracia.
10 No aceptó nada; lo imprescindible para vivir le fue restituido por sus parientes más próximos; y la inquina contra los Escipiones se volvió contra el pretor y sus consejeros y contra los acusadores.

LIBRO XXXIX

Sinopsis

Año 187 a. C.

Campaña en Liguria. Censo de los latinos (1 - 3).

Triunfo, previo debate, del procónsul Marco Fulvio (4 - 5).

Año 186 a. C.

Elecciones. Triunfo de Gneo Manlio (6 - 7).

Las Bacanales: Primeras informaciones (8 - 10).

El cónsul Postumio abre una investigación (11 - 13).

Informe del cónsul al senado y al pueblo (14 - 16).

Adopción de medidas. Recompensas (17 - 19).

Derrota en Liguria, victorias en Hispania, juegos, prodigios (20 - 22).

Año 185 a. C.

Elecciones. Fundación de colonias (23, 1 - 23, 4).

Tercera Guerra Macedónica: causas. Conferencia de Tempe (23, 5 - 29, 3).

Roma: ovación para Lucio Manlio Acidino. Revuelta de esclavos en Apulia (29, 4 - 29, 10).

Campañas en Hispania y en Liguria (30 - 32, 4).

Año 184 a. C.

Roma: elecciones reñidas (32, 5 - 32, 15).

Embajada de Oriente. Filipo y los maronitas (33 - 34).

Nuevos pasos de los enviados de Roma. Debate entre Apio Claudio y Licortas (35 - 37).

Roma: asignación de mandos. Lucha por la pretura (38 - 39).
Catón, censor (40 - 44).

AÑO 183 a. C.

Nuevos magistrados. Prodigios. Embajadas (45 - 46).
Demetrio ante el senado de Roma (47 - 48).
Muerte de Filopemén (49 - 50).
Muerte de Aníbal. Año de la muerte de Escipión el Africano (51 - 52).
Retorno de Demetrio a Macedonia (53).
Emigración frustrada de los galos transalpinos. Colonias. Victoria sobre los celtíberos (54 - 56, 3).

AÑO 182 a. C.

Roma: elecciones. Prodigios (56, 3 - 56, 7).

Campaña en Liguria. Censo de los latinos

1 Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en Roma —si es que efectivamente ocurrieron en este año [272]—, los dos cónsules hacían la guerra en Liguria.
2 Era éste un enemigo que parecía nacido para mantener la disciplina militar de los romanos en los períodos intermedios entre grandes guerra, y ninguna otra provincia estimulaba tanto a los soldados para los actos
3 de valor. Asia, en efecto, con los atractivos de sus ciudades, la abundancia de sus recursos de tierra y mar, la flojedad de los enemigos y las riquezas de los reyes, servía más
4 para enriquecer que para templar los ejércitos. Especialmente bajo el mando de Gneo Manlio estuvieron sin control ni disciplina. De ahí que bastara una marcha un poco más dura en Tracia y un enemigo un poco más despierto
5 para infligirles una severa derrota. En Liguria todo contri-

[272] El año 187. Referencia al proceso de los Escipiones.

buía a mantener alerta a los soldados: parajes montañosos
y difíciles, que costaba trabajo ocupar y desalojar de ene-
migos si estaban ya ocupados; caminos pendientes, estre- 6
chos, peligrosos por las posibles emboscadas; un enemigo
ligero y rápido de movimientos que aparecía de improviso
y no dejaba ni un momento de tregua ni un lugar tranqui-
lo y seguro; el ataque obligado, trabajoso y arriesgado al
mismo tiempo, a posiciones fortificadas, y la pobreza de
la región, que obligaba a los soldados a una vida sobria
y ofrecía escaso botín. Por eso no iban detrás los vivande- 7
ros, no seguían a la columna en marcha largas filas de
animales de carga; no había más que armas y hombres
que depositaban en las armas toda su esperanza. Y nunca 8
faltaba el objeto o el motivo por el que combatir con aque-
llas gentes, porque debido a la pobreza de su país hacían
incursiones en los campos vecinos, aunque no se llegaba
a combates decisivos.

El cónsul Gayo Flaminio, después de librar numerosos 2
combates favorables contra los lígures friniates[273] en su
propio territorio, aceptó la capitulación de este pueblo y
le requisó las armas. Como eran castigados porque no las 2
entregaban de buena fe abandonaron los poblados y se re-
fugiaron en el monte Augino[274]. El cónsul salió tras ellos 3
de inmediato, pero se dispersaron de nuevo y precipitán-
dose, desarmados en su inmesa mayoría, por lugares im-
practicables y peñascales escarpados, huyeron por donde
no pudiera seguirlos el enemigo. Pasaron, así, al otro lado
del Apenino. Los que se habían quedado en el campa-
mento fueron rodeados y aplastados. A continuación, las 4
legiones fueron conducidas al otro lado del Apenino. Allí

---

[273] Habitaban entre Módena y Reggio Emilia.

[274] Faltan otras referencias que permitan su identificación.

los enemigos se defendieron durante un tiempo gracias a la altitud del monte que habían ocupado y poco después acabaron por rendirse. Se hizo entonces una búsqueda más minuciosa de las armas y fueron desposeídos de todas ellas.
5 Después se trasladó la guerra al territorio de los lígures apuanos, que habían iniciado incursiones en las tierras de Pisa y Bononia hasta el punto de hacer imposible su culti-
6 vo. Sometidos también éstos definitivamente, el cónsul restableció la paz en el contorno. Y como había conseguido que la provincia estuviese tranquila, para no tener desocupada a la tropa construyó una vía desde Bononia hasta
7 Arrecio. El otro cónsul, Marco Emilio, incendió y devastó los campos de los lígures y sus aldeas situadas en las llanuras y los valles, mientras que ellos ocupaban dos montes,
8 el Balista [275] y el Suismoncio [276]. Atacó luego a los que estaban en los montes; primero los trabajó a base de escaramuzas y por último los obligó a bajar a campo abierto y los derrotó en una batalla regular en la que también pro-
9 metió con voto un templo a Diana [277]. Una vez sometidos todos los del lado de acá del Apenino, tras lanzar una ofensiva contra los tramontanos, entre los que se encontraban también los lígures friniates a los que no había llegado Gayo Flaminio, Emilio los sometió a todos, los desarmó, e hizo que bajaran, en gran número, de los montes
10 al llano. Una vez pacificados los lígures llevó el ejército a territorio gálico y construyó una vía desde Placencia has-
11 ta Arímino [278] para enlazar con la Vía Flaminia. La última vez que se enfrentó a los lígures en batalla campal prome-

[275] ¿El Balestra?

[276] El Bismantova.

[277] Dedicado en el año 179 (XL 52, 1).

[278] Vía Emilia.

tió con voto un templo a Juno Reina. Éstos fueron los hechos ocurridos aquel año en Liguria.

En la Galia el pretor Marco Furio había desarmado 3
a los cenomanos, que no habían hecho nada, buscando hacerles pasar por beligerantes cuando estaban en paz.
Los cenomanos protestaron ante el senado en Roma por 2
lo ocurrido; fueron reenviados al cónsul Emilio, a quien el senado encargó el examen y la decisión de la controversia, y se les dio la razón después de mantener un duro
enfrentamiento con el pretor. Éste recibió órdenes de de- 3
volver las armas a los cenomanos y abandonar la provincia.

Después de esto se dio audiencia en el senado a los 4
diputados de la confederación latina llegados en gran número de todos los confines del Lacio. Ante sus quejas por el gran número de conciudadanos suyos que habían inmi-
grado a Roma y estaban censados allí, se encargó a Quinto 5
Terencio Culeón de localizarlos y obligar a volver a donde estuviera censado a todo aquel que los aliados demostrasen que figuraba en sus listas de censo él o su padre durante la censura de Gayo Claudio y Marco Livio [279] o con pos-
terioridad a la misma. A resultas de esta investigación retor- 6
naron a su país doce mil latinos, pues ya entonces el número de inmigrantes representaba una carga para la ciudad.

Triunfo, previo debate, del procónsul Marco Fulvio

Antes de que regresasen a Roma los 4
cónsules volvió de Etolia el procónsul
Marco Fulvio, y ante el senado reunido 2
en el templo de Apolo hizo una relación de las operaciones que había llevado a cabo en Etolia y Cefalania y pidió a los senadores que, si lo consideraban justo, dispusieran que se rindiesen honores a los dioses y decretasen el triunfo para él por las empresas

[279] En 204 (XXIX 37).

3 llevadas a cabo con éxito en favor del Estado. El tribuno
de la plebe Marco Aburio manifestó su intención de poner
el veto si se tomaba alguna decisión sobre el particular an-
4 tes de la llegada del cónsul Marco Emilio: éste quería opo-
nerse, y al marchar a la provincia le había dejado de que
se aplazase el debate hasta su regreso sin tomar decisión
alguna; para Fulvio sólo representaba un retraso temporal,
pues incluso estando el cónsul presente podría el senado
5 tomar la decisión que quisiera. Fulvio replicó que aunque
no fuese de dominio público el rencor de Marco Emilio
hacia él y la rabia incontrolada y casi tiránica con que da-
6 ba curso a sus enemistades personales, ni aun así habría
sido tolerable que la ausencia de un cónsul fuese un obstá-
culo para honrar a los dioses inmortales y retrasese un triun-
7 fo merecido y debido, y que un general con una campaña
de brillantes éxitos y un ejército victorioso permaneciesen
con el botín y con los prisioneros delante de las puertas
hasta que al cónsul, que precisamente por ello se hacía
8 esperar, le diera la gana de volver a Roma. Aunque, en
realidad, siendo tan conocida la enemistad que había entre él
y el cónsul, ¿qué equidad podía esperar nadie de quien había
depositado en el archivo público un senadoconsulto emiti-
9 do a hurtadillas aprovechando la escasa asistencia, según
el cual daba la impresión de que no había sido tomada
por la fuerza Ambracia, que había sido atacada con terre-
planes y manteletes, donde habían sido incendiadas las obras
de asedio y se habían construido otras nuevas, donde du-
rante quince días se había combatido en torno a las mura-
10 llas en superficie y bajo tierra, donde el combate se había
mantenido incierto largo tiempo desde el amanecer, cuan-
do los soldados ya habían escalado los muros, hasta la
noche, y donde se había dado muerte a más de tres mil
11 enemigos? Además, ¿con qué maliciosa tergiversación no

acudió a los pontífices a propósito del espolio de los tem-
plos de los dioses inmortales en una ciudad conquistada?
¡A menos que haya sido lícito adornar la ciudad con las 12
obras de arte de Siracusa y demás ciudades conquistadas,
y que únicamente en el caso de la toma de Ambracia no
haya estado vigente el derecho de guerra! Rogaba, pues, 13
a los padres conscriptos y pedía al tribuno que no permi-
tiera que él fuese motivo de burla para su prepotente
adversario.

Desde todos los sectores le llegaban al tribuno las súpli- 5
cas de unos y los insultos de otros. Especialmente lo
impresionaron las palabras de su colega Tiberio Graco:
ciertamente no era un buen ejemplo utilizar una magistra- 2
tura para dar curso a las enemistades personales propias;
pero que un tribuno de la plebe se erigiera en representante
de las enemistades de otro era vergonzoso e indigno de
la potestad del colegio tribunicio y de las leyes sagradas.
Cada uno debía amar u odiar a las personas y aprobar 3
o desaprobar las conductas según su propio criterio, no
estar pendiente de la expresión o el gesto de otro, ni dejar-
se llevar en una u otra dirección por los estados de ánimo
ajenos, ni comprometerse un tribuno de la plebe con los
enfados de un cónsul, teniendo presente lo que Marco Emi- 4
lio le había recomendado a título particular y olvidando
el cargo de tribuno que le había sido conferido por el pue-
blo romano y encomendado para tutelar la libertad de los
ciudadanos, no el despotismo consular. Ni siquiera se esta- 5
ba apercibiendo de que se transmitiría a la posteridad la
idea de que uno de los dos tribunos de la plebe pertene-
cientes al mismo colegio había sacrificado sus enemistades
personales a los intereses del Estado, y el otro había hecho
valer las ajenas y además por encargo. Abrumado por es- 6
tas reconvenciones el tribuno salió del templo, y, a pro-

puesta del pretor Servio Sulpicio, se concedió el triunfo
7 a Marco Fulvio. Dio éste las gracias a los padres conscrip-
tos y añadió que el día en que había tomado Ambracia
había prometido con voto unos grandes juegos a Júpiter
Óptimo Máximo; que, con ese propósito, las ciudades ha-
8 bían contribuido con cien libras de oro, y pedía, por tanto,
que mandasen apartar dicha cantidad del dinero que pen-
saba depositar en el erario después de llevarlo en su desfile
9 triunfal. El senado dispuso que se consultara al colegio
de los pontífices si era necesario gastar todo aquel oro en
10 los juegos. Como los pontífices respondieron que a efectos
religiosos era irrelevante qué cantidad se gastaba en los
juegos, el senado dejó a criterio de Fulvio el monto del
gasto con la condición de que no superase los ochenta mil
11 sestercios. Había decidido celebrar el triunfo en el mes de
enero; pero al oír que el cónsul Marco Emilio, tras recibir
una carta del tribuno de la plebe Marco Aburio sobre la
12 retirada del veto, cuando venía hacia Roma para oponerse
personalmente al triunfo se había detenido enfermo en el
camino, adelantó la fecha del desfile para no tener que
13 pelear más en el triunfo que en la guerra. Celebró el veinti-
trés de diciembre su triunfo sobre los etolios y Cefalania.
14 Desfilaron delante de su carro ciento doce libras de coro-
nas de oro, ochenta y tres mil libras de plata, doscientas
cuarenta y tres libras de oro, ciento dieciocho mil tetrac-
15 mas áticas, doce mil trescientos veintidós filipos [280], sete-
cientas ochenta y cinco estatuas de bronce, doscientas treinta
estatuas de mármol, armas defensivas y ofensivas y demás
16 despojos enemigos en gran cantidad, y además catapultas
y ballestas y toda clase de máquinas de lanzamiento; y vein-
tisiete jefes entre etolios y cefalanes y otros del ejército

[280] Con la efigie de Filipo II; equivalía a 8,73 gr. de oro.

de Antíoco abandonados allí por éste. Aquel mismo día, 17
antes de hacer su entrada en la ciudad, galardonó con recompensas militares en el circo Flaminio a muchos tribunos, prefectos, caballeros y centuriones, romanos y aliados. A cuenta del botín repartió entre los soldados veinticinco denarios por cabeza, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes.

Elecciones. Triunfo de Gneo Manlio

Se acercaba ya la fecha de los comi- 6
cios consulares. Como no pudo acudir Marco Emilio, a quien había correspondido por sorteo presidirlos, vino a Roma Gayo Flaminio, que proclamó cónsules[281] a Espurio Postumio Albino, y a Quinto Marcio Filipo.
A continuación fueron elegidos pretores Tito Menio, Pu- 2
blio Cornelio Sula, Gayo Calpurnio Pisón, Marco Licinio Lúculo, Gayo Aurelio Escauro y Lucio Quincio Crispino.
Al final del año, cuando ya habían sido elegidos los 3
magistrados, Gneo Manlio Vulsón celebró el triunfo sobre
los galos que viven en Asia el día cinco de marzo. La ra- 4
zón del retraso de su triunfo fue el evitar ser procesado ante el pretor Quinto Terencio Culeón en virtud de la ley Petilia y verse envuelto en la atmósfera ardiente del proceso de otro, aquel en que había sido condenado Lucio Esci-
pión, con unos jueces más hostiles hacia él que hacia Esci- 5
pión porque habían llegado rumores de que al suceder a éste había echado a perder, con todas las formas de la permisividad, la disciplina militar que su antecesor había
mantenido rigurosamente. Y no era sólo motivo de descré- 6
dito lo que se contaba como ocurrido en la provincia, lejos de la vista, sino, en mayor medida aún, lo que se observa-
ba cada día en sus soldados. El germen del lujo extranjero, 7

[281] Para el año 186.

en efecto, fue introducido en Roma por el ejército de Asia. Fueron aquellos soldados los primeros en importar a la ciudad lechos de bronce, colchas preciosas, tapices y otros tejidos finos, y mesas de un solo pie y aparadores, enseres
8 que entonces se consideraban suntuosos. Fue entonces cuando se sumaron a los banquetes las tañedoras de cítara y sambuca [282] y otros elementos para divertir a los comensales; también los propios banquetes comenzaron a preparar-
9 se con mayor detalle y suntuosidad. Fue entonces cuando el cocinero, el esclavo menos apreciado y considerado menos útil por los antiguos, se apreció, y lo que había sido un servicio comenzó a ser considerado un arte. No obstante, aquellos detalles que entonces comenzaban a despuntar eran apenas el germen del lujo que iba a venir.

7 Gneo Manlio llevó en su desfile triunfal doscientas doce libras [283] de coronas de oro, doscientas veinte mil libras de plata, dos mil ciento tres libras de oro, ciento veintisiete mil tetracmas áticas, doscientos cincuenta mil cistóforos,
2 y dieciséis mil trescientos veinte filipos de oro; también se transportaron en carros armas y despojos gálicos en gran cantidad; delante del carro fueron obligados a desfilar cincuenta y dos jefes enemigos. Repartió entre los soldados cuarenta y dos denarios por cabeza, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes, y dio una paga doble.
3 Desfilaron detrás del carro muchos de todas las graduaciones galardonados con recompensas militares, y los soldados cantaron al general unos versos de tal naturaleza que se deducía con toda evidencia que iban dirigidos a un jefe complaciente y deseoso de popularidad, y que la celebración del triunfo contaba más con el favor militar que con

[282] Instrumento parecido al arpa.
[283] Mantenemos *pondo*.

el popular. Pero los amigos de Manlio se las arreglaron 4
para conseguir también la popularidad; debido a sus pre 5
siones se promulgó un senadoconsulto por el cual se dispondría del dinero llevado en el triunfo para abonar la parte del préstamo hecho por el pueblo al Estado que no hubiese sido reembolsada con anterioridad. Los cuestores urbanos pagaron puntual y escrupulosamente el veinticinco y medio por mil.

Por la misma época llegaron de las dos Hispanias dos 6
tribunos militares con cartas de Gayo Atinio y Lucio Manlio, que gobernaban dichas provincias. Por aquellas cartas 7
se supo que los celtíberos y los lusitanos estaban en armas y devastaban el territorio de los aliados. El senado remitió a los nuevos magistrados la discusión de esta cuestión en su totalidad.

Durante los Juegos Romanos celebrados aquel año por 8
Publio Cornelio Cetego y Aulo Postumio Albino, un mástil del circo, que estaba mal asegurado, cayó sobre la estatua de Polencia [284] y la derribó. El consiguiente temor reli- 9
gioso hizo que los senadores decidieran añadir un día más de juegos y reponer dos estatuas en lugar de una, y que la nueva que se hiciera fuese dorada. También los Juegos 10
Plebeyos fueron prolongados un día más por los ediles Gayo Sempronio Bleso y Marco Furio Lusco.

Las Bacanales. Primeras informaciones

El año siguiente la atención de los cón- 8
sules Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo se desvió del ejército y la preocupación por las guerras y las provincias hacia la represión de una conjura intestina. Los pretores hicieron el sorteo de competencias, 2
correspondiendo la pretura urbana a Tito Menio, la juris-

[284] Divinidad itálica que se contaba entre los *dei indigetes*.

dicción sobre casos entre ciudadanos y extranjeros a Mar-
co Licinio Luculo, Cerdeña a Gayo Aurelio Escauro, Sici-
lia a Publio Cornelio Sula, la Hispania citerior a Lucio
Quincio Crispino y la Hispania ulterior a Gayo Calpurnio
3 Pisón. La investigación acerca de las conspiraciones secre-
tas fue asignada por decreto a los dos cónsules. La cosa
comenzó con la llegada a Etruria de un griego desconocido
que no poseía ninguna de las muchas artes que difundió
entre nosotros el más culto de los pueblos para el cultivo
de la mente y del cuerpo: una mezcla de practicante de
4 ritos y adivino; y no era de los que imbuyen el error en
las mentes con unas prácticas religiosas declaradas predi-
cando abiertamente la doctrina de la que viven, sino un
5 maestro de ritos ocultos y nocturnos. Se trataba de un cul-
to en el que en un principio fueron iniciados unos pocos
y después comenzó a difundirse entre hombres y mujeres.
Al rito religioso se añadieron los placeres del vino y los
6 banquetes para atraer a mayor número de adeptos. Cuan-
do el vino [285] y la nocturnidad y la promiscuidad de sexos
y edades tierna y adulta eliminaron todo límite del pudor,
comenzaron a cometerse toda clase de depravaciones, pues
cada uno tenía a su alcance la satisfacción del deseo al
7 que era más proclive por naturaleza. Y no se trataba de
un solo tipo de maldad, como la violación indiscriminada
de hombres libres y de mujeres, sino que de la misma fra-
gua salían falsos testigos, falsos sellos de testamentos y
8 delaciones, así como filtros mágicos y muertes tan ocultas
que a veces ni siquiera se encontraban los cadáveres para
darles sepultura. A mucho se atrevían por la insidia, y a
mucho más por la violencia. Esta violencia quedaba tapa-
da por el hecho de que, debido a los chillidos y el estrépito

[285] Suprimiendo [*animos*], no es preciso suponer *incendisset*.

de los tímpanos y címbalos, no se podía oír ni una sola voz de los que pedían auxilio en medio de las violaciones y las muertes.

El carácter corrosivo de este mal se propagó de Etruria 9
a Roma como una enfermedad contagiosa. Al principio, la magnitud de la urbe, más capaz de dar cabida y soportar males como éste, lo mantuvo oculto, pero acabó por llegarle información al cónsul Postumio más o menos de
la manera siguiente: Publio Ebucio, cuyo padre había he- 2
cho el servicio militar en caballería con montura a cargo del Estado, había quedado huerfano a temprana edad, y, muertos después sus tutores, se había criado bajo la tutela de su madre Duronia y su padrastro Tito Sempronio Rútilo.
Por una parte, su madre estaba sometida al marido, y por 3
otra, el padrastro, que había administrado la tutela de tal forma que no estaba en condiciones de rendir cuentas, quería deshacerse del pupilo o bien tenerlo a su merced por algo que lo comprometiera. El único medio para corrom-
perlo eran las Bacanales. La madre se dirigió al joven y 4
le dijo que, estando él enfermo, había prometido con voto que en cuanto se pusiese bien lo iniciaría en los misterios de Baco, y ahora, comprometida con el voto por la bondad de los dioses, quería cumplir con su obligación. Se requerían diez días de castidad; el décimo día, después de que hubiese cenado y tomado el baño en agua pura, lo
llevaría al santuario. Una meretriz famosa, la liberta His- 5
pala Fenecia, no hecha para aquel menester al que se había habituado siendo una simple esclava, incluso después de haber sido manumitida se sustentaba con el mismo género
de vida. Entre ésta y Ebucio, a la par que vecindad, hubo 6
una estrecha relación que en nada perjudicaba ni a la economía ni a la reputación del joven, pues lo buscaba y lo amaba desinteresadamente, y él se sustentaba gracias a la

generosidad de la cortesana mientras los suyos se lo escati-
7 maban todo. Es más, atrapada por esta estrecha relación
había llegado al extremo de que al morir su patrono y no
estar bajo la tutela de nadie, pidió un tutor a los tribunos
y al pretor e hizo testamento nombrando a Ebucio único
heredero.

10 Como ya había estos compromisos de amor y no tenían
secretos el uno con el otro, el joven, en tono de broma,
le dijo que no se sorprendiese si dormía solo durante algu-
2 nas noches; por motivos religiosos, para cumplir un voto
hecho por su curación, quería ser iniciado en los ritos de
Baco. Al oír esto, la mujer, consternada, dijo: «¡No lo
permitan los dioses!», que más les valía morir, tanto a ella
como a él, antes de que hiciera semejante cosa; y lanzaba
imprecaciones y maldiciones sobre la cabeza de quien le
3 hubiera dado tal consejo. Sorprendido el joven ante sus
palabras y su profunda perturbación, le pide que cese en
sus imprecaciones, que era su madre, con el consentimien-
4 to de su padrastro, quien se lo había mandado. «Pues en-
toces, dijo, tu padrastro —porque tal vez no sea lícito acu-
sar a tu madre— tiene prisa por echar a perder, con esta
acción, tu virtud, tu reputación, tu porvenir y tu vida.»
5 Él, cada vez más sorprendido, preguntó de qué se trataba,
y ella, tras implorar la paz y el perdón de los dioses y
diosas si, impulsada por su amor hacia él, revelaba cosas
sobre las que debía guardar silencio, dijo que cuando era
esclava había entrado en aquel santuario acompañando a
su señora; que desde que era libre nunca se había acercado
6 allí; sabía que aquél era el taller de toda clase de deprava-
ciones, y le constaba que desde hacía dos años no había
7 sido iniciado nadie que tuviera más de veinte años. En cuan-
to alguien era introducido, era entregado como una vícti-
ma a los sacerdotes; éstos lo acompañaban a un lugar que

retumbaba con gritos, cánticos de coros y percusión de címbalos y tímpanos, para que no se pudiera oír la voz del que pedía auxilio cuando era sometido a violencias carnales. Por eso le pedía y le suplicaba que desechase por todos 8
los medios semejantes propósitos y no se metiese de cabeza en un sitio donde primero tendría que soportar y después cometer toda clase de infamias. Y no le dejó marchar 9
hasta que el joven le dio su palabra de que no tomaría parte en aquellos ritos.

El cónsul Postumio abre una investigación

Cuando llegó a casa y su madre hizo 11
referencia a lo que había que hacer aquel día y luego los días sucesivos en relación con los ritos, aseguró que no pensaba hacer nada de esto y que no tenía intención de ser iniciado. Estaba presente el padrastro en la conver- 2
sación. Al instante la mujer se pone a gritar que él no es capaz de estar diez noches sin acostarse con Hispala y que, hechizado por los encantos venenosos de aquella víbora, no tiene respeto ni a su madre ni a su padrastro ni a los dioses. Y recriminándolo por un lado la madre y por otro el padrastro lo echaron de casa con cuatro esclavos. El joven entonces se fue a casa de una tía paterna, 3
Ebucia, y le contó cuál era el motivo de que su madre lo hubiera echado; después, siguiendo su consejo, al día siguiente informó de los hechos al cónsul Postumio sin testigos. El cónsul lo despidió indicándole que volviera dos 4
días más tarde y él preguntó a su suegra Sulpicia, una mujer respetable, si conocía a una anciana del Aventino llamada Ebucia. Ella respondió que la conocía como una mu- 5
jer íntegra a la antigua usanza, y el cónsul dijo que necesitaba verse con ella, que le enviase recado para que viniera. Recibido el aviso, Ebucia se presentó ante Sulpicia y poco 6
después llegó el cónsul como por casualidad y llevó la con-

7 versación hacia Ebucio, el hijo de su hermano. La mujer rompió a llorar y comenzó a lamentarse por la suerte del joven que, después de haber sido despojado de sus bienes por quienes menos debían hacerlo, estaba entonces con ella, al haberlo echado su madre porque, siendo un joven honrado, se negaba —¡que los dioses le valieran!— a ser iniciado en unos misterios obscenos según se decía.

12 Convencido el cónsul de que había indicios suficientes acerca de la fiabilidad del testimonio de Ebucio, despidió a Ebucia y pidió a su suegra que hiciera venir a la liberta Hispala, también del Aventino, conocida por el vecindario, pues había cosas que quería preguntarle también a ella.
2 Hispala quedó desconcertada al recibir este mensaje porque no sabía por qué se la invitaba a presentarse ante una dama tan ilustre y respetable, y cuando vio en el vestíbulo a los lictores y el séquito del cónsul y al cónsul en persona
3 estuvo a punto de desmayarse. El cónsul la hizo pasar a una parte más interior de la casa y en presencia de su suegra, por si podía decidirla a decir la verdad, le aseguró
4 que no debía preocuparse, que se fiara de la palabra de una mujer como Sulpicia o de su propia palabra; que le explicara lo que solía ocurrir en los ritos nocturnos de las
5 Bacanales en el bosque sagrado de Estímula [286]. Al oír esto le entró tal pánico y tales temblores en todos sus miembros que durante largo rato no fue capaz de abrir la boca.
6 Cuando al fin se recuperó dijo que siendo esclava, muy niña aún, había sido iniciada junto con su ama; desde que había sido manumitida, hacía varios años, no sabía nada
7 de lo que allí ocurría. El cónsul dijo que ya el hecho en sí de no negar que había sido iniciada era encomiable, pe-

[286] Divinidad itálica identificada con Sémele. El bosque estaba entre el Aventino y la puerta Trigémina, cerca del Tíber.

ro que le contase también lo demás con la misma sinceri-
dad. Como ella aseguraba que no sabía nada más, le dijo 8
que si era desmentida por otro no tendría el mismo perdón
y el mismo reconocimiento que si confesaba espontánea-
mente, que a él se le había contado todo quien se lo había
oído a ella.

La mujer, convencida plenamente de que, como era el 13
caso, Ebucio había revelado el secreto, se echó a los pies
de Sulpicia y primeramente comenzó a rogarle que no per- 2
mitiese que la conversación de una liberta con su enamora-
do se convirtiese en algo no sólo serio sino incluso fatal;
ella había hecho aquellos comentarios para asustarlo, no
porque estuviera al tanto de cosa alguna. En ese momento 3
Postumio, montando en cólera, le dijo que también ahora
creía ella estar charlando con su amante y no en casa de
una dama respetabilísima y hablando con un cónsul; Sul-
picia, por su parte, alzó a la aterrada mujer y trataba a
un tiempo de animarla y de aplacar las iras de su yerno.
Por fin se recuperó y después de quejarse repetidas veces 4
de la perfidia de Ebucio que así le agradecía lo bien que
se había portado con él dijo que tenía un gran temor a 5
los dioses, cuyos misterios desvelaba, pero mucho mayor
a los hombres, que la harían pedazos con sus propias ma-
nos por delatora. Por eso pedía a Sulpicia y pedía al cón- 6
sul que la confinasen en algún lugar fuera de Italia donde
pudiese pasar el resto de su vida sin peligro. El cónsul la 7
animó a que estuviese tranquila y le dijo que él se ocuparía
de que viviese segura en Roma. Entonces Hispala reveló 8
los orígenes de los misterios. En un principio había sido
un santuario reservado a las mujeres donde se tenía por
costumbre no admitir a ningún hombre; había tres días
establecidos en el año en los que se iniciaba, durante el
día, en los misterios de Baco; se tenía por costumbre elegir

9 matronas por turno como sacerdotisas. Pacula Annia, una sacerdotisa de Campania [287], había introducido cambios radicales aparentemente por inspiración de los dioses; en efecto, ella había sido la primera en iniciar hombres, sus hijos Minio y Herennio Cerrinio, y además había cambiado el rito de diurno a nocturno y celebrado las iniciaciones cinco
10 días al mes en lugar de tres al año. Desde que los ritos eran promiscuos y se mezclaban hombres y mujeres y se había añadido la permisividad de la noche, no había delito ni inmoralidad que no se hubiera perpetrado allí; eran más numerosas las prácticas vergonzosas entre hombres que
11 entre hombres y mujeres. Los que se mostraban más reacios a someterse al ultraje o más remisos para las malas acciones, eran inmolados como víctimas. No considerar nada ilícito, éste era entre ellos el más alto principio religio-
12 so. Los hombres, como posesos, hacían vaticinios entre frenéticas contorsiones corporales; las matronas, ataviadas como bacantes, con el cabello suelto, corrían hasta el Tíber con antorchas encendidas y después de sumergirlas en el agua las sacaban con las llamas intactas porque contenían
13 azufre vivo y cal. Se decía que habían sido arrebatadas por los dioses personas que eran sustraídas a la vista atadas a máquinas y precipitadas en cavernas ocultas; eran los que se habían negado a conspirar o a asociarse a críme-
14 nes o a someterse a ultrajes sexuales. Eran una multitud muy numerosa, casi una segunda población, y entre ellos algunos hombres y mujeres de la nobleza. Hacía dos años que se había decidido no iniciar a nadie mayor de veinte años; se hacía la captación en edades más permeables al engaño y la corrupción.

[287] Sobre la penetración originaria del culto había, entre otras, una versión campana y otra etrusca.

Informe del cónsul al senado y al pueblo

Finalizada la declaración se hincó de 14
nuevo de rodillas y repitió los mismos rue-
gos de que la enviara lejos. El cónsul pi- 2
dió a su suegra que desocupara una parte
de la casa adonde pudiera trasladarse His-
pala. Se le asignó una estancia en la parte alta de la casa
cerrando el acceso por la escalera que conducía a la calle
y abriendo una entrada hacia el interior de la mansión.
Inmediatamente se trasladaron todos los enseres de Fece- 3
nia y se hizo venir sus esclavos, y Ebucio recibió instruc-
ciones de mudarse a casa de un cliente del cónsul.

Teniendo así a los dos denunciantes bajo su control,
Postumio dio cuenta del asunto al senado haciendo una
exposición ordenada y completa de lo que le había sido
denunciado en un principio y de lo que él había indagado
a continuación. Los senadores fueron presa de intenso pá- 4
nico, tanto por el interés público, no fueran a acarrear
algún perjuicio oculto o algún peligro aquellas conspira-
ciones y reuniones nocturnas, como por el interés particu-
lar por la suerte de los suyos, no fueran a estar implicados
en aquel delito. No obstante, el senado decidió que se die- 5
ran las gracias al cónsul por haber llevado aquella investi-
gación con particular cuidado y sin el menor desorden.
A continuación encarga a los cónsules que procedan por 6
vía extraordinaria contra las Bacantes y los ritos noctur-
nos, con instrucciones de asegurarse de que este asunto
no suponga ningún perjuicio para los informantes Ebucio
y Fecenia y de atraer con recompensas a otros denuncian-
tes; que se busque no sólo en Roma sino en todos los mer- 7
cados y centros de población, a los sacerdotes de esos ri-
tos, sean hombres o mujeres, para ponerlos a disposición
de los cónsules; además, que se publiquen en Roma y se
envíen por toda Italia edictos para que quien haya sido 8

iniciado en el culto a Baco se abstenga de participar en
reuniones y encuentros de carácter cultual y de realizar ac-
to alguno de semejantes ritos; que se proceda sobre todo
contra aquellos que se hayan reunido o juramentado para
9 cometer alguna inmoralidad o infamia. Esto fue lo que
decretó el senado. Los cónsules ordenaron a los ediles cu-
rules que buscasen a todos los sacerdotes de aquel culto
y los mantuviesen bajo arresto domiciliario para la investi-
gación; los ediles de la plebe vigilarían para que no se cele-
10 brase rito alguno en lugar cerrado. Los triúnviros capitales
quedaron encargados de colocar guardias por la ciudad y
tomar medidas para que no se celebrasen reuniones noc-
turnas de ninguna clase, así como de prevenir los incen-
dios; quinquéviros auxiliares de los triúnviros se responsa-
bilizarían cada uno de los edificios de su sector a uno y
otro lado del Tíber.

15 Una vez enviados los magistrados a estas misiones, los
cónsules subieron a los Rostros y, ante el pueblo reunido,
después de recitar la fórmula solemne de la plegaria que
suelen pronunciar los magistrados antes de hablar al pue-
2 blo, Postumio comenzó así: «No hubo nunca una asam-
blea, Quirites, en la que esta solemne invocación de los
dioses fuese tan oportuna, incluso tan necesaria, para re-
cordaros que son éstos los dioses a los que vuestros mayo-
res determinaron que se diese culto, venerase y suplicase,
3 y no aquellos que llevan a las conciencias, cautivas de ritos
extranjeros degradantes como acicateadas por las Furias,
4 a toda clase de delitos, a toda clase de desenfreno. Yo la
verdad, no sé qué callar ni hasta qué punto hablar. Si que-
dáis en la ignorancia de algunas cosas, temo incurrir en
negligencia; si lo revelo todo, temo asustaros en demasía.
5 Por mucho que diga, habéis de saber que siempre será po-
co en comparación con la atrocidad y la gravedad de los

hechos; pondré cuidado en que sea lo suficiente para que estéis en guardia. Tengo la certeza de que os habéis entera- 6
do, no sólo por comentarios sino además por los ruidos y gritos nocturnos que resuenan por toda la ciudad, de que las Bacanales están extendidas desde hace tiempo por toda Italia y ahora también por muchos puntos de Roma; pero estoy seguro de que no sabéis en qué consisten realmente. Unos creen que se trata de alguna forma de culto 7
a los dioses, otros piensan que son fiestas y diversiones permitidas y que, sea lo que sea, afecta a unas pocas personas. Por lo que se refiere al número, si os digo que se 8
trata de muchos miles es natural que os asustéis, aun antes de que añada quiénes son y de qué calaña. En primer 9
lugar, en efecto, una gran parte de ellos son mujeres, y ellas fueron el origen de este mal; después, hombres enteramente afeminados, corrompidos y corruptores, exaltados, embrutecidos por las vigilias, el vino, el ruido y los gritos nocturnos. La conjura no tiene fuerza alguna todavía pero 10
está cobrando enorme incremento porque su número va en aumento de día en día. Fue voluntad de vuestros ante- 11
pasados que ni siquiera vosotros os reunierais de forma casual y sin un motivo, sino sólo cuando, tras izar el estandarte en la ciudadela [288], se hacía salir al ejército para los comicios, o convocaban los tribunos la asamblea de la plebe o alguno de los magistrados una reunión, y consideraban que debía haber también un presidente legalmente establecido dondequiera que hubiese un número grande de gente. ¿Cómo creéis que serán unas reuniones en las que 12
en primer lugar hay nocturnidad y en segundo promiscuidad de hombres y mujeres? Si supierais a qué edad se ini- 13

[288] Era izado en el Janículo mientras se celebraban los comicios centuriados en el Campo de Marte.

cian los varones, sentiríais no sólo lástima sino vergüenza.
¿Creéis, Quirites, que se debe convertir en soldados a unos
jóvenes iniciados con un juramento como éste?, ¿confiar
las armas a estos que salen de un santuario de obscenidad?
14 Estos que están enfangados en las perversiones propias y
ajenas, ¿combatirán con las armas en defensa del honor
de vuestras mujeres y vuestros hijos?

16 Con todo, sería menos preocupante si simplemente se
hubieran reblandecido con sus infamias —la deshonra, en
gran medida, sería suya en ese caso— pero hubieran con-
servado limpias las manos de delitos y la conciencia de
2 malicia. Nunca se dio en la República un mal tan grave
ni que afectara a tantas personas y a tantas y a tantas
cosas. Sabréis que todos los actos de maldad que se han
cometido durante estos años en forma de libertinaje, enga-
ño y crimen han tenido su origen exclusivamente en ese
3 culto. Y todavía no han puesto en práctica todas las mal-
dades para las que se han juramentado. La impía conjura
se circunscribe de momento a delitos contra particulares
porque no tiene aún fuerza suficiente para aplastar al Es-
tado. El mal va creciendo y se va infiltrando día a día.
Está ya demasiado extendido como para mantenerse en el
ámbito de los intereses privados, apunta al conjunto del
4 Estado. Si no tomáis medidas, Quirites, en este momen-
to, paralelamente a esta reunión diurna legalmente convo-
cada por el cónsul podrá celebrarse otra durante la noche.
Ahora ellos, aislados, os temen a vosotros, unidos en asam-
blea; en breve, en cuanto os hayáis dispersado por vuestras
casas y vuestros campos y ellos se hayan reunido, estarán
haciendo planes para su propia seguridad al tiempo que
para vuestra perdición; entonces vosotros, aislados, debe-
5 réis temerlos a ellos, unidos. Cada uno de vosotros, por
consiguiente, debe desear que todos los suyos hayan con-

servado la sensatez, y si alguno se ha visto arrastrado a ese abismo por las bajas pasiones o la locura, considerarlo no como alguien de los vuestros sino de aquellos con los que se ha juramentado para toda clase de infamias y delitos.
Ni siquiera estoy seguro, Quirites, de que incluso alguno 6
de vosotros vaya por mal camino, pues nada presenta una apariencia tan engañosa como la falsa religión. Cuando 7
se pone la voluntad de los dioses como cobertura de los delitos, embarga el ánimo el temor a que, al castigar la mala conducta de los hombres, violemos algo afectado por las leyes divinas. Os liberan de este escrúpulo innumerables decretos de los pontífices, decretos del senado, y, por último, respuestas de los arúspices. ¿Cuántas veces en 8
tiempos de nuestros padres y de nuestros abuelos no se encomendó a los magistrados la misión de prohibir la celebración de cultos extranjeros, mantener alejados del foro, del Circo, de la ciudad, a los sacrificadores y adivinadores, requisar y quemar los libros de profecías, y abolir todo rito sacrifical que no fuese conforme al uso romano?
Y es que aquellos hombres tan entendidos en todo lo con- 9
cerniente al derecho divino y humano estimaban que nada contribuye tanto a destruir la religión como una situación en la que se celebran los sacrificios según un ritual no romano sino extranjero. He creído que debía haceros estas 10
consideraciones previas para que no turbara vuestro ánimo ningún temor religioso cuando nos vierais suprimir las Bacanales y disolver sus infames reuniones. Lo haremos todo 11
contando con la voluntad propicia de los dioses, los cuales, como estaban indignados de que se profanese su majestad con delitos y deshonestidades, sacaron esa maldad de las sombras que la ocultaban a la luz, y si quisieron que saliese a la luz no fue para que quedase impune sino para que fuese perseguida y aplastada. El senado nos ha 12

encomendado a mi colega y a mí una investigación extraordinaria sobre este asunto. Nosotros cumpliremos con prontitud lo que tenemos que hacer personalmente; la responsabilidad de las guardias nocturnas por la ciudad se
13 la hemos confiado a los magistrados menores. Es justo que también vosotros, a tenor de los deberes que conciernen a cada uno según la posición que ocupa, cumpláis con prontitud lo que se os ordene y colaboréis para evitar que por culpa de unos delincuentes se origine algún peligro o algún disturbio».

Adopción de medidas. Recompensas

17 A continuación mandaron dar lectura a los senadoconsultos y anunciaron que se ofrecía una recompensa a quien trajese a su presencia a algún inculpado o diese
2 su nombre si estaba ausente. Si alguien huía después de haber sido denunciado, señalarían una fecha determinada, y si en ella no respondía a la citación sería condenado en rebeldía. Si era denunciada una persona de las que entonces se encontraba fuera del suelo itálico, le concederían un plazo más amplio por si quería acu-
3 dir a defenderse. Publicaron luego un edicto prohibiendo cualquier intento de vender o comprar cosa alguna con el propósito de huir, y prohibiendo que nadie acogiese, escondiese o ayudase por ningún medio a los que huían.
4 Una vez disuelta la asamblea cundió por toda la ciudad un intenso pánico; y no se mantuvo sólo dentro de las murallas de la ciudad o las fronteras de Roma sino que comenzó a extenderse en todas direcciones por Italia entera a medida que llegaban cartas de inmigrados hablando del senadoconsulto, de la asamblea y del edicto de los cónsules.
5 En el curso de la noche que siguió al día en que se hizo público el asunto en la asamblea popular, muchos que intentaban huir fueron detenidos y obligados a volver por

los triúnviros, pues se habían apostado guardias en las puer-
tas; muchos fueron denunciados. Algunos de ellos, hom-
bres y mujeres, se suicidaron. Se decía que estaban impli- 6
cados en la conspiración más de siete mil entre hombres
y mujeres. Había constancia de que los cabecillas de la
conjura eran Marco y Gayo Atinio, de la plebe romana,
el falisco Lucio Opicerno y el campano Minio Cerrinio;
de ellos habían partido todas las fechorías e inmoralida- 7
des, ellos concretamente eran los sacerdotes y los organiza-
dores de aquel culto. Se tomaron medidas para arrestarlos
cuanto antes. Conducidos a presencia de los cónsules con-
fesaron lo que a ellos se refería y pasaron a las delaciones
sin la menor demora.

Pero eran tantos los que habían huido de la ciudad que, 18
como en muchos casos las acusaciones y cauciones queda-
ban sin efecto, los pretores Tito Menio y Marco Licinio
se vieron obligados, por intervención del senado, a retra-
sar treinta días las audiencias mientras los cónsules daban
por concluidas las investigaciones. Las mismas ausencias, 2
pues en Roma no se presentaban ni aparecían los que ha-
bían sido denunciados, obligaron a los cónsules a despla-
zarse por los núcleos de población e investigar e instruir
allí los procesos. A los que simplemente habían sido inicia- 3
dos, limitándose a repetir las palabras del sacerdote según
la fórmula sacramental al pronunciar las plegarias que con-
tenían la abominable conspiración para toda clase de deli-
tos e inmoralidades, pero no habían perpetrado en sí mis-
mos ni en otros ninguno de los actos a los que se habían
obligado bajo juramento, los dejaban en la cárcel; a los 4
que se habían deshonrado con actos vergonzosos u homici-
dios, o se habían manchado con testimonios falsos, sellos
falsificados, testamentos supuestos u otros fraudes, les apli-
caban la pena capital. Fueron más los ajusticiados que los 5

encarcelados, pero tanto en uno como en otro caso fue
6 muy elevado el número de hombres y de mujeres. Entrega-
ban las mujeres condenadas a los parientes o a quienes
ejercían la tutela sobre ellas para que ellos mismos proce-
dieran contra ellas en privado; si no había nadie que reu-
niera los requisitos para aplicar el castigo, se hacía en pú-
7 blico. A continuación se encomendó a los cónsules la tarea
de destruir todos los elementos del culto de Baco primera-
mente en Roma y después en toda Italia salvo que en al-
gún sitio hubiera algún antiguo altar o estatua consagrada.
8 Luego, mediante un senadoconsulto, se tomaron medidas
para que en adelante no hubiera Bacanales en Roma ni
en Italia. Si alguien consideraba consagrado por la tradi-
ción e irrenunciable dicho culto y que no podía dejar de
practicarlo sin sentirse culpable de impiedad, lo manifes-
9 taría al pretor y el pretor consultaría al senado. Si se le
daba autorización en una sesión del senado a la que asis-
tiesen al menos cien miembros, celebraría el rito a condi-
ción de que no asistiesen al sacrificio más de cinco perso-
nas ni tuviesen un fondo común ni maestro de ceremonias
ni sacerdote[289].

19 Luego, a propuesta del cónsul Quinto Marcio, se apro-
bó otro decreto relacionado con éste disponiendo que toda
la cuestión referente a los que habían servido de informa-
dores a los cónsules fuese sometida a la consideración del
senado cuando Espurio Postumio hubiese ultimado la in-
2 vestigación y estuviese de vuelta en Roma. Se decidió en-
viar a Árdea al campano Minio Cerrinio para su encarcela-
ción, advirtiendo a los magistrados ardeates que lo mantu-
viesen bajo estrecha vigilancia para evitar no sólo que se

---

[289] Se conserva el texto del *Senatusconsultum de Bacchanalibus* en una pieza de bronce descubierta en Calabria en el siglo XVII (*CIL* I², 581).

escapase sino que tuviese la posibilidad de quitarse la vida.
Bastante después llegó Espurio Postumio a Roma. Someti- 3
da por él a debate la cuestión de la recompensa de Publio
Ebucio y de Hispala Fecenia, como se habían descubierto
las Bacanales gracias a su colaboración, se aprobó un se- 4
nadoconculto a tenor del cual los cuestores urbanos entre-
garían cien mil ases de bronce a cada uno de ellos con
cargo al tesoro público, y el cónsul se pondría de acuerdo
con los tribunos de la plebe para que lo antes posible pro-
pusieran a la plebe dar a Ebucio por cumplido el servicio
militar de forma que no tuviese que servir a las armas si
no quería, ni el censor le asignase caballo público en con-
tra de su voluntad; asimismo, Hispala Fecenia tendría de- 5
recho a dar y enajenar sus bienes, casarse fuera de su *gens*,
y también a elegir tutor con la misma validez que si se
lo hubiera asignado un marido por testamento; además le
estaría permitido casarse con un hombre nacido libre sin
que ello significase perjuicio o descrédito alguno para quien
la tomase por esposa; asimismo, los cónsules y los pretores 6
ejercientes y sus sucesores se ocuparían de que aquella mu-
jer no sufriese daño alguno y estuviese segura. Esto era
lo que el senado quería y consideraba justo que así se hi-
ciese. Todas esas disposiciones fueron presentadas a la ple- 7
be y cumplidas de acuerdo con el senadoconsulto; en cuan-
to a la inmunidad y las recompensas de los demás denun-
ciantes, se dejó la decisión en manos de los cónsules.

Derrota en Liguria, victorias en Hispania, juegos, prodigios

Quinto Marcio había dado por conclui- 20
dos los procesos de su demarcación y se
disponía ya a marchar a su provincia de
Liguria después de hacerse cargo de un
suplemento de tres mil romanos de a pie y
ciento cincuenta de a caballo, y cinco mil
latinos de infantería y doscientos de caballería. A su colega 2

le había sido asignada la misma provincia y el mismo nú-
mero de soldados de a pie y de a caballo. Recibieron los
ejércitos que habían mandado el año anterior los cónsules
3 Gayo Flaminio y Marco Emilio. Además fueron autorizados
por un decreto del senado a reclutar dos nuevas legiones,
y exigieron a los aliados y latinos veinte mil soldados de
infantería y ochocientos de caballería, aparte de tres mil ro-
4 manos de a pie y doscientos de a caballo. Se pensaba en-
viar todas estas tropas, con excepción de las dos legiones,
para complementar el ejército de Hispania. Así pues, los
cónsules encargaron a Tito Menio llevar a cabo la reclu-
5 ta mientras ellos estaban ocupados con los procesos. Cuando
éstos hubieron finalizado partió primero Quinto Marcio con-
6 tra los lígures apuanos. Mientras los perseguía hasta las
profundidades de bosques recónditos en los que siempre
habían tenido escondrijo y refugio, quedó envuelto, en po-
sición desventajosa, en una garganta previamente ocupada.
7 Se perdieron cuatro mil hombres y cayeron en poder del
enemigo tres enseñas de la segunda legión, once banderas
de los aliados latinos y muchas armas arrojadas por todas
partes porque constituían un estorbo para los que huían
8 por los senderos de los bosques. Los lígures pusieron fin
9 a la persecución antes que los romanos a la huida. Para
que no resultase evidente en qué medida habían sido diez-
madas las tropas, el cónsul, nada más salir del territorio
10 enemigo, licenció al ejército en la zona pacificada. No obs-
tante, no pudo borrar el recuerdo del revés sufrido, pues
el desfiladero donde lo habían puesto en fuga los lígures
recibió el nombre de Marcio [290].

21 Apenas se había difundido desde Liguria la noticia de
lo ocurrido se dio lectura a una carta procedente de Hispa-

[290] Del nombre del cónsul.

nia que traía tristezas mezcladas con alegrías. Gayo Atinio, que había marchado hacía dos años para aquella provincia, se había enfrentado en batalla campal contra los lusitanos en territorio de Hasta [291]; cerca de seis mil enemigos habían muerto, siendo derrotados y puestos en fuga los demás y despojados de su campamento. A continua- 3 ción marchó al frente de las legiones [292] al asalto de la ciudad de Hasta, cuya toma no le costó mucho más trabajo que la del campamento; pero al acercarse a las murallas sin demasiadas precauciones resultó herido y murió pocos días después a causa de la herida. Tras la lectura de la 4 carta sobre la muerte del propretor el senado decidió enviar a alguien que diese alcance al pretor Gayo Calpurnio en el puerto de Luna [292bis] y le comunicase que el senado consideraba conveniente que apresurase la salida a fin de que no estuviese sin mando la provincia. El mensajero lle- 5 gó a Luna en tres días; Calpurnio había partido pocos días antes. También, en la Hispania citerior Lucio Manlio 6 Acidino, que se había ido a su provincia a la vez que Gayo Atinio, se enfrentó a los celtíberos en el campo de batalla. El combate finalizó sin que se decantase la victoria, salvo 7 el detalle de que levantaron de allí el campamento, mientras que los romanos tuvieron la posibilidad de enterrar a sus muertos y recoger los despojos de los enemigos. Pocos días más tarde, después de reunir un ejército más 8 numeroso, los celtíberos tomaron la iniciativa provocando a combate a los romanos cerca de la ciudad de Calagu-

Note: margin number 2 stands beside the first line.

[291] Mesas de Asta, en el término de Jerez de la Frontera. Se conserva un documento epigráfico con un decreto proconsular del año 189 declarando libres a los esclavos de Hasta (*CIL I*², 614).

[292] Según XXXVIII 36, 3, una.

[292bis] Cf. XXIV 8, 4 nota.

9 rris [293]. La tradición no explica qué fue lo que los hizo más débiles a pesar de haber aumentado sus efectivos. Fueron vencidos en combate, murieron en torno a los doce mil hombres, cayeron prisioneros más de dos mil, y los
10 romanos se apoderaron de su campamento. Y si la llegada del sucesor [294] no hubiese refrenado el brío del vencedor, habrían sido sometidos los celtíberos. Los nuevos pretores retiraron ambos sus ejércitos a los cuarteles de invierno.

22 Por la fecha en que llegaron de Hispania estas noticias se celebraron durante dos días los Juegos Taurios [295] por motivos religiosos. A continuación Marco Fulvio ofreció durante diez días, preparados con gran pomposidad, los juegos que había prometido con voto en la guerra etóli-
2 ca [296]. Con motivo de esta solemnidad acudieron de Grecia muchos artistas. También asistieron los romanos, por primera vez entonces, a una competición atlética, se ofreció una cacería de leones y panteras, y se celebró la fiesta con una abundancia y una variedad casi propia de la época
3 actual. Hubo luego un novenario sacro porque en el Piceno había llovido piedras durante tres días, y, según se decía, fuegos caídos del cielo en muchos lugares habían quemado, más que nada, la ropa de muchas personas con un
4 ligero roce. Además, en virtud de un dictamen de los pontífices, se añadió un día de rogativas porque había sido alcanzado por un rayo el templo de Ope [297] en el Capito-

---

[293] Calahorra.

[294] Lucio Quincio Crispino.

[295] Se consideraba que habían sido instituidos en honor de los dioses inferiores en tiempos de Tarquinio el Soberbio para conjurar una epidemia.

[296] Referida en XXXVIII 3, 3 ss., aunque sin mencionar la promesa votiva.

[297] Es la primera referencia a tal templo. Diosa de la fecundidad.

lio. Los cónsules hicieron expiaciones con víctimas adultas
y purificaron la ciudad. Más o menos por la misma fecha 5
llegó también la noticia de Umbría de que se había encontrado un hermafrodita de unos doce años de edad. Para conjurar semejante prodigio dieron orden de alejarlo del territorio romano y darle muerte cuanto antes.

En el mismo año pasaron a Venecia [298] los galos tran- 6
salpinos y sin devastación ni guerra ocuparon un espacio, no lejos de donde ahora se encuentra Aquilea [299], para fun-
dar una ciudad fortificada. Los embajadores romanos en- 7
viados allende los Alpes por este motivo recibieron la respuesta de que aquella gente había partido sin autorización oficial y no se se sabía qué hacían en Italia.

En aquella época, con el dinero reunido para ese fin 8
por reyes y ciudades, Lucio Escipión celebró durante diez días unos juegos que decía haber prometido con voto cuan-
do la guerra de Antíoco. Valerio Anciate sostiene que des- 9
pués de haber sido condenado y vendidos sus bienes fue enviado a Asia para resolver las diferencias entre los reyes
Antíoco y Éumenes, que fue entonces cuando recogió apor- 10
taciones económicas y reunió actores en Asia; sólo después de su misión se trató en el senado acerca de los juegos a los que no había hecho alusión una vez terminada la guerra en la que decía haberlos prometido con voto.

[298] En el territorio de los carnos, muy poco poblado.

[299] En 55, 5 se refiere la decisión de fundar una colonia latina. La finalidad era mantener a raya a los histros (cf. XL 26, 2). La *deductio* tuvo lugar en el año 181 (XL 34, 2).

Elecciones. Fundación de colonias

23 Como el año tocaba ya a su fin, Quinto Marcio iba a dejar el cargo estando ausente, y Espurio Postumio presidió los comicios después de llevar a término las investigaciones con la mayor honestidad
2 y escrupulosidad. Resultaron elegidos cónsules [300] Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano. Al día siguiente fueron elegidos pretores Publio Cornelio Cetego, Aulo Postumio Albino, Gayo Afranio Estelión, Gayo Atilio Serrano, Lucio Postumio Tempsano y Marco Claudio
3 Marcelino. Al final del año, como el cónsul Espurio Postumio había hecho saber que durante su recorrido por ambas costas de Italia con motivo de las investigaciones había encontrado despobladas las colonias de Siponto en el mar
4 Adriático y Buxento [301] en el Tirreno, el pretor urbano Tito Menio, en virtud de un decreto del senado, nombró triúnviro a Lucio Escribonio Libón, Marco Tucio y Gneo Bebio Tánfilo para alistar colonos con ese destino.

Tercera Guerra Macedónica: causas. Conferencia de Tempe

5 La guerra que se avecinaba con el rey Perseo y los macedonios no tuvo sus causas donde generalmente se supone, ni en el propio Perseo; los primeros movimientos los hizo Filipo, y él mismo habría conducido dicha guerra de haber vivido más tiempo.
6 Cuando se le impusieron las condiciones de paz tras su derrota [302], había una que le atormentaba de un modo particular: que el senado le hubiera negado el derecho a tomar venganza de los macedonios que lo habían abandonado

---

[300] Para el año 185.

[301] La *deductio* fue, en ambos casos, en el año 194 (XXXIV 45, 2). La decisión había sido tomada, en el caso de Buxento, en el año 197.

[302] En la paz de Tempe (cf. XXXI 11, 17 y 33, 30).

durante la guerra, cuando había acariciado la esperanza 7
de conseguirlo en el momento en que Quincio, al tratar
de las condiciones de paz, había dejado aplazado este pun-
to sin entrar en él. Más adelante, una vez vencido el rey 8
Antíoco en las Termópilas, se habían repartido los cometi-
dos y habían atacado el cónsul Acilio Heraclea y Filipo
Lamia; y como, tras la toma de Heraclea, se le había 9
dado orden de retirarse de las murallas de Lamia y la pla-
za se había rendido a los romanos, estaba resentido por
esta circunstancia. El cónsul mitigó su rabia al permitir 10
a Filipo hacer la guerra a Atamania y a Aminadro e incor-
porar a su reino las ciudades que los etolios habían arreba-
tado a los tesalios mientras él por su parte se dirigía a
toda prisa a Naupacto, donde se habían concentrado los
etolios después de la huida. Sin encontrar especial resisten- 11
cia, Filipo había echado de Atamania a Aminandro y ha-
bía recuperado algunas ciudades. También hizo que pasa- 12
ran a su dominio Demetríade, ciudad fuerte y estratégica-
mente situada en todos los sentidos, y el pueblo de los
magnetes. Asimismo tomó después en Tracia algunas ciu- 13
dades convulsionadas por las sediciones de sus principales,
como pernicioso efecto de la reciente y desacostumbrada
libertad, y las tomó aliándose a las facciones que en la
confrontación interna llevaban las de perder.

Con estas concesiones se apaciguó de momento el re- 24
sentimiento del rey contra los romanos. Con todo, se man-
tuvo siempre atento a reunir fuerzas, en tiempo de paz,
con vistas a utilizarlas en la guerra en cualquier momento
en que se le presentara la ocasión. Aparte de incrementar 2
los ingresos de su reino con impuestos sobre los productos
agrícolas y las aduanas marítimas, también puso de nuevo
en marcha la explotación de antiguas minas y abrió otras
nuevas en muchos sitios. Por otra parte, para devolver a 3

su antiguo nivel la densidad de población que se había per-
dido por los estragos de la guerra, aparte de asegurar la
reproducción de su raza obligando a todos a procrear y
4 criar hijos, también había trasladado a Macedonia a un
elevadísimo número de tracios, y al no tener que intervenir
en guerras durante algún tiempo, había dedicado toda su
5 atención a acrecentar los recursos de su reino. Posterior-
mente aparecieron nuevas razones para reavivar su resenti-
6 miento en contra de los romanos. Las protestas de los te-
salios y perrebos por la ocupación de sus ciudades por par-
te suya, y las de los embajadores del rey Éumenes por la
ocupación violenta de ciudades tracias y por el traslado
de la población a Macedonia, habían sido acogidas de tal
manera que quedaba claro que serían tenidas en cuenta.
7 El senado había quedado especialmente preocupado al oír
que se pretendía ya la ocupación de Eno y Maronea; la
8 preocupación por los tesalios era menor. También habían
venido diputados atamanes a quejarse no de la pérdida de
una parte de su territorio o de la violación de sus fronteras
sino de la caída de Atamania entera bajo la jurisdicción
9 del rey; y habían llegado los exiliados maronitas, expulsa-
dos por haber defendido la causa de la libertad frente a
la guarnición del rey; éstos contaban que tanto Maronea
10 como Eno estaban en poder de Filipo. También habían
llegado enviados de Filipo para exculparlo de estas impu-
taciones, asegurando que no se había hecho cosa alguna
11 sin la autorización de los generales romanos: el caso de
las ciudades de los tesalios y perrebos y magnetes y el del
pueblo de los atamanes con Aminandro habían sido idénti-
12 cos al de los etolios; tras la expulsión del rey Antíoco, el
cónsul, atareado en el asedio de las ciudades de Etolia,
había enviado a Filipo a recuperar las ciudades en cues-
tión; prestaban obediencia después de haber sido someti-

das por las armas. El senado, para no tomar ninguna deci- 13
sión en ausencia del rey, envió como delegados para dirimir
aquellas diferencias a Quinto Cecilio Metelo, Marco Bebio
Tánfilo y Tiberio Sempronio. En cuanto llegaron éstos se 14
convocó en Tempe, en Tesalia, una conferencia de todas
aquellas ciudades que tenían diferencias con el rey.

En ella ocuparon sus puestos los legados romanos 25
como árbitros, los tesalios y perrebos y los atamanes como
claros acusadores, y Filipo dispuesto a escuchar los cargos
como acusado. Los jefes de las delegaciones, según el ta- 2
lante de cada uno, hablaron en tono más duro o más con-
ciliador, con simpatía o con animosidad hacia Filipo.
Ahora bien, la controversia recaía sobre Filopópolis [303], 3
Trica, Faloria, Eurímenas [304] y las otras ciudades del con-
torno, y la cuestión era si, perteneciendo a los tesalios por 4
derecho, habían sido tomadas por la fuerza y ocupadas
por los etolios —pues se daba por descontado que Filipo
se las había quitado a los etolios—, o si por el contrario
dichas ciudades habían sido etolias desde antiguo, pues Aci- 5
lio las había dejado en poder del rey en el supuesto de
que fueran de los etolios y estuvieran al lado de los etolios
voluntariamente, no obligadas por la fuerza de las armas.
Hubo discusión sobre una fórmula análoga referente a los 6
perrebos y los magnetes, pues los etolios, conquistándolas
a medida que se presentaba la ocasión, habían metido en
el mismo saco los derechos de todos. A estas cuestiones 7
susceptibles de discusión se sumaron las quejas de los tesa-
lios porque en caso de serles devueltas ahora aquellas ciu-
dades se las entregaría espoliadas y despobladas; en efecto, 8

[303] Gonfos. En 53, 10, se menciona otra Filipópolis, en Tracia.

[304] No parece que pueda ser la que Plinio (IV 9, 32) sitúa próxima a Melibea en Magnesia.

aparte de las pérdidas de hombres por las circunstancias
de la guerra, se había llevado a Macedonia a quinientos
jóvenes principales y los malempleaba en ocupaciones ser-
viles, y lo que se había visto obligado a devolver a los
tesalios había buscado la manera de devolverlo inservible.
9 Tebas Ftías había sido en otro tiempo el único emporio
marítimo próspero y productivo para los tesalios; el rey
había creado una flota mercante que dejando Tebas a un
lado hacía la ruta hasta Demetríade, donde había concen-
10 trado todo el tráfico marítimo. Ya ni siquiera respetaba
a los embajadores, que son inviolables por derecho inter-
nacional: se les había tendido una emboscada cuando iban
11 a ver a Tito Quincio. Por consiguiente, los tesalios estaban
todos tan asustados que nadie se atrevía a abrir la boca
ni en su propia ciudad ni en las asambleas de toda la na-
ción. Y es que estaban lejos los adalides de su libertad,
los romanos; tenían pegado a los costados un duro amo
que no les dejaba sacar partido de los buenos oficios del
pueblo romano. Ahora bien, ¿qué libertad hay si falta la
12 libertad de palabra? Ahora, y gracias a que confiaban en
el apoyo de los legados, podían lamentarse, más que ha-
blar. Si los romanos no tomaban alguna medida para ami-
norar el miedo de los griegos colindantes con Macedonia
así como la prepotencia de Filipo, de nada servía que éste
13 hubiera sido derrotado y ellos libertados. Como el caballo
rebelde que no obedece al freno, había que sujetarlo apre-
14 tando más el bocado. Tal era el tono desabrido de los últi-
mos en hablar, mientras que los anteriores en tono suave,
habían tratado de apaciguar la ira del rey pidiéndole
15 que disculpara a quienes hablaban en nombre de la liber-
tad y que, dejando a un lado las maneras autoritarias del
amo, se habituase a comportarse como aliado y amigo e
hiciese lo mismo que el pueblo romano, que prefería com-

prometer a los aliados más con los lazos de la simpatía
que con los del miedo. Después de oír a los tesalios, los 16
perrebos pretendían que Gonocóndilo [305] —a la que Filipo
había dado el nombre de Olimpíade— había pertenecido
a Perrebia, y que les fuera devuelta, petición que hacían
extensible a Malea y Ericinio. Los atamanes reclamaban 17
la libertad y los enclaves fortificados de Ateneo y Petneo [306].

Filipo, para asumir el papel de acusador más que de 26
acusado, comenzó a su vez por las quejas, protestando porque los tesalios habían tomado por la fuerza de las armas
Menelaide [307], en Dolopia, que antes pertenecía a su reino,
y porque esos mismos tesalios junto con los perrebos habían tomado también Petra, en Pieria [308]; más aún, ha- 2
bían extendido sus pretensiones a Xinias, ciudad etolia sin
lugar a dudas, y Paraqueloide [309], que estaba sometida a
Atamania, había pasado a ser de los tesalios sin ningún
título legal. En cuanto a las imputaciones que se le hacían 3
de haber tendido una emboscada a unos embajadores y
haber propiciado el uso o el abandono de puertos de mar,
sobre la segunda era ridículo tener que dar explicaciones 4
sobre qué puertos elegían los mercaderes y los marinos,
y la primera era ajena a su línea de conducta. Eran mu- 5
chos los años durante los cuales no habían cesado los embajadores de dirigirse a los generales romanos y al senado,
a Roma, para presentar acusaciones contra él; ¿alguno de
ellos había sido jamás maltratado, ni siquiera de palabra?

---

[305] Cf. XLIV 6, 10.

[306] No hay otras menciones.

[307] En el año 189.

[308] Al norte de Perrebia.

[309] Podría referirse a la llanura próxima a Metrópolis. No puede ser la homónima de Arcadia ni la cercana a Lamia.

6 Se hablaba de una única ocasión en que se había tendido una emboscada a los que iban a ver a Quincio, pero no se añadía qué les había ocurrido. Aquéllas eran las acusaciones de los que buscan imputaciones falsas porque no
7 las tienen verdaderas. Los tesalios abusaban de la indulgencia del pueblo romano de forma descarada y desmedida, como quien después de una sed prolongada apura con
8 avidez exagerada la copa de la libertad plena; así, como los esclavos que han obtenido de pronto una manumisión que no esperaban, querían experimentar una absoluta libertad de palabra y de lenguaje y se jactaban de calumniar
9 e insultar a sus amos. A continuación, en un arrebato de cólera, añadió que aún no se había puesto el sol de todos los días. Tanto los tesalios como los romanos tomaron es-
10 tas palabras como una amenaza dirigida contra ellos. Cuando se hubieron calmado al fin los murmullos que levantó esta frase, respondió a los representantes de los perrebos y de los atamanes que era idéntico el caso de las ciudades
11 a las que se estaban refiriendo. El cónsul Acilio y los romanos se las habían asignado a él porque estaban de parte
12 de los enemigos. Si querían volverse atrás de su donación los que la habían hecho, sabía que tenía que ceder; pero estarían cometiendo un agravio a un amigo mejor y más leal para congraciarse con unos aliados tornadizos e inúti-
13 les; el agradecimiento menos duradero, en efecto, es el que se tiene por la libertad, sobre todo por parte de quienes estaban dispuestos a malgastarla haciendo un mal uso de ella.
14 Tras oír las alegaciones, los comisionados anunciaron su decisión: serían retiradas las guarniciones macedonias de las ciudades en cuestión, y el reino de Macedonia quedaría limitado por sus antiguas fronteras; en cuanto a los desafueros que unos y otros se quejaban de haber sufrido, había que establecer una fórmula jurídica aplicable al modo

de resolver las controversias entre aquellos pueblos y los macedonios.

Dejando al rey profundamente disgustado, los miem- 27
bros de la comisión marcharon de allí a Tesalónica para
examinar el caso de las ciudades de Tracia. Allí, los envia- 2
dos de Éumenes dijeron que si los romanos querían la li-
bertad de Eno y Maronea, ellos, por respeto, no tenían
nada que añadir salvo recomendar que los dejasen libres
de verdad, no de palabra, y no permitiesen que un tercero
les escamotease esa concesión; pero si no estaban especial- 3
mente preocupados por las ciudades situadas en Tracia,
era mucho más lógico que las que habían estado sometidas
a Antíoco pasaran, como recompensa de guerra, a poder
de Éumenes y no de Filipo, y ello por los servicios presta-
dos por su padre Átalo en la guerra librada por el pueblo
romano contra el propio Filipo o bien por los prestados 4
por él mismo, porque había participado en todos los tra-
bajos y peligros, por tierra y mar, en la guerra contra An-
tíoco. En ese sentido, además, tenía un precedente en la 5
decisión de la comisión de los diez, que al asignarle el Quer-
soneso y Lisimaquia le habían asignado también Maronea
y Eno, sin lugar a dudas, pues en razón de su proximidad
éstas constituían una especie de apéndice de la concesión
principal. Por cierto, ¿qué méritos contraídos ante el pue- 6
blo romano o qué título de soberanía había tenido Filipo
para imponer guarniciones a estas ciudades, cuando esta-
ban tan alejadas de las fronteras de Macedonia? Que man-
dasen llamar a los maronitas; por ellos se enterarían con
mayor exactitud de todo lo concerniente a la situación de
aquellas ciudades.

Llamados los representantes de los maronitas, dijeron 7
que la guarnición del rey no estaba en un solo punto de
la ciudad, como en otras poblaciones, sino en muchos si-

tios al mismo tiempo, y que Maronea estaba llena de ma-
8 cedonios; consiguientemente, los acólitos del rey eran los amos; sólo a ellos les estaba permitido hablar tanto en el senado como en las asambleas; ellos acaparaban todos los
9 cargos para sí mismos o para dárselos a otros. Los mejores ciudadanos, los que se preocupaban por la libertad y por las leyes, o estaban en el exilio, expulsados de su patria, o estaban silenciados, postergados y sometidos a los peores.
10 Añadieron también algunas consideraciones acerca de las fronteras legítimas: Quinto Fabio Labeón, cuando había estado en aquella región, había señalado a Filipo como línea fronteriza la antigua vía real que conduce a Parorea [310], en Tracia, sin doblar nunca hacia el mar; posteriormente Filipo había trazado una nueva vía para abarcar las ciudades y los campos de los maronitas.

28 Filipo, siguiendo en su réplica una línea de argumentación muy distinta a la empleada poco antes frente a los tesalios y perrebos, dijo: «Mi debate no es con los maronitas o con Éumenes, romanos, sino directamente con vosotros, de los que hace tiempo que me doy cuenta de que
2 no recibo nunca un trato justo. Yo pensaba que era justo que me fueran devueltas las ciudades macedonias que se habían rebelado contra mí durante el armisticio, y no porque ello fuese a simplificar un ensanchamiento importante de mi reino —se trata, en realidad, de ciudades pequeñas y situadas en los últimos confines—, sino por su gran importancia como ejemplo para contener a los demás mace-
3 donios. Me fue negado. Durante la guerra etólica el cónsul Manio Acilio me ordenó atacar Lamia; después de agotarme allí durante largo tiempo con trabajos de asedio y com-

[310] El nombre, en griego, significa «junto a las montañas». Cercana a la desembocadura del Estrimón.

bates, cuando estaba ya escalando las murallas el cónsul hizo que me alejase de la ciudad prácticamente tomada
y me obligó a retirar de allí mis tropas. Para compensar 4
esta injusticia se me permitió reconquistar algunos poblados fortificados, más que ciudades, de Tesalia, Perrebia y Atamania. Incluso éstos, Quinto Cecilio, me los habéis
quitado vosotros hace pocos días. Hace un rato los envia- 5
dos de Éumenes, así place a los dioses, daban como indiscutible que era más justo que fuese Éumenes y no yo quien tuviese en su poder lo que perteneció a Antíoco. Yo considero que la cosa es muy diferente. Éumenes, en efecto, no habría podido mantenerse en su reino simplemente con que los romanos no hubieran intervenido en la guerra, no ya con que no hubiesen vencido. De modo, pues, que es él quien está en deuda con vosotros, no vosotros con él.
En cambio, estaba tan lejos de correr peligro ninguna por- 6
ción de mi reino, que cuando Antíoco me ofreció espontáneamente por ser aliado suyo una recompensa de tres mil talentos y cincuenta naves cubiertas y todas las ciudades de Grecia que me habían pertenecido anteriormente, des-
deñé la oferta. Prefería ser su enemigo antes incluso de 7
que Manio Acilio trasladase a Grecia su ejército. Y con este cónsul llevé a cabo la parte de las operaciones bélicas
que me encomendó, cualesquiera que fuesen; y en cuanto 8
al cónsul Lucio Escipión, su sucesor, cuando decidió marchar por tierra al frente de su ejército hasta el Helesponto no sólo le permití pasar a través de mi reino sino que le habilité caminos, construí puentes y suministré provisiones,
y no sólo a través de Macedonia sino también de Tracia, 9
donde, entre otras cosas, era preciso garantizarle el com-
portamiento pacífico de los bárbaros. En reciprocidad por 10
este interés, por no decir servicio, para con a vosotros, romanos, ¿qué era lo que procedía por vuestra parte: aña-

dir algo para engrandecer mi reino con vuestra generosidad, o por el contrario quitarme, como estáis haciendo, lo que era mío por derecho o por concesión vuestra?
11 No me son restituidas las ciudades de los macedonios que vosotros mismos reconocéis que formaron parte de mi reino. Éumenes acude a despojarme como si de Antíoco se tratara, y, con el beneplácito de los dioses, basa su descarada tergiversación de la verdad en un decreto de la comisión de los diez con el que precisamente se le puede re-
12 batir y desmentir. En él está escrito, en efecto, en términos absolutamente claros y explícitos, que se asignan a Éumenes el Quersoneso y Lisimaquia. Y bien, ¿dónde aparecen consignados Eno y Maronea y las ciudades de Tracia? Lo que ni siquiera se atrevió a pedirles a ellos, ¿va a obtenerlo delante de vosotros como si lo hubiera conseguido de ellos?
13 Lo que importa es cuál queréis que sea mi posición ante vosotros. Si os habéis propuesto atacarme como a un enemigo personal y público, seguid en la línea de acción que
14 habéis emprendido; pero si me tenéis en alguna consideración como rey aliado y amigo, os ruego que no me consideréis merecedor de semejante afrenta».

29 Las palabras del rey causaron cierta impresión en los miembros de la comisión. Por eso, dejaron la cuestión en suspenso con una respuesta de compromiso: si las ciudades en cuestión habían sido adjudicadas a Éumenes por el decreto de la comisión de los diez, ellos no modificaban
2 nada; si Filipo las había conquistado en combate, las tendría por derecho de guerra como fruto de la victoria; si no se daba ninguno de los dos supuestos, su decisión era que se reservase al senado el estudio del asunto, y, para que todo quedase como en un principio, que fueran retiradas las guarniciones que se encontraban en aquellas ciudades.

Roma: ovación para Lucio Manlio Acidino. Revuelta de esclavos en Apulia

Éstos fueron los motivos principales que indispusieron 3
a Filipo con los romanos, de forma que podría pensarse
que la guerra no fue iniciada por su hijo Perseo por razo-
nes nuevas sino que fue legada por su padre por las antedi-
chas. En Roma no se pensaba en absoluto 4
en una guerra con Macedonia. El procón-
sul Lucio Manlio había regresado de His-
pania. Su petición de triunfo, presentada
ante el senado en el templo de Belona,
tenía a su favor la magnitud de las em-
presas llevadas a cabo pero tenía en su 5
contra el precedente que sentaba, porque era norma esta-
blecida por la tradición que no obtuviese el triunfo nadie
que no hubiese traído de vuelta su ejército, a no ser que
hubiese entregado a su sucesor una provincia sometida y
pacificada. De todos modos, a Manlio se le concedió un
honor intermedio, el de entrar en Roma recibiendo la ova-
ción. Llevó en el desfile cincuenta y dos coronas de oro, 6
además de ciento treinta y dos libras de oro y dieciséis
mil de plata, y anunció en el senado que el cuestor Quinto 7
Fabio traía diez mil libras de plata y ochenta de oro, que
también ingresaría en el erario.

Hubo aquel año en Apulia una amplia revuelta de es- 8
clavos. Gobernaba la provincia de Tarento el pretor Lucio
Postumio. Procedió éste con todo rigor contra una banda 9
de pastores que habían vuelto inseguros con sus asaltos
los caminos y los pastos públicos. Condenó a cerca de siete
mil personas; muchos huyeron inmediatamente, y muchos
fueron ejecutados. Los cónsules, retenidos por las levas 10
en las proximidades de Roma, partieron al fin hacia sus
provincias.

30 *Campañas en Hispania y en Liguria*

En Hispania aquel mismo año los pretores Gayo Calpurnio y Lucio Quincio sacaron sus tropas de los cuarteles de invierno a comienzos de la primavera y las concentraron en Beturia [310bis], y después avanzaron hacia Carpetania, donde se encontraba el campamento enemigo, decididos a conducir las operaciones de
2 común acuerdo. No lejos de las ciudades de Dipón [311] y Toledo se originó un combate entre los forrajeadores, y como éstos recibían refuerzos de los respectivos campamentos, poco a poco fueron saliendo todas las tropas al
3 campo de batalla. En aquel choque desorganizado el enemigo tuvo a su favor tanto el terreno como el tipo de combate. Los dos ejércitos romanos fueron derrotados y rechazados hasta el campamento. Los enemigos no aprovecharon su total desconcierto para perseguirlos de cerca.
4 Los pretores romanos, por temor a que fuera atacado al día siguiente el campamento, en el silencio de la noche siguiente hicieron salir al ejército dando las órdenes con
5 sigilo. Al clarear el día los hispanos se acercaron a la empalizada en formación de combate; entraron en el campamento inesperadamente vacío, arramblaron con lo que había quedado abandonado en la precipitación nocturna, y después de retornar a su campamento permanecieron inac-
6 tivos durante algunos días en los cuarteles. Entre el combate y la huida murieron unos cinco mil romanos y aliados, con cuyos despojos se armaron los enemigos. Desde
7 allí se encaminaron hacia el río Tajo. Entretanto los pretores romanos dedicaron todo aquel tiempo a recabar tropas

[310bis] Región comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir.

[311] Pero la *Dipo* de la que hay referencias estaba entre Mérida y Ebora, a gran distancia de Toledo.

auxiliares hispanas de las ciudades aliadas y a restablecer la
moral de los soldados tras el pánico de la derrota. Cuando 8
les parecieron suficientes las fuerzas y ya los propios soldados pedían enfrentarse al enemigo para borrar la humillación anterior, emplazaron el campamento a doce millas
del río Tajo. Desde allí emprendieron la marcha al tercer 9
relevo de la guardia en formación de combate y llegaron a la orilla del Tajo con las primeras luces del día.
El campamento enemigo estaba sobre una colina al otro 10
lado del río. Inmediatamente, por donde el río dejaba al descubierto dos puntos vadeables, pasaron el ejército, Calpurnio por el lado derecho y Quincio por el izquierdo, sin que el enemigo se moviese, mientras que sorprendido por la inesperada llegada delibera sobre qué hacer cuando habría podido sembrar el desconcierto entre quienes estaban
embarazados por el paso del río. Entretanto los romanos, 11
que ya habían trasladado al otro lado los bagajes y los habían reunido en un único punto, viendo que el enemigo se ponía ya en movimiento y no daba tiempo a fortificar
un campamento, se formaron en orden de batalla. En el 12
centro se situaron la legión quinta de Calpurnio y la octava de Quincio, que constituían lo más sólido de todo el ejército. Disponían de un llano despejado hasta el campamento enemigo, a salvo del peligro de emboscadas.

Los hispanos, cuando vieron dos columnas romanas al 31
lado de acá del río, para sorprenderlos antes de que pudieran reunirse y alinearse salieron de pronto del campamen-
to y se lanzaron al combate a la carrera. El choque fue 2
muy violento al principio, pues los hispanos estaban envalentonados por su reciente victoria y por su parte los soldados romanos estaban encorajinados por una humillación
a la que no estaban acostumbrados. El centro, formado 3
por las dos aguerridas legiones, se batía con gran denuedo.

El enemigo, en vista de que no era capaz de moverlas de
su posición de otra manera, adoptó la táctica de combatir
en cuña, y cada vez más numeroso y compacto presionaba
4 sobre el centro. Cuando el pretor Calpurnio vio que su
formación estaba allí en apuros, mandó a toda prisa a los
legados Tito Quintilio Varo y Lucio Juvencio Talna a ani-
5 mar cada uno a una de las legiones con orden de hacerles
comprender y recordar que las esperanzas de vencer y con-
servar Hispania dependen de ellas por completo; si retro-
ceden de aquella posición, nadie de aquel ejército verá ja-
más no ya Italia sino ni siquiera la orilla del otro lado
6 del Tajo. Él, por su parte, con la caballería de las dos
legiones, hizo una pequeña maniobra envolvente y se lanzó
de flanco contra la cuña enemiga que estaba presionando
7 sobre el centro. Quincio, con la caballería aliada, atacó
el otro flanco enemigo. Pero los jinetes de Calpurnio se
batían con mucho más denuedo, y el pretor más que na-
8 die, pues fue el primero en cargar contra el enemigo y ade-
más se metió de tal modo entre los contendientes que ape-
9 nas se podía discernir a qué bando pertenecía. El singular
arrojo del pretor enardeció a los jinetes y el de éstos a
los de a pie. El amor propio acicateó a los primeros centu-
riones, que vieron al pretor en medio de las armas arroja-
das por los enemigos, con lo cual, cada uno por su parte,
urgían a los abanderados ordenándoles que avanzaran con
las enseñas y a los soldados que los siguieran al instante.
10 Repiten todos el grito de guerra y se lanza una carga como
desde una posición más elevada. Igual que un torrente,
arrollan y abaten al enemigo, que es presa del desconcier-
to, y resulta imposible resistir su ataque en cargas sucesivas.
11 La caballería persiguió a los fugitivos hasta el campamen-
to, e irrumpió, mezclada entre el tropel de enemigos, den-
tro de la empalizada; allí los que habían quedado como

guarnición del campamento reiniciaron la lucha y los jinetes romanos se vieron obligados a apearse de los caballos.
Mientras ellos combatían llegó la legión quinta, y luego, 12
a medida que podían, iban llegando otras tropas. Los his- 13
panos fueron exterminados en todas partes por todo el campamento, y no escaparon más de cuatro mil hombres; de ellos, unos tres mil que habían conservado las armas alcanzaron un monte cercano, y mil, medio desarmados la
mayoría, se dispersaron por los campos. Habían sido más 14
de treinta y cinco mil enemigos, y de ellos sólo sobrevivió a la batalla un número tan reducido. Se capturaron ciento
treinta y tres enseñas. Entre romanos y aliados cayeron 15
poco más de seiscientos, y auxiliares de las provincias unos
ciento cincuenta. La pérdida de cinco tribunos militares 16
y unos pocos jinetes romanos hizo pensar en una victoria especialmente cruenta. Los romanos se quedaron en el campamento enemigo porque no habían tenido tiempo de for-
tificar uno propio. Al día siguiente, ante la asamblea de 17
soldados, Gayo Calpurnio elogió y galardonó con fáleras a los jinetes, y declaró que se había derrotado al enemigo y asaltado y tomado el campamento gracias sobre todo
a su colaboración. El otro pretor, Quincio, recompensó 18
a sus jinetes con cadenillas y fíbulas. También fueron condecorados gran número de centuriones de uno y otro ejército, sobre todo los que habían ocupado el centro de la formación.

Después de dar por finalizadas las levas y demás tareas 32
que debían ser llevadas a cabo en Roma, los cónsules marcharon a Liguria, su provincia, al frente del ejército.
Sempronio emprendió en Pisa la marcha contra los lígures 2
apuanos, y a base de devastar sus campos e incendiar sus aldeas y poblados fortificados dejó libre el paso hasta el

3 río Macra[312] y el puerto de Luna. Los enemigos ocuparon un monte en el que antiguamente se habían asentado sus antepasados, y, superando las dificultades del terreno, fue-
4 ron desalojados de allí por la fuerza. Apio Claudio, por su parte, igualó la suerte y el valor de su colega con varios combates favorables contra los lígures ingaunos. Además les tomó al asalto seis plazas, cogió en ellas muchos miles de prisioneros y decapitó a cuarenta y tres responsables de la guerra.

Roma: elecciones reñidas

5 Se acercaba ya la época de los comicios[313]. Sin embargo, aunque le había tocado en suerte a Sempronio presidirlos, llegó Claudio a Roma antes que él, porque aspiraba al consulado su hermano
6 Publio Claudio. Competían con él los patricios Lucio Emilio, Quinto Fabio y Servio Sulpicio Galba, candidatos de ocasiones anteriores que después de haber sido rechazados aspiraban de nuevo al cargo con mayor derecho por haber-
7 les sido negado antes. Como además no se podía elegir más que a uno de los patricios, la campaña electoral era
8 más reñida entre los cuatro candidatos. También optaban al cargo plebeyos cualificados: Lucio Porcio, Quinto Terencio Culeón y Gneo Bebio Tánfilo, a los que, a su vez, los fracasos habían llevado a la esperanza de conseguir por
9 fin el cargo alguna vez. De todos los candidatos sólo Claudio lo era por primera vez. La opinión pública daba como seguros a Quinto Fabio Labeón y Lucio Porcio Licino.
10 Pero el cónsul Claudio, sin lictores, andaba dando vueltas por el foro con su hermano, y por más que sus contrincantes y la mayor parte del senado le recordaban a voces

[312] El actual Magra.
[313] Para el año 184.

que debía tener presente que era cónsul del pueblo romano 11
antes que hermano de Publio Claudio, que por qué no permanecía sentado ante la tribuna presentándose como árbitro o como silencioso espectador de los comicios, no se pudo, sin embargo, contener su desmedido celo propagandístico. Los comicios se agitaron también en varias ocasio- 12
nes con los vivos debates de los tribunos de la plebe, que se batían en contra del cónsul o a favor de su opción, hasta que Apio consiguió su propósito de sacar adelante a su hermano, quedando eliminado Fabio. Resultó elegido 13
Publio Claudio Pulcro, contra lo que él mismo y los demás esperaban. Lucio Porcio Licino obtuvo su puesto, porque entre los plebeyos se compitió con pasión moderada, no con el apasionamiento de los Claudios. A continuación 14
se celebraron las elecciones de pretores, resultando elegidos Gayo Decimio Flavo, Publio Sempronio Longo y Aulo Terencio Varrón. Éstos fueron los acontecimientos civiles 15
y militares ocurridos el año en que fueron cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio.

Embajada de Oriente. Filipo y los maronitas

A principios del año siguiente, una vez 33
que informaron de su misión Quinto Cecilio, Marco Bebio y Tiberio Sempronio, que habían sido enviados para resolver las diferencias entre el rey Filipo y el rey Éumenes y las ciudades tesalias, los cónsules Publio Claudio y Lucio Porcio presentaron también ante el senado a 2
los enviados de dichos reyes y ciudades. Se repitieron por 3
ambas partes los mismos argumentos que habían sido expuestos en Grecia en presencia de los miembros de la comisión. A continuación el senado aprobó el envío a Grecia y Macedonia de una nueva comisión encabezada por Apio Claudio para comprobar si les habían sido devueltas las ciudades a los tesalios y a los perrebos. Se les encomen- 4

dó también la misión de hacer retirar las guarniciones de
Eno y Maronea y liberar de Filipo y los macedonios toda
5 la zona costera de Tracia. Asimismo recibieron instruccio-
nes de dirigirse al Peloponeso, de donde había marchado
la anterior comisión dejando la situación más confusa que
si no hubiera ido allí; en efecto, aparte de otras considera-
ciones, incluso habían sido despachados sin una respuesta
y sin conseguir, a pesar de haberlo solicitado, una reunión
6 del congreso de los aqueos. Cuando Quinto Cecilio había
protestado enérgicamente por este trato y al mismo tiempo
los lacedemonios se habían quejado porque sus murallas
habían sido destruidas, deportados a Acaya sus habitantes
y vendidos como esclavos, y abolidas las leyes de Licurgo
por las que se había regido hasta entonces su ciudad,
7 los aqueos se justificaban sobre todo por su negativa a
reunir la asamblea sacando a colación una ley que prohi-
bía convocar la asamblea a no ser por motivos de paz o
de guerra o que llegasen enviados del senado con cartas
8 o credenciales por escrito. Para que en el futuro no hubie-
se lugar a semejante excusa, el senado les dejó bien claro
que debían cuidarse de que siempre se les diese a los envia-
dos de Roma la posibilidad de dirigirse a la asamblea de
igual modo que también a ellos les daba audiencia el sena-
do cuantas veces quisieran.

34 Después de ser despachadas estas legaciones, Filipo,
como fue informado por los suyos de que era preciso reti-
rarse de las ciudades y sacar las guarniciones, lleno de ra-
bia contra todo el mundo, desfogó sus iras con los maroni-
2 tas. Mandó instrucciones a Onomasto, que estaba al cargo
de la zona costera, para que diera muerte a los jefes del
partido contrario. Onomasto, por medio de un tal Casan-
dro, uno de los partidarios del rey que residía en Maronea
desde hacía ya tiempo, dejó entrar a los tracios durante

la noche y llevó a cabo una matanza como si la ciudad
hubiera sido tomada en una guerra. Después, ante los comi- 3
sionados romanos que protestaban de que se hubiera tenido
un comportamiento tan cruel con los inocentes maronitas
y tan desafiante hacia el pueblo romano llegando al extre-
mo de degollar como enemigos a aquellos a quienes el se-
nado había decidido que les fuera devuelta la independen-
cia, Filipo aseguraba que ninguno de aquellos hechos tenía
nada que ver con él ni con ninguno de los suyos: habían 4
combatido entre ellos en una revuelta interna al tratar de
arrastrar a la ciudadanía unos hacia él mismo y otros hacia
Éumenes, cosa que podían comprobar fácilmente pregun- 5
tando a los propios maronitas (estaba seguro de que nadie
se atrevería a abrir la boca en contra suya, atemorizados
como estaban por el pánico de la reciente masacre). Apio 6
dijo que no hacía falta investigar, como si fuera dudoso,
algo evidente; si quería descargarse de responsabilidades
que enviase a Roma a Onomasto y Casandro, que según
se decía habían sido los ejecutores del delito, para que el
senado pudiera interrogarlos. En el primer momento, estas 7
palabras turbaron de tal modo al rey que se le demudó
el color y el semblante; luego, recuperada al fin la pre-
sencia de ánimo, dijo estar dispuesto, si así lo querían,
a enviar a Casandro, que había estado en Maronea; pero 8
¿qué tenía que ver con aquel incidente Onomasto, que no
había estado ni en Maronea ni siquiera en la zona próxi-
ma? Procuraba en mayor medida preservar a Onomasto, 9
amigo de rango más alto, y al mismo tiempo lo temía bas-
tante más como delator, porque había hablado con él per-
sonalmente y además lo tenía como colaborador y cómpli-
ce en muchas acciones de la misma naturaleza. Se cree 10
que también Casandro fue eliminado por envenenamiento
para evitar que saliese información por algún sitio, man-

dando gente que lo escoltase a través del Epiro hasta el mar.

Nuevos pasos de los enviados de Roma.

Debate entre Apio Claudio y Licortas

35 De un lado, los comisionados se retiraron de la entrevista con Filipo dejando constancia de que no quedaban en absolu-
2 to satisfechos con lo ocurrido, y de otro, Filipo plenamente convencido de que era preciso reemprender la guerra. No obstante, como sus fuerzas no estaban aún a punto para ello, con el fin de ganar tiempo decidió enviar a Roma a su hijo Demetrio para justificarse de las acusaciones y al mis-
3 mo tiempo para aplacar las iras del senado, en la convicción, además, de que algún peso tendría el propio joven, puesto que durante su estancia en Roma como rehén había
4 dado muestras de un carácter propio de un rey. Él, entretanto, emprendió la marcha aparentemente para prestar ayuda a los bizantinos pero realmente para amedrentar a los régulos de los tracios, y después de derrotarlos en un solo combate y coger prisionero al jefe Amadoco retornó a Macedonia tras enviar emisarios para instigar a los bárbaros de las riberas del río Histro [314] a invadir Italia.

5 También en el Peloponeso se estaba a la espera de los enviados de Roma, que habían recibido instrucciones de dirigirse a Acaya desde Macedonia. El pretor Licortas convocó una reunión para tener preparada una postura co-
6 mún frente a ellos. En ella se trató la cuestión de los lacedemonios: habían pasado de enemigos a acusadores, y existía el peligro de que fuesen más de temer una vez vencidos que antes como combatientes. Durante la guerra, en efecto, los aqueos habían contado con la ayuda de los roma-

[314] El Danubio. El bajo Danubio, en sentido estricto.

nos como aliados; ahora, en cambio, esos mismos romanos eran más proclives a los lacedemonios que a los aqueos,
desde el momento en que hasta un Areo y un Alcibíades, 7
ambos exiliados y retornados por intervención suya, habían participado en una delegación enviada a Roma en contra de la nación aquea que tanto había hecho por ellos, y habían utilizado un lenguaje tan hostil que más parecían
echados de su patria que devueltos a ella. De toda la asam- 8
blea se alzaron gritos pidiendo que presentase una moción particular con respecto a ellos, y como era el resentimiento y no la sensatez lo que lo dominaba todo, fueron condenados a muerte. A los pocos días llegaron los enviados de Roma. Se convocó asamblea general en Clitor, en Arcadia, para reunirse con ellos.

Antes de comenzar el debate había cundido el temor 36
entre los aqueos ante la idea de que la discusión no iba
a desarrollarse en pie de igualdad, porque veían acompa- 2
ñando a la comisión a Areo y Alcibíades, condenados por ellos en la asamblea anterior, y nadie se atrevía a abrir
la boca. Apio puso de manifiesto que el senado estaba pro- 3
fundamente contrariado por las quejas que habían presentado ante él los lacedemonios; en primer lugar, la matanza llevada a cabo en Compasio [315] con quienes habían venido
a defender su causa llamados por Filipemén; y en segundo 4
lugar, tras ensañarse con las personas de aquella manera, el no haber puesto límites a la crueldad en ningún terreno, demoliendo las murallas de una ciudad nobilísima, aboliendo unas leyes antiquísimas y suprimiendo la constitu-
ción de Licurgo, famosa en el mundo entero. Después de 5
pronunciar Apio estas palabras, Licortas, dado que era el pretor y dado que era partidaro de Filopemén, responsable de todo cuanto había ocurrido en Lacedemón, respondió

[315] Cf. XXXVIII 33, aunque allí no se cita la población.

6 en estos términos: «Hablar ante vosotros, Apio Claudio,
es para nosotros más difícil que lo fue hace poco hacerlo
7 ante el senado. Y es que entonces había que responder a
las acusaciones de los lacedemonios, y ahora hemos sido
acusados por vosotros, los mismos ante quienes hemos de
8 ejercer nuestra defensa. Asumimos esta condición de des-
ventaja con la esperanza de que tú nos escucharás con la
disposición de ánimo de un juez, dejando a un lado la
animosidad que mostraste hace unos instantes. Yo, en to-
do caso, me hago a la idea de que no te contesto a ti sino
a los lacedemonios delante de ti, puesto que acabas de re-
petir las quejas que ellos presentaron tanto aquí, ante Quin-
9 to Cecilio, primero, como en Roma después. Nos acusáis
del asesinato de los que habían sido llamados por el pretor
Filopemén para defenderse y encontraron la muerte. A mi
entender esta acusación no nos la debíais hacer vosotros,
romanos; es más ni siquiera debía sernos hecha en presen-
cia vuestra. ¿Y esto por qué? Porque en el tratado de alian-
za con vosotros constaba que los lacedemonios no tocarían
10 las ciudades de la costa. Aquella vez que empuñaron las
armas y ocuparon con un asalto nocturno las ciudades que
estaban obligados a respetar, si hubiese estado Tito Quin-
cio en el Peloponeso, si hubiese estado, como anteriormente,
el ejército romano, sin duda los que fueron cogidos por
11 sorpresa se habrían refugiado allí; al estar lejos vosotros,
¿a qué otro sitio podían acudir sino a nosotros, aliados
vuestros, a los que ya antes habían visto prestando ayuda
a Giteo y atacando Lacedemón juntamente con vosotros por
12 un motivo análogo? Por vosotros, pues, nos hemos metido
en una guerra justa y legítima. Cuando otros alaban este
comportamiento y ni siquiera los lacedemonios pueden de-
saprobarlo, y hasta lo han aprobado los dioses mismos con-
cediéndonos la victoria, ¿cómo es que son objeto de discu-

sión las acciones que se llevaron a cabo por derecho de guerra? La mayor parte de ellas, por otro lado, nada tienen que ver con nosotros. Responsabilidad nuestra es haber llamado, para que dieran explicaciones, a quienes habían incitado a la población a la guerra, habían asaltado las ciudades de la costa, habían saqueado, habían dado muerte a sus principales ciudadanos; pero el hecho de que fueran muertos cuando venían hacia nuestro campamento es responsabilidad vuestra, Areo y Alcibíades, que ahora, con el beneplácito de los dioses, nos acusáis, y no nuestra. Los exiliados lacedemonios, entre los que se contaron también estos dos, estaban entonces con nosotros, y creyéndose amenazados porque habían elegido las ciudades de la costa como lugar de residencia, se abalanzaron sobre aquellos con los que estaban resentidos debido a que por obra suya estaban alejados de su patria y ni siquiera tenían posibilidad de envejecer sin peligro en el exilio. Fueron, por tanto, los lacedemonios y no los aqueos quienes mataron a los lacedemonios; y no viene al caso discutir si esa muerte estuvo justificada o no.

13 (beside "nen que ver con nosotros. Responsabilidad nuestra es ha-"); 14 (beside "muerte a sus principales ciudadanos; pero el hecho de que"); 15 (beside "Los exiliados lacedemonios, entre los que se contaron tam-"); 16 (beside "sibilidad de envejecer sin peligro en el exilio. Fueron, por")

Pero al menos es responsabilidad vuestra, sin lugar a 37
dudas, aqueos, el haber suprimido las leyes, el antiquísimo ordenamiento jurídico de Licurgo, y haber derribado las murallas. ¿Cómo unas mismas personas pueden hacernos 2
estas dos acusaciones, si las murallas de Lacedemón no fueron construidas por Licurgo sino hace unos pocos años para acabar con la constitución de Licurgo? Los tiranos, 3
en efecto, se depararon últimamente con ellas una fortaleza y una defensa para sí mismos, no para la ciudad; y si hoy Licurgo levantara la cabeza se alegraría con sus ruinas y diría que ahora sí reconoce su patria, la Esparta de otro tiempo. En vez de esperar a Filopemén y a los aqueos, 4
vosotros mismos, lacedemonios, debisteis derribar con vues-

tras propias manos todos los vestigios de la tiranía.
5 Eran en efecto, una especie de vergonzosas marcas de vuestra esclavitud, y después de haber sido libres sin murallas durante casi ochocientos años y en alguna época incluso el primer pueblo de Grecia, rodeados de murallas como grilletes que os aherrojaran estuvisteis esclavizados durante
6 cien años. Por lo que se refiere a las leyes suprimidas, yo pienso que fueron los tiranos quienes quitaron a los lacedemonios su antigua legislación, que nosotros les dimos nuestras leyes y no les quitamos las suyas, que no
7 tenían, y que no prestamos un mal servicio a la ciudad al integrarla en nuestra Liga y amalgamarla con nosotros para que en todo el Peloponeso hubiera un único organis-
8 mo y una única Liga. Si nosotros por nuestra parte viviésemos bajo unas leyes y les hubiésemos impuesto a ellos otras diferentes entonces sí podrían, creo yo, quejarse de estar en condiciones de desigualdad jurídica y mostrarse indig-
9 nados. Bien sé, Apio Claudio, que este tono que vengo empleando hasta ahora en mi discurso no es el propio de un aliado ante otro ni el de un pueblo libre sino el de un verdadero esclavo que se justifica delante de su amo.
10 Porque si no fue vana aquella proclama del pregonero con la que dispusisteis que los aqueos más que ningún otro pueblo fuesen libres, si el tratado ha sido ratificado, si la alianza y la amistad son respetadas en un plano de igualdad, ¿por qué, si yo no os pregunto qué hicisteis los romanos tras la toma de Capua, vosotros pedís explicaciones de lo que hicimos los aqueos a los lacedemonios después de ven-
11 cerlos en una guerra? Algunos fueron muertos; supongamos que por nosotros. ¿Y qué? ¿No pasasteis vosotros por
12 las armas a los senadores campanos? ¿Que demolimos las murallas? Vosotros les quitasteis no ya las murallas sino
13 la ciudad y los campos. El tratado, me dirás, es entre igua-

les desde el punto de vista formal, pero de hecho los aqueos
tienen una libertad concedida graciosamente, mientras que
los romanos tienen además la supremacía. Soy consciente 14
de ello, Apio, y si no es el caso no protesto; pero por
mucha que sea la diferencia que media entre los romanos
y los aqueos, lo único que os pido es que unos enemigos
vuestros y nuestros no estén con respecto a vosotros a la
misma altura que nosotros, unos aliados; más aún, que
no gocen de mejores derechos. Porque nosotros hicimos 15
que estuviesen en condiciones de igualdad cuando les di-
mos nuestras leyes, cuando hicimos que pertenecieran a
la Liga Aquea. Lo que es suficiente para los vencedores
resulta poco para los vencidos; los enemigos pretenden más
de lo que tienen los aliados. Lo que fue sancionado y con- 16
sagrado con juramento y con documentos escritos esculpi-
dos en piedra como recordatorio perenne, se disponen a
anularlo convirtiéndonos en perjuros. Cierto que os respe- 17
tamos, romanos, y hasta os tememos, si queréis; pero más
respetamos y tememos a los dioses inmortales.» Fue escu- 18
chado con muestras de asentimiento por la gran mayoría,
y todos estimaban que había hablado a la altura de la dig-
nidad de su cargo, de forma que se veía claramente que
los romanos no podían mantener su prestigio si actuaban
con poca decisión. Entonces Apio dijo que aconsejaba en- 19
carecidamente a los aqueos que se mostraran indulgentes
mientras podían hacerlo por convencimiento propio, para
no tener que hacerlo muy pronto a la fuerza y en contra de
su voluntad. Estas palabras fueron recibidas entre lamen- 20
taciones generales, es cierto, pero provocaron miedo a ne-
garse a obedecer, y se limitaron a pedir que los romanos 21
introdujeran las modificaciones que creyeran convenientes
con respecto a los lacedemonios y evitaran a los aqueos
el escrúpulo de dejar ellos mismos sin efecto aquello que

habían sancionado con juramento. Únicamente fue anulada la sentencia condenatoria de Areo y Alcibíades emitida poco antes.

Roma: asignación de mandos. Lucha por la pretura

38 En Roma, a comienzos de aquel año, cuando se trató la cuestión de las provincias de cónsules y pretores, se les asignaron los lígures a los cónsules porque no
2 había guerra en ninguna parte. En cuanto a los pretores, a Gayo Decimio Flavo le tocó en suerte la jurisdicción urbana; a Publio Cornelio
3 Cetego la jurisdicción de ciudadanos y extranjeros; a Gayo Sempronio Bleso, Sicilia; a Quinto Nevio Matón, Cerdeña y además la investigación de los delitos de envenenamiento; la Hispania citerior a Aulo Terencio Varrón, y la His-
4 pania ulterior a Publio Sempronio Longo. De estas dos provincias llegaron casi al mismo tiempo los legados Lucio
5 Juvencio Talna y Tito Quintilio Varo; éstos, después de informar al senado acerca de la importante guerra que estaba prácticamente finalizada ya en Hispania, pidieron al mismo tiempo que por tan notables éxitos se celebraran actos en honor de los dioses inmortales y se permitiera a
6 los pretores repatriar al ejército. Se decretaron dos días de acción de gracias; con respecto a la repatriación de las legiones, como se trataba de ejércitos de cónsules y pretores, se decidió dejar la cuestión sin prejuzgar para un pos-
7 terior debate. Pocos días más tarde se le asignaron a cada uno de los cónsules, para Liguria, dos de las legiones que habían tenido a su mando Apio Claudio y Marco Sempro-
8 nio. En relación con los ejércitos de Hispania se suscitó un vivo debate entre los nuevos pretores y los amigos de
9 los ausentes Calpurnio y Quincio. Una y otra parte contaban con el apoyo de tribunos de la plebe y con el de un cónsul. Los unos anunciaban que pondrían el veto al sena-

doconsulto si se decidía la vuelta de los ejércitos, y los otros anunciaban que, si se interponía este veto, no permitirían que se aprobase ninguna otra resolución. Al final 10
resultó vencida la opción de los ausentes y se aprobó un senadoconsulto según el cual los pretores alistarían cuatro mil soldados de infantería y trescientos de caballaría, y cinco mil soldados latinos de a pie y quinientos de a caballo para llevarlos a Hispania. Después de distribuirlos entre las cua- 11
tro [316] legiones de modo que hubiera en cada una de ellas más de cinco mil infantes y trescientos jinetes, licenciarían primero a los que hubieran cumplido el tiempo de servicio 12
militar y después los irían licenciando según hubiese sido su grado de valor en combate al servicio de Calpurnio y Quincio.

Solucionada esta controversia surgió otra inmediatamen- 39
te a la muerte del pretor Gayo Decimio. Presentaron su 2
candidatura Gneo Sicinio y Lucio Pupio, que habían sido ediles el año anterior, Gayo Valerio, flamen de Júpiter, y Quinto Fulvio Flaco; este último sin la toga blanca, porque era edil curul designado, pero con más empeño que nadie, rivalizaba con el flamen. Y como al principio pare- 3
cía tener las mismas posibilidades y poco después incluso mayores, algunos de los tribunos de la plebe declararon que no se debía tener en cuenta su candidatura porque una 4
misma persona no podía ocupar ni ejercer dos magistraturas, y curules mucho menos, simultáneamente; otra parte consideraba razonable que se le declarase libre de trabas legales para dar al pueblo la posibilidad de elegir pretor a quien quisiese. El cónsul Lucio Porcio era en principio 5
partidario de no admitir su candidatura; luego, para adop- 6
tar esta medida contando con la autorización del senado,

[316] Seguimos el texto de Gronovius: *(e(os in)legiones quatuor).*

convocó a los senadores y dijo que sometía a su consideración el hecho de que un edil curul designado, sin base legal alguna y sentando además un precedente inadmisible en una ciudad libre, aspiraba a la pretura [316bis]; por su parte, si ellos no decidían otra cosa, estaba dispuesto a celebrar
7 los comicios conforme a la ley. Los senadores decidieron que el cónsul Lucio Porcio hablase con Quincio Fulvio para disuadirlo de poner obstáculos a la celebración regular de los comicios para la elección de un pretor en sustitución
8 de Gayo Decimio. Cuando el cónsul habló con él en los términos del senadoconsulto, Flaco contestó que no pensaba hacer nada que fuese indigno de él. Con su ambigua respuesta dio esperanzas, a quienes la interpretaron en sentido favorable, de que se plegaría a la autoridad del sena-
9 do; pero en el momento de los comicios empleaba en su campaña mayor contundencia que antes, con acusaciones de que el cónsul y el senado pretendían arrebatarle el favor del pueblo romano y crear animosidad contra él por la acumulación de cargos, como si no fuese evidente que una vez designado pretor cesaría como edil automática-
10 mente. El cónsul en vista de que iba a más el empecinamiento del candidato y que la simpatía popular se inclinaba cada vez más a su favor, suspendió los comicios y convocó al senado. En una concurrida sesión se decidió que se tratase la cuestión con Flaco delante del pueblo puesto que la autoridad del senado no había tenido efecto alguno
11 en él. Convocada la asamblea, el cónsul hizo su exposición, pero Flaco, sin cambiar de actitud ni siquiera entonces, dio las gracias al pueblo romano porque con tanta simpatía, cuantas veces se le había dado la posibilidad de

[316bis] La pretura urbana era la más importante, podía ejercer el máximo poder ejecutivo en ausencia de los cónsules. Cf. nota a XXXVI 21, 6.

manifestar su voluntad, había expresado su intención de
elegirlo pretor; no estaba en su ánimo defraudar semejante 12
muestra de confianza de sus conciudadanos. Estas pala-
bras tan decididas le granjearon tal simpatía que no había
duda de que sería pretor en el caso de que el cónsul quisie-
ra admitir su candidatura. Los tribunos tuvieron serios en- 13
frentamientos entre ellos y con el cónsul, hasta que el se-
nado, convocado por el cónsul, decidió que, como la obsti- 14
nación de Quinto Flaco y la deplorable parcialidad de la
población impedían el legal desarrollo de los comicios para
elegir un pretor sustituto, era criterio del senado que había
pretores suficientes; Publio Cornelio asumiría en Roma las 15
dos jurisdicciones y celebraría unos juegos en honor de
Apolo.

Catón, censor

Suspendidos así los comicios por la pru- 40
dencia y la firmeza del senado llegaron
otros más reñidos, pues era mayor su tras-
cendencia y también el número y el po-
der de los contendientes. Aspiraban a la 2
censura, en una reñida pugna, los patricios Lucio Valerio
Flaco, Publio y Lucio Escipión, Gneo Manlio Vulsón y
Lucio Furio Purpurión, así como los plebeyos Marco Por- 3
cio Catón, Marco Fulvio Nobílior, Tiberio Sempronio Lon-
go y Marco Sempronio Tuditano. Pero Marco Porcio sa-
caba gran ventaja a todos los patricios y plebeyos de las
más distinguidas familias. Había tal fuerza de carácter y 4
de talento que se tenía la impresión de que, cualquiera que
fuese su extracción social, se habría labrado por sí mismo
una posición. Poseía todas las dotes para desarrollar cual-
quier actividad tanto privada como pública; estaba igual-
mente versado en cuestiones de la vida urbana y del campo.
A unos los lleva a los más altos cargos el conocimiento 5
del derecho, a otros la elocuencia, a otros la gloria militar;

él tenía un genio tan polivalente igualmente apto para todo
que, cualquiera que fuese la actividad que desarrollaba,
6 se diría nacido expresamente para ella. En la guerra muy
decidido para la acción, distinguido en mil combates nota-
bles; y además un gran general, una vez que llegó a la
graduación más alta; y también en la paz un gran experto
como jurisconsulto, y muy elocuente a la hora de defender
7 una causa; y no de aquellos cuya oratoria está en boga
mientras viven pero no se conserva ningún testimonio de
su elocuencia; al contrario, ésta vive y está vigente, consa-
8 grada en escritos de todo género. Sus discursos, en defensa
propia y de otros y contra otros, son muy numerosos, pues
agotó a sus enemigos como acusador y como defensor.
9 Fue blanco de muchas, demasiadas, enemistades, y otros
fueron blanco de las suyas, y es difícil decir quién persi-
guió más a quién, la nobleza a él o él a la nobleza.
10 Fue hombre de carácter áspero, sin duda, de lengua mor-
daz y exageradamente franca, pero de natural no domina-
do por los apetitos, de estricta integridad, por encima del
11 afán de popularidad y de las riquezas. En sobriedad, en
aguante de la fatiga y el peligro, era casi de hierro física
y moralmente, y no lo quebró ni siquiera la vejez, que
12 todo lo debilita; defendió un caso cuando contaba ochenta
y seis años, escribió y pronunció su propia defensa, y a
los noventa años sometió a Servio Galba al juicio del
pueblo.

41 Igual que durante toda su vida, ahora que era candida-
to era objeto de las presiones de la nobleza. Todos los
candidatos salvo Lucio Flaco, que había sido colega suyo
en el consulado, se habían unido para dejarlo fuera del
2 cargo, y no sólo para ocuparlo ellos o porque no se resig-
naran a ver como censor a un «hombre nuevo» sino por-
que presagiaban una censura rigurosa y peligrosa para la

reputación de muchos si la ejercía quien había sido atacado por más de uno y estaba deseoso de atacar. De hecho 3
también entonces empleaba en su campaña un tono amenazante, alegando que estaban en contra suya los que temían una censura independiente y valiente. Y al mismo 4
tiempo apoyaba a Lucio Valerio: sólo con éste como colega era posible perseguir la moderna corrupción y restablecer la antigua moral. El pueblo, enardecido con este discurso y a pesar de la oposición de la nobleza, eligió como censor a Marco Porcio y además le agregó a Lucio Valerio Flaco como colega.

Inmediatamente después de las elecciones de censores 5
partieron hacia sus provincias los cónsules y los pretores con la excepción de Quinto Nevio, cuya marcha a Cerdeña se vio demorada al menos durante cuatro meses por los procesos sobre envenenamiento; gran parte de ellos los llevó a cabo fuera de Roma, en los municipios y centros locales de población, porque así se había considerado más conveniente. Si se ha de dar crédito a Valerio Anciate fue- 6
ron casi dos mil los condenados por él. Por su parte, el pretor Lucio Postumio, al que había correspondido la jurisdicción de Tarento, reprimió grandes movimientos subversivos de pastores y cerró con escrupulosidad los últimos restos de la investigación sobre las Bacanales. De los mu- 7
chos que no habían comparecido al ser citados o habían dado por perdidas las fianzas y estaban escondidos en aquella parte de Italia, a unos los condenó como culpables y a otros los detuvo y los envió a Roma al senado. Publio Cornelio los metió a todos en la cárcel.

En la Hispania ulterior la situación se mantuvo tran- 42
quila tras haber sido quebrantados los lusitanos en la última guerra. En la citerior, en territorio suesetano, Aulo Terencio tomó al asalto con manteletes y obras de asedio la

plaza de Corbión [317] y vendió los prisioneros; a partir de
entonces hubo tranquilidad en los cuarteles de invierno en
2 la provincia citerior. Los pretores salientes, Gayo Calpur-
nio Pisón y Lucio Quincio, regresaron a Roma. El senado
acordó, por amplia mayoría, concederles el triunfo a am-
3 bos. Celebró primero Gayo Calpurnio su triunfo sobre los
lusitanos y celtíberos; llevó en el desfile ochenta y tres co-
4 ronas de oro y doce mil libras de plata. Pocos días después
celebró Lucio Quincio Crispino el suyo, también sobre los
lusitanos y los celtíberos, llevando en el desfile igual canti-
dad de oro y plata.

5 Los censores Marco Porcio y Lucio Valerio hicieron
la revisión del senado en un clima de expectación y temor.
Excluyeron a siete miembros del senado, entre ellos al ex-
cónsul Lucio Quincio Flaminino, distinguido por su noble-
6 za y carrera política. En tiempos de nuestros padres se es-
tableció, al parecer, la práctica de que los censores escri-
bieran anotaciones junto a los nombres de los excluidos
del senado. De Catón se conservan además otras duras re-
quisitorias contra aquellos a los que removió de sus esca-
7 ños de senadores o a los que suprimió el caballo. La más
impresionante con mucho fue la invectiva contra Lucio
Quincio; de haberse expresado así como acusador antes
de consignar la nota censoria y no como censor después
de la misma, no habría podido mantener a Lucio Quincio
en el senado ni siquiera su hermano Tito Quincio aun en
8 el caso de que fuese censor en ese momento. Lo acusó,
entre otras cosas, de haberse llevado de Roma a su provin-
cia de la Galia, con la promesa de grandes regalos, a un
joven prostituido caro y famoso, Filipo el Cartaginés.

[317] Sólo aparece nombrada aquí. ¿En el valle navarro de Sangüesa, o entre éste y el Ebro?

Este muchacho había reconvenido con frecuencia al cón- 9
sul, entre los escarceos del placer, por haberlo sacado de
Roma para vender sus favores a su enamorado precisa-
mente en el momento de un espectáculo de gladiadores.
Casualmente, en una ocasión en que estaban banquetean- 10
do, cuando ya el vino les había hecho entrar en calor, se
anunció en el transcurso del festín, que había llegado co-
mo tránsfuga un noble boyo acompañado de sus hijos que
quería entrevistarse con el cónsul para recibir garantías de él
personalmente. Introducido en la tienda comenzó a dirigir- 11
se al cónsul a través de un intérprete. Mientras estaba ha-
blando el boyo, Quincio preguntó al prostituto: «Puesto
que te perdiste el espectáculo de gladiadores, ¿quieres ver
ahora mismo cómo muere este galo?». Como el otro, me- 12
dio en broma, hizo un gesto afirmativo, el cónsul, empu-
ñando ante tal gesto la espada que estaba colgada sobre
su cabeza primero hirió en la cabeza al galo que aún esta-
ba hablando, y después, mientras trataba de huir e implo-
raba la protección del pueblo romano y de los presentes,
le atrevesó el costado.

Valerio Anciate, que probablemente no había leído el 43
discurso de Catón y simplemente había dado crédito a una
historia puesta en circulación no se sabe por quién, expone
una versión diferente aunque parecida en pasión y crueldad.
Él relata que Quincio invitó a un festín en Placencia a una 2
mujer de mala reputación de la que estaba perdidamente
enamorado. Durante el mismo, por jactarse, entre otras
cosas contó a la ramera con cuánto rigor había llevado
a cabo las investigaciones y a cuántos condenados a muer-
te tenía en la cárcel a los que pensaba cortar la cabeza.
Entonces ella, que estaba reclinada a su lado, dijo que nunca 3
había visto a nadie cortando una cabeza y que tenía mu-
chas ganas de verlo. En ese momento el enamorado, por

complacerla, mandó traer a su presencia a uno de aquellos
4 desdichados y le cortó la cabeza. Ocurriera el hecho como
el censor lo hizo constar en su acusación o como lo cuenta
Valerio, es una crueldad y una atrocidad que en un ban-
quete donde es costumbre hacer libaciones a los dioses y
dar parabienes, se sacrificara una víctima humana y se man-
chara la mesa con su sangre para ofrecer un espectáculo
a una ramera desvergonzada reclinada entre los brazos de
5 un cónsul. En la parte final del discurso de Catón se le
presenta a Quincio una disyuntiva: negar este hecho y el
resto de los cargos, y defenderse previo depósito de una
fianza, o confesar, y pensar si alguien iba a sentir compa-
sión por su humillación cuando él, perdida la razón por
efecto del vino y la lujuria, se había divertido con la san-
gre de un ser humano durante un banquete.

44 Al hacer la revisión de la lista de caballeros, se le supri-
mió el caballo a Lucio Escipión Asiático. También al reci-
bir las declaraciones de bienes fue una censura rigurosa
2 y severa para con todos los estamentos sociales. Los tasa-
dores jurados recibieron instrucciones de registrar multipli-
cando por diez su valor los ornamentos y vestidos femeni-
3 nos y los vehículos de más de quince mil ases. Asimismo,
los esclavos menores de veinte años que hubiesen sido ven-
didos en los últimos cinco años por diez mil ases o más,
serían tasados también multiplicando su valor por diez. Y
sobre todos estos bienes se aplicaría una tasa del tres por
4 mil. Suprimieron todas las conducciones de agua pública
a edificios o fincas privadas, e hicieron demoler, en un
plazo de treinta días, los edificios o construcciones que los
5 privados tenían en terreno público. A continuación, con
el dinero destinado a tal fin, adjudicaron la construcción
de obras públicas: pavimentación, con piedra, de los depó-
sitos, limpieza del alcantarillado donde fuera necesario y

construcción de uno nuevo en el Aventino y en otros sitios
donde todavía no lo había. Y, por separado, Flaco hizo 6
construir un dique en las Aguas de Neptuno para que
pudiera pasar la gente, y una calzada a través de los mon-
tes de Formias, mientras que Catón adquirió para uso pú- 7
blico dos atrios en las Lautumias, el Menio y el Ticio, y
cuatro tiendas, construyendo allí una basílica que recibió
el nombre de Porcia. Además adjudicaron en subasta la
recaudación de los impuestos al precio más alto y los sumi-
nistros estatales al más bajo. Como el senado, dejándose 8
convencer por las súplicas y las lágrimas de los adjudicata-
rios de las subastas, ordenó cancelar estos contratos y ha-
cerlos de nuevo, los censores, excluyendo de la subasta me-
diante un edicto a los que se habían sustraído al cumpli-
miento de los contratos anteriores, hicieron de nuevo to-
das las adjudicaciones rebajando ligerísimamente los pre-
cios. Fue una censura notable y plagada de enemistades, 9
de las que fue objeto durante toda su vida Marco Porcio,
al que era atribuido aquel rigor.

El mismo año se fundaron dos colonias, Potencia [318] 10
en el Piceno y Pisauro [319] en territorio gálico. Se asignaron
seis yugadas por cabeza. Hicieron el reparto de tierras y
condujeron las dos colonias los mismos triúnviros, Quinto
Fabio Labeón, Marco Fulvio Flaco y Quinto Fulvio Nobi-
lior. Los cónsules de aquel año no hicieron nada rese- 11
ñable ni desde el punto de vista político ni desde el mi-
litar.

---

[318] Colonia de ciudadanos romanos. Hoy Potenza Picena, en la provincia de Macerata.

[319] Pesaro. También de ciudadanos romanos.

Nuevos magistrados. Prodigios. Embajadas

45 Para el año siguiente [320] fueron elegidos cónsules Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labeón.

Marco Claudio y Quinto Fabio, el quince de marzo, fecha en que entraron en funciones, sometieron a debate la cuestión de sus provin-
2 cias y las de los pretores. Habían sido elegidos pretores Gayo Valerio, flamen de Júpiter que también había optado al cargo el año anterior, y Espurio Postumio Albino, Publio Cornelio Sisenna, Lucio Pupio, Lucio Julio y Gneo
3 Sicinio. A los cónsules les fue asignada como provincia Liguria con los mismos ejércitos que habían tenido Publio
4 Claudio y Lucio Porcio. Las Hispanias no entraron en sorteo, dejándolas a los pretores del año anterior con sus ejércitos. Los pretores recibieron instrucciones de realizar el sorteo de manera que al flamen de Júpiter le correspondiera en todo caso una de las dos jurisdicciones de Roma;
5 le tocó en suerte la pretura peregrina. Correspondió la urbana a Cornelio Sisenna, Sicilia a Espurio Postumio, Apulia a Lucio Pupio, Galia a Lucio Julio y Cerdeña a Gneo
6 Sicinio. Lucio Julio recibió orden de darse prisa. Los galos transalpinos habían pasado a Italia por rutas de montaña desconocidas hasta entonces, como queda dicho, y estaban levantando una ciudad fortificada en el que ahora es terri-
7 torio de Aquilea. Se encargó al pretor la misión de impedírselo en la medida en que le fuera posible sin combatir. En caso de que fuera necesario recurrir a las armas para impedírselo, lo haría saber a los cónsules; se quería que uno de ellos marchase con sus legiones contra los galos.

[320] Para el año 183.

A finales del año anterior habían tenido lugar los comicios para elegir augur [321]. En sustitución del fallecido Gneo Cornelio Léntulo había sido elegido Espurio Postumio Albino. 8

A comienzos de este año falleció el pontífice máximo 46
Publio Licinio Craso, en sustitución del cual fue designado pontífice por cooptación Marco Sempronio Tuditano; pontífice máximo fue elegido Gayo Servilio Gémino. Con 2
motivo del funeral de Publio Licinio se hizo una distribución de carne, combatieron ciento veinte gladiadores, y se celebraron tres días de juegos funerarios y un banquete a continuación de los juegos. Durante éste, cuando esta- 3
ban colocados por todo el foro los triclinios, se desencadenó una tempestad con grandes aguaceros que obligó a la mayoría a plantar tiendas en el foro; éstas fueron levanta- 4
das poco más tarde al serenarse el tiempo por todas partes, y todo el mundo comentaba que se había cumplido lo que habían predicho los adivinos en sus profecías, que sería necesario plantar tiendas en el foro. Cuando se habían libe- 5
rado de este temor supersticioso sobrevino otro, porque durante dos días seguidos había llovido sangre en la plaza de Vulcano, y por intervención de los decénviros se decretó una rogativa para expiar este prodigio.

Antes de partir hacia sus provincias los cónsules pre- 6
sentaron ante el senado a las delegaciones de ultramar. Nunca hasta entonces habían coincidido en Roma tantos de aquella región. Y es que desde que se había difundido en- 7
tre los pueblos colindantes con Macedonia la noticia de que los romanos no daban oídos sordos a las acusaciones y quejas contra Filipo, y que a muchos les había merecido la pena quejarse, las ciudades y los pueblos, cada uno por 8

[321] Mantenemos *comitia auguris creandi habita erant.*

sus propios intereses, e incluso personas particulares por
intereses privados —pues Filipo era un vecino incómodo
para todos— acudieron a Roma con la esperanza de repa-
rar un desafuero o al menos para tener el consuelo de de-
9 sahogarse. También llegó una delegación de parte del rey
Éumenes acompañada por su hermano Ateneo para que-
jarse de que no se retiraban de Tracia las guarniciones y
al mismo tiempo de que se hubiesen enviado tropas auxi-
liares a Bitinia, a Prusias, el cual estaba haciendo la guerra
contra Éumenes.

Demetrio ante el senado de Roma

47 A todo esto tenía que dar respuesta De-
metrio, muy joven aún por entonces. No
le resultaba fácil retener en la memoria
los cargos que se presentaban ni lo que
2 había que decir como réplica, pues apar-
te de ser muchas las cuestiones eran además muy de detalle
referentes a disputas de límites, secuestro de personas o
robos de ganado, sentencias no dictadas o dictadas a ca-
pricho, decisiones judiciales emanadas de la prepotencia
3 o la parcialidad. Los senadores, viendo que ni Demetrio
era capaz de explicar satisfactoriamente ninguna de estas
cuestiones ni ellos podían obtener de él una idea suficiente-
mente precisa, conmovidos tanto por la inexperiencia co-
mo por el embarazo del joven, mandaron preguntarle si
no le había entregado su padre algún apunte sobre aque-
4 llas cuestiones. Ante su respuesta afirmativa se estimó que
lo primero y más importante era tener las respuestas del
propio rey a cada uno de los puntos. Pidieron inmediata-
mente los apuntes y a continuación permitieron que los
5 leyera el propio joven. Pero se trataba de un resumen su-
cinto sobre las distintas cuestiones, de manera que en unos
casos decía haber obrado de acuerdo con las decisiones
de la comisión, y en otros, que las omisiones no habían

dependido de él sino de los mismos que hacían las imputa-
ciones. Había añadido también sus propias quejas sobre 6
la falta de imparcialidad de las decisiones, sobre las condi-
ciones de inferioridad por su parte en que se había desa-
rrollado la discusión en presencia de Cecilio, y sobre el
trato indigno e insultante que había recibido de todos sin
haber hecho él nada que lo justificase. El senado tomó 7
estos apuntes como una muestra del estado de irritación
del rey; pero como el joven en unos casos se justificaba
y en otros se comprometía a que se haría exactamente lo
que quisiera el senado, se decidió formular la siguiente res-
puesta: como quiera que se hubiesen desarrollado las co- 8
sas, su padre no podía haber hecho nada más oportuno
ni más del agrado del senado que el hecho de haber queri-
do dar satisfacción a los romanos a través de su hijo De-
metrio; el senado podía no darse por enterado, olvidar y 9
dar por pasadas muchas cosas, y en todo caso confiaba
en Demetrio; en efecto, retenían en prenda sus sentimien- 10
tos, aunque lo reintegraban a su padre, pues sabían que
era amigo del pueblo romano en la medida en que le era
posible dejando a salvo el respeto filial hacia su padre,
y por consideración hacia él enviarían delegados a Mace- 11
donia para que, si se había incumplido alguna obligación,
se estuviera aún a tiempo de reparar la omisión sin sanción
alguna por ello. El senado quería, además, que Filipo fue-
ra consciente de que, gracias a su hijo Demetrio, sus rela-
ciones con el pueblo romano seguían intactas en todos los
sentidos.

Esta actitud que se había mantenido con vistas a aumen- 48
tar la influencia del joven produjo el efecto inmediato de
hacerlo impopular, y, al poco tiempo, incluso de acarrear-
le la ruina.

2 A continuación se hizo entrar a los lacedemonios. Se sometían a discusión muchas y pequeñas cuestiones, pero las esenciales eran si debían ser devueltos o no los que ha-
3 bían sido condenados por los aqueos; si los que habían sido muertos lo habían sido justa o injustamente; y se discutía también si los lacedemonios debían permanecer en la Liga Aquea, o si, como había ocurrido anteriormente, habría un estatuto especial reservado a aquella única ciu-
4 dad en el Peloponeso. Se decidió que se reintegraran los desterrados, que se anularan las sentencias emitidas, que Lacedemón permaneciera en la Liga Aquea y que se redactara por escrito esta resolución y que fuera suscrita por los lacedemonios y los aqueos.

5 Como delegado a Macedonia fue enviado Quinto Marcio con instrucciones de examinar además la situación de los aliados en el Peloponeso, pues también allí había disturbios como secuela de antiguos enfrentamientos, y, por otra parte, Mesene se había separado de la Liga Aquea.
6 Si quisiera exponer las causas y las vicisitudes de esta guerra estaría olvidando el propósito que hice de no referirme a los acontecimientos exteriores nada más que en la medida en que estuvieran relacionados con la historia de Roma.

Muerte de Filopemén

49 Digno de ser recordado es el episodio siguiente: a pesar de que los aqueos llevaban ventaja en la guerra, cuando su pretor Filopemén había salido para ocupar Corone[322] antes que los enemigos, que la tenían como objetivo, fue sorprendido junto con unos pocos jinetes después de entrar en un accidentado va-
2 lle y fue hecho prisionero. Dicen que habría podido salvarse él con la ayuda de los tracios y los cretenses, pero se

[322] En la costa este de la península mesénica.

lo impidió el reparo de abandonar a sus jinetes, los más
sobresalientes de su pueblo, escogidos por él poco antes.
Mientras les abría espacio, cerrando la formación, para 3
salir de la garganta y aguantaba la acometida de los enemi-
gos, su caballo dio un traspiés, y entre la propia caída y
el peso del caballo que se le vino encima, estuvo a punto
de matarse, pues tenía ya setenta años y las fuerzas muy 4
quebrantadas por una larga enfermedad de la que precisa-
mente entonces se estaba recuperando. Cuando estaba ten- 5
dido en el suelo se echaron sobre él los enemigos que había
a su alrededor; pero al reconocerlo, por un sentimiento
de respeto y por el recuerdo de sus merecimientos lo levan-
taron y lo reanimaron como si se tratase de su propio ge-
neral, y lo trasladaron desde el apartado valle hasta el ca-
mino, casi sin creérselo ellos mismos por lo inesperado de
su alegría. Algunos de ellos mandaron por delante a Mese- 6
ne la noticia de que la guerra estaba concluida, que traían
prisionero a Filopemén. En los primeros momentos pare- 7
ció tan increíble la noticia que el mensajero fue tomado
no ya por mentiroso sino por loco. Luego, a medida que
iban llegando uno tras otro asegurando todos lo mismo,
se acabó por creerlo; y antes de saber con certeza que se 8
acercaba a la ciudad, todos, libres y esclavos, incluso ni-
ños y mujeres, salen corriendo a verlo, y así la multitud
había taponado la puerta y daba la impresión de que nadie
estaba dispuesto a dar por hecho un acontecimiento tan
extraordinario si no lo comprobaba con sus propios ojos.
Los que conducían a Filopemén tuvieron sus dificultades 9
para apartar a los que salían a su encuentro y poder cruzar
la puerta. Una multitud igualmente apretujada había obs-
truido el resto del camino; y como la mayoría de la gente 10
no alcanzaba a ver el espectáculo, de pronto, tras ocupar
por completo un teatro que quedaba cerca de la calle, pe-

dían al unísono que llevasen a Filopemén a la vista del
11 pueblo. Los magistrados y los ciudadanos principales temieron que la compasión ante la presencia de un hombre tan importante provocase algún disturbio, pues a unos les impresionaba el respeto por la antigua majestad comparada con su actual situación y a otros el recuerdo de sus valiosísimos servicios, y lo colocaron a la vista, pero a gran
12 distancia y después lo sustrajeron a toda prisa de la vista del público, alegando el pretor Dinócrates que había alguna pregunta que los magistrados querían hacerle referente a la marcha general de la guerra. Después de llevárselo de allí a la curia y convocar al senado comenzó el debate.

50 Caía ya la tarde y no lograron decidir no ya otras cuestiones sino ni siquiera dónde tenerlo bajo custodia con suficientes garantías de seguridad durante la noche siguiente.
2 Estaban abrumados ante la magnitud de su antigua posición y valor y no se atrevían a alojarlo en su casa para custodiarlo ni se fiaban lo suficiente para confiar su custo-
3 dia a ninguna otra única persona. Entonces alguien recuerda que el tesoro público es un subterráneo revestido con bloques de sillería. Se le hace bajar allí encadenado y mediante una máquina se coloca encima una enorme piedra
4 que sirve de cierre. Así, considerado preferible confiar la custodia a un lugar más que a persona alguna, esperaron
5 la mañana siguiente. Al día siguiente la población, al menos la más en su juicio, recordando sus antiguos buenos servicios a la ciudad, opinaba que se le debía perdonar y buscar, con su mediación, remedio a los males presentes;
6 pero los responsables de la rebelión, que controlaban el poder, deliberaron en secreto y estaban todos de acuerdo en darle muerte, pero discutían sobre si acelerarla o retra-
7 sarla. Prevaleció el sector más partidario del castigo y se

mandó a alguien a llevarle el veneno. Cuentan que cuando recibió la copa sólo abrió la boca para preguntar si Licortas —que era el otro general de los aqueos— y los jinetes
8 habían escapado incólumes. Cuando se le contestó que estaban a salvo dijo «Está bien» y después de apurar sere-
9 namente la copa expiró a los pocos instantes. No les duró mucho la alegría por su muerte a los autores de aquella cruel acción. En efecto, cuando Mesene fue vencida en la guerra entregó a los culpables a los aqueos que los reclamaban, y fueron devueltos los restos de Filopemén; toda la Liga Aquea participó en su entierro tributándole todos los honores humanos sin descartar tampoco ni siquiera los
10 divinos. Los historiadores griegos y latinos hacen objeto a este hombre de tal reconocimiento que algunos de ellos, como una especie de señal para destacar aquel año, transmitieron a la tradición que en dicho año murieron tres generales ilustres: Filopemén, Aníbal y Publio Escipión;
11 hasta ese extremo lo situaron a la altura de los más grandes generales de los dos pueblos más poderosos.

Muerte de Aníbal. Año de la muerte de Escipión el Africano

51 Tito Quincio Flaminino se presentó como enviado ante el rey Prusias, que había suscitado recelos en los romanos por haber acogido a Aníbal tras la huida de la corte de Antíoco, y también por haber
2 emprendido la guerra contra Éumenes. Entonces, fuese porque entre otras cosas Flaminino reconvino a Prusias por el hecho de que estuviera en su casa el hombre más enemigo del pueblo romano entre todos los vivientes, que había incitado a la guerra contra el pueblo romano primero a su propia patria y después, quebrantada ya la fuerza de
3 ésta, al rey Antíoco; o fuese porque Prusias mismo, para congraciarse con Flaminino allí presente y con los romanos tomó la determinación de matar a Aníbal o entregarlo

a sus manos, el caso es que, tras su primera entrevista con
Flaminino, inmediatamente se enviaron soldados a montar
4 guardia junto al domicilio de Aníbal. Aníbal siempre ha-
bía presentido que su vida tendría un final así, a la vista
del odio inexorable de los romanos hacia él, y francamente
no tenía la menor confianza en la lealtad de los reyes —en
el caso de Prusias, además, había comprobado ya su falta
de seriedad—; por otra parte, había temblado ante la lle-
5 gada de Flaminino como algo fatal para él. Para tener siem-
pre preparada frente a los peligros que lo acechaban por
todas partes una salida por donde huir, había abierto siete
salidas en su casa, alguna de ellas secreta, en prevención
6 de un bloqueo con guardias. Pero el poder aplastante de
los reyes no permite que quede oculto nada de lo que quie-
ren que sea descubierto. La casa quedó acordonada con
guardias en todo su contorno de tal modo que nadie podía
7 escapar de allí. Al ser informado de que los soldados del
rey estaban en el vestíbulo, Aníbal intentó huir por una
puerta lateral, la más escondida, por donde la salida podía
8 pasar más desapercibida; cuando se dio cuenta de que tam-
bién ésta estaba vigilada por soldados que se habían con-
centrado allí y que todo el contorno estaba bloqueado por
un dispositivo de guardias, pidió el veneno que tenía pre-
parado desde hacía mucho tiempo para una emergencia
9 como aquella y exclamó: «Liberemos al pueblo romano
de su dilatada inquietud, ya que no tienen paciencia para
10 esperar la muerte de un anciano. No será grande ni me-
morable la victoria que obtendrá Flaminino sobre un hom-
bre desarmado y traicionado. Este día por sí solo será una
prueba de lo mucho que sin duda han cambiado las cos-
11 tumbres del pueblo romano. Los padres de éstos advirtie-
ron al rey Pirro, un enemigo armado que tenía un ejército
en Italia, para que tuviese cuidado con el veneno; éstos

han enviado un emisario de rango consular para instigar a Prusias a que asesine alevosamente a un huésped». A continuación, después de lanzar imprecaciones contra 12 las personas y el reino de Prusias, y poniendo a los dioses de la hospitalidad por testigos de la violación del compromiso contraído, apuró la copa. Así fue el final de la vida de Aníbal.

Tanto Polibio como Rutilio [323] dicen que Escipión mu- 52 rió en este año. Yo no estoy de acuerdo con ellos ni con Valerio; con ellos, porque me encuentro con que durante la censura de Marco Porcio y Lucio Valerio fue elegido cabeza de senado el propio censor Lucio Valerio, mientras que en los dos lustros anteriores lo había sido el Africano, y estando éste con vida no se hubiera elegido otra cabeza 2 para ocupar su lugar a menos que él fuese excluido del senado, descalificación de la que nadie se hizo eco. En con- 3 tra del testimonio de Anciate está el tribunado plebeyo de Marco Nevio, contra el cual va dirigido el título de un discurso de Publio Africano. En la relación de magistra- 4 dos aparece este Nevio como tribuno de la plebe bajo el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio, pero entró en funciones como tribuno siendo cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio el diez de diciembre. Desde entonces 5 hasta el quince de marzo, fecha en que entraron en funciones como cónsules Publio Claudio y Lucio Porcio, transcurrieron tres meses. Parece, así, que Escipión vivía aún 6 durante el tribunado de Nevio, y que pudo haber sido llevado a juicio por éste; pero en todo caso murió antes de la censura de Lucio Valerio y Marco Porcio.

[323] Rutilio Rufo, que escribió una autobiografía cuando estaba desterrado en Esmirna como consecuencia de un proceso *De repetundis* que tuvo lugar en el año 92.

7 La muerte de los tres hombres más famosos de sus respectivos pueblos parece parangonable no tanto por la coincidencia cronológica como por el hecho de que ninguno de ellos tuvo un final digno del esplendor de su vida.
8 En primer lugar, ninguno de ellos murió ni fue enterrado en suelo patrio. Aníbal y Filopemén murieron por veneno; Aníbal murió en el exilio traicionado por su huésped, Filopemén cayó prisionero y murió encarcelado y encadenado;
9 Escipión, aun sin ser exiliado ni condenado, de todos modos, el día señalado para su juicio no comparació después de haber sido citado en rebeldía y él mismo se impuso un exilio voluntario que alcanzó también a su funeral.

Retorno de Demetrio a Macedonia

53 Mientras se desarrollaban en el Peloponeso los acontecimientos de los que se apartó mi digresión, el retorno de Demetrio y los delagados a Macedonia había afectado de forma diferente a los ánimos
2 de unos y otros. La población de Macedonia en general, que había pasado el susto de la amenaza de una guerra con los romanos, miraba con enorme simpatía a Demetrio como garantía de paz y al mismo tiempo esperaban firmemente que el trono fuese para él a la muerte de su padre.
3 Porque, si bien era más joven que Perseo, él había nacido de la esposa legítima y el otro era hijo de una concubina; el otro, al haber sido engendrado en un cuerpo que se entragaba a muchos, no tenía ningún rasgo que diera seguridad sobre su paternidad, mientras que él tenía un evidente
4 parecido con Filipo. Además, los romanos estarían dispuestos a colocar a Demetrio en el trono paterno, y Perseo
5 no gozaba entre ellos de ninguna simpatía. Estos comentarios eran generales. Por eso Perseo estaba preocupado ante la perspectiva de que sólo la edad sirviese de poco en su favor cuando su hermano llevaba ventaja en todos los

demás aspectos, y en cuanto al propio Filipo, escasamente 6
convencido de que iba a ser él el que decidiría a quién
dejar como heredero del reino, decía que su hijo menor
era incluso para él una amenaza más seria de lo que desea-
ría. A veces se sentía molesto por la forma en que los ma- 7
cedonios se aglomeraban en torno a Demetrio y considera-
ba indignante que en vida suya hubiera ya una segunda
corte. El propio joven, por su parte, había vuelto con un 8
concepto claramente más alto de sí mismo, basado en los
juicios del senado sobre su persona y en el hecho de que
se le hubiera concedido a él lo que se le había negado a
su padre; y así como cualquier alusión a los romanos me- 9
joraba su imagen ante el resto de los macedonios, en la
misma medida le granjeaba el rechazo tanto de su hermano
como de su padre, especialmente cuando llegaron los dele- 10
gados romanos y éste se veía obligado a evacuar Tracia
y retirar las guarniciones y a adoptar otras medidas de
acuerdo con las decisiones de la comisión anterior o de
la nueva resolución del senado. Pero, aunque apesadum- 11
brado y quejoso sobre todo porque veía que su hijo tenía
casi más contactos con ellos que con él mismo, ello no
obstante se mostraba del todo obediente con los romanos
por temor a dar algún motivo para un inmediato desencade-
namiento de la guerra. Pensando en alejar de sus ánimos 12
hasta la hipótesis de semejante eventualidad marchó con
su ejército por el centro de Tracia contra los odrisas, los
denteletos y los besos [324]. Tomó la ciudad de Filipópolis [325], 13
desierta debido a la huida de sus habitantes, que se habían

[324] Tribus tracias; los odrisas vivían en el valle del Hebro, y los denteletos en el curso alto del Estrimón.

[325] En la tracia septentrional, en la orilla derecha del Hebro. Fundada por Filipo II. Cf. nota 303.

refugiado con sus familias en las cimas de los montes más
próximos, y recibió la rendición de los bárbaros de la lla-
14 nura, previa devastación de sus tierras. Dejando luego en
Filipópolis una guarnición que fue desalojada al poco tiem-
po por los odrisas, decidió fundar una ciudad en el Deu-
ríopo —se trata de una comarca de Peonia—, cerca del
15 río Erígono que discurre por Pelagonia desde el Ilírico y
desemboca en el río Axio [326], no lejos de la antigua ciudad
16 de Estobos, y dispuso que se llamase Perseide [327] la nueva
ciudad, para honrar así a su hijo mayor.

Emigración frustrada de los galos transalpinos. Colonias. Victoria sobre los celtíberos

54 Mientras tenían lugar estos aconteci-
mientos en Macedonia, los cónsules par-
2 tieron hacia sus provincias. Marcelo man-
dó por delante un mensaje al procónsul
Lucio Porcio para que trasladase las le-
giones hacia la nueva plaza fortificada [328]
3 de los galos. Éstos se rindieron a la llega-
da del cónsul. Eran doce mil hombres ar-
mados; la mayoría tenía armas arrebatadas en el campo;
4 les fueron requisadas éstas, con gran disgusto por su parte,
y también todo lo que habían cogido en el pillaje de los
campos o habían traído consigo. Enviaron representantes
5 a Roma para protestar por estas medidas. Introducidos en
el senado por el pretor Gayo Valerio explicaron que debi-
do al desbordamiento de población de la Galia, obligados
por la falta de tierras y la escasez, habían cruzado los Al-
pes buscando donde asentarse y se habían establecido, sin
cometer desafueros contra nadie, allí donde habían visto
6 tierras sin cultivar por falta de población; también se ha-

[326] Desemboca en el Mar Egeo al suroeste de Tesalónica. Hoy Wardar.

[327] No hay otras referencias.

[328] Véase 22, 6 y 45, 6.

bían puesto a construir una ciudad fortificada que sirviera de prueba de que no habían venido con intenciones agresivas contra ningún territorio o población; recientemente Marco Claudio les había mandado aviso de que les haría la guerra si no se rendían. Ellos, prefiriendo una paz segura 7
aunque no brillante antes que la incertidumbre de una guerra se habían puesto bajo la protección, más que bajo el dominio, del pueblo romano. Pocos días después, conmina- 8
dos a abandonar su ciudad y sus tierras, habían pensado en marchar en silencio a donde les fuera posible. A continuación les habían sido quitadas las armas, y por último todo cuanto transportaban o arreaban. Pedían al senado 9
y al pueblo romano que no los trataran a ellos, que se habían rendido sin ser culpables de nada, peor que a los enemigos. El senado hizo responder a este discurso en los 10
términos siguientes: ellos habían hecho mal en venir a Italia y pretender fundar una ciudad en territorio ajeno sin la autorización del magistrado romano que estaba al cargo de aquella provincia, y por otra parte el senado desaprobaba que se espoliara a quienes se habían rendido. Por eso 11
enviaría delegados con ellos para ordenar al cónsul que se les devolvieran todas sus cosas si regresaban al lugar de origen y para seguir más adelante, hasta el otro lado del los Alpes, e instar a los pueblos de la Galia a contener a la población en su país; los Alpes estaban de por medio 12
como una frontera casi infranqueable, y ciertamente no les iría mejor que a los primeros que abrieron una vía de paso en ellos. Como delegados fueron enviados Lucio Fu- 13
rio Purpurión, Quinto Minucio y Lucio Manlio Acidino. Los galos, después de serles devuelto todo lo que estaba en su poder sin menoscabo de los derechos de nadie, salieron de Italia.

55 Los pueblos transalpinos respondieron cortésmente a los
delegados romanos. Sus ancianos criticaron la excesiva con-
2 descendencia del pueblo romano por haber dejado mar-
char impune a aquella gente que había partido sin autori-
zación de su nación y había intentado ocupar un territorio
del imperio romano y fundar una ciudad en la tierra de
otros; debería habérseles exigido el pago riguroso de su
3 temeridad; y en cuanto al hecho de haberles devuelto ade-
más sus pertenencias, temían que tal condescendencia ani-
4 mase a otros a atreverse a algo parecido. Recibieron y tam-
bién despidieron con obsequios a los delegados.

El cónsul Marco Claudio, una vez desalojados de su
provincia los galos, comenzó a preparar una ofensiva con-
tra Histria mediante el envío de una carta al senado pi-
diendo autorización para trasladar sus legiones a esta re-
5 gión. El senado no lo aprobó. Se estaba debatiendo el en-
vío de una colonia a Aquilea y no se había resuelto si se
aprobaba enviar latinos o ciudadanos romanos. Finalmen-
te los senadores consideraron preferible que se fundase una
6 colonia latina. Fueron elegidos triúnviros Publio Escipión
Nasica, Gayo Flaminino y Lucio Manlio Acidino.

En el mismo año se fundaron las colonias de Mútina
7 y Parma, de ciudadanos romanos. En el territorio que últi-
mamente había pertenecido a los boyos y antes a los etrus-
cos, los dos mil colonos de cada una de ellas recibieron ocho
yugadas por cabeza en Parma y cinco en el caso de Mútina.
8 Las fundaron los triúnviros Marco Emilio Lépido, Tito Ebu-
9 cio Parro y Lucio Quincio Crispino. También se fundó
una colonia de ciudadanos romanos en Saturnia [329], en te-
rritorio caletrano. La fundaron los triúnviros Quinto Fa-

[329] En la provincia de Grosseto. Uno de los contados casos en que se fundaban colonias de ciudadanos romanos en el interior.

bio Labeón, Gayo Afranio Estelión y Tiberio Sempronio Graco. Se asignaron diez yugadas a cada colono.

En el mismo año, en territorio ausetano no lejos del 56 río Ebro el procónsul Aulo Terencio libró combates favorables contra los celtíberos y tomó al asalto algunas plazas que habían fortificado en la zona. La Hispania ulterior 2 estuvo en paz aquel año debido a que el procónsul Publio Sempronio estuvo aquejado de una larga enfermedad, y por su parte, los lusitanos, a los que nadie provocó, afortunadamente permanecieron tranquilos. Tampoco hizo na- 3 da memorable en Liguria el cónsul Quinto Fabio.

Roma: elecciones. Prodigios

Llamado de Histria, Marco Marcelo licenció al ejército y regresó a Roma para los comicios. Proclamó cónsules [330] a 4 Gneo Bebio Tánfilo y Lucio Emilio Paulo. Éste había sido edil curul junto con Marco Emilio Lépido, desde cuyo consulado habían transcurrido cuatro años, pues este mismo Lépido había sido elegido cónsul después de haberlo intentado en vano dos veces. A continuación fueron elegidos pretores Quinto Fulvio 5 Flaco, Marco Valerio Levino, Publio Manlio por segunda vez, Marco Ogulnio Galo, Lucio Cecilio Dentre y Gayo Terencio Istra.

Hacia finales de año se celebró una rogativa a causa 6 de algunos prodigios, porque se creía con cierto fundamento que había llovido sangre durante dos días en la plaza de la Concordia y se había tenido noticia de que no lejos de Sicilia había emergido del mar, donde antes no la había, una nueva isla. Valerio Anciate sostiene que Aní- 7 bal murió este año y que con tal propósito habían sido

[330] Para el año 182.

enviados a Prusias los legados Lucio Escipión Asiático y Publio Escipión Nasica, además de Tito Quincio Flaminino, cuyo nombre es citado habitualmente en dicha circunstancia.

LIBRO XL

Sinopsis

Año 182 a. C.

Roma: mandos, tropas, prodigios, embajadas (1 - 2).
Macedonia: informe de Marcio. Teóxena. Perseo y Demetrio (3 - 8).
Discurso de Perseo (9 - 11).
Discurso de Demetrio (12 - 15).
Ambigua absolución de Demetrio (16, 1 - 16, 3).
Occidente: Liguria e Hispania (16, 4 - 17).

Año 181 a. C.

Roma: elecciones, prodigios, epidemia (18 - 20, 4).
Macedonia: subida al Hemo. Eliminación de Demetrio (20, 5 - 24).
Liguria: operaciones de Lucio Emilio Paulo (25 - 28).
Roma: colonia, carestía, descubrimiento (29).
Hispania: batalla de Ebura. Toma de Contrebia (30 - 34, 1).
Roma: colonia de Aquilea y otras medidas (34, 2 - 34, 14).

Año 180 a. C.

Elecciones, debates, epidemia, envenenamientos (35 - 37, 7).
Liguria (37, 8 - 38).
Hispania (39 - 40).
Liguria (41).
Roma: (42 - 43, 3).

AÑO 179 a. C.

Elecciones, crudo invierno, prodigios (43, 4 - 46).

Hispania: toma de Alce por Graco. Derrota de los celtíberos (47 - 50).

Roma: actuación de los censores (51 - 52).

Liguria (53).

Macedonia: muerte de Filipo (54 - 56).

Expedición de los bastarnas (57 - 58).

AÑO 178 a. C.

Roma: triunfo, elecciones, prodigios, juegos (59).

Roma: mandos, tropas, prodigios, embajadas

1 Al comienzo del año siguiente [331] sortearon sus provincias los cónsules y los pretores. No había ninguna provincia que pudiera ser asignada a los cónsules salvo Liguria. La jurisdicción urbana le tocó en suerte a Marco Ogulnio Galo, y la peregrina a Marco
2 Valerio; la Hispania citerior le correspondió a Quinto Fulvio Flaco y la ulterior a Publio Manlio; Sicilia, a Lucio Cecilio Dentre, y Cerdeña a Gayo Terencio Istra. Los cónsules recibieron orden de proceder al reclutamiento de tro-
3 pas. Quinto Fabio [332] había informado por escrito desde Liguria de que los apuanos estaban pensando en romper de nuevo las hostilidades y era de temer que lanzaran una
4 ofensiva contra el territorio de Pisa. Se sabía, por otra parte, que la Hispania citerior estaba en armas y se estaba en guerra con los celtíberos, mientas que en la ulterior, debido a que el pretor [333] llevaba largo tiempo enfermo,

[331] Del año 182.

[332] Labeón, el cónsul del año 183, cuyo mando será prorrogado.

[333] Publio Sempronio Longo.

la vida cómoda y la inactividad había relajado la disciplina
militar. Por estas razones se decidió alistar nuevos ejérci- 5
tos: cuatro legiones para Liguria, que tuvieran cada una
cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes, añadién-
doseles quince mil infantes y ochocientos jinetes aliados
de derecho latino. Éstos serían los dos ejércitos consulares.
Además, los cónsules recibieron órdenes de reclutar siete 6
mil infantes y cuatrocientos jinetes aliados y latinos y en-
viarlos a la Galia, a Marco Marcelo [334], al que le había
sido prorrogado el mando al dejar el consulado. Se dio 7
orden de alistar cuatro mil infantes y doscientos jinetes
entre los ciudadanos romanos y siete mil infantes y tres-
cientos jinetes entre los aliados, que serían conducidos a
las dos Hispanias. También se le prorrogó el mando por 8
un año a Quinto Fabio Labeón, con el ejército que tenía,
en Liguria.

Aquel año hubo una primavera tormentosa. La víspera 2
de los *Parilia* [335], hacia el mediodía, estalló una tremenda
borrasca con viento que ocasionó estragos en muchos lu-
gares sagrados y profanos, derribó estatuas de bronce en
el Capitolio, arrancó y se llevó por los aires una puerta 2
del templo de la Luna situado en el Aventino y la estrelló
contra las paredes traseras del templo de Ceres, derribó
otras estatuas en el Circo Máximo junto con los pedestales
que las sostenían, y arrancó los salientes de los pináculos 3
de algunos templos y los destrozó de mala manera. Por
consiguiente, se interpretó como un prodigio aquella bo-
rrasca y los arúspices prescribieron medidas expiatorias.
Al mismo tiempo se hicieron expiaciones porque se había 4

[334] Marco Claudio Marcelo, el otro cónsul de 183.

[335] *Parilia* o *Palilia*, fiesta en honor de Pales, diosa de los pastores, que se celebraba el 21 de abril.

anunciado que en Reate había nacido un mulo de tres patas, y desde Formias, que había caído un rayo en el templo de Apolo de Cayeta [336]. Con motivo de estos prodigios se ofreció un sacrificio de veinte víctimas adultas y se celebró un día de rogativas.

5 Por aquellas fechas se supo, por una carta del propretor Aulo Terencio [337], que Publio Sempronio había fallecido en la provincia ulterior después de llevar enfermo más de un año. Por ello se dio orden a los pretores de adelantar su partida hacia Hispania.

6 Después, el senado recibió en audiencia a las embajadas de ultramar, en primer lugar a las de los reyes Éumenes y Fárnace [338] y de los rodios que venían a quejarse

7 de la matanza de los habitantes de Sínope. Llegaron también por la misma época embajadores de Filipo y de los aqueos y los lacedemonios. Se les dieron a conocer las respuestas después de oír a Marcio, que había sido enviado

8 a examinar la situación de Grecia y Macedonia. A los reyes de Asia y a los rodios se les respondió que el senado enviaría una comisión para examinar dicha situación.

Macedonia: informe de Marcio. Teóxena. Perseo y Demetrio

3 Por lo que se refería a Filipo, Marcio había reclamado mayor atención. Reconocía, en efecto, que el rey había cumplido las decisiones del senado, pero de una manera que no dejaba lugar a dudas de que no tenía intención de hacerlo durante más tiempo de

2 lo imprescindible. Tampoco era un misterio que pensaba comenzar de nuevo la guerra, y que todo cuanto estaba

---

[336] Hoy Gaeta. Ciudad del Lacio, con puerto, próxima a Formias.

[337] Varrón, pretor en Hispania en el año 184, cuyo mando había sido prorrogado.

[338] Éumenes II y Fárnace I, rey del Ponto.

haciendo y diciendo llevaba esas miras. En primer lugar 3
hizo que casi toda la masa ciudadana se trasladara junto con sus familias desde las ciudades de la costa a la que ahora se llama Emacia [339] y en otro tiempo se llamaba Peonia, y entregó sus ciudades a los tracios y otros bárbaros 4
para que vivieran en ellas, convencido de que esa clase de gentes sería más de fiar en caso de guerra contra Roma.
Esta medida provocó enormes y sonoras protestas en toda 5
Macedonia, y en el momento de abandonar sus penates con mujeres e hijos eran pocos los que contenían su dolor en silencio, y en las columnas de emigrados se podían oír maldiciones contra el rey, al ser más fuerte el odio que el miedo. Exasperado el ánimo del rey por estas circuns- 6
tancias, consideraba sospechosos a cualquier persona, cualquier lugar y cualquier momento. Acabó por decir abierta- 7
mente que no tendría seguridad suficiente en ninguna parte a no ser que tuviera arrestados y bajo custodia a los hijos de aquellos a los que había ejecutado y los eliminaba a cada uno en su momento.

El aniquilamiento de una familia en concreto hizo más 4
odiosa esta crueldad ya de por sí odiosa. Muchos años an- 2
tes había ejecutado a Herodico, un dirigente tesalio; posteriormente hizo matar igualmente a sus yernos. Quedaron viudas las hijas, que tenían un hijo cada una. Estas muje- 3
res se llamaban Teóxena y Arco. Teóxena rechazó el matrimonio a pesar de sus muchos pretendientes. Arco se ca- 4
só con un tal Póride, la persona más destacada con mucho del pueblo de los enianes, y después de darle muchos hijos

[339] Así Polibio, al que se atiene Livio. Para Estrabón y Plinio, Emacia era el nombre antiguo de Macedonia. En cambio Tolomeo llama Emacia a una parte de Macedonia, la región situada al oeste del Axio, que viene a corresponder con Peonia.

falleció cuando todos ellos eran aún muy pequeños.
5 Teóxena, para tener a su cargo la educación de los hijos de su hermana, se casó con Póride, y se preocupaba por su hijo y por los de su hermana como si ella hubiera dado
6 a luz a todos. Cuando se enteró del edicto del rey referente a la detención de los hijos de aquellos que habían sido ejecutados, pensó que iban a estar a merced de los caprichos del rey así como del capricho de sus guardianes, concibió
7 una resolución atroz y no tuvo reparo en decir que les quitaría la vida a todos con sus propias manos antes de que
8 cayeran en poder de Filipo. Póride, horrorizado ante la simple alusión a una acción tan horrible, dijo que los llevaría a Atenas a casa de unos huéspedes de su confianza
9 y que él mismo los acompañaría en su exilio. Parten de Tesalónica hacia Enea [340] para asistir al sacrificio tradicional que celebran todos los años con gran solemnidad en
10 honor de Eneas, su fundador. Después de pasar allí el día celebrando los banquetes rituales, durante el tercer relevo de la guardia, cuando todos dormían, embarcan en una nave que Póride había hecho preparar con la intención aparente de regresar a Tesalónica, pero su propósito era cru-
11 zar a Eubea. Pero el alba los sorprendió cerca de tierra peleando en vano contra el viento contrario, y los hombres del rey responsables de la vigilancia del puerto enviaron una lancha armada para traer aquella nave, con órdenes
12 tajantes de no volver sin ella. Como ya se estaban acercando, Póride dedicaba su atención a estimular a los remeros y tripulantes, y de tanto en tanto alzaba las manos al cielo
13 e imploraba la ayuda de los dioses. Entretanto, la desalmada mujer, volviendo sobre la inconcebible decisión

[340] Fundada por Eneas a su paso por Macedonia (cf. I 1, 4), según la leyenda. Situada al sur de Tesalónica.

que tenía pensada desde mucho antes, disolvió el veneno
y sacó las armas, y poniendo bien a la vista la copa y
desenvainando las espadas exclamó: «La muerte es la úni-
ca liberación. Éstos son los medios de llegar a ella; esca- 14
pad de la tiranía del rey por el sistema que cada uno pre-
fiera. Adelante, hijos míos, comenzando por los mayores,
empuñad un arma o apurad la copa si preferís una muerte
más lenta». Por un lado los enemigos se echaban encima
y por otro la que los inducía a morir les metía prisa.
Víctimas de una u otra forma de muerte son lanzados, aún 15
con vida, de la nave. Después abrazando a su marido, com-
pañero en la muerte, se arrojó también ella al mar. Los
hombres del rey se apoderaron de una nave que había que-
dado sin dueños.

La atrocidad de esta acción aplicó una nueva llama, 5
por así decir, al odio que inspiraba el rey, hasta el extremo
de que eran generales las maldiciones contra él y sus hijos.
Estas imprecaciones escuchadas al instante por todos los
dioses, hicieron que él mismo se ensañara con su propia
sangre. En efecto, Perseo, viendo que entre la población 2
de Macedonia iban en aumento de día en día la populari-
dad y el ascendiente de su hermano Demetrio, al igual que
su crédito entre los romanos, pensó que no le quedaba más
posibilidad para reinar que recurrir al crimen y enca-
minó por entero sus pensamientos en esta dirección. Pero 3
como no se veía con fuerza suficiente ni siquiera para lo
que, en su talante más propio de una mujer, proyectaba,
se dedicó a tantear uno por uno a los amigos de su padre
con conversaciones ambiguas. Al principio algunos de ellos 4
dieron a entender que no estaban interesados en iniciativas
de ese género, porque tenían más esperanza en Demetrio.
Luego, como el resentimiento de Filipo contra los roma- 5
nos iba en aumento de día en día, resentimiento que Per-

seo alentaba y Demetrio combatía con todas sus fuerzas, previendo el final del joven que no estaba en guardia contra la perfidia de su hermano y estimando que procedía favorecer aquello que de todos modos iba a ocurrir, secundando las expectativas del más fuerte, se ponen de parte
6 de Perseo. Dejan lo demás para más adelante, a fin de hacer cada cosa a su tiempo, y de momento deciden encorajinar al rey por todos los medios en contra de los romanos y empujarlo a decisiones belicosas, a las que su ánimo
7 era proclive ya de por sí. Al mismo tiempo, para hacer a Demetrio cada día más sopechoso, intencionadamente hacían recaer la conversación sobre cuestiones referentes a los romanos. Entonces unos se burlaban de sus costumbres e instituciones, otros de su historia, otros del aspecto de su ciudad, que aún no estaba embellecida con edificios públicos y privados, y otros de cada uno de sus ciudadanos
8 principales; y el joven, falto de prudencia debido tanto a su aprecio hacia el nombre de Roma como a su antagonismo con su hermano, defendía a los romanos en todo, haciéndose sospechoso a su padre y quedando expuesto a las
9 acusaciones. En consecuencia, su padre lo tenía al margen de todos los proyectos concernientes a los romanos; vuelto por completo hacia Perseo, discutía con él día y noche sus
10 ideas sobre ese tema. Casualmente, habían regresado los hombres que había enviado al país de los bastarnas [341] a buscar tropas auxiliares, y habían traído de allí a jóvenes nobles, algunos de estirpe real, uno de los cuales ofrecía a una hermana suya en matrimonio a un hijo de Filipo; y la perspectiva de una alianza con aquel pueblo había le-
11 vantado la moral del rey. Perseo, entonces, dijo: «Y eso ¿de qué sirve? La seguridad que supone una ayuda del ex-

[341] Habitaban en la margen izquierda del Danubio.

terior no contrarresta el peligro de una traición en el interior. Tenemos entre nosotros no quisiera decir un traidor 12
pero sí cuanto menos un espía: desde que estuvo en Roma como rehén, su cuerpo nos fue devuelto por los romanos pero su espíritu está con ellos. Casi todos los macedonios 13
tienen puestos sus ojos en él y dicen que no tendrán más rey que aquel que les hayan asignado los romanos». Con 14
palabras así se encrespaba el ánimo ya de por sí enfermo del anciano, y estas insinuaciones penetraban en su corazón más de lo que su expresión dejaba entrever.

Precisamente entonces llegó la fecha de la purificación 6
del ejército [342], cuyo ceremonial consiste en lo siguiente: se corta una perra por la mitad y se coloca la parte de la cabeza en el lado derecho del lugar de paso, y la parte trasera, con las entrañas, en el lado izquierdo. Entre estas 2
dos mitades de la víctima se hace desfilar a las tropas con sus armas. A la cabeza del desfile son portadas las armas y los emblemas de todos los reyes de Macedonia desde sus más remotos orígenes; sigue luego el rey con sus hijos, a continuación desfila la cohorte real y su guardia perso- 3
nal, y cierra la marcha el resto de las tropas de macedonios. Los dos jóvenes hijos del rey lo escoltaban a ambos 4
lados: Perseo, que tenía entonces treinta años, y Demetrio, cinco años más joven; en pleno vigor de la juventud el primero y en la flor de la juventud el segundo, retoños adultos de un padre afortunado si su cabeza hubiese regido bien. Finalizado el rito de la purificación era costumbre 5
que el ejército realizara ejercicios repartiéndose en dos líneas de batalla que se enfrentaban en un simulacro de com-

[342] Comenzaba el 23 de marzo con los ritos en honor del dios Xantos. Los mismos detalles sobre el sacrificio de la perra aparecen en Quinto Curcio (X 9, 12).

6 bate. Los jóvenes príncipes fueron designados como jefes para esta batalla simulada; pero no fue un combate fingido sino que cargaron como si el reino estuviera en juego; se ocasionaron muchas heridas con los palos, y exceptuando el hierro no faltó nada para dar la sensación de una
7 verdadera guerra. La división mandada por Demetrio resultó netamente superior. Mientras Perseo sufría por ello, sus amigos, más clarividentes, se alegraban y decían que precisamente esta circunstancia serviría de base para acusar al joven.

7 Aquel día celebraron cada uno de ellos un banquete con los compañeros de maniobras, pues Perseo, invitado a la cena por Demetrio, había declinado la invitación.
2 En aquel día de fiesta la generosa invitación y el buen humor propio de la juventud empujaron a unos y otros a
3 darle al vino. Allí se revivió el simulacro de combate y se hacían bromas a costa de los oponentes de las que ni
4 siquiera los jefes se libraban. Uno de los invitados de Perseo, enviado como espía para recoger estos comentarios, como andaba dando vueltas sin guardar las apariencias fue sorprendido por unos jóvenes que casualmente habían abandonado la sala del convite y fue objeto de malos tratos.
5 Demetrio, que no estaba al tanto de este incidente, dijo: «¿Por qué no vamos a divertirnos a casa de mi hermano, y si le queda algún resquemor por el combate lo suaviza-
6 mos con nuestra espontaneidad y buen humor?». Excepto aquellos que temían una vengaza inmediata por haber maltratado al espía, todos gritaron a coro que iban. Como Demetrio también llevó a la fuerza a los primeros, éstos ocultaron un arma entre sus ropas para poder defenderse
7 si se producía algún ataque. Nada puede permanecer oculto en una discordia doméstica, las dos casas estaban llenas de espías y traidores; un delator se adelantó corriendo y

comunicó a Perseo que venían con Demetrio cuatro jóvenes
armados con espadas. Aunque la explicación era evidente, 8
pues había sido informado de que éstos habían golpeado
a su invitado, para convertir tal circunstancia en un escán-
dalo manda atrancar la puerta, y desde la parte alta de
la casa y desde las ventanas que daban a la calle impide
a los convidados el acceso a la puerta como si vinieran
a matarlo. Demetrio, bajo los efectos del vino, protestó 9
a voces durante algún tiempo porque no le dejaban entrar
y después regresó a su convite, ignorante de todo el asunto.

Cuando al día siguiente Perseo tuvo ocasión de reunir- 8
se con su padre, entró en el palacio y se quedó parado
ante él, demudado el semblante, callado y a distancia.
Cuando su padre le preguntó si estaba bien y cuál era la 2
razón de aquel abatimiento, respondió: «Has de saber que
estoy vivo de milagro. Los ataques de mi hermano contra
mí ya no son tramados en secreto: anoche vino a mi casa
con hombres armados para matarme, y después de cerrar
mis puertas me amparé contra su locura gracias a la pro-
tección de las paredes». Tras suscitar en su padre una reac- 3
ción de susto a la vez que de sorpresa, prosiguió: «Pues
bien, si puedes escucharme haré que comprendas claramente
la situación». Filipo dijo que por supuesto lo escucharía 4
y mandó llamar a Demetrio inmediatamente; también hizo
venir a dos amigos [343] de cierta edad, Lisímaco y Onomas-
to, que estaban al margen de las rivalidades juveniles de
los hermanos y entonces frecuentaban poco el palacio, pa-
ra que hicieran de consejeros. Mientras llegaban sus ami- 5
gos se puso a caminar de un lado a otro en solitario dando
vueltas a mil reflexiones, y entretanto el hijo permanecía

[343] No cabe dilucidar si el término está tomado en su sentido institucional o en sentido privado.

6 de pie a distancia. Cuando le anunciaron la llegada de los dos amigos se retiró al interior del palacio con ellos y otros tantos miembros de su guardia personal; a sus hijos les permitió entrar con tres escoltas sin armas cada uno.
7 Una vez allí, tras tomar asiento dijo: «Yo, el más infortunado de los padres, tomo asiento como juez entre mis dos hijos, el uno acusador y el otro acusado de fratricidio, constreñido a encontrar entre los míos la mancha de un delito
8 inventado o perpetrado. La verdad es que hace ya tiempo que temía esta tempestad que se avecinaba, cuando veía los gestos nada fraternales entre vosotros y escuchaba de-
9 terminadas expresiones. Pero de tiempo en tiempo mi ánimo concebía la esperanza de que vuestros rencores podrían consumirse por sí solos y vuestros recelos podrían disiparse. Hasta los pueblos enemigos deponen las armas y sellan tratados, y muchas enemistades privadas tienen su final.
10 En algún momento os asaltaría el recuerdo de que sois hermanos, os acordaríais de la franqueza infantil de otro tiempo, de la estrecha relación que os unía, y, en fin, de mis enseñanzas, que temo haber desperdiciado en vuestros oídos
11 sordos. ¡Cuántas veces no maldije en vuestra presencia los ejemplos de desavenencias entre hermanos y llamé la atención sobre sus terribles consecuencias, acarreando su pro-
12 pia ruina y la de su estirpe, sus casas y sus reinos! También os presenté, en contrapartida, ejemplos mejores: la armoniosa avenencia entre los dos reyes de Lacedemonia, tan beneficiosa a lo largo de muchos siglos para ellos y
13 para su patria, y la ruina de ese mismo Estado después que se implató la costumbre de arrebatar por la fuerza,
14 cada uno para sí, el poder absoluto [344]; el ejemplo reciente

[344] La tradicción contraponía el período de diarquía de Esparta con el declive iniciado cuando Cleómenes III hizo matar a Arquidamo.

de estos hermanos, Éumenes y Átalo, que a partir de unas
realidades tan modestas que casi da reparo llamarlos reyes,
sin más recurso que su entendimiento de hermanos han
igualado su poder con el mío, con el de Antíoco, y con
el de cualquiera de los reyes contemporáneos. Ni siquiera 15
dejé de lado los ejemplos romanos que yo había visto u
oído: el de Tito y Lucio Quincio, que hicieron la guerra
contra mí; el de Publio y Lucio Escipión, que derrotaron
a Antíoco; el de su padre y su tío, cuyo entendimiento
duró toda la vida y fue sellado también por la muerte.
Ni el mal comportamiento de los primeros, con sus conse- 16
cuencias lógicas pudo disuadiros de vuestras desatinadas
desavenencias, ni la sensatez y la buena fortuna de los se-
gundos pudo encauzaros hacia el sano juicio. Cuando aún 17
estoy yo vivo y respiro, vosotros dos, con esperanzas y
ansias torcidas, habéis actuado como poseedores de mi he-
rencia. Queréis que yo siga vivo hasta que, sobreviviendo 18
a uno de vosotros, convierta al otro, con mi muerte, en
rey indiscutible. Ni al hermano ni al padre sois capaces
de soportar. Nada hay querido, nada hay sagrado para
vosotros. Una sola cosa ha ocupado el lugar de todas las
demás: la insaciable ambición del trono. Adelante, deshon- 19
rad los oídos paternos, dirimid a base de acusaciones lo
que bien pronto vais a dirimir con las armas, manifestad
abiertamente aquello que podáis decir que es cierto o que
inventéis a capricho: están abiertos los oídos que a partir 20
de ahora estarán cerrados para las acusaciones de uno con-
tra otro por separado». Cuando hubo pronunciado estas
palabras encendido de ira, a todos se les saltaron las lágri-
mas y durante un buen rato reinó un apesadumbrado si-
lencio.

Discurso de Perseo

9 A continuación habló Perseo: «O sea que anoche debía haber abierto la puerta, dejando entrar a los convidados armados y presentado mi cuello a la espada, puesto que no se da crédito si el delito no ha sido perpetrado, y después de haber sido objeto de una emboscada oigo las mismas acusaciones que un ban-
2 dido y un traidor. No en vano dice esa gente que tú no tienes más que un hijo, Demetrio, y a mí me dan el calificativo de hijo supuesto [345] y nacido de una concubina.
3 Porque si yo tuviera para ti el rango y la estima de un hijo, no la tomarías conmigo, que me estoy quejando de una traición demostrada, sino contra quien la ha cometi-
4 do, y mi vida no tendría para ti tan poco valor como para quedar impasible ante el peligro que he corrido y que co-
5 rreré si los traidores quedan sin castigo. Por consiguiente, si se ha de morir sin rechistar, callemos, limitándonos a pedir a los dioses que el crimen iniciado conmigo tenga en mí su final y no seas tú el atacado a través de mi costa-
6 do. Pero si, de la misma manera que la naturaleza misma impulsa a los que están cercados en un lugar a solas a implorar la ayuda de hombres a los que jamás han visto, también a mí me es permitido decir algo cuando estoy vien-
7 do una espada desenvainada contra mí, te ruego, por ti mismo y por tu título de padre —y tú sabes desde hace ya tiempo para cuál de nosotros dos es más sagrado este título—, que me escuches como si te hubieran despertado mis gritos y llantos nocturnos, hubieses acudido a mi demanda de ayuda y hubieses sorprendido en el vestíbulo de mi casa, a altas horas de la noche, a Demetrio acompaña-

[345] Circulaba, entre otros, el rumor de que Perseo era hijo de una esclava.

do de hombres armados. Lo que entonces diría a gritos
asustado ante la presencia del peligro lo digo ahora, al día
siguiente, como queja. Hermano, hace ya tiempo que las 8
relaciones en que vivimos no son las de quienes intercam-
bian invitaciones a comer. Quieres ser rey a toda costa.
A este deseo tuyo se opone mi edad, se opone el derecho
de los pueblos, se opone la vieja tradición de Macedonia [346],
pero además se opone también la decisión de nuestro pa-
dre. Sólo puedes salvar estos impedimentos a costa de mi 9
vida. Lo tramas e intentas todo. Hasta ahora ha sido un
obstáculo para tu parricidio mi vigilancia o mi buena estre-
lla. Ayer, durante la purificación, en los ejercicios y en 10
el simulacro de combate, estuviste a punto de provocar
una batalla a muerte, y si me libré de la muerte fue debido
exclusivamente a que me dejé vencer junto con los míos.
Después de un combate como enemigos, como si fuera un 11
juego entre hermanos quisiste llevarme a una cena. ¿Crees,
padre, que yo debería haber cenado entre mis convidados
desarmados, cuando vinieron armados a mi casa a partici-
par en el convite? ¿Crees que las espadas, de noche, no
entrañaban ningún peligro para mí, al que estuvieron a
punto de matar con los palos cuando tú estabas mirando?
¿Por qué vienes a estas horas de la noche, por qué vienes 12
como un enemigo a presencia de quien está irritado, por
qué vienes con jóvenes armados de espadas? No me decidí
a poner en tus manos mi persona como invitado, ¿y voy
a recibirte como comensal cuando te presentas con hom-
bres armados? Si hubiera estado abierta la puerta, en estos 13
momentos en que estás oyendo mis quejas estarías prepa-
rando mis funerales, padre. Yo no estoy actuando en mo-

[346] En resumen, lo acostumbrado en las monarquías hereditarias: el sucesor en el trono era el primogénito varón.

do alguno, como si fuese un acusador, de forma capciosa
ni argumentando para sacar conclusiones de indicios dudo-
14 sos. ¿A qué fin, por otra parte? ¿Niega haber llegado a
mi puerta muy acompañado, o que sus acompañantes iban
provistos de armas? Haz venir a aquellos que yo te nom-
bre. Los que han sido capaces de una cosa así, son capaces
sin duda, de atreverse a todo, pero no tendrán la desfacha-
15 tez de negar. Si te los trajera después de haberlos sorpren-
dido con armas a la entrada de mi casa, lo considerarías
un hecho probado; considéralos, si confiesan, como si hu-
bieran sido atrapados».

10 «Ya puedes maldecir la ambición de reinar, y concitar
a las furias vengadoras de los hermanos. Pero que tus maldi-
ciones, padre, no sean ciegas; distingue entre el autor y
la víctima de la traición; tómala con la cabeza culpable.
2 Que el que estaba dispuesto a matar a su hermano sea
también el que se encuentre con la cólera de los dioses pro-
tectores de los padres; que el que estuvo a punto de pere-
cer por el crimen de su hermano, encuentre refugio en la
3 clemencia y la justicia de su padre. ¿En qué otro sitio voy a
refugiarme, en efecto, si no estoy seguro ni en la purifica-
ción ritual de tu ejército, ni en las maniobras militares, ni
en casa, ni en un banquete, ni en la noche, concedida a los
mortales para el descanso por la benefactora naturaleza?
4 Si voy invitado a casa de mi hermano, tengo que morir;
si dejo que mi hermano cruce mi puerta para participar
5 en un convite, tengo que morir; ni yendo ni quedándome
evito la emboscada. ¿Adónde volverme? Sólo he venerado
a los dioses y a ti, padre. No tengo a los romanos para
acogerme a ellos: me quieren muerto porque me duelen
las injusticias de que eres objeto, porque me indigna que
te hayan sido arrebatadas tantas ciudades, tantos pueblos,
y últimamente la zona costera de Tracia. Mientras tú y

yo estemos vivos no tienen esperanza de que vaya a ser suya
Macedonia. Si nos quitan de en medio a mí el atentado de 6
mi hermano y a ti la vejez —y eso si esperan hasta
entonces—, saben que el rey y el reino de Macedonia serán
suyos. Si los romanos te hubieran dejado algo fuera de
Macedonia, lo consideraría como un refugio que me que-
daba también a mí. Pero en los macedonios, se me dirá, 7
tienes protección suficiente. Ayer viste cómo me atacaban
los soldados. ¿Qué les faltó aparte de las armas? Lo que
no tuvieron durante el día lo tomaron por la noche los
invitados de mi hermano. ¿Qué decir de una gran parte 8
de los notables, que han puesto todas sus expectativas de
promoción y bienestar en los romanos y en quien goza de
toda influencia entre los romanos? Y, por Hércules, no
es sólo que le den a ése preferencia sobre mí, el hermano
mayor, sino que poco falta para que lo antepongan a ti,
su rey y padre. Él es, en efecto, quien tiene el mérito de 9
que el senado te levantara una sanción [347], quien ahora
te ampara frente a las armas romanas, quien considera justo
que tu ancianidad esté obligada y en deuda con su juventud.
De su parte están los romanos, y todas las ciudades libera- 10
das, y los macedonios disfrutan con la paz romana. Apar-
te de ti, padre, ¿qué esperanza o protección tengo yo en
ningún sitio?»

«Cuál crees que es el significado de esa carta que te 11
ha enviado ahora Tito Quincio, en la que por una parte
dice que has velado por tus intereses al enviar a Roma
a Demetrio, y por otra te anima a que lo vuelvas a enviar
con mayor número de embajadores y además con los más
destacados? Para ése, Tito Quincio es ahora el mentor y 2
maestro en todo. Ha renegado de ti como padre y lo ha

[347] Cf. XXXIX 47, 7 ss.

puesto a él en tu lugar. Allí se cocinaron anteriormente
3 todos los planes secretos. Lo que se busca son colaborado-
res para sus planes cuando te dice que mandes a más, y
además principales, como ése. Los que salen de aquí hacia
Roma sanos y sin malear, convencidos de que tienen por
rey a Filipo, vuelven de allí adoctrinados y maleados por
4 los halagos de los romanos. Sólo Demetrio lo es todo para
ellos, lo llaman ya rey cuando aún está vivo su padre. Y
si muestro mi indignación por esta situación, inmediata-
mente tengo que oír, y no sólo de otros sino incluso de
5 ti, padre, la acusación de que ambiciono el trono. Por lo
que a mí concierne, si la acusación es impersonal yo no
me doy por aludido. ¿A quién quito su sitio, en efecto,
para ponerme yo en su lugar? El único que está por enci-
ma de mí es mi padre, y ruego a los dioses que lo esté
6 mucho tiempo. Si sobrevivo —y así será si merezco que
él mismo quiera que yo sobreviva—, recibiré el trono en
7 herencia si mi padre me lo confía. Ambiciona el trono,
y realmente lo ambiciona de un modo criminal, el que se
apresura a saltarse el orden de la edad, de la naturaleza,
de la tradición macedónica, del derecho de los pueblos.
¿Que constituye un obstáculo el hermano mayor al que
pertenece el trono por derecho y además por voluntad pa-
8 terna? Quítesele de en medio: no será el primero que llega
al trono por la vía de la muerte de su hermano. Un padre
anciano y solo, estará más preocupado por su propio mie-
do que por vengar la muerte de su hijo. Los romanos se
9 alegrarán, aprobarán y defenderán lo ocurrido. Estas espe-
ranzas son inciertas, padre, pero no carentes de fundamento.
10 Ésta es, en suma, la situación: puedes alejar de mí el peli-
gro de muerte castigando a los que empuñaron la espada
para matarme; si su acción criminal tiene éxito, tú no esta-
rás en condiciones de vengar mi muerte.»

Discurso de Demetrio

Cuando terminó de hablar Perseo, los 12
presentes volvieron sus ojos hacia Demetrio suponiendo que replicaría de inmediato. Se produjo entonces un prolonga- 2
do silencio, siendo evidente para todos que no era capaz de hablar, que estaba bañado en lágrimas. Por fin la necesidad misma se impuso al dolor, cuando fue instado a hablar, y comenzó así: «Todos los medios 3
de defensa que antes tenían los acusados, padre, los ha utilizado ya mi acusador. Con sus lágrimas fingidas para hundir al adversario ha convertido en sospechas ante tus ojos mis lágrimas sinceras. Siendo él mismo el que, desde que 4
regresé de Roma, ha estado conspirando día y noche en conciliábulos secretos con los suyos, se anticipa y me hace aparecer no ya como un conspirador sino incluso como un bandido consumado y un asesino. Te asusta con 5
su propio peligro para precipitar, precisamente a través de ti, la ruina de su hermano inocente. Dice que no hay refugio para él en ningún lugar del mundo, con el fin de que yo no tenga ni siquiera en ti la menor esperanza. Carga 6
sobre mí, que estoy cercado, aislado y sin recursos, el odio por el crédito de que gozo en el extranjero, que me perjudica más que me favorece. Y ¡qué dominio del arte acusatorio, uniendo los cargos por lo de anoche con una requisitoria contra el resto de mi vida, para hacer sospechoso 7
este incidente —cuyo alcance vas a conocer enseguida— a partir de otras circunstancias de mi vida, a la vez que para apuntalar, con este argumento falaz y amañado sobre lo ocurrido esta noche, las otras imputaciones infundadas relativas a mis expectativas, intenciones y proyectos! Al mismo tiempo buscó la forma de que su acusación pa- 8
reciera improvisada, nada preparada, puesto que sería la consecuencia del pánico y la súbita confusión de esta noche.

9 Pero, Perseo, si yo era un traidor a mi padre y a su reino,
si había conspirado en connivencia con los romanos y con
otros enemigos de mi padre, no debistes esperar a la come-
dia de esta noche, sino que debías haberme acusado ya
10 antes de traición; si tal acusación, independientemente de
ésta de ahora, carecía de base y más que mi culpabilidad
lo que iba a delatar era tu odio hacia mí, también hoy
debiste pasarla por alto o dejarla para otra ocasión,
11 a fin de que se esclareciese en concreto si conspiré yo con-
tra ti y tú contra mí, en una manifestación de odio inaudita
12 y sin precedentes. No obstante, en la medida en que me
sea posible en esta súbita perturbación, separaré lo que
tú confundiste y dejaré al descubierto el complot, tuyo o
13 mío, de esta noche. Pretende hacer creer que yo urdí la
trama para matarlo, en un intento, obviamente, de que
una vez eliminado mi hermano mayor, al que está destina-
do el trono de acuerdo con el derecho de los pueblos, con
la tradición macedonia, y también, según afirma, con tu
propia decisión, yo, el menor, ocupe el lugar de aquel al
14 que habría dado muerte. ¿A qué viene entonces esa segun-
da parte de su discurso en la que asegura que yo hice la
corte a los romanos y que la confianza en ellos me llevó
15 a tener esperanzas de reinar? Porque si yo creía que los
romanos tenían tanta influencia como para imponer a Ma-
cedonia el rey que ellos quisieran, y si confiaba tanto en
mi ascendiente entre ellos, ¿qué necesidad había de un pa-
16 rricidio? ¿Tal vez para llevar una diadema manchada con la
sangre del asesino de mi hermano? ¿Para convertirme en
algo abominable y odioso precisamente ante aquellos a los
que merezco crédito, si es que alguno tengo, conseguido
con una honestidad auténtica o por lo menos supuesta?
17 A no ser que pienses que Tito Quincio, cuyos gestos y con-
sejos me guían según ahora pretendes, me sugirió que ma-

tara a mi hermano, precisamente él que vive tan fraternal-
mente unido con el suyo. Perseo ha metido en el mismo 18
saco tanto el favor de los romanos como las estimaciones
de los macedonios y el sentir común de casi todos los dio-
ses y los hombres, todo lo cual lo ha llevado a creer que
llevaría las de perder en una confrontación conmigo.
Al mismo tiempo, como si yo fuese inferior en todos los 19
demás sentidos me acusa de haber recurrido al crimen co-
mo última oportunidad. ¿Quieres que se plantee el proce- 20
dimiento en estos términos: que se estime que tomó la de-
cisión de eliminar a su hermano aquel de los dos que haya
tenido miedo a que el otro pareciese más merecedor del
trono?»

«Pero sigamos en detalle los pasos de la acusación, por 13
más que haya sido inventada. Me acusó de haber atentado
contra él de muchas maneras, e hizo confluir en un mismo
día todas las líneas de ataque. Quise matarlo a pleno día 2
después de la purificación, cuando hicimos las maniobras,
y precisamente, válgannos los dioses, el día de la purifica-
ción; quise eliminarlo, con veneno, claro está, cuando lo
invité a la cena; quise matarlo con el hierro cuando algu-
nos me acompañaron al convite ciñendo espadas. Ves cuá- 3
les son, realmente, los momentos elegidos para el parrici-
dio: el de unas maniobras militares, el de un banquete,
el de un festín. Además, ¿qué clase de fecha era? El día
en que fue purificado el ejército, el día en que pasamos
entre las dos partes de la víctima precedidos de las armas
reales de todos cuantos reyes hubo en Macedonia en toda
la historia, y cabalgamos en cabeza escoltándote una a ca-
da lado, padre, y nos siguió el ejército de los macedonios.
En un día así, pues, lavado y purificado con el rito sagra- 4
do, aun en el caso de que hubiera hecho algo que necesita-
se una expiación, precisamente cuando volvía los ojos a

la víctima colocada a ambos lados de nuestro desfile, ocu-
paba mi mente con pensamientos de parricidios, venenos
y espadas preparadas para el festín. ¿Con qué otros ritos
iba a purificar después mi conciencia manchada con toda
5 clase de delitos? Pero una mente obcecada por el afán de
acusar, al querer cubrirlo todo de sospechas, confunde unas
6 cosas con otras. Porque si pretendía yo eliminarte con ve-
neno durante la cena, ¿había mayor sinrazón que provo-
car tu cólera cargando y combatiento encarnizadamente,
para que tuvieses motivos para rehusar, como hiciste, la
7 invitación a cenar? Pues bien, y cuando te negaste, irrita-
do, ¿debía yo poner los medios para calmarte, a fin de
buscar otra oportunidad ya que había preparado el veneno,
8 o debía saltar, por así decir, de aquel plan a otro, para
matarte con la espada, y precisamente el mismo día, con
9 la disculpa de un festín? Por otra parte, si yo creía que
tú habías evitado cenar conmigo por miedo a la muerte,
¿cómo no imaginar que debido a ese mismo miedo evita-
rías también el festín?»

14 «No es cosa de sonrojarse, padre, si en un día de fies-
ta, entre compañeros de mi edad, bebí algo más de la cuen-
2 ta. Me gustaría que tú mismo tratases de comprobar con
qué alegría, con qué buen humor se celebró ayer el ban-
quete en mi casa, excitados además por la satisfacción
—poco encomiable tal vez— producida por el hecho de
que en la competición con armas entre jóvenes, nuestro
3 bando no había quedado por debajo. Esta situación deplo-
rable y el miedo han disipado fácilmente la resaca; de no
ser por ello, nosotros, los conspiradores, estaríamos echa-
4 dos durmiendo profundamente. Si hubiera tenido intención
de asaltar tu casa y matar a su dueño después de tomarla,
¿no me habría privado del vino al menos por un día, no
5 habría hecho que se abstuviesen mis hombres? Y para que

no sea yo el único que se defiende con demasiada ingenuidad, también él, mi nada malicioso y suspicaz hermano, dice: 'Yo sólo sé una cosa, sólo una cosa alego: que vinieron con espadas a participar en el festín'. Si te preguntase 6
cómo conoces precisamente ese detalle, a la fuerza tendrías que admitir que o bien mi casa estaba llena de espías tuyos, o bien aquéllos cogieron las armas tan abiertamente que todo el mundo lo vio. Y para que no pareciera que 7
él mismo había hecho alguna averiguación previa o que ahora hacía alguna alegación calumniosa como acusador, te instaba a que preguntases a aquellos que él te nombrase si habían portado armas, como si fuese un punto oscuro, con el objeto de que se los considerase convictos después de preguntarles tú algo que ellos mismos confiesan. ¿Por qué no pides que se les pregunte más bien si cogieron 8
la espada para matarte, y si era sabedor e instigador? Porque esto es lo que pretendes que se crea, no lo que aquéllos admiten y es de dominio público. Ellos dicen que cogieron las armas para protegerse. ¿Tuvieron o no motivo 9
para hacerlo? Ellos mismos darán cuenta de su comportamiento, no mezcles mi caso, que nada tiene que ver con ese hecho. O bien explica si teníamos pensado atacarte abiertamente o a escondidas. Si abiertamente, ¿por qué no íba- 10
mos todos armados? ¿Por qué sólo tenían armas aquellos que maltrataron a tu espía? Si a escondidas, ¿cuáles eran los pasos del plan?, ¿cuando yo me hubiera despedido co- 11
mo invitado, una vez finalizado el festín, se habrían quedado los cuatro para atacarte cuando estuvieras dormido? ¿Cómo habrían pasado desapercibidos si no eran de la casa, si eran de los míos, y además especialmente sospechosos porque poco antes habían intervenido en una reyerta? Por otra parte, ¿cómo pensaban escapar después de ma-

tarte? ¿Con cuatro espadas era posible tomar por asalto
tu casa?»
15 «¿Por qué no dejas a un lado esa historia sobre lo de
anoche y te centras en lo que te duele y te consume de
2 envidia? '¿Por qué se alude alguna vez a tu acceso al tro-
no [348], Demetrio? ¿Por qué algunos te consideran más dig-
no que a mí como sucesor de la fortuna de nuestro padre?
¿Por qué haces que mis expectativas sean inciertas y preo-
3 cupantes, cuando serían seguras si tú no existieras?' Esto
es lo que piensa Perseo, aunque no lo dice; esto hace de
él un enemigo y un acusador; esto llena tu casa y tu
4 reino de acusaciones y de sospechas. En cuanto a mí, pa-
dre, es verdad que no debo esperar ahora el trono ni pro-
bablemente deba nunca entrar en rivalidades sobre él, por-
que soy el más pequeño y porque tú quieres que yo pase
a segundo plano en pro del mayor, pero también hay algo
que no debí ni debo hacer: aparecer ante todos como in-
5 digno de un padre como tú. Porque eso sería lo que conse-
guiría con mi mal comportamiento, no con la modestia
de ceder el sitio a quien tiene a su favor la ley humana
y divina. Me imputas mi relación con los romanos y con-
viertes en acusación lo que debería ser motivo de gloria.
6 Yo no pedí ser entregado a los romanos como rehén ni
ser enviado a Roma como embajador. Cuando tú me en-
viaste no me negué a ir. En ambos casos me comporté
de forma que no fuese un motivo de vergüenza ni para
ti, ni para tu reino, ni para el pueblo de Macedonia.
7 Por consiguiente, padre, tú fuiste la causa de mi amistad
con los romanos. Mientras sigan estando en paz contigo
también se mantendrán mis buenas relaciones con ellos;
si estalla la guerra, yo, que como rehén y como embajador

[348] Manteniendo *regni* en el texto.

fui útil a mi padre, seré igualmente un acérrimo enemigo para ellos. Tampoco pretendo hoy sacar ventaja de mi sim- 8
patía entre los romanos: lo único que pido es que no me perjudique. No comenzó con la guerra ni está restringida a la guerra; yo fui garantía de paz, fui enviado como embajador para consolidar la paz; que ninguna de las dos misiones sea para mí motivo de gloria ni de acusación.
Por mi parte, padre, si he cometido alguna acción desleal 9
hacia ti o alguna acción criminal contra mi hermano, no me sustraigo a ningún castigo; si soy inocente, pido que no me abrasen las llamas de la envidia en vista de que no pueden alcanzarme las de la acusación. No es hoy la 10
primera vez que me acusa mi hermano, pero hoy lo hace abiertamente por primera vez, sin que yo haya hecho contra él nada que lo justifique. Si nuestro padre estuviera furioso contra mí, tú, como hermano mayor, deberías interceder en favor del más pequeño, deberías obtener el perdón para mi corta edad, para mi error. Donde debería estar mi protección, está mi perdición. Se me hizo venir pre- 11
cipitadamente, medio dormido, después de un banquete y de una fiesta, a defender mi causa en una acusación de parricidio. Sin asesores, sin abogados, me veo obligado a ejercer yo mismo mi defensa. Si se tratase de hablar en 12
favor de otro, me habría tomado mi tiempo para reflexionar y eleborar mi discurso, y eso que en tal caso sólo estaría en juego la reputación de mi talento. Sin saber por qué se me había convocado, oí cómo me ordenabas, irritado, que me defendiera, y cómo mi hermano me acusaba.
Él utilizó en contra de mí un discurso largamente preparado 13
y meditado con anterioridad; yo sólo tuve el tiempo que duró la acusación para enterarme de qué se trataba. En 14
ese espacio de una hora ¿debía escuchar al acusador o meditar la defensa? Atónito por lo repentino e inesperado

del golpe, apenas pude entender de qué se me acusaba,
15 y todavía no sé muy bien cómo defenderme. ¿Qué esperanza me quedaría si no tuviera a mi padre como juez? Incluso en el caso de que mi hermano mayor estuviera por encima en el afecto de mi padre, ciertamente no debe estar
16 por delante en su piedad, siendo yo el acusado. Te suplico, pues, que me salves, por mí y por ti; él te pide que me quites la vida por su propia seguridad. ¿Cómo crees que me tratará cuando le hayas confiado el trono, cuando ya ahora considera justo que se le sacrifique mi vida?»

Ambigua absolución de Demetrio

16 Cuando estaba pronunciando estas palabras, las lágrimas le entrecortaron el aliento y la voz al mismo tiempo. Filipo, después de hacer que se retiraran ambos, cambió impresiones con sus amigos du-
2 rante unos instantes y anunció que no emitiría un veredicto sobre el caso de uno y otro basándose en palabras ni en una sola hora de discusión, sino sobre la base de una indagación acerca de la vida y la conducta de ambos, y del examen de sus palabras y sus actos en cuestiones impor-
3 tantes o no; y así quedó claro para todos que la acusación referente a la noche anterior había quedado refutada fácilmente, pero que las demasiado buenas relaciones de Demetrio con los romanos eran sospechosas. A grandes rasgos estas fueron las semillas, sembradas en vida de Filipo, de la guerra macedónica que se iba a librar contra Perseo.

Occidente: Liguria e Hispania

4 Los dos cónsules partieron para Liguria, que entonces era la única provincia consular. Y como hicieron allí una campaña con éxito, se decretó un día de ac-
5 ción de gracias. Aproximadamente dos mil lígures llegaron hasta el último confín de la provincia de la Galia, donde tenía Marcelo su campamento, y pidie-

ron que se aceptase su sumisión. Marcelo ordenó a los lígures que esperasen allí mismo y consultó por carta al senado. El senado encomendó a Marco Ogulnio la misión 6 de responder a Marcelo que más que al senado competía a los cónsules a cuyo cargo estaba la provincia decidir cuáles eran los intereses del Estado; que, en este caso, el senado sólo estaba de acuedo en que se aceptase una rendición incondicional de los lígures, y le parecía procedente que se les quitasen las armas tras la rendición y se remitiese a los cónsules la cuestión sobre ellos.

Llegaron al mismo tiempo el pretor Publio Manlio a 7 la Hispania ulterior, provincia que le había correspondido también en su primera pretura, y el pretor Quinto Fulvio Flaco a la citerior, donde recibió el ejército de manos de Aulo Terencio, pues la ulterior había estado sin mando supremo debido a la muerte del procónsul Publio Sempronio. Los celtíberos atacaron a Fulvio Flaco cuando estaba 8 asediando una plaza hispana llamada Urbicna [349]. Se libraron entonces algunos duros combates, resultando muertos o heridos muchos soldados romanos. Venció Fulvio a base de tenacidad, porque no hubo fuerza capaz de arrancarlo del asedio; los celtíberos, tras el desgaste de los combates de resultado cambiante, se retiraron. Privada de apoyo 9 la ciudad fue tomada en cosa de pocos días y saqueada; el pretor dejó el botín a los soldados. Fulvio, tras la toma 10 de esta plaza, y Manlio, después de limitarse a reunir al ejército que se había dispersado, retiraron sus ejércitos a los cuarteles de invierno sin llevar a cabo ninguna operación reseñable. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos

[349] Nombre más probable, a tenor de los manuscritos, sería Uthicna. Aparte de Urbicna se han propuesto Urbicua y Urbicana. Estaría en Concud, en caso de ser la Urbiaca de los Itinerarios de Antonino.

11 en Hispania durante aquel verano. Terencio, que había llegado de aquella provincia, entró en Roma recibiendo la ovación. Se aportaron nueve mil trescientos veinte libras de plata, ochenta y dos libras de oro y sesenta y siete coronas de oro.

17 Aquel mismo año los romanos hicieron de árbitros sobre el terreno en una disputa entre el pueblo cartaginés
2 y el rey Masinisa a propósito de un territorio que Gala, el padre de Masinisa, les había tomado a los cartagineses. Sífax había desalojado de allí a Gala, y posteriormente se lo había dado a los cartagineses como un detalle para con-
3 graciarse con su suegro Asdrúbal. Y aquel año Masinisa había echado a los cartagineses. La cuestión fue debatida en presencia de los romanos con tanto apasionamiento como cuando se enfrentaron con las armas en el campo de
4 batalla. Los cartagineses lo reclamaban alegando que había pertenecido a sus antepasados y después había vuelto de manos de Sífax a las suyas. Masinisa sostenía que él había recuperado el territorio perteneciente al reino de su padre y que era suyo en virtud del derecho de los pueblos; que él llevaba la ventaja del título y de la posesión efecti-
5 va; lo único que temía en aquel contencioso era que le perjudicasen los escrúpulos de los romanos, preocupados por no dar la impresión de favorecer a un rey aliado y amigo frente a unos enemigos comunes a éste y a ellos.
6 Los comisarios no modificaron el derecho del ocupante y remitieron el caso a Roma, al senado, sin prejuzgarlo.

En Liguria, después, no se llevó a cabo operación alguna. Los lígures, que en un principio se habían retirado a las zonas boscosas alejadas, después disolvieron su ejército y se dispersaron aquí y allá por las aldeas y enclaves forti-
7 ficados. También los cónsules quisieron licenciar su ejército, y consultaron a los senadores sobre el particular. Éstos

resolvieron que uno de los cónsules licenciase su ejército
y acudiera a Roma para la elección de magistrados anua-
les, y que el otro invernase en Pisa con sus legiones.
Corrían rumores de que los galos transalpinos estaban ar- 8
mando a la juventud y no se sabía hacia qué región de
Italia iba a expandirse esta multitud. Los cónsules decidie-
ron de común acuerdo que marcharía Gneo Bebio a los
comicios dado que aspiraba al consulado su hermano Mar-
co Bebio.

Roma: elecciones, prodigios, epidemia

Se celebraron los comicios para la de- 18
signación de cónsules [350], y resultaron ele-
gidos Publio Cornelio Léntulo y Marco
Bebio Tánfilo. A continuación fueron ele- 2
gidos pretores dos Fabios, Quinto Máxi-
mo y Quinto Buteón, y Tiberio Claudio Nerón, Quinto
Petilio Espurino, Marco Pinario Rusca y Lucio Duronio.
Cuando entraron en funciones, la suerte les asignó las pro- 3
vincias como sigue: a los cónsules, Liguria; en cuanto a
los pretores, a Quinto Petilio la jurisdicción urbana, a Quin-
to Fabio Máximo la peregrina, a Quinto Fabio Buteón la
Galia, Sicilia a Tiberio Claudio Nerón, Cerdeña a Marco
Pinario y Apulia a Lucio Duronio, con el añadido de los 4
histros, porque los tarentinos y brindisinos mandaban aviso
de que sus territorios costeros estaban infestados por las pi-
raterías de naves de ultramar. En el mismo sentido se que-
jaban los masilienses con respecto a los navíos de los lígu-
res. Después se hizo la asignación de tropas. A los cónsu- 5
les, cuatro legiones compuestas cada una de cinco mil dos-
cientos romanos de infantería y trescientos de caballería
y por quince mil aliados y latinos de a pie y ochocientos
de a caballo. En las Hispanias les fue prorrogado el man- 6

[350] Para el año 181.

do a los antiguos pretores con los ejércitos que tenían, y les fue asignado un contingente complementario de tres mil ciudadanos romanos de a pie y doscientos de a caballo y seis mil infantes y trescientos jinetes aliados de derecho
7 latino. Tampoco se olvidó la adopción de medidas referentes a la marina. Los cónsules recibieron instrucciones de nombrar a tal fin duúnviros [351] por medio de los cuales se botarían veinte navíos tripulándolos con marinería de ciudadanos romanos que hubiesen sido antes esclavos, con la única condición de que fueran libres de nacimiento quie-
8 nes los mandasen. Los duúnviros se repartieron la zona costera que debían defender con diez navíos cada uno, constituyendo el promontorio de Minerva [352] el eje central de demarcación, por así decir; uno de ellos defendería la parte derecha, desde allí hasta Masilia, y el otro la izquierda hasta Bario [353].

19 Aquel año se observaron muchos prodigios de mal cariz en Roma o llegó noticia de ellos desde el exterior.
2 En la plaza de Vulcano y de la Concordia llovió sangre; también anunciaron los pontífices que se habían movido las lanzas [354] y los lanuvinos que había derramado lágri-
3 mas la estatua de Juno Sóspita. Había una epidemia tan extendida en el campo así como en los centros de mercado y de reunión y en Roma, que Libitina [355] casi no daba
4 abasto para los funerales. Llenos de inquietud por estos

---

351 Los *duouiri nauales* que se elegían por vía extraordinaria para habilitar la flota (cf. IX 30, 4) y, en su caso, asumir el mando.

352 Punta Campanella, frente a Capri, en la Campania. Debía su nombre a un templo de Minerva.

353 Bari.

354 Probablemente las doce *hastae Martis.*

355 La diosa de los funerales. En su bosque sagrado, en el Esquilino, se podía comprar todo lo que necesitaban los enterradores para su labor.

prodigios y calamidades, los senadores decidieron que los
cónsules hiciesen sacrificios con víctimas adultas a los dio-
ses que estimasen oportuno y, además, que los decénviros
consultasen los Libros Sibilinos. Por prescripción de los 5
decénviros se decretó un día de rogativas en Roma ante
todos los altares. También a propuesta suya el senado apro-
bó y los cónsules dispusieron mediante un edicto que se
celebrasen en toda Italia tres días festivos de rogativas.
Era tal la virulencia de la epidemia que, aunque se había 6
decidido a causa de la defección de los corsos y de la gue-
rra desencadenada en Cerdeña por los ilienses [356] reclutar
entre los aliados de derecho latino ocho mil infantes y tres-
cientos jinetes para que el pretor Marco Pinario los llevase
con él a Cerdeña, los cónsules anunciaron que no se había 7
podido alcanzar dicha cifra, por la gran cantidad de muer-
tos y enfermos que había en todas partes. Se dio orden 8
al pretor de tomar del procónsul Gneo Bebio, que inverna-
ba en Pisa, los soldados que faltaban y cruzar desde allí
a Cerdeña.

El pretor Lucio Duronio, al que había correspondido 9
en suerte la provincia de Apulia, fue encargado también
de la investigación sobre las Bacanales, de las que habían
aparecido indicios ya el año precedente, como brotes nue-
vos de los males anteriores, pero el pretor Lucio Pupio 10
se había limitado a poner en marcha la investigación, más
que llevarla a una conclusión. Los senadores ordenaron
al nuevo pretor que cortase el mal de raíz, no fuera a ex-
tenderse de nuevo y con mayor amplitud. También, por 11
iniciativa del senado, los cónsules presentaron al pueblo
una proposición de ley sobre el fraude electoral [357].

---

[356] Vivían, con muy pocos recursos, en la zona montañosa de la isla.

[357] La *Lex Cornelia Baebia de ambitu*.

20 Después presentaron ante el senado las embajadas, comenzado por las de los reyes Éumenes, Ariarate de Capadocia y Fárnace del Ponto. Y la única respuesta que se les dio fue que se enviaría una comisión para examinar
2 sus diferencias y tomar decisiones sobre ello. A continuación se hizo pasar a los delegados de los exiliados lacedemonios y de los aqueos, y se les dieron esperanzas a los exiliados de que el senado escribiría a los aqueos con vistas a su repatriación. Los aqueos hicieron un informe, que contó con la aprobación del senado, acerca de la recuperación de Mesene y de cómo se habían solucionado allí las
3 cosas. También, de parte de Filipo, rey de Macedonia, llegaron dos embajadores, Filocles y Apeles, enviados no porque hubiera alguna demanda que presentar al senado sino más bien para espiar y hacer indagaciones acerca de las conversaciones que, según las insinuaciones de Perseo, había mantenido Demetrio con los romanos, especialmente con Tito Quincio, a propósito de la sucesión al trono en
4 detrimento de su hermano. El rey los había enviado creyendo que eran imparciales, no inclinados en favor de uno u otro, pero también éstos eran instrumentos y cómplices de la conspiración de Perseo contra su hermano.

Macedonia: subida al Hemo. Eliminación de Demetrio

5 Demetrio, ignorante de todo excepto de la intentona de su hermano que había salido a la luz recientemente, en principio no tenía ni muchas ni pocas esperanzas sobre la posibilidad de que su padre se reconciliara con él; después, su confianza en la actitud de su padre era cada día menor, pues veía que sólo tenía oídos
6 para su hermano. Por ello, poniendo cuidado en lo que decía y en lo que hacía, para no acentuar las sospechas de nadie, se abstenía especialmente de toda alusión y contacto con los romanos hasta el punto de no querer ni si-

quiera que le escribieran, porque se daba cuenta de que el ánimo de su padre se crispaba sobre todo con acusasiones de esa clase.

Filipo, con el doble propósito de evitar que la inactividad enervara a los soldados y de alejar la sospecha de que planeaba algo referente a una guerra contra Roma, concentró las tropas en Estobos, en Peonia, y las condujo directamente hacia Médica. Le habían entrado ganas de su- 2
bir hasta la cima del monte Hemo [358], porque había dado crédito a la opinión común de que desde allí se podía divisar a la vez el Ponto, el mar Adriático, el río Histro y los Alpes: el hecho de tener todo este panorama al alcance de la vista sería de gran importancia para sus planes sobre la guerra contra Roma. Preguntó a los que conocían bien 3
la región acerca de las posibilidades de subir al Hemo; todos coincidían en que no había una ruta practicable para un ejército, pero que para unos pocos y sin bagajes existía un acceso, sumamente difícil; entonces, para consolar a 4
su hijo más pequeño con una conversación afectuosa, pues había decidido no llevarlo consigo, comenzó por preguntarle si se debía persistir en la empresa o renunciar a ella, en vista de las dificultades que presentaba la marcha. Si a 5
pesar de todo seguía adelante, no podía en semejantes circunstancias olvidar el caso de Antígono [359], del cual se decía que cuando era zarandeado por un violento temporal y tenía consigo en la misma nave a todos los suyos, había advertido a sus hijos que recordasen ellos y transmitiesen a sus descendientes la enseñanza de que nadie debe exponerse al peligro al mismo tiempo que toda su familia en

[358] Una de las cumbres balcánicas, en Tracia.

[359] No hay otras referencias sobre esta anécdota que permitan saber de qué Antígono se trata.

6 situaciones arriesgadas. Por eso él, teniendo presente esta advertencia, no iba a exponer a sus dos hijos a la vez al azar de la aventura que tenían a la vista; y puesto que llevaba consigo al hijo mayor, reenviaría a Macedonia al más pequeño para asegurar el futuro y preservar el reino.
7 Demetrio era consciente de que se le relegaba para que no estuviera presente en el consejo cuando se deliberara, con el escenario a la vista, sobre cuáles eran las rutas que conducían más directamente al mar Adriático y a Italia,
8 y sobre la estrategia de la guerra. Pero era preciso no sólo obedecer sino mostrarse de acuerdo con su padre, para no
9 suscitar recelos si obedecía de mala gana. No obstante, para que no corriera peligro en su viaje a Macedonia, se dio orden a Didas, uno de los pretores reales que gobernaba Peonia, para que lo acompañara con una pequeña escolta.
10 También a éste, como a la mayor parte de los amigos de su padre, lo había incorporado Perseo a la conspiración para acabar con su hermano desde el momento en que comenzó a tener claro quién sería el heredero del trono, dada
11 la inclinación del ánimo de su padre en tal sentido. Por el momento se le recomendó que tratase de acercarse a él con todas las formas de la obsequiosidad en un trato de lo más íntimo para sonsacarle todos los secretos y descubrir sus más recónditos pensamientos. Parte así Demetrio con una escolta que representaba más peligro que si viajase solo.

22 Filipo atravesó primero la Médica y luego los desiertos que se extienden entre la Médica y el Hemo, y por fin al séptimo día de marcha llegó a la base del monte. Se detuvo allí un día para elegir a los hombres que llevaría
2 consigo y al otro día reemprendió la marcha. Al principio, los remontes de más abajo presentaban una dificultad moderada. A medida que iban ganado altura se encontraban

con parajes cada vez más boscosos y en su mayor parte
impracticables. Llegaron luego a un paso tan oscuro que 3
apenas se podía divisar el cielo a causa de la espesura de
la arboleda y a las ramas que se entrecruzaban. Pero a 4
medida que se acercaban a las cumbres, la niebla, cosa
infrecuente en las alturas, lo envolvía todo de tal forma
que era tan difícil avanzar como si fuera de noche. Por
fin, al tercer día, llegaron a la cima. Cuando descendieron 5
no comentaron nada que contradijese la creencia común,
no porque hubieran podido divisar desde el mismo punto
mares, montes y ríos de extremos opuestos, sino más bien,
creo yo, para no exponerse a la burla por la inutilidad
de la expedición. Todos se resintieron de las dificultades 6
de la marcha, y el rey más que nadie porque notaba más
el peso de la edad. Después de ofrecer un sacrificio en los 7
dos altares consagrados allí a Júpiter y al Sol, descendió
en dos días por donde había ascendido en tres, temiendo
sobre todo las bajas temperaturas nocturnas, que a pesar
de estar en el comienzo de la canícula [360] eran parecidas
a las del invierno. Tras los muchos quebrantos sufridos 8
durante aquellos días no encontró una situación mucho más
halagüeña en el campamento, donde faltaba absolutamente
de todo, como es lógico en una región rodeada de desiertos
por todas partes. Se demoró, pues, sólo un día, para que 9
descansaran los que lo habían acompañado, y a continua-
ción, en una marcha que parecía una huida, pasó a toda
prisa al país de los denteletos. Eran aliados, pero debido 10
a la falta de provisiones los macedonios saquearon el terri-
torio como si fuera enemigo; con su pillaje, en efecto, aso- 11
laron primero los caseríos indiscriminadamente, y después
incluso algunas aldeas, sintiéndose el rey muy avergonzado

[360] En la segunda mitad de julio.

cuando oía los gritos de los aliados que invocaban en vano
12 a los dioses de las alianzas y su propio nombre. Se llevó
de allí trigo y regresó a Médica, disponiéndose a atacar
13 una ciudad llamada Petra [361]. Él estableció el campamento
en el lado de acceso desde el llano, y a su hijo Perseo
lo mandó con un pequeño destacamento a dar un rodeo
para atacar la ciudad desde una posición más elevada.
14 Los moradores de la plaza, ante el peligro que amenazaba
desde todas partes, entregaron rehenes y de momento se
rindieron; pero luego que se retiró el ejército se desentendieron de los rehenes, abandonaron la ciudad y corrieron
a refugiarse en enclaves fortificados o en las montañas.
15 Filipo, después de agotar a sus hombres con toda clase
de trabajos sin resultado alguno, regresó a Macedonia, viéndose acentuadas sus sospechas contra su hijo debido al doble juego del pretor Didas.

23 Éste, enviado en su compañía como se ha dicho antes,
se ganó el ánimo cándido e incauto del joven, no sin razón
irritado contra los suyos, a base de adulaciones y de fingirse a su vez indignado por su suerte, y ofreciéndole espontáneamente su colaboración para todo y prometiéndole leal-
2 tad le arrancó sus secretos. Demetrio planeaba huir al lado
de los romanos; para este propósito, aparecía con una ayuda
ofrecida como un regalo de los dioses el pretor de Peonia,
a través de cuya provincia tenía esperanzas de escapar sin
3 riesgos. Este plan fue puesto inmediatamente en conocimiento de su hermano, y por iniciativa de éste, delatado
4 ante su padre. Primero se le hizo llegar una carta cuando
estaba sitiando Petra. En consecuencia, Herodoro, que era
el principal de los amigos de Demetrio, fue puesto bajo

[361] Aunque no es posible precisar su emplazamiento, obviamente no es la Petra de XXXIX 26, 1, que estaba en Pieria.

custodia, y se dieron órdenes de vigilar discretamente a
Demetrio. Estas circunstancias, sumadas a las demás, en- 5
sombrecieron la llegada del rey a Macedonia. También le
preocupaban las últimas acusaciones, pero pensaba que se
debía esperar a los que había enviado a Roma a informar-
se de todo. Pasó varios meses desasosegado por estas preo- 6
cupaciones, y por fin llegaron los emisarios, que ya en Ma-
cedonia habían estado preparando el informe que harían
a la vuelta de Roma. Aparte de los otros cargos, éstos en- 7
tregaron también al rey una carta apócrifa, sellada con el
sello falsificado de Tito Quincio. En la carta se trataba 8
de disculpar al joven si, impulsado por sus aspiraciones
al trono, había tenido algunos contactos con Quincio: ni
el joven tenía intención de hacer nada en contra de ningu-
no de los suyos, ni Quincio era una persona de la que
pudiera pensarse que estaría dispuesta a apoyar ningún plan
desleal. Esta carta dio credibilidad a las acusaciones de Per-
seo. Por consiguiente, Herodoro fue sometido de inmedia- 9
to a una prolongada tortura y murió en el suplicio sin ha-
cer ninguna revelación.

Perseo acusó de nuevo a su hermano ante su padre. 24
Aducía como argumento sus preparativos de huida a tra-
vés de Peonia y el soborno de algunos hombres para que
lo acompañaran en el viaje, y la acusación de mayor peso
era la falsa carta de Tito Quincio. Sin embargo, no se hizo 2
pública ninguna sentencia especialmente grave contra él,
optando más bien por darle muerte a traición, y esto no
por consideración hacia él sino para evitar que su castigo
desvelara los planes en contra de los romanos. Como el 3
rey tenía que viajar de Tesalónica a Demetríade, envió a
Demetrio a Astreo [362], en Peonia, acompañado igualmente

[362] Entre el Estrimón y el Axio. ¿La actual Stromnitsu?

de Didas, y a Perseo lo envió a Anfípolis [363] a hacerse
4 cargo de los rehenes de los tracios. Cuentan que dio ins-
trucciones a Didas, cuando se despidió de él, acerca de
5 la muerte de su hijo. Didas organizó un sacrificio, real
o ficticio, a cuya celebración fue invitado Demetrio, trasla-
dándose de Astreo a Heraclea [364]. El veneno le fue suminis-
6 trado durante esta cena, según dicen. Nada más apurar
la copa se dio cuenta, y poco después, al manifestarse los
dolores, tras abandonar el banquete y retirarse a su habita-
ción, se retorcía lamentándose de la crueldad de su padre
y denunciando el parricidio de su hermano y la perfidia
7 de Didas. Luego entraron un tal Tirsis de Estuberra y Ale-
jandro de Berea [365] y lo asfixiaron cubriéndole la cabeza
8 y la garganta con mantas. Así fue como se dio muerte al
joven inocente, pues en su caso los enemigos ni siquiera
se contentaron con una sola forma de asesinato.

Liguria: operaciones de Lucio Emilio Paulo

25 Mientras se desarrollaban en Macedo-
nia estos acontecimientos, Lucio Emilio
Paulo, cuyo mando había sido prorroga-
do a la salida del consulado, entró con
su ejército en el territorio de los lígures
2 ingaunos al comienzo de la primavera. En cuanto acampó
en territorio enemigo se presentaron a él unos emisarios
3 enviados a espiar bajo el pretexto de pedir la paz. Paulo
aseguró que no se negociaría la paz a no ser que se rindie-
ran, y, sin oponerse a ello, decían, no obstante, que se
precisaba tiempo para convencer a su poco civilizado pue-

363 En la desembocadura del Estrimón, al este.

364 Puede ser la Heraclea llamada Síntica (en la orilla derecha del Estrimón), o la de Lincestide, llamada también Pelagonia (en el noroeste de Macedonia).

365 Población situada al suroeste de Pela a unas veinte millas.

blo. Al concedérseles una tregua de diez días para ese pro- 4
pósito, solicitaban a continuación que los soldados no fue-
ran a recoger forraje ni leña más allá de los montes cerca-
nos al campamento, que allí había tierras de cultivo perte-
necientes a su territorio. Una vez conseguido esto, concen- 5
traron todo su ejército precisamente detrás de aquellos mon-
tes de los que habían mantenido apartado al enemigo, y
de pronto, en número muy elevado, lanzaron un ataque
contra el campamento romano por todas las puertas simul-
táneamente. Atacaron durante todo el día con la mayor 6
violencia, de forma tal que los romanos no tuvieron tiem-
po ni siquiera para sacar las enseñas ni espacio para des-
plegar el frente de batalla. Apelotonados en las puertas, 7
defendían el campamento obstaculizando más que comba-
tiendo. Cuando los enemigos se retiraron a la puesta del
sol, envió dos jinetes al procónsul Gneo Bebio, a Pisa,
con una carta, diciéndole que viniera en su ayuda cuanto
antes, que estaba sitiado durante un período de tregua.
Bebio había entregado su ejército al pretor Marco Pinario 8
que partía para Cerdeña, pero hizo saber, por carta, al
senado, que Lucio Emilio estaba sitiado por los lígures,
y también escribió a Marco Claudio Marcelo, cuya provin- 9
cia era la más cercana, diciéndole que, si lo tenía a bien,
trasladase el ejército de la Galia a Liguria y liberase a Lu-
cio Emilio del asedio. Esta ayuda iba a llegar demasiado 10
tarde. Los lígures se acercaron de nuevo al campamento
al día siguiente. Emilio, aun a sabiendas de que vendrían
y aunque habría podido sacar sus tropas a campo abierto,
mantuvo a sus hombres en el interior de la empalizada pa-
ra alargar la situación hasta el momento en que Bebio pu-
diese llegar desde Pisa con su ejército.

En Roma, la carta de Bebio provocó una gran conmo- 26
ción, acrecentada por el hecho de que pocos días más tar- 2

de, Marcelo, que había llegado a Roma después de entre-
grar su ejército a Fabio, hizo que se desvaneciera la espe-
ranza de poder trasladar a Liguria el ejército que se encon-
traba en la Galia, porque se estaba en guerra con los his-
tros que trataban de impedir la fundación de la colonia
3 de Aquilea: Fabio había marchado para allá y no podía
4 regresar de allí con la guerra en marcha. La única posibili-
dad de ayuda, e incluso ésta más tardía de lo que las cir-
cunstancias exigían, radicaba en que los cónsules se dieran
prisa en marchar a la provincia. Los senadores, cada uno
5 por un lado, les decían a gritos que lo hiciesen. Los cónsu-
les afirmaban que sólo se irían una vez finalizado el reclu-
tamiento, y que la causa de que éste se demorase no era
6 su falta de interés sino la virulencia de la epidemia. Sin
embargo, ante la postura unánime del senado, no pudie-
ron resistirse, y partieron con su uniforme militar señalan-
do a los soldados que habían sido movilizados la fecha
en que debían concentrarse en Pisa. Fueron autorizados
para alistar sobre la marcha, por donde fueran pasando,
7 tropas improvisadas para llevarlas consigo. También a los
pretores Quinto Petilio y Quinto Fabio se les dieron ins-
trucciones, a Petilio para que alistase dos legiones de emer-
gencia, de ciudadanos romanos, y para que tomase jura-
mento militar a todos los menores de cincuenta años, y
a Fabio para que exigiese a los aliados de derecho latino
quince mil soldados de infantería y ochocientos de caballe-
8 ría. Fueron elegidos duúnviros navales Gayo Matieno y Ga-
yo Lucrecio; se les equiparon naves, y Matieno, cuya zona
de mando se extendía hasta el Golfo Gálico, recibió orden
de conducir su flota lo más rápidamente posible a la costa
de Liguria por si podía ser de alguna utilidad a Lucio Emi-
lio y a su ejército.

En vista de que no aparecía el menor asomo de ayuda 27
por ninguna parte, Emilio supuso que habían sido intercep-
tados los jinetes, pensó que no se podía esperar más tiem-
po sin probar suerte por sus propios medios y antes de 2
que llegaran los enemigos, cuyo ataque era menos duro y
decidido, alineó al ejército junto a las cuatro puertas con
la intención de que, cuando se diera la señal, hicieran una
salida repentina por todos los lados a la vez. A las cuatro 3
cohortes extraordinarias añadió dos más, puso al frente
al legado Marco Valerio y dio la orden de que salieran
por la puerta pretoria. Junto a la puerta principal derecha 4
formó a los *hastati* de la primera legión, colocó en la re-
serva a los *principes* de la misma legión; y confió el mando
a los tribunos militares Marco Servilio y Lucio Sulpicio.
La tercera legión fue formada frente a la puerta principal 5
izquierda, con la única diferencia de que los *principes* fue- 6
ron colocados los primeros, y los *hastati* en la reserva. Los
tribunos militares Sexto Julio César y Lucio Aurelio Cota
recibieron el mando de esta legión. El legado Quinto Ful- 7
vio Flaco quedó situado frente a la puerta cuestoria con
el ala derecha. Dos cohortes y los triarios de las dos legio-
nes recibieron orden de permanecer de guardia para prote-
ger el campamento. El general recorrió personalmente to- 8
das las puertas pronunciando arengas, y estimulaba la com-
batividad de los soldados con los argumentos que tenía
a su alcance, bien fustigando la mala fe de los enemigos, 9
que después de solicitar la paz y concederse una tregua
habían venido a atacar el campamento justamente durante
el período de tregua, contraviniendo el derecho de las na-
ciones, o bien haciendo hincapié en la vergüenza que supo- 10
nía el hecho de que un ejército romano estuviera sitiado
por los lígures, unos salteadores más que enemigos propia-
mente tales. «Si salís de aquí gracias a la ayuda de otros 11

y no gracias a vuestro valor, ¿qué cara vais a poner cuan-
do os encontréis cada uno de vosotros no digo yo con aque-
llos soldados que vencieron a Aníbal, a Filipo o a Antíoco,
12 los generales y reyes más grandes de nuestra época, sino
con los que persiguieron sin tregua en más de una ocasión
a estos mismos lígures que huían como un rebaño por des-
13 filaderos inaccesibles y los hicieron pedazos? Lo que no
se atreverían a hacer los hispanos ni los galos, los macedo-
nios o los cartagineses, lo hace el enemigo ligustino, al que
antes rebuscábamos por desfiladeros apartados y nos cos-
taba trabajo dar con él, escondido y camuflado: se arrima
a la empalizada romana, y toma la iniciativa en el asedio
14 y el ataque.» A estas palabras sus hombres respondían gri-
tando al unísono que no tenían culpa alguna unos solda-
dos a los que nadie había dado la señal para lanzarse afue-
15 ra; que diera la orden, y se daría cuenta de que los roma-
nos y los lígures eran los mismos de antes.

28 Los lígures tenían dos campamentos a este lado de las
montañas. Los primeros días al amanecer salían de allí to-
2 dos juntos, ordenados y en formación de combate. Ahora
sólo empuñaban las armas después de saciarse de comida
y bebida, y salían dispersos y desordenados, como quien
tiene la certeza de que los enemigos no sacarán las enseñas
3 fuera de la empalizada. Cuando se acercaban en semejante
desorden, los romanos salieron de repente contra ellos por
todas las puertas a la vez, después de lanzar al unísono
el grito de guerra cuantos se hallaban en el campamento,
4 incluidos los escuderos y los vivanderos. El movimiento
cogió por sorpresa a los lígures de tal forma que eran pre-
sa del desconcierto como si hubieran sido atrapados en una
emboscada. Durante breves instantes hubo algo parecido
5 a un combate; lo que vino a continuación era una huida
en desbandada y una masacre de los que escapaban en to-

das direcciones, al haberse dado a los jinetes la orden de
montar a caballo y no dejar que nadie escapase. Fueron
rechazados todos hasta el campamento huyendo en tropel,
y después también se les quitó el campamento. Aquel día 6
fueron muertos más de quince mil lígures, y cayeron pri-
sioneros dos mil trescientos. Tres días más tarde se some-
tió, previa entrega de rehenes, todo el pueblo de los lígures
ingaunos. Se buscó a los pilotos y marineros que habían 7
tripulado los navíos piratas, y se los metió en prisión a
todos. Por otra parte, el duúnviro Gayo Matieno capturó
treinta y dos de dichos navios en la costa ligustina. Lucio 8
Aurelio Cota y Gayo Sulpicio Galo fueron enviados a Ro-
ma para informar de estas operaciones y al mismo tiempo
para solicitar que se autorizase volver a Lucio Emilio, una
vez cumplida su misión, y traer con él a sus soldados
y licenciarlos. El senado accedió a ambas peticiones y de- 9
cretó un triduo de acción de gracias ante todos los altares,
y en cuanto a los pretores, recibieron orden Petilio de li-
cenciar las legiones urbanas y Fabio de suspender la leva
de aliados y latinos. Asimismo, se encargó al pretor urbano 10
de escribir a los cónsules diciendo que el senado considera-
ba procedente licenciar cuanto antes a los soldados reclu-
tados de forma transitoria en una situación de emergencia.

Roma: colonia, carestía, descubrimiento

Aquel año se fundó la colonia de Gra- 29
visca[366] en el territorio etrusco tomado
tiempo atrás a los tarquinienses. Se asig- 2
naron cinco yugadas a cada colono; fun-
daron la colonia los triúnviros Gayo Cal-
purnio Pisón, Publio Claudio Pulcro y Gayo Terencio Is-

[366] Gravisca o Graviscas fue una colonia de ciudadanos romanos situada en la Vía Aurelia al suroeste de Cosa. Tenía gran importancia estratégica como base naval.

tra. Fue un año marcado por la sequía y la escasez de productos del campo. Según la tradición no llovió ni una sola vez en seis meses.

3 En el mismo año, en un terreno del escriba Lucio Petilio al pie del Janículo, al cavar la tierra los cultivadores a mayor profundidad de lo habitual se encontraron dos arcas de piedra de unos ocho pies de largo por cuatro de
4 ancho, cuyas tapas estaban sujetas con plomo. Las dos tenían inscripciones en caracteres latinos y griegos, según las cuales en una de ellas estaba sepultado Numa Pompilio, rey de los romanos, hijo de Pompón, y en otra se
5 contenían los libros de Numa Pompilio. Cuando el propietario abrió dichas arcas, siguiendo el consejo de sus amigos, aquélla en la que según la inscripción estaba sepultado el rey apareció vacía sin el menor vestigio de cuerpo humano o de cosa alguna, al haberse consumido todo a lo
6 largo de tantos años de descomposición. En la otra, atados con cuerdas enceradas, había dos envoltorios que contenían siete libros cada uno, no sólo intactos sino de aspecto bas-
7 tante nuevos. Siete, en latín, trataban sobre derecho de los pontífices, y siete, en griego, sobre la que pudo ser doctrina
8 filosófica de aquella época. Valerio Anciate añade que eran pitagóricos, confirmando así, con una falsedad verosímil, la creencia común según la cual Numa fue discípulo de
9 Pitágoras. Los libros fueron leídos primero por los amigos que se encontraban presentes en el descubrimiento; al poco, como comenzaban a ser conocidos al tener muchos lectores, el pretor urbano Quinto Petilio, deseoso de leer di-
10 chos libros, se los pidió a Lucio Petilio, con el que además tenía una relación muy estrecha porque Quinto Petilio, siendo cuestor, lo había escogido como escriba miembro
11 de la decuria [367]. Tras una lectura sucinta se dio cuenta

[367] Corporación de escribas u otros funcionarios subalternos.

de que buena parte de su contenido era de carácter pernicioso para la religión, y dijo a Lucio Petilio que tenían intención de arrojarlos al fuego; que antes de hacerlo le permitía presentar un recurso si creía tener algún derecho o título para reclamarlos, y que podía hacerlo valer sin que ello implicase menoscabo de su amistad. El escriba acudió a los 12
tribunos de la plebe y los tribunos remitieron la cuestión al senado. El pretor aseguraba estar dispuesto a jurar que no era conveniente leer ni conservar aquellos libros. El se- 13
nado dictaminó que debía considerarse suficiente con que el pretor estuviese dispuesto a prestar juramento; los libros debían ser quemados cuanto antes en el comicio; como indemnización por ellos se le abonaría a su dueño la suma que estimaran razonable el pretor Quinto Petilio y la mayoría de los tribunos de la plebe. El escriba no aceptó la indemnización. Los libros fueron quemados en el comicio 14
a la vista del pueblo con fuego prendido por los ministros de los sacrificios.

Hispania: batalla de Ebura. Toma de Contrebia

Durante aquel verano estalló una gue- 30
rra importante en la Hispania citerior. Los celtíberos habían armado unos treinta y cinco mil hombres, cifra que no se había alcanzado hasta entonces prácticamente nunca. Tenía el mando en aquella provincia Quinto Ful- 2
vio Flaco; como había tenido noticia de que los celtíberos estaban armando a la juventud, había reunido a su vez todas las tropas auxiliares aliadas que era posible, pero en modo alguno igualaba numéricamente los efectivos del enemigo. Al principio de la primavera condujo el ejército 3
a Carpetania y emplazó el campamento junto a la plaza de Ebura [368], colocando una pequeña guarnición en la ciu-

[368] La que después sería Libora.

4 dad. Pocos días después, los celtíberos instalaron su campamento a un par de millas de allí, al pie de una colina. Cuando se percató de su presencia el pretor romano envió a su hermano Marco Fulvio con dos escuadrones de jinetes aliados a reconocer el terreno hasta el campamento enemigo, dándose orden de acercarse a la empalizada todo lo
5 posible para hacerse una idea de sus proporciones; debía abstenerse de combatir, y replegarse si veía salir a la caballería enemiga. Lo hizo tal como se lo había ordenado. Durante varios días fue éste el único movimiento que se hizo: los dos escuadrones se hacían ver y después retrocedían en cuanto salía del campamento al galope la caballe-
6 ría enemiga. Por fin los celtíberos salieron del campamento con todas sus tropas de infantería y caballería al mismo tiempo e hicieron alto, formados en línea, aproximadamente
7 a medio camino entre los campamentos. El terreno era llano por completo y a propósito para la batalla. Allí permanecieron firmes los hispanos esperando a los enemigos. El romano contuvo a sus hombres dentro de la empalizada. Durante cuatro días seguidos, ellos mantuvieron sus tropas formadas en aquella misma posición, y los romanos, por
8 su parte, no hicieron movimiento alguno. Después, los celtíberos se quedaron tranquilos en su campamento ya que no se les daba la oportunidad de combatir; únicamente salían los jinetes hasta los puestos de avanzada para estar preparados en caso de producirse algún movimiento por
9 parte del enemigo. Unos y otros salían a recoger forraje y leña detrás de su campamento sin molestarse mutuamente.

31 Cuando el pretor romano estuvo suficientemente convencido de que tantos días de inactividad habría hecho que el enemigo no contara con que él tomase ninguna iniciativa, dio orden a Lucio Acilio de rodear, con el ala izquier-

da y seis mil auxiliares de la provincia, la colina que estaba
a espaldas del enemigo, y luego, cuando oyera el grito de 2
guerra, caer sobre su campamento. Partieron por la noche,
para evitar la posibilidad de ser vistos. Al despuntar el día 3
envió Flaco al prefecto de los aliados, Gayo Escribonio,
hacia la empalizada enemiga con los jinetes extraordinarios
del ala izquierda; al percatarse los celtíberos de que los 4
enemigos se acercaban más y en mayor número de lo habi-
tual, toda su caballería se lanzó fuera del campamento a la
vez quese daba también a la infantería la orden de salida. De 5
acuerdo con las órdenes recibidas, Escribonio, en cuanto
oyó el retumbar de la caballería, volvió grupas tomando
de nuevo la dirección del campamento. Con ello los 6
enemigos lo siguieron con mayor ímpetu. En cabeza iban los
jinetes, y al poco se acercaba también el cuerpo de infante-
ría, con el pleno convencimiento de que aquel día asaltarían
el campamento. Estaban a no más de quinientos pasos de la
empalizada. Por consiguiente, cuando Flaco estimó que esta- 7
ban bastante alejados de la protección del campamento,
formó sus tropas en el interior de la empalizada y salió
de repente por tres sitios a la vez lanzando el grito de gue-
rra no sólo para estimular el espíritu combativo sino para
hacerse oír por los que estaban en las colinas. No tardaron 8
en bajar a la carrera hacia el campamento, como se les
había ordenado, donde había quedado un retén de no más
de cinco mil hombres. Como el pánico hizo presa en éstos, 9
por lo pocos que eran ellos y lo muchos que eran los ene-
migos, así como por lo inesperado del ataque, el campa-
mento fue tomado casi sin lucha. Una vez en su poder,
Acilio le prendió fuego por el lado que mejor podía ser
divisado por los combatientes.

Los celtíberos que iban los últimos en la formación fue- 32
ron los primeros en avistar las llamas; a continuación se

difundió por todo el ejército la noticia de que estaba perdido el campamento, que justamente entonces era pasto de
2 las llamas. Lo que hizo aumentar el pánico en ellos, hizo subir la moral en los romanos; ya les llegaba el grito de victoria de los suyos, ya se veía el campamento enemigo
3 en llamas. Los celtíberos tuvieron unos instantes de indecisión e incertidumbre; pero como no tenían dónde refugiarse si eran derrotados y toda su esperanza radicaba en el combate, reemprendieron la lucha de nuevo con renovado brío.
4 En el centro de sus líneas sufrían la dura presión de la legión quinta; dirigieron su ataque con más confianza contra el flanco izquierdo, donde veían que los romanos habían alineado a las tropas auxiliares provinciales de su mis-
5 ma raza. El flanco izquierdo de los romanos estaba a punto de ser rechazado si la legión séptima no hubiera acudido. En el mismo momento, cuando más acalorado era el combate, llegaron de la ciudad de Ebura los que habían quedado de guarnición y se acercó Acilio por retarguardia.
6 Cogidos en medio los celtíberos sufrieron una matanza durante largo tiempo. Los supervivientes emprendieron una huida incontrolada en todas direcciones. Los jinetes, lanzados sobre ellos en dos grupos, causaron una gran carnicería. Cerca de tres mil enemigos fueron muertos aquel día, cuatro mil setecientos cayeron prisioneros con más de quinientos caballos, y se cogieron treinta y ocho enseñas mili-
7 tares. La victoria fue importante, aunque no incruenta: cayeron de las dos legiones algo más de doscientos soldados romanos, ochocientos treinta aliados de derecho latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros.
8 El pretor llevó de vuelta al campamento su ejército victorioso, y Acilio recibió orden de permanecer en el campamento que había tomado. Al día siguiente se recogieron

los despojos de los enemigos y, delante de la asamblea de los soldados, se recompensó a los que se habían distinguido por su valor.

Luego, una vez trasladados los heridos a la plaza de 33
Ebura, las legiones fueron conducidas a través de Carpetanía hasta Contrebia[369]. Esta ciudad, al ser asediada, pidió 2
ayuda a los celtíberos; como éstos tardaban en llegar, no
porque se demorasen ellos sino porque, cuando ya habían
salido de sus lugares de residencia, se veían detenidos por
los caminos impracticables a causa de las lluvias incesantes
y las crecidas de los ríos, la plaza se rindió al haber
perdido la esperanza de ayuda por parte de sus compatriotas. También Flaco se vio obligado por las inclemencias 3
del tiempo a meter todo el ejército dentro de la ciudad.
Cuando los celtíberos que habían salido del territorio[370], 4
ignorantes de la rendición, cruzaron los ríos en cuanto amainaron las lluvias y llegaron a Contrebia, como no vieron
ningún campamento fuera de las murallas pensaron que
los enemigos se habían trasladado a otro sitio o se habían
retirado y se acercaron a la ciudad desperdigados y sin tomar precauciones. Los romanos salieron contra ellos de 5
repente por dos puertas, los atacaron cuando estaban dispersos y los pusieron en fuga. La misma circunstancia que 6
les impidió resistir y entablar combate —el hecho de no
marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las
enseñas— fue la salvación para una gran parte por medio
de la huida, pues una vez dispersados se diseminaron aquí 7
y allá por toda la llanura y en ninguna parte los pudo
atrapar agrupados el enemigo. A pesar de todo fueron cerca de doce mil los muertos, y se capturaron más de cinco

[369] En las cercanías de Daroca, en el valle del Jiloca.

[370] Mantenemos *a domo*.

mil hombres, cuatrocientos caballos y sesenta y dos ense-
8 ñas militares. Los que, tras la huida, se dirigían dispersos a sus casas, contaron la rendición de Contrebia y su propia derrota a una segunda columna de celtíberos que venía, e hicieron que diera la vuelta. Inmediatamente se disgregaron todos en dirección a sus aldeas y poblados fortificados.
9 Flaco partió de Contrebia y llevó sus legiones a una expedición de saqueo por la Celtiberia tomando al asalto gran número de enclaves fortificados hasta que se sometió la mayor parte de los celtíberos.

34 Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo aquel año en la Hispania citerior. En la ulterior, el pretor Manlio libró con éxito varios combates contra los lusitanos.

Roma: colonia de Aquilea y otras medidas

2 Aquel mismo año fue fundada la colonia latina de Aquilea. Tres mil infantes recibieron cincuenta yugadas por cabeza, cien los centuriones y ciento cuarenta los
3 de caballería. Fue fundada por los triúnviros Publio Cornelio Escipión Nasica, Gayo Flaminio y
4 Lucio Manlio Acidino. Se dedicaron dos templos aquel año, uno a Venus Ericina junto a la puerta Colina, que fue dedicado por el duúnviro Lucio Porcio Licino, hijo de Lucio, y había sido prometido con voto por el cónsul Lucio Porcio durante la guerra ligustina, y el otro a la Piedad
5 en la plaza de las hortalizas. El duúnviro Manio Acilio Glabrión dedicó este templo y erigió en él una estatua, la primera de todas las estatuas doradas [371] de Italia, a su
6 padre Glabrión. Era éste precisamente quien había prometido con voto dicho templo el día en que había librado combate decisivo contra el rey Antíoco en las Termópilas,

[371] Era una estatua ecuestre. Anteriormente se habían erigido estatuas doradas pero sólo a los dioses.

y había adjudicado la construcción del mismo en virtud de un decreto del senado.

Por las mismas fechas en que fueron dedicados estos 7
templos celebró su triunfo el procónsul Lucio Emilio Paulo sobre los lígures ingaunos. Llevó en el desfile veinticin- 8
co coronas de oro, pero aparte de esto no se portó oro ni plata en aquel triunfo. Se hizo desfilar delante del carro a un gran número de jefes lígures cautivos. Repartió entre los soldados trescientos ases por cabeza. Dio mayor realce 9
a su triunfo la petición de paz perpetua que hizo una embajada de los lígures, pues el pueblo lígur había decidido no empuñar las armas a no ser por mandato del pueblo romano. El pretor Quinto Fabio, por encargo del senado, 10
respondió a los lígures que no era nuevo en sus labios aquel discurso, pero que ellos mismos eran los más interesados en que hubiese un cambio en su actitud en consonancia con tal discurso; que se dirigiesen a los cónsules e hiciesen 11
lo que éstos les ordenasen; el senado sólo se fiaría de los cónsules para valorar si era sincera la actitud de paz de los lígures. Hubo paz en Liguria. En Córcega se combatió 12
contra los corsos; el pretor Marco Pinario dio muerte a unos dos mil en el campo de batalla. Esta derrota los forzó a entregar rehenes y cien mil libras de cera. De allí, 13
el ejército fue trasladado a Cerdeña y se libraron con éxito combates contra los ilienses, pueblo que ni siquiera en la actualidad está pacificado por completo. Aquel mismo año 14
se les devolvieron cien rehenes [372] a los cartagineses, y el pueblo romano les concedió la paz tanto en nombre propio como en el de Masinisa, que ocupaba con una guarnición el territorio objeto de controversia.

[372] Parece haber alguna dificultad para conciliar este dato con XXX 37, 6 y XXXII 2, 3.

Elecciones, debates, epidemia, envenenamientos

35 Los cónsules tuvieron tranquilidad en su provincia. Marco Bebio, llamado a Roma para los comicios, proclamó cónsules [373] a Aulo Postumio Albino Lusco y
2 Gayo Calpurnio Pisón. A continuación fueron elegidos pretores Tiberio Sempronio Graco, Lucio Postumio Albino, Publio Cornelio Mámula, Tiberio Minucio Molículo, Aulo Hostilio Mancino y Gayo Menio. Todos ellos entraron en funciones el día quince de marzo.

3 Al comienzo del año en que fueron cónsules Aulo Postumio Albino, y Gayo Calpurnio Pisón, el cónsul Aulo Postumio presentó ante el senado al legado Lucio Minucio y los dos tribunos militares Tito Menio y Lucio Terencio Masiliota, que habían llegado de la Hispania citerior enviados
4 por Quinto Fulvio Flaco. Éstos, después de informar de los dos combates victoriosos, la sumisión de Celtiberia y el cumplimiento de la misión asignada, y de que no había necesidad de enviar para aquel año la paga de costumbre
5 ni de hacer llegar trigo para el ejército, pidieron al senado en primer lugar que se tributaran honores a los dioses inmortales por las operaciones llevadas a cabo con éxito,
6 y en segundo lugar que se permitiera a Quinto Fulvio traer de la provincia, cuando la abandonara, el ejército con cuyos valiosos servicios habían contado tanto él mismo como muchos pretores antes que él; adoptar esta medida, aparte de ser algo debido era también casi una necesidad inexcu-
7 sable; los soldados, en efecto, estaban tan decididos que no parecía que fuese posible retenerlos por más tiempo en la provincia, y si no eran licenciados se marcharían de allí sin permiso, o, si alguien los retenía a toda costa, estalla-

[373] Para el año 180.

ría un motín de desastrosas consecuencias. El senado dis- 8
puso que la provincia de los dos cónsules fuese Liguria. A continuación hicieron el sorteo los pretores, correspondiendo la pretura urbana a Aulo Hostilio, la peregrina a Tiberio Minucio, Sicilia a Publio Cornelio y Cerdeña a Gayo
Menio. En cuanto a las Hispanias, a Lucio Postumio le 9
tocó en suerte la ulterior, y a Tiberio Sempronio la cite-
rior. Como éste iba a suceder a Quinto Fulvio, queriendo 10
evitar que la provincia se quedara sin su ejército veterano, dijo: «Quiero que me digas, Lucio Minucio, si, puesto que anuncias que la misión está cumplida, consideras que los celtíberos van a mantenerse siempre fieles, de suerte que
se puede conservar aquella provincia sin ejército. Si no pue- 11
des garantizarnos o asegurarnos nada con respecto a la lealtad de los bárbaros y piensas que en todo caso se debe mantener allí un ejército, ¿qué sugieres entonces al senado?, ¿enviar a Hispania tropas de complemento para que se licencie sólo a aquellos soldados que hayan cumplido el período de servicio, mezclando a los reclutas con los
veteranos, o sacar de la provincia a las legiones veteranas 12
y reclutar y enviar tropas nuevas, a sabiendas de que el menosprecio hacia los bisoños puede animar a la subleva-
ción incluso a los bárbaros más dóciles? Es más fácil con- 13
seguir de palabra que de hecho la sumisión de una provincia belicosa y levantisca por naturaleza. Las ciudades que han pasado a nuestro dominio y control, al menos según lo que llega a mis oídos, son pocas, más que nada las que sentían la presión de la proximidad de los cuarteles de in-
vierno; las más alejadas están en armas. Siendo ésta la si- 14
tuación, yo desde de aquí os adelanto ya, padres conscriptos, que pienso servir los intereses del Estado con el ejército actual; si Flaco se trae consigo las legiones, yo elegiré para los cuarteles de invierno zonas pacificadas y no pon-

dré a unos soldados novatos frente a un enemigo de lo
más belicoso».

36 En respuesta a las preguntas que se le habían formula-
do, el legado dijo que ni él ni nadie podía adivinar cuáles
eran las intenciones de los celtíberos o cuáles iban a ser
2 en el futuro. No podía negar, por consiguiente, que era
preferible enviar un ejército contra los bárbaros, que, aun
estando pacificados, todavía no estaban del todo acostum-
3 brados a que se les dominara. Ahora bien, la cuestión de si
se precisaba un ejército nuevo o uno veterano, correspon-
día decidirla a quien estuviera en condiciones de saber con
qué iban a respetar la paz los celtíberos, y a quien, al mis-
mo tiempo, se hubiese cerciorado previamente de que los
soldados se estarían quietos si se los retenía más tiempo en
4 la provincia. Si había que deducir cuál era su actitud a
partir de lo que hablaban entre ellos o de lo que daban
a entender con sus gritos delante del general que los aren-
gaba, abiertamente habían manifestado a voces que o vol-
vían a Italia con su general, o lo retenían con ellos en la
5 provincia. La discusión entre el pretor y el legado fue zan-
jada por una moción de los cónsules que consideraban con-
veniente proceder a la dotación de sus provincias antes de
6 tratar la cuestión del ejército del pretor. A los cónsules
les fue asignado un ejército nuevo por completo: dos legio-
nes romanas con su correspondiente caballería a cada uno
de ellos, y el mismo contingente de siempre de aliados de
derecho latino, quince mil hombres de infantería y ocho-
7 cientos de caballería. Con este ejército se les encomendó
la misión de hacer la guerra a los lígures apuanos. Se pro-
rrogó el mando a Publio Cornelio y Marco Bebio, con ór-
denes de permanecer en sus provincias hasta la llegada de
los cónsules, y de regresar entonces a Roma después de
8 licenciar el ejército que tenían a sus órdenes. A continua-

ción se trató la cuestión del ejército de Tiberio Sempronio.
Se dispuso que los cónsules reclutaran para él una nueva
legión, cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos jine-
tes, con un suplemento de mil infantes romanos y cincuen-
ta jinetes, y que exigieran a los aliados de derecho latino 9
siete mil infantes y trescientos jinetes. Con este ejército
se decidió que marchara Tiberio Sempronio a la Hispania
citerior. Se autorizó a Quinto Fulvio a traer consigo, si 10
le parecía, a los soldados romanos o aliados que habían sido
enviados a Hispania antes del consulado de Espurio Postu-
mio y Quinto Marcio, y que, además, tras la incorpora-
ción del suplemento de tropas sobrepasaran en las dos legio-
nes la cifra de diez mil cuatrocientos infantes y seiscientos
jinetes y de doce mil aliados de derecho latino y seiscientos 11
jinetes; con los valientes servicios de ésos había contado
Quinto Fulvio en las dos batallas contra los celtíberos. Tam- 12
bién se decretaron acciones de gracias por los éxitos que
habían obtenido. Los demás pretores fueron enviados tam-
bién a sus provincias. A Quinto Fabio Buteón le fue prorro- 13
gado el mando en la Galia. Se decidió que hubiera ocho
legiones aquel año, aparte del ejército veterano que se en-
contraba en Liguria a la espera de su inminente licenciamien-
to. E incluso era difícil completar este contingente de tropas 14
a causa de una epidemia que por tercer año consecutivo
asolaba tanto la ciudad de Roma como Italia.

Falleció el pretor Tiberio Minucio, y no mucho después 37
el cónsul Gayo Calpurnio y muchos otros varones notables
de todos los estamentos sociales. Al final aquella calami-
dad comenzó a ser considerada como un prodigio. Se instó 2
al pontífice máximo Gayo Servilio a buscar los medios ex-
piatorios de la cólera de los dioses, a los decénviros a con-
sultar los Libros Sibilinos, y al cónsul a prometer con voto
presentes a Apolo, Esculapio y la Salud y dedicarles esta-

3 tuas doradas, promesas y dedicaciones que hizo. Los decénviros prescribieron dos días de rogativas por el establecimiento de la salud en Roma y en todos los centros de mercado y de reunión; todos los mayores de doce años participaron en las rogativas tocados con coronas y llevando
4 en las manos ramos de laurel. Había calado en las mentes la sospecha de intervenciones humanas intencionadas, y en virtud de un decreto del senado se encomendó la investigación de los delitos de envenenamiento cometidos en Roma o en un radio de diez millas de la ciudad al pretor Gayo Claudio, que había sido elegido en sustitución de Tiberio Minucio [374]; los cometidos más allá del miliario diez serían investigados en los centros de mercado y de reunión por Gayo Menio antes de zarpar hacia Cerdeña.
5 Especialmente sospechosa era la muerte del cónsul. Se decía que lo había asesinado su mujer Cuarta Hostilia.
6 De todos modos, cuando el hijo de ésta, Quinto Fulvio Flaco, fue proclamado cónsul en sustitución de su padrastro, los rumores sobre la muerte de Pisón se intensificaron bastante. Además aparecían testigos dispuestos a declarar que después de ser proclamados cónsules Albino y Pisón tras unas elecciones en las que Flaco había sufrido un fracaso, su madre le había echado en cara que era ya la tercera vez que le había sido negado el consulado al que aspiraba, y había añadido que estuviese preparado para optar al cargo, que en el plazo de dos meses ella se encargaría
7 de que fuese cónsul. Entre muchos otros testimonios referentes a este caso surtió también su efecto este comentario, sobradamente comentado por lo que en realidad ocurrió, para que Hostilia fuera condenada [375].

[374] Gayo Claudio Pulcro. Augur desde el año 195, sería cónsul en el año 177 y censor en el año 169.

[375] Condenada a muerte *sine prouocatione*.

Liguria

Al comienzo de aquella primavera, 8
mientras el reclutamiento retenía a los cónsules en Roma, la muerte de uno de ellos ocurrida a continuación de los comicios para elegir al cónsul que los sustituiría hicieron que todo se retrasase. Entretanto Publio Cor- 9
nelio y Marco Bebio, que no habían hecho nada digno de mención durante su consulado, penetraron con su ejército en el territorio de los lígures apuanos.

Los lígures, que no se esperaban una ofensiva hasta 38
la llegada de los cónsules a la provincia, cogidos por sorpresa, se entregaron en número cercano a los doce mil hombres. Tras una consulta por carta al senado, Cornelio y 2
Bebio decidieron hacerles bajar de las montañas al llano lejos de sus casas, sin esperanzas de retornar, pues estaban convencidos de que ésta era la única manera de poner fin a la guerra ligustina. El pueblo romano tenía en el Samnio 3
un territorio público que había pertenecido a los habitantes de Taurasia [376]. Queriendo trasladar allí a los lígures apuanos, hicieron pública una disposición para que los lígures apuanos bajaran de las montañas con sus hijos y sus mujeres llevándose todas sus pertenencias. Los lígures 4
suplicaron repetidamente por medio de delegados que no se los obligara a abandonar los penates, la tierra donde habían nacido y los sepulcros de sus mayores, y se comprometían a entregar armas y rehenes. En vista de que no 5
conseguían nada y no contaban con fuerzas para hacer la guerra, obedecieron la orden. Fueron trasladados, a ex- 6
pensas del Estado, cerca de cuarenta mil hombres libres

[376] Plaza del Samnio (en la actual provincia de Avellino) sometida por Roma en el año 298 según la inscripción del sarcófago de Lucio Escipión Barbato.

con sus mujeres e hijos. Se les entregaron ciento cincuenta mil monedas de plata para que adquiriesen con ellas lo
7 necesario para un nuevo asentamiento. La parcelación y el reparto de la tierra corrió a cargo de los mismos que habían hecho el traslado, Cornelio y Bebio. No obstante, a petición suya, el senado les asignó una comisión de cinco miembros para que procedieran siguiendo su asesoramiento.
8 Una vez resuelta la operación trajeron de vuelta a Roma el ejército veterano y el senado les concedió el triunfo.
9 Ellos fueron los primeros en obtener el triunfo sin haber llevado a cabo ninguna guerra. Delante del carro sólo desfilaron las víctimas del sacrificio, porque en su triunfo no había ni botín alguno que transportar ni prisioneros a los que hacer desfilar ni nada que repartir entre los soldados.

Hispania

39 Aquel mismo año, en Hispania, como su sucesor tardaba en llegar a la provincia, el procónsul Fulvio Flaco sacó el ejército de los cuarteles de invierno y se dedicó a devastar el territorio de la Celtibe-
2 ria ulterior, cuyos habitantes se habían rendido. Con esta medida, más que amedrentar a los bárbaros lo que hizo fue encrespar sus ánimos, y después de reunir tropas en secreto bloquearon el desfiladero de Manlio[377], por donde sabían con certeza que iba a pasar el ejército romano.
3 Al partir Lucio Postumio Albino hacia la Hispania ulterior, su colega Graco le había encargado que hiciera saber a Quinto Fulvio que debía conducir el ejército a Tarragona,
4 que él quería licenciar allí a los veteranos, distribuir las tropas de complemento y organizar por completo el ejército. También le fue comunicada a Flaco la fecha de llegada
5 de su sucesor, y estaba próxima. La comunicación de esta

[377] Puerto de Morata en el valle del Jalón, no lejos de Calatayud.

noticia obligó a Flaco a retirar su ejército de Celtiberia a toda prisa, abandonado el plan que había puesto en marcha; los bárbaros, que no estaban al tanto de los motivos, pensaron que se había enterado de su defección y de que se habían armado en secreto, y le había entrado pánico, por lo que pusieron mayor ahínco en el bloqueo del desfiladero.
Cuando la columna romana, al claraear el día, se internó 6
en el desfiladero, los enemigos, saliendo de los dos lados al mismo tiempo, se lanzaron de pronto sobre los romanos. Nada más percatarse de ello Flaco sosegó el primer 7
revuelo ordenando a través de los centuriones que se mantuvieran todos en sus puestos y aprestaran las armas,
y después de reunir en un solo punto los bagajes y las 8
acémilas formó en orden de combate todas las tropas, en parte personalmente y en parte por medio de los legados y los tribunos militares, según exigían el momento y el lugar, sin el menor nerviosismo, recordando que se enfrentaban a unos enemigos que se habían rendido dos veces,
en los que había ido a más la villanía y la perfidia, no 9
el valor y el coraje, que habían convertido un retorno a la patria sin relieve en algo brillante e histórico; iban a llevar a Roma, para el triunfo, las espadas bañadas con la sangre de los enemigos muertos recientemente, y sus despojos chorreantes de sangre. Las circunstancias no le per- 10
mitían pronunciar arengas más largas: los enemigos se echaban encima, y en los puntos más alejados se combatía ya. A continuación se produjo el choque entre los frentes de combate.

La lucha era encarnizada en todos los sectores, pero 40
la suerte era diversa. Las legiones se batían magníficamente, y tampoco les iban a la zaga las dos alas. Pero los auxiliares extranjeros sufrían el acoso de quienes estaban armados como ellos pero los superaban como combatientes,

2 y no eran capaces de mantener su posición. Los celtíberos, cuando se dieron cuenta de que en una batalla regular y con las filas ordenadas eran inferiores a las legiones,
3 lanzaron una carga en formación de cuña, táctica de combate en las que su fuerza es tal que no hay posibilidad de resistirlos, sea cual sea el terreno al que los lleve su empuje. También en esta ocasión crearon desconcierto en las legiones, y a punto estuvo de producirse un corte en
4 el frente. Al percatarse de este desconcierto, Flaco cabalgó hacia los jinetes de las legiones y dijo: «Si no nos llega alguna ayuda de vosotros, este ejército estará acabado». Como gritaron desde todas partes por qué no decía qué quería que hiciesen, que cumplirían sus órdenes sin vaci-
5 lar, dijo: «Doblad los escuadrones los jinetes de las dos legiones y lanzad los caballos contra la cuña enemiga cuyo acoso están sufriendo los nuestros. Lo haréis con mayor ímpetu si lanzáis contra ellos los caballos sin riendas
6 como hicieron muchas veces los jinetes romanos, según di-
7 ce la tradición, con gran gloria por su parte». Obedecieron a lo que se les había dicho y después de quitar las bridas hicieron dos pasadas, ida y vuelta, causando grandes estragos entre los enemigos, rompiéndose todas las lanzas.
8 Disuelta la cuña en la que habían puesto toda su esperanza, los celtíberos eran presa del pánico, y desentendiéndose casi de la lucha miraban a su alrededor buscando un sitio
9 por donde huir. Los jinetes de las alas por su parte, al ver la acción tan memorable de la caballería romana, enardecidos también ellos por la valentía de los otros, sin que nadie diera la orden lanzaron sus caballos contra los ene-
10 migos ya desordenados. Entonces sí que se dispersaron por completo los celtíberos huyendo en desbandada, y el general romano, ante el espectáculo de los enemigos que huían, prometió con voto un templo a la Fortuna Ecuestre y unos

juegos a Júpiter Óptimo Máximo. Los celtíberos, huyeron 11
dispersos por todo el desfiladero, fueron hechos pedazos. Se dice que aquel día fueron muertos diecisiete mil enemigos, y apresados vivos más de tres mil setecientos junto con setenta y siete enseñas militares y cerca de seiscientos caballos. El ejército victorioso permaneció aquel día en su 12
propio campamento. No fue una victoria sin bajas: murie- 13
ron cuatrocientos setenta y dos soldados romanos, mil diecinueve aliados y latinos, y junto con ellos tres mil soldados auxiliares. Renovada así su gloria anterior, el ejército victorioso fue conducido a Tarragona. A la llegada de Ful- 14
vio, el pretor Tiberio Sempronio, que había llegado dos días antes, salió a su encuentro y lo felicitó por haber prestado un brillante servicio al Estado. Con la mayor armonía decidieron a cuáles soldados licenciaban y a cuáles retenían. Después Fulvio partió para Roma tras embarcar 15
a los soldados licenciados, y Sempronio marchó a Celtiberia al frente de las legiones.

Liguria

Los dos cónsules penetraron con sus 41
ejércitos en Liguria por extremos opuestos. Postumio, con las legiones primera 2
y tercera, bloqueó los montes Balista y Leto[378], y ocupando con destacamentos los pasos angostos cortó el avituallamiento a los enemigos y los sometió por completo debido a su absoluta falta de recursos. Fulvio, partiendo de Pisa con las legiones segun- 3
da y cuarta, atacó a los lígures apuanos que habitaban en las cercanías del río Macra, recibió la sumisión de un número cercano a los siete mil, y los embarcó y los trasladó a Nápoles bordeando la costa del mar Etrusco[379]. De allí 4

[378] Sin identificar.
[379] El Tirreno.

fueron enviados al Samnio, y se les asignaron tierras entre
5 sus compatriotas. Aulo Postumio cortó las vides y quemó los trigales de los lígures montanos hasta que, forzados por todas las calamidades de la guerra, se sometieron y
6 entregaron las armas. Luego, Postumio se fue con la flota a hacer un reconocimiento por las costas de los lígures in-
7 gaunos e intemelios [380]. Antes de la incorporación de estos cónsules al ejército que estaba convocado en Pisa, tenía
8 el mando Aulo Postumio. El hermano de Quinto Fulvio, Marco Fulvio Nobílior, que era tribuno militar de la segunda legión, durante sus meses de mando licenció a la legión después de hacer jurar a los centuriones que entregarían a los cuestores la paga para el tesoro público.
9 Cuando se enteró de esto Aulo en Placencia, pues dio la coincidencia de que se encontraba allí, salió con la caballería ligera en persecución de los que habían sido licenciados y llevó de vuelta a Pisa a los que pudo alcanzar, después de reprenderlos severamente, y puso en conocimiento del
10 cónsul el caso de los demás. Por iniciativa suya, se promulgó un senadoconsulto disponiendo que Marco Fulvio fuera relegado a Hispania más allá de Cartagena, y el cónsul le entregó una carta que debía ser remitida a Publio
11 Manlio a la Hispania ulterior. Los soldados recibieron orden de incorporarse de nuevo al servicio militar. Como castigo humillante, se decidió que aquella legión recibiría sólo la paga de seis meses para aquel año, y se dio orden al cónsul de poner en venta la persona y los bienes del soldado que no se reincorporase al ejército.

[380] Vivían en la comarca en la que se encuentra la actual Vintimiglia, que precisamente deriva de ahí su nombre.

Roma

Aquel mismo año, Lucio Duronio, que 42 había sido pretor el año precedente, regresó de Iliria a Brundisio con diez navíos. Luego, dejando las naves en el puerto, vino a Roma, y en su exposición de las operaciones llevadas a cabo allí hizo recaer claramente sobre Gencio, el rey de los ilirios, la responsabilidad de toda la piratería: los navíos que habían devastado las cos- 2
tas del mar superior [381] eran todos de su reino; él había enviado embajadores para tratar esta cuestión, y no se les había dado posibilidad de reunirse con el rey. Embajado- 3
res de Gencio habían llegado a Roma diciendo que en el momento en que los romanos habían ido a entrevistarse con el rey, se había dado la coincidencia de que éste se encontraba enfermo en la región más remota de su reino; Gencio demandaba del senado que no diese crédito a fal- 4
sas acusaciones lanzadas contra él por sus enemigos. Duronio replicó añadiendo que se habían cometido desafueros en su reino contra muchos ciudadanos romanos y aliados de derecho latino, y que, según se decía, había ciudadanos romanos retenidos a la fuerza en Corcira. Se acordó 5
que todos ellos fueran conducidos a Roma, que el pretor Gayo Claudio hiciese una investigación y que no se diera antes respuesta al rey Gencio o a sus embajadores.

Entre otros muchos con los que acabó la epidemia de 6
aquel año, fallecieron también varios sacerdotes. Murió el pontífice Lucio Valerio Flaco, y fue elegido Quinto Fabio Labeón para reemplazarlo. Y el triúnviro epulón [382] Pu- 7
blio Manlio, que había regresado hacía poco de la Hispa-

---

[381] El Adriático.

[382] Encargado de los banquetes rituales de Júpiter; el colegio fue instituido en el año 197 a. C.; cf. XXXIII 42, 1.

nia ulterior; para ocupar su plaza fue elegido triúnviro,
por cooptación, Quinto Fulvio, hijo de Marco, que llevaba
8 aún la pretexta [383]. Con motivo de la elección del sustituto
para ocupar la plaza de Gneo Cornelio Dolabela como rey
de los sacrificios [384] hubo un enfrentamiento entre el pon-
tífice máximo Gayo Servilio y el duúnviro naval Lucio Cor-
nelio Dolabela, a quien el pontífice exigía, para consagrar-
9 lo, que presentara la dimisión de su cargo. Al negarse a
hacerlo el duúnviro, el pontífice le impuso una multa que
fue objeto de debate ante el pueblo, dado que aquél apeló.
10 Ya habían sido llamadas a votar varias tribus y se pronun-
ciaban en el sentido de que el duúnviro obedeciera al pon-
tífice y se le condonara la sanción si dimitía de su cargo,
cuando sobrevino una señal del cielo que indicaba un vicio
de forma dejando sin efecto los comicios. Debido a ellos,
los pontífices tuvieron escrúpulos religiosos para consagrar
11 a Dolabela. Consagraron a Publio Clelio Sículo, que había
sido propuesto en segundo lugar. A finales del año falleció
asimismo el pontífice máximo Gayo Servilio Gémino, que
también había sido decénviro de los sacrificios. El colegio
eligió por cooptación a Quinto Fulvio Flaco para ocupar
12 su lugar; después fue elegido pontífice máximo Marco Emi-
lio Lépido, a pesar de haber presentado su candidatura
muchos hombres ilustres, y para ocupar su puesto fue ele-
gido decénviro de los sacrificios, por cooptación, Quinto
13 Marcio Filipo. También falleció el augur Espurio Postu-
mio Albino; para reemplazarlo, los augures eligieron por
cooptación a Publio Escipión, hijo del Africano. Aquel

[383] Señal, en este caso, de minoría de edad.

[384] Debía ser patricio; puesto vitalicio incompatible con cualquier otro cargo; por encima de todos los sacerdotes menos del pontífice máximo. Cf. II 2, 1-2.

año los cumanos pidieron autorización que les fue concedida, para utilizar el latín como lengua oficial [385], y a los pregoneros se les concedió el derecho de hacer las ventas en latín.

El senado dio las gracias a los pisanos que ofrecían un 43
territorio en el que fundar una colonia latina; a tal efecto
fueron elegidos triúnviros Quinto Fabio Buteón y Marco
y Publio Popilio Lenate. Remitida por el pretor Gayo Me- 2
nio, al que había tocado en suerte la provincia de Cerdeña
y además se había encargado que hiciera una investigación
acerca de los envenenamientos ocurridos a más de diez mi-
llas de Roma, llegó una carta informando de que había 3
condenado ya a más de tres mil hombres, y que, debido
a las denuncias, la investigación se ampliaba; que, o bien
la abandonaba o bien renunciaba a su provincia.

Elecciones. Crudo invierno. Prodigios

Quinto Fulvio Flaco retornó de Hispa- 4
nia a Roma lleno de prestigio por sus ha-
zañas. Mientras permanecía fuera de la
ciudad a la espera del triunfo fue elegido
cónsul [386] junto con Lucio Manlio Acidi-
no, y pocos días después entró en triunfo en Roma acom- 5
pañado por los soldados que había traído consigo. Llevó en 6
el desfile ciento veinticuatro coronas de oro, además de
treinta y una libras de oro, *** [387] de plata sin labrar, y
ciento setenta y tres mil monedas de plata acuñada en
Osca [388]. A cuenta del botín dio cincuenta denarios a cada 7
soldado el doble a los centuriones y el triple a los jinetes,

[385] Habían adoptado la lengua de los oscos, tras su originaria etapa de influencia griega.

[386] Para el año 179.

[387] Falta el numeral.

[388] Huesca. Es el conocido *argentum oscense.*

las mismas cantidades a los aliados de derecho latino, y doble paga a todos.

44 Aquel año fue presentada por primera vez, por el tribuno de la plebe Lucio Vilio, una proposición de ley que establecía la edad con la que se podía optar a cada una de las magistraturas y ejercerlas. De ahí le vino el sobrenombre a los miembros de su familia, llamados Anales.
2 Después de muchos años se eligieron cuatro pretores de acuerdo con la ley Bebia, que establecía que cada dos años se eligieran cuatro. Fueron elegidos Gneo Cornelio Escipión, Gayo Valerio Levino, y Quinto y Publio Mucio Es-
3 cévola, hijos de Quinto. A los cónsules Quinto Fulvio y Lucio Manlio les fue asignada la misma provincia [389] que a los del año anterior, con el mismo contingente de tropas
4 de infantería y caballería, de ciudadanos y aliados. En las dos Hispanias se les prorrogó el mando a Tiberio Sempronio y Lucio Postumio con los mismos ejércitos que tenían,
5 y los cónsules recibieron orden de reclutar, como complemento, aproximadamente tres mil romanos de infantería y trescientos de caballería, y cinco mil aliados latinos de
6 infantería y cuatrocientos de caballería. A Publio Mucio Escévola le tocó en suerte la pretura urbana y la investigación de los envenenamientos cometidos en Roma o en un
7 radio de diez millas; la pretura peregrina correspondió a Gneo Cornelio Escipión, Sicilia a Quinto Mucio Escévola, y Cerdeña a Gayo Valerio Levino.

8 El cónsul Quinto Fulvio declaró que antes de realizar ningún acto oficial quería liberarse y liberar al Estado de obligaciones religiosas cumpliendo las promesas votivas;
9 que el día de su último combate contra los celtíberos había prometido con voto la celebración de unos juegos en honor

[389] Liguria.

de Júpiter Óptimo Máximo y la construcción de un templo a la Fortuna Ecuestre; y que con ese objeto había reunido dinero aportado por los hispanos. Se aprobó la celebra- 10
ción de los juegos y el nombramiento de duúnviros para adjudicar la construcción del templo. En cuanto al presupuesto, se estableció como tope para gastar en los juegos la suma que se había asignado a Fulvio Nobílior para la celebración de los juegos tras la guerra de Etolia; además, 11
para estos juegos, no recabaría, impondría o aceptaría contribución alguna ni haría nada que contraviniese el senadoconsulto referente a los juegos que había sido promulgado durante el consulado de Lucio Emilio y Gneo Bebio [390].
El senado había tomado aquella decisión por lo excesivo 12
de los gastos que se habían hecho con motivo de los juegos del edil Tiberio Sempronio, que había representado una pesada carga no sólo para Italia y los aliados de derecho latino sino incluso para las provincias de fuera de Italia.

El invierno de aquel año fue muy crudo a causa de 45
la nieve y de toda clase de inclemencias: había abrasado toda la vegetación que soporta mal las bajas temperaturas, y además fue bastante más largo que el de otros años.
Y así, un súbito oscurecimiento del día y una tempestad 2
insoportable interrumpieron las Ferias Latinas en el monte Albano, y fueron reinauguradas en virtud de un decreto de los pontífices. La misma tempestad derribó también va- 3
rias estatuas en el Capitolio y deterioró con sus rayos numerosas edificaciones: el templo de Júpiter en Tarracina, el templo Blanco y la Puerta Romana en Capua; en muchos sitios fueron abatidas las almenas de las murallas.
Mientras ocurrían estos prodigios llegó también de Reate 4

390 En el año 182 (XXXIX 56, 4).

la noticia de que había nacido un mulo de tres patas.
5 Instados a consultar los Libros a causa de estos fenómenos,
los decénviros indicaron a qué dioses y con cuántas vícti-
mas se celebrarían sacrificios, y prescribieron un día de
6 rogativas. A continuación se celebraron con gran fastuosi-
dad durante diez días los juegos prometidos con voto por
el cónsul Quinto Fulvio.

Después tuvieron lugar las elecciones de censores, re-
sultaron elegidos el pontífice máximo Marco Emilio Lépi-
do y Marco Fulvio Nobílior, el que había triunfado sobre
7 los etolios. Entre estos destacados personajes había una
enemistad personal que se había manifestado a menudo
en numerosos y violentos enfrentamientos tanto en el sena-
8 do como delante del pueblo. Finalizados los comicios, los
censores, siguiendo la vieja tradición, tomaron asiento en
las sillas curules en el Campo de Marte junto al altar de
este dios. De pronto se presentaron allí los senadores prin-
cipales con una comitiva de ciudadanos, y uno de ellos,
Quinto Cecilio Metelo, tomó la palabra.

46 «No hemos olvidado, censores, que hace poco el pue-
blo romano en su conjunto os ha confiado el gobierno de
nuestras costumbres, y que somos nosotros los que debe-
mos ser corregidos y dirigidos por vosotros, no vosotros
2 por nosotros. Es preciso señalar, sin embargo, lo que en
vosotros desagrada a todos los hombres de bien, o que
3 en todo caso preferirían que se enmendase. Si nos fijamos
en cada uno de vosotros por separado, Marco Emilio y
Marco Fulvio, no contamos con nadie entre la ciudadanía
a quien quisiéramos dar preferencia sobre vosotros en el
4 caso de que fuéramos llamados de nuevo a votar. Pero
cuando nos fijamos en los dos juntos no podemos sus-
traernos al temor a que forméis una mala pareja, y más
que constituir un bien para el Estado el hecho de que seáis

muy del agrado de todos nosotros, sea un inconveniente
por el hecho de que no sois uno del agrado del otro.
Desde hace muchos años mantenéis una enemistad feroz 5
y perjudicial para vosotros mismos, y existe el peligro de
que a partir de hoy resulte más dañina para nosotros y
para el Estado que para vosotros. Sobre las razones que 6
dan pie a nuestros temores me vienen a la mente muchas
cosas que se podrían decir a no ser que atenazase vuestros
corazones una rabia [391] implacable. Todos a una os pedi- 7
mos que hoy, y en este lugar consagrado, pongáis fin a
estos rencores, y que nos permitáis unir también con la
reconciliación a aquellos que el pueblo romano ha unido
con sus votos; que con el mismo criterio y una misma vo- 8
luntad hagáis la lista del senado, reviséis el censo de los
caballeros, hagáis el censo y cerréis el lustro; que deseéis 9
de verdad y de corazón que se hagan realidad las palabras
que pronunciaréis en casi todas las plegarias, 'que este ac-
to tenga un resultado bueno y favorable para mi colega
y para mí', y hagáis que la gente se crea que también voso-
tros queréis lo que habéis pedido a los dioses. Tito Tacio 10
y Rómulo reinaron en armonía en una ciudad en la que
habían librado una batalla campal, en pleno foro, como ene-
migos. No sólo las enemistades personales sino incluso las 11
guerras tienen su final; enemigos encarnizados pasan a ser,
muy a menudo, aliados fieles, y a veces incluso conciuda-
danos. Tras la destrucción de Alba, los albanos fueron tras- 12
ladados a Roma; los latinos, los sabinos, recibieron el de-
recho de ciudadanía. Llegó a ser un proverbio, porque era
una verdad, la opinión común de que deben ser inmortales
las amistades, y mortales las enemistades.» Surgieron mur- 13
mullos de aprobación, después las voces de todos pidiendo

[391] Seguimos la propuesta de Madvig, *furores,* en lugar de *fueritis.*

lo mismo confundidas en una sola interrumpieron el dis-
14 curso. Luego, Emilio se quejó entre otras cosas de haber sido desbancado dos veces por Marco Fulvio cuando tenía seguro el consulado. Fulvio, por su parte, se quejaba de haber sido provocado permanentemente por el otro, y de la organización de una apuesta en descrédito suyo. No obstante, uno y otro daban a entender que, si el otro quería, se plegarían a la voluntad de tantos ciudadanos eminentes.
15 A instancias de todos los presentes se dieron la mano comprometiéndose a deponer definitivamente sus rencores. Después fueron acompañados hasta el Capitolio entre las enhorabuenas generales. El senado aprobó y alabó calurosamente tanto el interés de los principales sobre la cuestión
16 como la flexibilidad de los censores. Luego, cuando éstos solicitaron la asignación de una suma de dinero para emplearla en obras públicas, se les asignó el producto de los impuestos de un año.

Hispania: toma de Alce por Graco. Derrota de los celtíberos

47 Aquel mismo año, en Hispania, los protretores Lucio Postumio y Tiberio Sempronio decidieron de mutuo acuerdo que Albino marchase contra los vacceos a través de Lusitania, y que luego volviese a Celtiberia; si aquí estallaba una guerra más importante,
2 Graco estaría en la zona más lejana de Celtiberia. Éste tomó primero por asalto la ciudad de Munda atacando de noche y por sorpresa. Luego, después de recibir rehenes y establecer una guarnición, se dedicó a atacar los poblados fortificados y a quemar las cosechas hasta que llegó a otra ciudad muy bien fortificada que los celtíberos lla-
3 man Cértima[392]. Allí, cuando ya estaba aproximando las

[392] Livio sitúa Munda y Cértima en Celtiberia. De ahí que Schulten emplace Munda en la comarca de Almazán, en el alto Duero, sin poder

máquinas de asedio, se presentaron unos enviados de la plaza; sus palabras tuvieron la franqueza de los antiguos, sin tratar de ocultar que tenían intención de hacer la guerra si contaban con medios. Pidieron, pues, permiso para 4 ir al campamento de los celtíberos a buscar refuerzos; en caso de no conseguirlos, tomarían una decisión independientemente de éstos. Partieron con el permiso de Graco y a los pocos días trajeron con ellos a otros diez enviados. Era mediodía. Lo primero que pidieron al pretor fue 5 que diese la orden de que les diesen de beber. Apurada la primera copa pidieron otra, entre las carcajadas de los presentes por lo primitivo de su carácter y su absoluta ignorancia de cómo comportarse. A continuación el de más 6 edad dijo: «Nos ha enviado nuestro pueblo para averiguar qué es en definitiva lo que te da confianza para atacarnos». A esta pregunta respondió Graco que había venido con 7 la confianza puesta en un ejército excepcional; si querían comprobarlo por sí mismos para llevar a los suyos una información más segura, les daría esa oportunidad. Y manda 8 a los tribunos militares que transmitan la orden de que se equipen todas las tropas de infantería y caballería y maniobren con sus armas. Los enviados, despedidos al terminar esta demostración, disuadieron a los suyos de prestar ayuda a la ciudad sitiada. Los habitantes de la plaza, 9 después de tener en balde fuegos encendidos en las torres durante la noche, que era la señal convenida, perdieron la única esperanza de ayuda y se rindieron. Se les exigieron 10 dos millones cuatrocientos mil sestercios y cuarenta de sus

precisar la localización de Cértima. Pero los únicos topónimos conocidos con esos nombres estaban en la Bética (Munda, hoy Montilla; Cértima, hoy Cártama, en Málaga). La campaña de Graco pudo, pues, haberse extendido en esa dirección lejos de Celtiberia.

más nobles caballeros, no en calidad de rehenes, pues se les ordenó servir a las armas, pero sí de hecho para que sirvieran de garantía de su fidelidad.

48 De allí marchó inmediatamente hacia la ciudad de Alce [393], en la que se encontraba el campamento de los celtí-
2 beros de donde habían llegado hacía poco emisarios. Después de provocarlos durante unos cuantos días a base de escaramuzas lanzando las tropas ligeras contra sus puestos de avanzada, iba trabando combates cada día más importantes para hacer salir a todos fuera de las fortificaciones.
3 Cuando notó que había conseguido en medida suficiente lo que pretendía, ordenó a los prefectos de las tropas auxiliares que después de entablar el combate, como si los desbordara la superioridad numérica, dieran la vuelta de repente y huyeran en desbandada en dirección al campamento, y él a su vez formó las tropas junto a todas las puertas
4 en el interior de la empalizada. No había transcurrido mucho tiempo cuando vio a sus hombres que volvían huyendo, según el plan previsto, y detrás a los bárbaros persi-
5 guiéndolos en desorden. Precisamente para esta situación tenía formado a su ejército dentro de la empalizada. Por eso, después de esperar lo justo para dejar a los suyos libre la entrada a fin de que se refugiaran en el campamento, salió de pronto por todas las puertas a la vez tras lanzar
6 el grito de guerra. Los enemigos no aguantaron la inesperada carga. Los que habían venido a atacar el campamento ni siquiera fueron capaces de defender el suyo; inmediatamente, en efecto, fueron dispersados y puestos en fuga, en breve fueron rechazados hasta el interior de su empalizada, despavoridos, y por último fueron despojados del
7 campamento. Aquel día resultaron muertos nueve mil ene-

[393] En las cercanías de Campo de Criptana (Ciudad Real).

migos, apresados vivos trescientos veinte, y capturados ciento doce caballos y treinta y siete enseñas militares. En el ejército romano hubo ciento nueve bajas.

Tras esta batalla Graco marchó al frente de las legio- 49
nes a devastar Celtiberia. Y como en todas partes se lo
llevaba todo por delante y los pueblos aceptaban el yugo
unos de buen grado y otros por miedo, en cosa de unos
pocos días recibió la sumisión de ciento tres plazas y se
hizo con un enorme botín. Luego dio la vuelta con su ejér- 2
cito en dirección a Alce, su punto de partida, y comenzó
el asedio a dicha plaza. Sus habitantes aguantaron el pri- 3
mer asalto enemigo; después, como eran atacados no sólo
con armas sino con obras de asedio, desesperando de poder
defender la ciudad se refugiaron todos en la ciudadela;
por último, también desde allí enviaron parlamentarios y 4
se entregaron ellos y todas sus posesiones a discreción de
los romanos. Se cogió allí un gran botín. Cayeron en poder
de los romanos muchos nobles cogidos prisioneros, entre
ellos dos hijos y una hija de Turro. Era éste un régulo 5
de aquellos pueblos, el más poderoso con mucho de todos
los hispanos. Al tener noticia del desastre de los suyos envió
emisarios a pedir un salvoconducto para acudir al campamento
a ver a Graco y después se presentó a él. Lo pri- 6
mero que preguntó a Graco fue si se les permitía seguir
vivo a él y a los suyos. El pretor contestó que viviría, y
de nuevo preguntó si se le permitiría militar al lado de
los romanos. Cuando Graco le hizo también esta conce- 7
sión, dijo: «Os seguiré a vosotros en contra de mis antiguos
aliados, dado que ellos han tenido reparos en empuñar [394] las armas para defenderme». Desde entonces siguió

[394] Seguimos la propuesta textual de Haereus, *arma pro me piguit suscipere.*

a los romanos y ayudó a la causa de Roma en muchas ocasiones con una valiosa y leal colaboración.

50 Después de esto, la célebre y poderosa ciudad de Ergavica [395], amedrentada por los desastres sufridos por otros
2 pueblos del contorno, abrió sus puertas a los romanos. Según algunos historiadores, la rendición de aquellas ciudades no fue sincera: en cuanto Graco retiraba sus legiones de una comarca, inmediatamente se reemprendían allí las hostilidades; y más tarde libró una dura batalla campal contra los celtíberos junto al monte Cauno [396] desde la hora primera hasta la sexta, siendo muchos los caídos en am-
3 bos bandos; además, los romanos no hicieron nada especial que diera pie a pensar que habían resultado vencedores, si se exceptúa el hecho de que al día siguiente provocaron a combate a los enemigos que se mantenían dentro de la empalizada, y durante todo el día estuvieron reco-
4 giendo despojos; al otro día se libró una nueva batalla, más reñida, y por fin entonces los celtíberos fueron derrotados con toda claridad y su campamento fue tomado y
5 saqueado. Habrían muerto aquel día veintidós mil enemigos, siendo apresados más de trescientos y aproximadamente el mismo número de caballos y setenta y dos enseñas militares. Con ello se habría resuelto definitivamente la guerra, y los celtíberos habrían respetado de verdad la paz, no con una lealtad fluctuante como anteriormente.
6 Según escriben, también durante el mismo verano Lucio Postumio combatió con éxito en dos ocasiones contra los vacceos en la Hispania ulterior, dio muerte a cerca de treinta y cinco mil enemigos y tomó por asalto su campamento.
7 Está más cercana a la verdad la versión de que llegó dema-

[395] En las proximidades de Saelices (Cuenca).

[396] Podría ser el Moncayo.

siado tarde a la provincia como para operar durante aquel verano [397].

Roma: actuación de los censores

Los censores revisaron la lista del se- 51
nado manteniéndose fieles a su buen entendimiento. Fue elegido cabeza de lista el propio censor Marco Emilio Lépido, pontífice máximo; fueron tres los excluidos del senado; Lépido mantuvo a algunos que no habían sido incluidos por su colega. Las obras que construyeron 2
con el dinero que se les había asignado y que se habían repartido fueron las siguientes: Lépido, una canalización cerca de Tarracina, obra muy criticada porque allí había terrenos que le pertenecían y había cargado al erario público un gasto privado; construyó un teatro y un proscenio 3
junto al templo de Apolo; adjudicó los trabajos de pulimentado y enlucido del templo de Júpiter del Capitolio y de las columnas de alrededor, y retiró de entre estas columnas las estatuas que se veía que estaban mal colocadas, y quitó los escudos y las enseñas militares de todas clases que estaban colgadas allí. Marco Fulvio adjudicó más obras, 4
y de mayor utilidad: un embarcadero y los pilares de un puente sobre el Tíber —los censores Publio Escipión y Lucio Mumio adjudicaron algunos años más tarde [398] la colocación de arcadas sobre dichos pilares—; una basílica de- 5
trás de las nuevas tiendas de cambio y una plaza del pescado rodeada de puestos que vendió a particulares; un pórtico 6
fuera de la puerta Trigémina y otros detrás de los astilleros, junto al templo de Hércules, detrás del templo de la Esperanza, junto al Tíber y junto al templo de Apolo Médico. Tuvieron también fondos de utilización conjunta con lo 7

[397] Parece contradecirse con 39, 3.

[398] Fueron censores en el año 142.

que adjudicaron colegiadamente un acueducto y la construcción de sus arcadas. A esta obra se opuso Marco Licinio Craso, no autorizando la construcción a través de una
8 finca de su propiedad. Los mismos censores crearon también muchos impuestos de aduana y otras tasas. Se ocuparon de devolver su carácter público y sagrado a muchos santuarios y recintos de los que se habían apropiado los
9 particulares, y los abrieron al público. Modificaron el sistema electoral, y reordenaron las tribus por distritos tomando como base la clase, la situación y la renta de las personas.

52 Por otra parte, uno de los censores, Marco Emilio, solicitó del senado la asignación de fondos para unos juegos con motivo de la dedicación de los templos de Juno Reina y de Diana que había prometido con voto hacía ocho años
2 durante la guerra ligustina [399]. Se asignaron veinte mil ases. Hizo la dedicación de los templos citados, ambos en el
3 circo Flaminio, y ofreció unos juegos escénicos de tres días después de la dedicación del templo de Juno y de dos días después de la dedicación del de Diana, y unos juegos en
4 el circo de un día de duración en cada caso. Dedicó también él el templo de los lares del mar en el Campo de Marte. Lo había prometido con voto Lucio Emilio Regilo hacía once años [400] durante el combate naval contra los pre-
5 fectos del rey Antíoco. Encima de los batientes de la puerta del templo se fijó una placa con este texto: «A Lucio Emilio, hijo de Marco Emilio, que partió a resolver una importante guerra para someter a los reyes, esta batalla le sirvió de base para concluir la paz... bajo sus auspicios, su mando, su buena estrella y su dirección, entre Éfeso,

[399] En el año 187, año de su consulado. Cf. XXXIX 2, 8 y 11.

[400] En la batalla de Mioseno, en 190 (XXXVII 29-30).

Samos y Quíos, ante los ojos del propio Antíoco, de todo 6
su ejército, de su caballería y sus elefantes, la hasta entonces invicta flota del rey Antíoco fue dispersada, aplastada y puesta en fuga, y allí fueron capturadas aquel día cuarenta y dos naves de guerra con toda su dotación. Después de librarse aquella batalla, el rey Antíoco y su reino... Por esta victoria prometió con voto un templo a los lares del mar». Se fijó otra placa con el mismo texto sobre la puerta del templo de Júpiter en el Capitolio.

Liguria

Dos días después de que los censores 53
hicieran la revisión del senado marchó el cónsul Quinto Fulvio para Liguria, y atravesando con su ejército impracticables montes, valles[401] y desfiladeros, se enfrentó al enemigo en una batalla en toda regla, y aparte 2
de vencerlo en el campo de combate tomó además su campamento aquel mismo día. Fueron muertos tres mil doscientos enemigos, y se sometió toda aquella región de Liguria. El cónsul hizo que bajaran a las tierras del llano 3
los que se habían sometido y colocó destacamentos en los montes. Rápidamente ***[402] llegó también una carta a Roma procedente de la provincia. Con motivo de aquellas gestas se decretaron tres días de acción de gracias; los pre- 4
tores celebraron sacrificios con víctimas adultas durante la acción de gracias. El otro cónsul, Lucio Manlio, no llevó a cabo en Liguria ninguna acción digna de mención. Tres mil galos transalpinos que habían pasado a Italia sin 5
llevar a cabo ninguna agresión armada contra nadie pedían a los cónsules y al senado un territorio para estable-

---

[401] Seguimos la lectura *uallesque et,* en lugar de *Ballistae.*

[402] Seguimos la propuesta de Madvig, que supone una breve laguna en el texto.

cerse pacíficamente bajo la autoridad del pueblo romano.
6 El senado dio orden de que salieran de Italia y que el cónsul Quinto Fulvio hiciera una investigación y tomara medidas contra quienes hubieran sido los cabecillas e instigadores del paso de los Alpes.

Macedonia: muerte de Filipo

54 Aquel mismo año falleció Filipo, rey de Macedonia, agotado por la edad y el abatimiento consiguiente a la muerte de
2 su hijo. Estaba pasando el invierno en Demetríade atormentado por la añoranza de su hijo así como por los remordimientos de su propia cruel-
3 dad. Torturaba su ánimo la idea de que su otro hijo era ya rey tanto en su propia opinión como en la de los demás sin ninguna duda, que estaban puestos en él los ojos de todos y a él mismo lo habían abandonado en su vejez, mientras unos estaban a la espera de su muerte y otros
4 ni siquiera esperaban a que ésta llegase. Con ello iba en aumento su angustia, y con él la de Antígono, hijo de Ececratis, que llevaba el nombre del Antígono[403] tío suyo que había sido tutor de Filipo, hombre de regia majestad, famoso además por una célebre batalla contra el lacedemo-
5 nio Cleómenes. Los griegos lo llamaron el Tutor para dis-
6 tinguirlo de los otros reyes por el sobrenombre. Antígono, el hijo de su hermano, era el único de los altos dignatarios de Filipo que se había mantenido íntegro, y esta lealtad había convertido en su peor enemigo a Perseo, que ya no
7 era precisamente un amigo. Consciente del grave peligro que representaría para él el hecho de que la sucesión al trono recayera en Perseo, en cuanto notó que el ánimo del rey vacilaba y que a veces suspiraba por la añoranza

[403] Antígono Dosón, que reinó en Macedonia desde el año 229 hasta el 200.

de su hijo, se mantenía a su lado escuchándolo y otras 8
veces sacando a colación algún comportamiento irreflexivo, uniéndose a menudo a las lamentaciones del rey. Y mientras que la verdad, como suele ocurrir, iba manifestándose a través de muchos detalles, él colaboraba con todos los medios para que todo saliera a la luz más aprisa.
Los más sospechosos como instrumentos de la trama eran 9
Apeles y Filocles, que habían ido a Roma como embajadores y habían sido los portadores de la carta fatal para Demetrio que llevaba el nombre de Flaminino.

En palacio era un rumor general que la carta era apó- 55
crifa, que había sido falsificada por un escriba y que el
sello estaba manipulado. Pero se trataba más de una sos- 2
pecha que de un hecho probado, y casualmente entonces Xico se encontró con Antígono, y fue arrestado por éste y conducido a palacio. Antígono lo dejó todo en manos
de los guardias y se adelantó a ver a Filipo. «Me parece 3
haber entendido a lo largo de numerosas conversaciones —dijo—, que significaría mucho para ti si pudieras saber toda la verdad con respecto a tus hijos, saber cuál de los dos fue víctima de la traición y las maquinaciones del otro.
La única persona en el mundo que puede desatar el nudo 4
de esta intriga está en tu poder: Xico. Me encontré con él por casualidad y lo he traído al palacio; hazlo llamar.»
Conducido a presencia del rey, en principio negaba, pero 5
con tan escasa convicción que resultaba evidente su disposición a declarar si se le metía un poco de miedo. No soportó la vista del torturador y los azotes, y reveló punto por punto el complot de los embajadores y su propia cola-
boración. Inmediatamente se enviaron hombres para dete- 6
ner a los embajadores y sorprendieron a Filocles, que estaba en el lugar. Apeles, que había sido enviado en persecución de un tal Quereas, pasó a Italia al recibir la noticia

7 de la delación de Xico. No ha circulado ninguna versión
segura con respecto a Filocles: unos sostienen que al prin-
cipio se empecinó en negar, pero cuando condujeron a Xi-
co a su presencia no mantuvo su postura, según otros per-
sistió en su negativa a pesar de ser sometido a tortura.
8 El dolor de Filipo se reavivó y redobló, y pensaba que
su desgracia a cuenta de sus hijos se había agravado por
el hecho de que el superviviente era el otro.

56 Perseo fue informado de que todo había sido descu-
bierto pero tenía demasiado poder como para considerar
2 necesario huir. Simplemente se cuidaba de mantenerse a
distancia, en la idea de defenderse como de un incendio
de las llamas de la cólera de Filipo mientras éste viviera.
Filipo, perdida la esperanza de apoderarse de él para casti-
garlo, recurría a lo único que le quedaba, evitar que aparte
de la impunidad disfrutase también del fruto de su delito.
3 Llamó pues a Antígono, al que debía reconocimiento por
haber puesto al descubierto el parricidio y del cual pensa-
ba, además, que sería un rey del que no tendrían los mace-
donios que avengonzarse o sentirse pesarosos en modo al-
guno, habida cuenta de la reciente gloria de su tío Antígo-
4 no. «Desde el momento en que he llegado a una situación,
Antígono —dijo—, en que debo desear la orfandad que
otros padres lamentan, tengo la intención de dejarte el rei-
no que recibí de tu tío, conservado e incluso engrandecido
5 durante su valerosa y al mismo tiempo leal tutela. No ten-
go a nadie, aparte de ti, a quien considere digno de mi
reino. Si no tuviera a nadie en absoluto, preferiría que el
reino se perdiera y desapareciera antes de que constituyese
para Perseo una recompensa por su criminal atentado.
6 Me parecerá que Demetrio ha vuelto de las profundidades
y me ha sido devuelto si ocupando su puesto te dejo a
ti, el único que derramaste lágrimas por la muerte de un

inocente y por mi malhadada equivocación.» Después de 7
esta conversación no cesó de impulsarlo con toda clase de honores. Como Perseo se encontraba lejos, en Tracia, él recorría las ciudades de Macedonia y recomendaba a Antígono a los principales, y si hubiera contado con una vida más larga, no cabe duda de que lo habría dejado en posesión del reino. Después de partir de Demetríade se había 8
demorado demasiado tiempo en Tesalónica. Cuando se trasladó de allí a Anfípolis se vio afectado por una grave enfermedad. Pero consta, no obstante, que su enfermedad 9
era más moral que física, y que, debido a las preocupaciones y al insomnio, perseguido incesantemente por el espectro y la sombra del hijo que había muerto sin tener culpa, llegó a su final profiriendo terribles maldiciones contra el otro. Con todo, Antígono habría podido ser promovido 10
al trono si hubiera estado a su lado o si se hubiera hecho pública de inmediato la muerte del rey. El médico Calígenes, 11
encargado de su tratamiento, en cuanto aparecieron los primeros síntomas de que no había nada que hacer, sin esperar a la muerte del rey envió mensajeros a Perseo, tal como se había acordado, utilizando caballos preparados de antemano, y hasta su llegada ocultó la muerte del rey a todos los que se encontraban fuera del palacio.

Expedición de los bastarnas

Perseo, pues, cogiendo a todos por sorpresa 57
desprevenidos e ignorantes, ocupó el trono que había conseguido con su crimen.

La muerte de Filipo sobrevino muy 2
oportunamente para retrasar la guerra y para reunir fuerzas a tal fin. Pocos días después, en efecto, el pueblo de los bastarnas, instigado desde hacía tiempo, dejó su asentamiento con un gran contingente de tropas de infantería y caballería y cruzó el Histro. Luego Antígono y Cotón 3

se adelantaron a informar al rey. Cotón era un noble bastarna y Antígono era uno de los dignatarios de la corte enviado como embajador en varias ocasiones en compañía del propio Cotón para poner a los bastarnas en movimiento. No lejos de Anfípolis les llegaron primero rumores y luego noticias seguras acerca de la muerte del rey. Esta circunstancia trastocó por completo el desarrollo de lo pla-
4 neado. Se había previsto, en efecto, que Filipo facilitaría a los bastarnas el paso sin problemas a través de Tracia y el avituallamiento. Para poder hacerlo se había ganado con dádivas a los principales de la región, comprometiéndose personalmente a que los bastarnas harían una marcha
5 pacífica. Lo que pretendía era la aniquilación del pueblo de los dárdanos y el asentamiento de los bastarnas en el
6 territorio de éstos. Ello reportaría una doble ventaja: la eliminación de los dárdanos, pueblo desde siempre enemigo irreconciliable de Macedonia al acecho de circunstancias desfavorables para sus reyes, y la posibilidad de enviar a los bastarnas a saquear Italia dejando en Dardania a sus
7 mujeres e hijos. Existía una ruta hacia el mar Adriático, hacia Italia, a través del país de los escordiscos [404], por otro camino no había modo de que pudiera pasar un ejército. Los escordiscos no pondrían dificultades al paso de los bastarnas, pues no eran muy diferentes su lengua y sus costumbres, e incluso se unirían a ellos cuando vieran que
8 iban a hacer botín en el más rico de los pueblos. A partir de ahí los planes quedaban a expensas de cualquier eventualidad: si los bastarnas eran exterminados por los romanos, quedaría en todo caso la compensación de la eliminación de los dárdanos, el botín que dejaran los bastarnas

[404] Vivían a orillas del Danubio, y según la *Perioca* 63 eran de origen celta.

y la libre ocupación de Dardania; y si tenían éxito los bas- 9
tarnas, mientras los romanos estuvieran pendientes de la guerra contra ellos él reconquistaría lo que había perdido en Grecia. Éstos eran los planes que había hecho Filipo.

Al principio entraron en una marcha pacífica. Luego, 58
al partir Cotón y Antígono, y no mucho después al correr la noticia de la muerte de Filipo, ni los tracios se mostraban muy dispuestos a comerciar, ni los bastarnas podían contentarse con lo que compraban, ni era posible retener-
los en la columna sin que se desviaran del camino. En con- 2
secuencia, se cometían abusos por una y otra parte, y al agravarse con el paso de los días dieron pábulo a la guerra. Finalmente, los tracios, como no podían hacer frente a la fuerza y el número de los enemigos, abandonaron los poblados del llano y se retiraron a un monte muy alto al
que llaman Donuca[405]. Los bastarnas querían subir hasta 3
allí, y en el momento en que intentaban en vano acercarse a la cima del monte los sorprendió una tormenta como la que según cuentan acabó con los galos que saqueaban
Delfos. En efecto, aparte de abatirse sobre ellos una lluvia 4
torrencial y después una durisíma granizada con gran estruendo celeste y truenos y relámpagos que deslumbraban,
también brillaban los rayos por todas partes dando la im- 5
presión de que buscaban los cuerpos, y caían fulminados
tanto los soldados como los oficiales. Y así, mientras en 6
su precipitada huida a través de rocas escarpadas caían y rodaban sin saber cómo, aunque eran los tracios quienes se echaban sobre ellos en su desconcierto, los bastarnas decían que eran los dioses los responsables de su huida
y que el cielo se desplomaba sobre sus cabezas. Dispersados 7
por la tempestad regresaron como después de un naufragio

[405] Sin identificar.

al campamento de donde habían partido, medio desarmados la mayoría, y comenzaron a deliberar qué harían. Surgieron entonces disensiones, pues unos eran partidarios de emprender el regreso y otros de penetrar en Dardania.
8 Unos treinta mil hombres, con Clondico al frente, llegaron al punto de destino; la multitud restante dio la vuelta por donde había venido dirigiéndose de nuevo hacia el nor-
9 te [406]. Tras apoderarse del trono, Perseo dio orden de matar a Antígono, y mientras consolidaba su posición envió embajadores a Roma para renovar el tratado de amistad de su padre y pedir que el senado le reconociera el título de rey. Éstos fueron los acontecimientos ocurridos aquel año en Macedonia.

Roma: triunfo, elecciones, prodigios, juegos

59 Uno de los cónsules, Quinto Fulvio, triunfó sobre los lígures; pero estaba claro que este triunfo le había sido concedido más por su popularidad que por la importancia de las empresas llevadas a
2 cabo. En el desfile llevó gran cantidad de armas tomadas al enemigo, pero absolutamente ningún dinero. No obstante, repartió entre los soldados trescientos ases por cabeza,
3 el doble a los centuriones y el triple a los jinetes. Lo más destacable de aquel triunfo fue la casual coincidencia de que desfiló el mismo día en que había desfilado el año
4 anterior después de ser pretor. Inmediatamente después del triunfo convocó los comicios en los que resultaron elegidos cónsules [407] Marco Junio Bruto y Aulo Manlio Vulsón.
5 Luego, una tormenta interrumpió los comicios para la elección de pretores cuando habían sido elegidos tres. Al siguiente día, doce de marzo, fueron elegidos los tres restan-

[406] Traducimos siguiendo la propuesta textual *aquiloniam regionem.*
[407] Para el año 178.

tes: Marco Titinio Curvo, Tiberio Claudio Nerón y Tito Fonteyo Capitón. Los ediles curules Gneo Servilio Cepión 6
y Apio Claudio Centón recomenzaron los Juegos Romanos a causa de los prodigios que habían ocurrido. La tierra 7
tembló, en los templos públicos donde tenía lugar el lectisternio las cabezas de los dioses que estaban sobre los lechos se dieron la vuelta, y el plato con cubierto que estaba 8
colocado delante de Júpiter se cayó de la mesa. También se interpretó como un prodigio el hecho de que los ratones habían probado antes las aceitunas. Para expiar estos prodigios la única medida que se adoptó fue la reinauguración de los juegos.

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. Ha colaborado en la redacción del presente índice la profesora Araceli Fernández Rodríguez.

ÍNDICE GENERAL